SARAH NOEM



Todo lo que CASI PERDIMOS

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: Everything We Almost Lost
Autor: Sarah Noem
Fecha de publicación original: Abril, 2026

La obra original ha sido traducida en su totalidad. Todos los materiales complementarios, como los preámbulos, los avisos de derechos de autor, las reseñas y los agradecimientos, se han traducido tal cual y pueden hacer referencia a detalles específicos de la edición original en inglés.

Everything WE ALMOST LOST

SARAH NOEM

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción, transmisión, copia o uso de cualquier parte de este libro sin el permiso previo por escrito de la autora.
Esta historia se ha escrito exclusivamente para tu disfrute. Todos los personajes y hechos son completamente ficticios.
© Sarah Noem, 2025

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epílogo

Capítulo 1

—Bianca, ¿estás en casa? Tenemos que hablar —dijo su marido desde el pasillo.

—Estoy en la cocina. Lávate las manos. La cena está lista.

Sacó del horno un pollo dorado y crujiente. Sobre la encimera descansaba una tarta de frambuesa. Ese día había estado de buen humor, así que la cena había resultado casi festiva.

Era su décimo aniversario de boda. Mason llegaba tarde, seguramente porque le estaba preparando alguna sorpresa. Los años habían pasado y Mason Graham seguía siendo igual de romántico.

El año anterior, había llegado a casa en un coche de lujo nuevo con un enorme lazo rojo en el capó. Dos años antes, la había llevado de viaje manteniendo el destino en secreto hasta el final. Cuando por fin descubrió que se dirigían a Giraffe Manor en Kenia, casi se volvió loca de felicidad.

Así que este año esperaba algo especial.

—Bianca, verás... —La voz de su marido sonó de nuevo, mucho más cerca esta vez.

Se dio la vuelta y la sonrisa se le borró de golpe, dando paso a la confusión.

Su marido entró en la cocina y, justo detrás de él, venía una niña pequeña que cojeaba ligeramente de la pierna derecha.

—Bianca, esta es Linda. Mi hija. Va a vivir con nosotros.

—¿Tu... qué? —Le tembló la voz. Miró a su marido, luego a la niña y de nuevo a él.

Bianca esperó a que le dijera que todo era una broma estúpida. Pero su expresión era demasiado seria.

—¿Qué hija, Mason? ¿Me has sido infiel?

El cuchillo se le resbaló de la mano y cayó al suelo con un golpe seco. La niña se sobresaltó. Bianca ni siquiera podía mirarla. Todo parecía una pesadilla. No podía creer que Mason le hubiera sido infiel durante todos esos años, llevando una doble vida. Nunca le había dado motivos para sospecharlo. Siempre había parecido el marido más cariñoso, fiel y atento.

—Tiene siete años, Bianca. Por favor, no te pongas histérica. No asustes a la niña.

—Devuélvela —dijo entre dientes, como si Linda no fuera una niña sino un objeto comprado en una tienda.

—No puedo. Su madre murió justo después del parto. Linda vivía con su abuela desde entonces, pero murió anoche. No tiene más familia, Bianca. Solo a mí.

—Así que sí me fuiste infiel —siseó mientras el calor le subía a la cara—. ¿Y ahora la traes aquí como si fuera lo más normal del mundo?

Era incapaz de llamar a esa niña hija de Mason, ni siquiera de llamarla por su nombre.

Mason dio un paso hacia ella. En sus ojos había agotamiento y culpa. Pero Bianca no tenía intención de comprenderlo. Su mundo acababa de derrumbarse. Después de diez años de matrimonio, descubría que su marido le había sido infiel. No solo eso: tenía una hija con otra mujer, mientras que ella nunca había podido darle el hijo que él quería ni conservar la vida que una vez había empezado a crecer dentro de ella.

—Bianca, escucha...

—¡No, escúchame tú a mí! ¿Cómo te imaginabas que iba a ser esto? Dios mío, ¿qué significa eso siquiera? —lo interrumpió, levantando una mano temblorosa. La cabeza le iba a mil, intentando calcular en qué año habría sucedido—. ¡Mientras yo iba de médico en médico, tú estabas por ahí haciendo hijos con otra! Eres repugnante, Mason. ¿O era tu forma de vengarte de mí? ¿Por haberte engañado para que te casaras conmigo?

Él no dijo nada. La miró como si quisiera hablar, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Ambos recordaban demasiado bien aquel día. Por un estúpido error, Bianca había creído estar embarazada. Ocurrió tras cuatro meses de noviazgo. Los tests habían dado positivo y ella ni siquiera se había molestado en ir al médico antes de contárselo a todo el mundo.

Mason había dado la cara y le había pedido matrimonio. Esperaron al bebé con ilusión, pero justo antes de la boda, Bianca descubrió que no había sido un embarazo, sino un trastorno hormonal grave.

Se había quedado callada. No se lo dijo enseguida, y para cuando podría haberlo hecho, el vestido de novia ya estaba comprado y las invitaciones enviadas. Al final, se lo confesó en la noche de bodas. Mason salió furioso y dio un portazo. Ella todavía no sabía dónde había pasado aquella noche. Pero a la mañana siguiente volvió como si nada hubiera ocurrido entre ellos, interpretando el papel de marido perfecto, charlando con los invitados que se habían quedado unos días más, para después marcharse en un viaje de negocios de dos semanas en lugar de irse de luna de miel.

Ella había tenido que explicárselo todo a ambas familias sola. Cuando se le pasó el enfado, él la acompañó a las citas médicas, escuchó a los especialistas y la consoló cuando lloraba por las noches. Ni una sola vez se lo había echado en cara. Simplemente no podía seguir enfadado con ella porque la quería con locura, con la misma intensidad con la que ella lo quería a él.

—¡No fue nada de eso! Y no hables así delante de la niña —espetó—. Nunca pensé en tener hijos con otra mujer. Joder, nunca pensé en tener ninguna relación fuera del matrimonio. Pero pasó. ¿Crees que fue fácil para mí aceptarlo? Sabes que solo te quiero a ti...

Bianca casi se echó a reír.

¿Fácil? ¿Para él?

¿Y ella qué? Se había desvivido por el futuro de ambos. Había dado todo lo que tenía para que pudieran tener una oportunidad de ser felices. Y ahora, esto.

—¿Así que ahora tengo que aceptar sin más a la hija de otra mujer? —preguntó con amargo sarcasmo mientras se limpiaba una lágrima de la mejilla—. ¿Se supone que debo vivir bajo el mismo techo que tu... hija? ¿Quieres que la mire a los ojos y finja que no ha pasado nada? ¿Pensaste en mí siquiera? ¿Qué van a decir nuestros amigos y familiares? O... ¿ya lo saben?

Señaló a la niña.

Linda estaba de pie en un rincón de la cocina, en silencio, con una pequeña mochila aferrada entre las manos. Por el rabillo del ojo, Bianca la vio pegarse más a la pared, como si quisiera desaparecer. Por un instante, sintió una punzada de lástima. Pero no podía. Simplemente no podía.

—Bianca, es una niña —dijo Mason en voz baja—. Nada de esto es culpa suya.

—¿Y qué hay de mí? ¡Yo tampoco tengo la culpa de nada de esto! ¡Pero ahora soy yo la que tiene que sufrir por tus errores! —gritó Bianca, notando cómo la rabia le subía por dentro—. Si ella se queda, yo me voy. Elige.

Mason se estremeció, como si el ultimátum le hubiera dado un golpe físico. La miró y luego miró a Linda. Bianca vio cómo apretaba los puños y tensaba la mandíbula. Pero ya no esperaba respuesta. Ya sabía cuál sería.

—Esta noche duermo en el cuarto de invitados. Puedes encargarte tú solo de la cena —soltó mientras salía de la cocina, dejando atrás los sollozos quedos de Linda.

Capítulo 2

Bianca no podía quedarse quieta. Sentía el corazón desgarrándose, y gruesas lágrimas le resbalaban por la barbilla hasta caer al suelo.

Tantos años juntos. Tantas cosas vividas que ni siquiera podía recordarlas todas a la vez. Y ahora él había llegado a casa con una niña de siete años.

No podía entender cómo algo así había pasado delante de sus narices. Mason volvía del trabajo todos los malditos días. Casi nunca viajaba por negocios. ¿Pesca? Demonios, hasta de las excursiones de pesca le mandaba una docena de fotos, y luego volvía con lo que había pescado, aunque ella siempre le decía que devolviera los peces al agua.

Entonces, ¿cómo?

Se dejó caer en la cama y cerró los ojos. El rostro de Linda le vino a la mente al instante. Ni un solo rasgo familiar. La niña no se parecía en nada a Mason. Debía de haber salido a su madre. Seguramente.

El pecho se le oprimió tanto que apenas podía respirar. Una tormenta interminable rugía en su cabeza: pensamientos que chocaban, se enredaban, la desgarraban por dentro. Ella había querido darle una hija, entonces, ¿por qué había sido otra mujer quien le diera un hijo mientras ella no podía?

Linda.

Hasta pensar en su nombre dolía. Siete años. Siete malditos años había vivido él con ese secreto. Y durante todo ese tiempo, Bianca jamás había sospechado. ¿Cómo? ¿Por qué?

Durante años, habían parecido la pareja perfecta. Quizá no perfecta, pero feliz sin duda. Amor a primera vista, un romance trepidante, una boda rápida... Mason siempre había estado ahí,

ayudándola, apoyándola, como nadie lo había hecho jamás. ¿Y ahora? Ahora se sentía como una extraña en su propia vida.

Los recuerdos empezaron a aflorar de golpe. Sus largas llamadas cuando se iba a otra habitación. La sonrisa que intentaba ocultar mientras leía un mensaje. «Clientes», decía siempre. Y ella le creía. Dios, se lo creía todo. ¿Y ahora? Ahora esa confianza estaba por los suelos.

—¿Cómo pudiste...? —susurró.

Una nueva oleada de rabia la invadió.

Él lo había arruinado todo. La había traicionado. ¿Y ahora pretendía que ella limpiara los destrozos de sus errores? No. No era justo.

—Ya basta —se dijo—. Saldrás de esta.

Pero ¿qué significaba eso siquiera? ¿Salir cómo? ¿Marcharse? ¿Empezar de cero? ¿O quedarse e intentar vivir con ello?

No lo sabía.

No estaba segura de poder perdonarlo. Pero aún peor, no estaba segura de poder vivir sin él.

Él lo era todo para ella.

Se había casado con veinte años. Ahora tenía treinta, y él cuarenta. Ella dirigía una conocida escuela de baile de salón; los negocios de él se extendían por todo el país. Nunca habían estado separados más de una semana. Nunca discutían, y la pasión salvaje entre ellos seguía ardiendo con la misma intensidad.

Entonces, ¿cómo...?

Llamaron a la puerta.

—Bianca —la voz de Mason sonó al otro lado de la puerta—. ¿Puedo entrar?

Quería gritarle que no, pero no pudo. Él ya estaba allí. Y la conversación era inevitable.

—Sé que debería haberte preparado para esto —comenzó, parándose junto a la puerta sin atreverse a acercarse más.

—¿Prepararme? ¿De verdad crees que alguien puede estar preparado para algo así? —La rabia, la desesperación y la incredulidad la desgarraban por dentro. Vaya regalo de aniversario.

—Llevamos meses hablando de adoptar. Linda es mejor que la criatura de un desconocido con malos genes, ¿no?

—¿Me estás tomando el pelo? —Se le quebró la voz. Se echó el pelo hacia atrás, cogió una goma del tocador y se hizo una coleta.

—Escucha, no te pido que la quieras ni que seas su madre. Solo te pido que seas un poco más amable con ella. Linda es una niña muy retraída y asustadiza. Se ha criado en el campo con su abuela. No conoce otra cosa.

—No pienso perdonarte. Por si aún no te has dado cuenta, Mason, lo único que puedes esperar de mí es el divorcio.

—¿Divorcio? ¿De qué hablas, Bianca? Llevamos diez años casados. Nos queremos.

—Del que ocurre cuando un marido es infiel. Y no me hables de «amor». Me da asco.

—Bianca...

—Vete, Mason. No soporto mirarte. Me marcho mañana.

—¿Y adónde vas a ir?

—Sobreviviré sin ti.

—¿Adónde vas a ir, Bianca? —repitió Mason, y ella oyó sus pasos acercándose.

No se volvió. No podía. Si lo miraba ahora, se derrumbaría. Y no podía permitirse parecer débil.

—Eso no es asunto tuyo —le espetó por encima del hombro, cruzándose de brazos.

—Bianca, por favor... —Su voz sonaba cerca. Un paso más. Luego otro.

Lo sentía a su espalda: ese calor que antes la calmaba y que ahora solo quemaba.

—No te acerques —le advirtió, pero él no hizo caso.

Las manos de él se posaron en sus hombros. Con cuidado. Con delicadeza. Como si fuera de porcelana y pudiera romperse con un movimiento en falso.

—¡No me toques! —Se zafó de un tirón y se volvió para mirarlo.

Mason estaba allí plantado, como si su mundo entero se derrumbara ante él. Tenía los ojos enrojecidos, el rostro demacrado por el agotamiento.

—Bianca, te quiero —dijo en voz baja, casi en un susurro—. Te quiero muchísimo. Siempre te he querido. Solo a ti.

Se rio. Con crueldad. Histérica.

—¿Amarme? ¿Tú? ¿A mí? —Cada palabra salió escupida como veneno—. Qué conmovedor, Mason. Sobre todo cuando tienes una hija de siete años con otra mujer.

—Nunca miré a nadie más —dio otro paso hacia ella con las manos extendidas—. Eres la única que necesito. Eres mi vida, Bianca. No puedo vivir sin ti.

—¡Basta! —gritó mientras retrocedía a trompicones—. ¡Deja de mentirme a la cara! ¡Has mentido lo suficiente para diez vidas!

Intentó estrecharla entre sus brazos, pero ella le puso las manos en el pecho y lo empujó con fuerza.

—¡No te atrevas! —Le temblaba la voz—. ¡No te atrevas a tocarme! ¡Perdiste ese derecho en cuanto te metiste en la cama de otra!

—Bianca…

—¡No! —lo cortó. Sentía que todo le hervía por dentro—. ¿Crees que puedes entrar aquí, decir «te quiero» y que todo vuelva a ser como antes?

Mason le agarró las muñecas. Con fuerza. La atrajo hacia él y se inclinó para besarla. Ella apartó la cara.

—¡Suéltame!

—No —se le quebró la voz—. No puedo dejarte ir, Bianca. No puedo. Eres todo lo que tengo. No sobreviviré si te vas.

Se soltó de un tirón y retrocedió.

—¿Y qué se supone que debo hacer con eso? ¿Sentir lástima por ti ahora? —Se rio entre lágrimas—. ¿Sabes qué, Mason? Mi hermano tenía razón sobre ti. Toda la razón. Me advirtió. Dijo que tarde o temprano mostrarías tu verdadera cara. Y aquí está. Tu verdadera cara. Un mentiroso. Un infiel. Un traidor.

Mason negó con la cabeza. Aunque el hermano de Bianca había sido su mejor amigo, se había opuesto a su relación desde el principio. Incluso le había dado una paliza a Mason cuando se enteró de lo suyo. Por lo visto, no había sido en vano. Alan siempre había sabido juzgar mejor a las personas que ella.

Mason dio un paso adelante. Intentó tocarla otra vez.

—Eso no es verdad, Bianca. Yo nunca—

—Vete —lo cortó y señaló la puerta—. Sal de aquí. No quiero verte. No quiero oírte. Me das asco, Mason. Me pones enferma.

Se quedó allí plantado frente a ella, apretando y aflojando los puños. Tenía la mandíbula tensa, los ojos brillantes. Parecía a punto de estallar, de gritar o de intentar abrazarla de nuevo.

—Se acabó, Mason. Ya no hay un nosotros. Quizá deberíamos habernos separado justo después de la boda. Justo después de decirte que no estaba embarazada.

Por fin, se dio la vuelta y caminó despacio hacia la puerta.

Se detuvo en el umbral. Se volvió a mirarla.

—No voy a dejarte escapar, Bianca —dijo en voz baja pero firme—. Aunque te vayas. No voy a dejarte escapar.

Capítulo 3

Mason salió dando un portazo. Bianca se quedó sola en el silencio de la habitación, más hundida aún que antes de la conversación. No lograba entenderlo: ¿de verdad pensaba que aquello era normal? ¿Y si hubiera sido ella quien apareciera y anunciara que había tenido un hijo con otro? Dios, la habría matado.

Caminaba de un lado a otro de la habitación, sabiendo ya que esa noche no iba a pegar ojo. Otras mujeres recibían flores en su aniversario de bodas. A ella le habían presentado a una hija que su marido había tenido con otra.

No. Aquello no podía seguir así. No quería verlo, ni ahora ni dentro de una semana.

La decisión no fue fácil. Pero no veía otra salida que marcharse. ¿Cómo iba a vivir con él después de que le hubiera mentido durante todos esos años? ¿Cómo podría volver a creerle cuando dijera que había estado en el trabajo y no en la cama de otra?

Quedarse en aquel apartamento, oír su voz, ver a esa niña... no lo aguantaría.

Decidió marcharse por la mañana. El apartamento del centro estaba vacío y tenía las llaves. Mason lo había comprado hacía unos ocho años, cerca del parque y más cerca de la oficina principal de su empresa. Había querido tenerla cerca, a ella y al bebé, pero nada había salido como esperaban...

Esperar el amanecer fue una tortura. El tiempo se arrastraba de forma insoportable; cada segundo era un golpe contra su corazón ya maltrecho. Bianca daba vueltas en la cama, contaba respiraciones, apretaba los ojos, pero era inútil.

A las cinco de la mañana ya no pudo más. Se levantó de la cama procurando no hacer ruido, se puso una bata y salió descalza

al pasillo. La casa estaba en silencio.

Caminó despacio hacia el dormitorio. Necesitaba recoger sus cosas, pero al llegar a la puerta se quedó paralizada.

El clic del picaporte sonó ensordecedor, y Bianca cerró los ojos sin querer. Abrió la puerta con cuidado y se quedó helada.

En la penumbra, vio la cama. Mason estaba dormido. Y acurrucada junto a él estaba Linda. La niña había ocupado su lugar. Literalmente.

El pecho se le oprimió tanto que apenas podía respirar.

El cabello fino y claro se extendía sobre la almohada, su almohada. La manta con la que Mason solía arroparla ahora cubría a la niña. Y él estaba vuelto hacia Linda, con la mano apoyada en el hombro de la pequeña.

Una oleada de furia pura e incontrolable se apoderó de Bianca.

Sabía que Linda no tenía la culpa. Sabía que los adultos eran los responsables de todo aquello. Pero por dentro ardía de rabia. Durante diez años, ella había sido la única a su lado, y ahora ese lugar lo ocupaba la hija que había tenido con otra.

Le temblaron los labios. Los dedos se le cerraron en puños.

No podía seguir mirando aquello ni un segundo más.

Se dio la vuelta y se dirigió en silencio hacia el vestidor.

Encendió la luz tenue. Todo a su alrededor le resultaba familiar, suyo: estantes con ropa cuidadosamente doblada, sus vestidos favoritos, sus bolsos y frascos de perfume alineados en un estante. Como si nada hubiera cambiado. Como si aquella noche de pesadilla nunca hubiera ocurrido. Como si la hija de Mason nunca hubiera estado en su cama.

Encontró una bolsa y metió el pasaporte y los documentos. Entonces se acordó de la caja fuerte.

La combinación seguía siendo la misma: Mason no la había cambiado. Dentro había fajos de billetes. El dinero de los dos. O más bien, el de él. Pero ahora Bianca sentía que tenía todo el derecho a quedárselo.

Sin dudarlo, lo cogió todo. Cerró la cremallera de la bolsa y volvió al pasillo. Las llaves del coche colgaban del gancho. ¿Y qué? Había sido un regalo para ella, así que también se llevaba el coche. No iba a sufrir por orgullo encima de todo lo demás.

Los dedos se le cerraron con fuerza alrededor del mando. Lanzó una última mirada a la puerta del dormitorio. Le costaba asimilar que estaba abandonando un lugar que había considerado su hogar durante tantos años. Un lugar donde todo lo había elegido ella. Con amor. Para su familia.

El amanecer empezaba a despuntar a lo lejos. El cielo estaba gris y borroso, a juego con sus pensamientos. Fuera, todo estaba en silencio, y el mundo mismo parecía congelado mientras ella recorría la autopista a toda velocidad, huyendo de su propio marido.

El teléfono empezó a vibrar frenéticamente en el asiento del copiloto cuando Bianca aparcó frente al apartamento en la ciudad.

Mason. Por supuesto. Se había despertado y había visto que no estaba. Normalmente, él se levantaba a las seis, salía a correr y ella se despertaba más tarde y preparaba el desayuno. Hoy era diferente.

Esbozó una sonrisa amarga. Cogió el teléfono y se quedó mirando la pantalla unos segundos. El dedo le sobrevoló el botón de rechazar.

Le ardían los ojos.

¿De rabia? ¿De dolor? ¿De alivio? Ni ella misma lo sabía.

—Te las arreglarás, Mason —dijo en el silencio, y arrojó el teléfono de nuevo al asiento.

No era un niño pequeño. Tenía cuarenta años. A estas alturas seguro que sabía poner en marcha el lavavajillas y usar la freidora de aire. No se iba a morir de hambre. En el peor de los casos, pediría comida a domicilio.

Ya no era responsable de nada de eso. Se había acabado.

¿Cuántos años había vivido para él? ¿Cuántos creyendo que era la persona más cercana que tenía en el mundo? ¿Y qué había

conseguido? En su aniversario de bodas, él había traído a casa a una hija que había tenido con otra.

No había pillado una aventura cualquiera. Ni mensajes. Ni una mentira patética.

Se había plantado en su cocina con una niña cuya existencia había ocultado durante siete años y, sin más, se lo había soltado.

Como si ella no tuviera derecho a sentirse herida.

Como si tuviera que aceptarlo en silencio.

Solo un par de giros más. Cada vez aparecían más coches en la carretera. Entró en el aparcamiento, apagó el motor y se permitió llorar. Sollozos fuertes y entrecortados, de esos que solo podía permitirse cuando nadie la veía ni la oía. El teléfono en el asiento del copiloto siguió vibrando hasta que se agotó la batería. Y solo entonces Bianca se permitió pensar: Por favor, que Mason no me encuentre aquí...

Capítulo 4

Bianca subió las escaleras a duras penas con la pesada bolsa al hombro. La llave hizo un clic suave en la cerradura. La puerta se abrió y el aire viciado del apartamento vacío le dio de lleno en la cara.

Nadie había vivido allí en ocho años.

En su día, Mason había comprado aquel lugar con tanta ilusión en la mirada. «Para los tres», le había dicho, rodeándole la cintura con un brazo mientras le mostraba la distribución. Una habitación infantil con vistas al parque. Una cocina grande. Un balcón donde podrían tomar el té por las tardes.

Pero nunca llegaron a tener hijos.

Encendió las luces. Los muebles estaban cubiertos con fundas, los suelos impecables: el servicio de limpieza venía una vez al mes. Todo limpio, ordenado y absolutamente inerte.

Bianca dejó caer la bolsa junto a la puerta, se quitó los zapatos de una patada y caminó descalza sobre el parqué frío hasta el salón. Arrancó la funda del sofá, la hizo una bola y la lanzó a un rincón.

Luego se dejó caer en el sofá y se abrazó las rodillas.

Diez años. Diez malditos años convencida de que Mason era solo suyo. De que no había secretos entre ellos. De que eran una sola persona.

Pero no.

Ocho años atrás, él la había engañado. Y no solo la había engañado: había tenido una hija. Mientras ella iba de hospital en hospital intentando salvar su embarazo, ¿él qué hacía? ¿Buscar consuelo en brazos de otra?

Se le hizo un nudo en la garganta.

Recordaba aquel año. El más duro de su vida. Perdió al bebé a las veintidós semanas. Los médicos dijeron que esas cosas pasaban, que no era culpa suya, que necesitaba tiempo para recuperarse. Mason había estado a su lado. Le cogía la mano en el hospital. La abrazaba por las noches cuando lloraba contra la almohada. Le susurraba que todo iría bien, que volverían a intentarlo.

Y durante todo ese tiempo, él ya lo sabía.

Sabía que la otra estaba embarazada de él.

O quizá para entonces ya había dado a luz. Quizá él ya había tenido a esa niña en brazos. Su hija. No de los dos. Suya y de otra mujer.

Bianca apretó los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas.

Durante dos años se sometió a tratamientos, pasó media vida en hospitales, intentando quedarse embarazada de nuevo. Y cuando por fin lo consiguió, la felicidad le pareció tan frágil que tenía miedo hasta de respirar. Tuvo cuidado con todo, siguió cada indicación del médico al pie de la letra. Mason también parecía feliz entonces. Al menos, eso le pareció a ella. Habían esperado a ese bebé con tanta ilusión... pero todo acabó demasiado pronto. Su bebé, su niña, nunca llegó a nacer...

Pero otra sí. Linda.

Se levantó del sofá y fue a la cocina. Abrió los armarios: vacíos, como era de esperar. El frigorífico estaba desenchufado.

De vuelta en el salón, Bianca se detuvo junto a la ventana. La ciudad despertaba. La gente se apresuraba al trabajo, llevaba a los niños al colegio. La vida de siempre. Para todos los demás, todo seguía adelante. La suya acababa de hacerse añicos.

Entonces recordó que se había dejado el móvil en el coche. Tenía que ponerlo a cargar. No porque pensara contestar a Mason, solo por si acaso.

Bianca bajó al garaje, sacó el móvil de debajo del asiento, volvió al apartamento y lo enchufó.

Un par de minutos después, la pantalla se iluminó.

Las notificaciones empezaron a llover.

Treinta y dos llamadas perdidas de Mason.

Ocho mensajes.

El buzón de voz estaba lleno.

Fue pasando sin leer, viendo los nombres aparecer uno tras otro.

«Mason».

«Mason».

«Mason».

Y entre ellos: «Alan».

Su hermano había llamado tres veces.

Abrió los mensajes de Alan.

«Bianca, ¿qué ha pasado? Mason no para de llamarme preguntando si sé algo de ti. ¿Estás bien?».

«En serio, contéstame. Empiezo a preocuparme».

«Si no me respondes en una hora, voy para allá».

Bianca le envió una respuesta rápida. Le temblaban los dedos.

«Estoy bien. Se me murió el móvil. Tengo clase a primera hora. No vengas».

Envió el mensaje y bloqueó la pantalla de inmediato.

Luego volvió a tumbarse en el sofá y cerró los ojos. Quería dormirse y no despertar. Al menos un día. Al menos unas horas.

Pero el sueño no llegaba.

En cambio, el rostro de Linda no dejaba de volver a su mente. Asustado. Frágil. Recordaba a la niña en un rincón de la cocina, aferrada a su pequeña mochila. Cómo se había encogido cuando Bianca alzó la voz.

Sentía lástima por Linda. De verdad.

La niña era solo una cría. Había perdido a su madre, luego a su abuela. Estaba completamente sola.

Pero Bianca no podía.

Simplemente no podía aceptarla.

Porque cada vez que mirara a Linda, recordaría que Mason la había engañado. Recordaría que había tenido una hija con otra. Recordaría que ya no era la única en su vida.

El móvil empezó a vibrar de nuevo.

Mason.

Lo cogió, miró la pantalla y esperó a que terminara la llamada. Luego empezó otra. Y otra.

No iba a parar, se dio cuenta.

Lo conocía. Seguiría llamando hasta que contestara.

A la quinta llamada, Bianca apagó el móvil y lo tiró al sofá.

Se levantó, fue al baño y abrió el grifo. El agua fría cayó sobre el lavabo con un estruendo ensordecedor.

Se miró en el espejo.

Cara pálida. Ojeras. Pelo revuelto. Labios apretados en una línea fina y dura.

Bianca se echó agua en la cara y se la secó con una toalla gruesa que olía a detergente fresco. El servicio de limpieza cumplía con su trabajo, aunque para quién limpiaban era todo un misterio, ya que nadie vivía allí.

Tenía que recorrer el apartamento y ver qué había.

Salió al pasillo y empezó a abrir puertas una por una. Dormitorio: vacío, solo una cama cubierta. Despacho: un escritorio, una silla, estanterías.

Cuando llegó a la última puerta, al final del pasillo, Bianca se detuvo.

Esa era la habitación que Mason había querido convertir en vestidor o en trastero. Nunca llegó a decidirse.

Giró el pomo, abrió la puerta y se quedó paralizada en el umbral.

El corazón le dio un vuelco.

En medio de la espaciosa habitación había una cuna. Blanca, tallada, con un dosel de tela transparente. La misma que la madre de Mason había encargado a Italia cuando Bianca creyó erróneamente que estaba embarazada. Recordaba a su suegra enseñándole las fotos, hablando con tanta emoción de la artesanía y la calidad de la madera.

Bianca estaba convencida de que Mason se había deshecho de todo aquello hacía mucho.

Después de perder al bebé, él desapareció un día entero. Volvió tarde esa noche, con los ojos enrojecidos. En aquel momento, ella estaba demasiado hundida en el dolor para preguntarle adónde había ido, y él no dijo ni una palabra.

Estaba segura de que se lo había llevado todo. De que lo había tirado. De que se lo había dado a alguien. De que se había deshecho de todo lo que solo les traía dolor.

Pero no.

Bianca entró en la habitación. Las rodillas casi le fallaron.

Contra la pared había una cómoda. La misma que habían elegido juntos en la tienda de muebles. Azul pálido, con cajones profundos. Ella fue quien insistió en ese tono.

Encima había un osito de peluche. Marrón, con un lazo rojo alrededor del cuello. Un regalo de Alan. Lo compró cuando ella estaba de solo tres meses.

Junto a él había una pila de libros infantiles. Ella misma los había comprado en su día: cuentos de hadas, rimas infantiles, ilustraciones brillantes y coloridas.

Bianca se acercó y pasó los dedos por la barandilla de la cuna. En un rincón vio varias cajas apiladas con cuidado. Cada una llevaba una etiqueta con la letra de Mason.

Ropa 0-6 meses.

Juguetes.

Ropa de cama.

Se agachó y abrió la primera caja.

Dentro había camisetitas interiores diminutas, peleles, gorritos, todo lavado, planchado y doblado en pilas perfectas.

Bianca sacó uno de los gorritos. Blanco, con conejitos rosas bordados. Recordó enseguida haberlo comprado en aquella tiendecita de la esquina. Apretó los dedos con tanta fuerza que la delicada tela se arrugó.

Se le encogió el pecho. Le costaba respirar.

Durante todos esos años, Mason lo había guardado todo allí.

No lo había tirado. No lo había regalado. No se había deshecho de nada. Simplemente lo había traído allí y lo había dejado, como si esperara, como si aún albergara la esperanza de que algún día todo aquello llegara a hacer falta.

Las lágrimas le nublaron la vista. Cerró los ojos con fuerza, pero siguieron brotando, cálidas y amargas.

Bianca volvió a guardar el gorrito con cuidado, cerró la caja y se levantó despacio. Luego dio un paso atrás.

Y se quedó allí largo rato, contemplando la habitación. La cuna. La cómoda. Las cosas que un día estuvieron destinadas a rodear a su bebé.

El bebé que nunca llegó.

Y quizá nunca llegaría. Tras aquella pérdida, nunca había vuelto a quedarse embarazada. Los médicos intentaron ayudar. Ella lo intentó. Los dos lo intentaron. Pero nada funcionó.

Él no había tirado esas cosas. Las había guardado durante casi ocho años. Y después trajo a casa a la hija que había tenido con otra mujer. Y ahora esa niña ocuparía en su corazón el lugar que debería haber sido de la hija de ambos.

Bianca se dio la vuelta bruscamente y salió de la habitación. Cerró la puerta, fue a la cocina, abrió el grifo y bebió con avidez del

chorro. Después se irguió y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Necesitaba comer algo. Al menos tomarse un café. Pero no había nada en el apartamento.

Tendría que bajar. Había una pequeña tienda en la planta baja del edificio.

Se calzó las zapatillas, cogió las llaves y salió del apartamento. En el ascensor, se miró en la pared de espejos.

Tenía un aspecto horrible: pálida, con los ojos enrojecidos, el pelo revuelto. Aún llevaba la misma ropa de la noche anterior.

Las puertas del ascensor se abrieron. Bianca salió al vestíbulo y se dirigió a la tienda.

Estaba vacía. Solo la cajera, sentada tras el mostrador, hojeaba una revista con desgana.

Bianca cogió una cesta y empezó a recorrer los pasillos. Pan. Leche. Café. Mantequilla. Huevos. Queso.

En el estante de las conservas se detuvo y cogió distraída una lata de estofado. Luego otra. Y otra. No sabía por qué cogía tantas. Simplemente seguía echándolas a la cesta.

Cuando llegó a la caja, dejó la compra en la cinta. La cajera la pasó sin levantar la vista.

—Son cuarenta y tres dólares —dijo con voz monótona.

Bianca sacó la tarjeta y la acercó al terminal. Pago aprobado.

Recogió las bolsas y salió de la tienda.

En el vestíbulo chocó con alguien y una de las bolsas se le escurrió de la mano.

—Lo siento —empezó a decir, alzando la cabeza.

Y se quedó paralizada.

Mason estaba justo delante de ella.

Capítulo 5

Mason tenía un aspecto terrible. Unas ojeras profundas le ensombrecían el rostro y llevaba la camisa arrugada, como si de verdad hubiera pasado la noche en vela. Aunque Bianca sabía que no era así. Cuando se había asomado al dormitorio, él dormía tan profundamente que no la oyó salir.

—Bianca —dijo en voz baja—. Tenemos que hablar.

Ella no dijo nada. Se limitó a mirar con impotencia el suelo de mármol y las compras esparcidas a sus pies.

—Sube —continuó Mason, dando un paso hacia ella—. Por favor.

—No tenemos nada de qué hablar —dijo ella, agachándose a recoger la bolsa.

—Bianca, huir es una estupidez. Lo sabes tan bien como yo.

Ella soltó una risa corta y amarga, y se enderezó con la bolsa en la mano.

—¿Una estupidez? —repitió con una leve sonrisa burlona—. ¿Sabes qué fue de verdad una estupidez, Mason? Pasarme diez años confiando en un hombre que me traicionó.

Se dio la vuelta y se dirigió al ascensor. Mason la siguió.

Bianca pulsó el botón de llamada. Esperó en silencio. Las puertas se abrieron y entró. Mason la siguió. Pulsó el botón de su planta.

Las puertas se cerraron.

El silencio cayó entre ellos.

Bianca se quedó mirando la pared que tenía delante. Sentía su mirada clavada en ella. Él estaba justo detrás, un poco a la derecha.

Quería decir algo. Gritar. Apartarlo de un empujón. Pero no le quedaban fuerzas.

Por fin, las puertas se abrieron.

Salió primero, fue hacia el apartamento, sacó las llaves y abrió. Mason entró tras ella y cerró él mismo.

Bianca dejó las bolsas en el suelo del recibidor y se agachó a desatarse las zapatillas.

Fue entonces cuando Mason se quedó inmóvil de repente.

Ella levantó la cabeza y lo vio mirando hacia el pasillo, hacia la puerta entreabierta del fondo. El rostro le cambió. Apretó los labios en una línea fina. La nuez le subió y bajó al tragar.

Bianca se quitó las zapatillas despacio, se enderezó y lo miró a los ojos.

—¿Por qué no tiraste toda esa basura? —preguntó con voz neutra, como si no le importara, como si esas cosas de bebé no significaran nada para ella.

Mason la miró. Algo brilló en sus ojos: dolor, quizá. O rabia.

—¿Basura? —repitió en voz baja.

—Claro —Bianca se encogió de hombros y pasó junto a él hacia la cocina—. Todas esas cajas, los juguetes, la cuna. Llevan años ahí criando polvo.

Dejó las bolsas sobre la encimera y empezó a vaciarlas. Encendió la cafetera, aunque sabía perfectamente que en ese momento no habría podido tragar ni un sorbo.

Mason se quedó en el umbral de la cocina. En silencio. Observándola como si la viera por primera vez.

—Eso no es basura —dijo por fin, con voz ronca.

—¿Entonces qué es? —Se volvió hacia él y se apoyó en la encimera con los brazos cruzados—. ¿Reliquias? ¿Recuerdos?

Hizo una pausa y esbozó una sonrisa amarga.

—¿Para qué necesitas nada de eso, Mason? ¿Por qué guardar todas esas cosas cuando ahora tienes una hija de verdad? Una viva y sana. Una niña de siete años con otra mujer.

Pronunció las últimas palabras despacio, recalcando cada sílaba.

Mason se encogió como si le hubiera dado una bofetada.

—Bianca…

—No me vengas con «Bianca» —lo cortó—. Esto es lo que querías, ¿no? Una hija. Una niña. Pues ya la tienes. Linda. Tu hija.

Su voz sonó serena y firme, pero por dentro todo ardía.

Sentía que le desgarraban el corazón. Quería gritar, llorar, tirarle lo primero que pillara.

Pero aguantó el tipo. No iba a mostrarle cuánto la había herido. No iba a darle esa satisfacción.

Mason dio un paso hacia ella. Luego otro.

—No quería una hija con otra mujer —dijo en voz baja—. Quería una hija contigo. Solo contigo, Bianca.

Ella soltó una risa áspera y temblorosa, casi histérica.

—Por supuesto. Por eso me engañaste hace ocho años.

Mason hizo una mueca.

—No fue así…

—¿Entonces cómo fue? —gritó ella, perdiendo el control—. ¿Cómo fue, Mason? Venga. ¡Explícame cómo pudiste tener una hija con otra mujer mientras jurabas que solo me querías a mí!

Él se quedó frente a ella, con los puños apretados. Tenía la mandíbula tensa, la respiración agitada.

—Solo te quiero a ti —dijo con firmeza—. Siempre te he querido. Y sigo queriéndote.

—No te atrevas —lo empujó con las dos manos—. ¡No te atrevas a hablarme de amor! ¡Perdiste ese derecho!

Bianca se volvió bruscamente hacia la encimera, se aferró al borde, bajó la cabeza y cerró los ojos.

Respiró hondo y despacio, intentando recomponerse, pero fue inútil.

—Fue en una fiesta de la empresa —la voz de Mason le llegó desde justo detrás. Notaba el calor de su cuerpo en la espalda—. Apenas recuerdo esa noche. Bebí demasiado. Recuerdo coger el ascensor hasta mi habitación. Recuerdo pasar la tarjeta, y a partir de ahí todo es borroso. Me desperté a la mañana siguiente en la cama con una secretaria de Finanzas. Te juro que nunca quise eso. No recuerdo nada de nada. La despedí de inmediato, Bianca. Pero un mes después vino a verme y me dijo que estaba embarazada de un hijo mío.

—Vete —susurró Bianca—. Sal de aquí, Mason.

Escucharlo era insoportable. Peor aún era saber que había tocado a otra mujer. Y sabía exactamente a qué día se refería. Habían estado celebrando su primer gran negocio en un complejo rural. Ella no había ido porque a última hora empezó a encontrarse mal. Más tarde descubrió que era por el embarazo. Lo había dejado ir solo, confiando plenamente en él. Y esto era lo que había conseguido.

Y todo ese tiempo se había preguntado por qué él había empezado a evitarla de repente, echándole la culpa al cansancio y al trabajo. Resulta que era la culpa lo que lo estaba devorando por dentro.

—No. Vas a escucharme, Bianca. Porque esto tampoco fue fácil para mí. Me sentí como un completo cabrón por lo de esa noche. No podía mirarte a los ojos. La culpa me estaba destrozando. Nunca quise que pasara esto. Todavía no entiendo cómo acabó ella en mi habitación.

—¿No lo querías? —Bianca se giró para enfrentarlo—. ¡No lo querías y aun así te acostaste con ella! ¡Te emborrachaste, te metiste en la cama con otra mujer, y ahora qué? ¿Se supone que tengo que sentir lástima por ti?

Mason hizo una mueca, pero no retrocedió.

—No estoy pidiendo lástima —dijo con firmeza—. Solo quiero que sepas la verdad.

—¿La verdad? —Soltó una risa entrecortada, histérica—. ¿Qué verdad, Mason? ¿Que me engañaste estando borracho? ¿Eso debería hacerme sentir mejor?

—No estoy poniendo excusas —negó con la cabeza—. Estoy explicándome. Fue una noche. Una sola noche en diez años de matrimonio. Una maldita noche que ni siquiera recuerdo. Me odio por ello, Bianca. Todos estos años he vivido con el miedo de que lo descubrieras y me dejaras. Pensaba seguir ocultando la existencia de Linda. Pensaba contratar a alguien para que viviera con ella y la cuidara. Pero me aterraba que un día lo descubrieras por tu cuenta, y entonces fuera demasiado tarde para explicar nada. Ya he ocultado las consecuencias de mi error demasiado tiempo. Y ahora, sinceramente, no sé qué hacer.

—No, en serio —lo interrumpió ella—. Sabías que esto lo destruiría todo, ¿verdad? ¿O pensaste que iba a recibir a tu hija con los brazos abiertos?

Mason no dijo nada. Se quedó allí, con los puños apretados.

—Tenía la esperanza —dijo al fin—. Esperaba que lo entendieras. Llevamos meses hablando de adopción. Querías un hijo, Bianca. Hablabas de ello todos los días.

—¡Quería un hijo nuestro! —exclamó—. ¡O uno adoptado, pero que hubiéramos elegido juntos! ¡No la hija de tu amante!

—Nunca fue mi amante —replicó Mason—. Fue una noche. Una maldita noche que ni siquiera recuerdo.

—¿Y cuántas veces la viste después? —preguntó Bianca con frialdad—. ¿Mientras estaba embarazada? ¿Después de dar a luz?

Mason apartó la mirada.

—Dos veces. Una cuando me dijo que estaba embarazada, y otra cuando la hospitalizaron durante el embarazo. Le di dinero, me hice cargo de los gastos médicos. Eso fue todo, te lo juro. Mi plan era enviarle dinero cada mes, pero murió justo después de dar a luz y la niña se quedó sola. Por favor, Bianca…

Las manos de él se posaron sobre sus hombros, cuidadosas, casi delicadas. Ella se sacudió, intentando liberarse.

—¡No me toques!

Pero él no la soltó. La atrajo hacia sí y la envolvió con los brazos desde atrás. Apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—¡Suéltame! —Ella forcejeó, pero él la sujetó con fuerza.

—No —repitió—. No voy a soltarte. Nunca, Bianca.

Y fue entonces cuando ella se quebró.

Las lágrimas por fin se desbordaron, resbalando por sus mejillas en regueros calientes e incesantes. Sollozó con fuerza, incapaz de contenerse.

Mason la giró hacia él y la estrechó contra su pecho. Ella apoyó las manos en sus hombros e intentó empujarlo, pero no le quedaban fuerzas.

—¿Cómo pudiste? —susurró entre lágrimas—. ¿Cómo pudiste hacerme esto?

Él le acarició el pelo y le besó la coronilla.

—Lo siento —dijo con voz ronca—. Lo siento, Bianca. Nunca quise hacerte daño.

—Pero lo hiciste —sollozó—. Me has roto el corazón, Graham. Nada volverá a ser igual. No creo que pueda perdonarte jamás. Ya no hay un «nosotros».

Él la estrechó aún más. La sostuvo como si temiera que fuera a desaparecer en ese mismo instante.

—Lo arreglaré —susurró—. Te lo prometo. Lo arreglaré todo.

Bianca negó con la cabeza.

—Lo que se rompe no se puede arreglar —dijo en voz baja.

—Sí se puede —dijo él—. Solo hace falta tiempo.

Se quedó allí, entre sus brazos, llorando, mientras sentía cómo la camisa de él se empapaba con sus lágrimas.

Y se odiaba a sí misma por esa debilidad.

Porque incluso ahora, después de todo lo que él había hecho, una parte de ella aún quería quedarse con él.

Capítulo 6

Bianca se apartó de Mason. Se limpió la cara con el dorso de la mano. Dio un paso atrás. Luego otro.

—Necesito tiempo —dijo con voz ronca—. Aún no estoy lista para hablar de nada de esto.

Mason dio un paso hacia ella, pero Bianca levantó una mano para detenerlo.

—Por favor —añadió más suavemente—. Solo dame tiempo para asimilar todo esto.

Él no dijo nada. Solo la miró con tanto dolor en los ojos que por un segundo ella quiso lanzarse de nuevo a sus brazos y derrumbarse otra vez.

Pero no. No podía.

—De acuerdo —dijo él por fin, asintiendo—. ¿Cuánto tiempo necesitas?

Bianca se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá un día. Quizá una semana. Quizá un mes. Solo... déjame sola.

—¿Te vas a quedar aquí? —preguntó Mason con cautela.

—Sí. Y tú vuelve a casa. Con... —titubeó. No era capaz de pronunciar el nombre de la niña.

Mason apretó los labios y asintió.

—Te llamaré —dijo.

—No lo hagas —Bianca negó con la cabeza—. Ya me pondré en contacto yo cuando esté lista. Solo déjame en paz. No quiero verte ni oír tu voz ahora mismo.

Él se quedó allí unos segundos más, mirándola, luego se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. En el umbral, se detuvo.

—Te amo, Bianca —dijo sin darse la vuelta.

Ella se quedó en medio de la cocina. El silencio la oprimía. Bianca clavó la mirada en la puerta cerrada y sintió que el vacío en su interior seguía extendiéndose.

Negó con la cabeza. No. Ahora no. No iba a llorar más.

Bianca entró en el dormitorio, se puso unos vaqueros y una camiseta, y se recogió el pelo en una coleta alta. Agarró un bolso de gimnasio y metió dentro una botella de agua.

Sus problemas familiares no iban a afectar a su trabajo.

El estudio estaba a veinte minutos en coche del apartamento. Bianca subió el volumen de la música y condujo, intentando no pensar. Encontró un sitio para aparcar cerca del edificio. Luego miró el letrero a través del parabrisas y sonrió a pesar de todo.

Estudio de Danza Harmony.

Su bebé. Su refugio. Su todo.

Recordaba cómo, diez años antes, todo aquello no había sido más que una pasión. Bianca había bailado desde la infancia, pero nunca había imaginado que se convertiría en algo más grande. Se casó, pensaba centrarse en la casa, en formar una familia...

Pero los hijos nunca llegaron, y la danza se quedó con ella.

Al principio, daba clases en el estudio de otra persona. Un par de veces a la semana. Solo porque le encantaba. Luego empezaron a aparecer alumnos regulares. Después más. Y entonces Mason le sugirió que abriera su propio estudio.

Bianca se negó.

Dijo que era demasiado. Que no podría manejarlo. Que tenía miedo.

Pero él siguió insistiendo. Creía en ella más de lo que ella creía en sí misma. Encontró el local, ayudó con la reforma, el papeleo, la publicidad, la contabilidad.

Y ahora, siete años después, Harmony se había convertido en una de las mejores escuelas de baile de salón de la ciudad. Cuatro

estudios. Doce instructores. Más de trescientos alumnos.

Había construido todo aquello paso a paso, desde una pequeña sala alquilada hasta un espacioso estudio en el centro, desde cinco alumnos hasta clases completas.

La danza siempre la había salvado. Cuando no podía quedarse embarazada. Cuando sentía que toda su vida se desmoronaba. Venía aquí y se olvidaba de todo. La música, el movimiento, el ritmo: todo arrastraba el dolor, al menos por un rato.

Nada más entrar, Sylvia, en la recepción, la saludó con una sonrisa.

—¡Buenos días, Bianca!

—Hola —dijo Bianca asintiendo, forzando una sonrisa.

—Hoy has llegado temprano. Tus clases no empiezan hasta dentro de una hora —dijo Sylvia, sorprendida.

—Lo sé. Quiero repasar la coreografía. Quizá hacer algunos cambios antes de que lleguen Michael y Helena.

Sylvia asintió con comprensión.

—El campeonato es dentro de tres días, ¿verdad?

—Sí —dijo Bianca—. Todo tiene que ser perfecto.

Pasó junto a la recepción, caminó por el pasillo, abrió la puerta del estudio principal y encendió las luces.

Espejos de pared a pared. Suelos de madera. Techos altos. Todo le resultaba tan familiar.

Bianca dejó el bolso junto a la pared y puso la música. Un vals lento. Cerró los ojos, respiró hondo y empezó a moverse.

Al principio fue solo un calentamiento: estiramientos, pasos básicos. Luego más rápido. Más intenso.

La música llenó la sala. La llenó a ella. Y durante unos minutos, Bianca se olvidó de todo: de Mason, de Linda, de aquella maldita noche de hacía ocho años.

Por fin, la música se desvaneció.

Bianca se detuvo en el centro de la sala. Respirando con dificultad, se miró en el espejo y se dedicó una sonrisa débil y cansada.

La danza siempre la había salvado. Tenía que salvarla ahora también.

Dio unos largos tragos de agua, y solo entonces recordó que aún no había comido nada en toda la mañana. Justo entonces, la puerta del estudio se abrió y entró Helena. Solo tenía doce años, pero era realmente talentosa. En tres años de entrenamiento, ya había superado a muchos niños que llevaban practicando desde pequeños.

—Oh, Bianca, ya estás aquí. ¿Llego tarde? —preguntó Helena con una sonrisa.

—No, solo llegué temprano. Quería repasar la coreografía —dijo Bianca, enroscando el tapón de la botella de agua.

Helena se acercó y le examinó el rostro.

—¿Estás bien? —preguntó con cautela—. Se te ve... muy pálida. Y cansada.

—Estoy bien —dijo Bianca, forzando otra sonrisa—. Es que no he dormido bien. Ve a estirar mientras esperamos a Michael.

Diez minutos después, apareció Michael.

Bianca estaba a punto de poner la música cuando el móvil le vibró en el bolsillo. Lo sacó y miró la pantalla.

Mamá.

Así había guardado el número de su suegra diez años atrás, cuando se casó con Mason. Porque Francesca se había convertido de verdad en una madre para ella, después de que la suya muriera cuando Bianca era apenas una niña.

Se le encogió el corazón.

¿Le habría contado Mason todo? ¿Era por eso que llamaba?

Bianca quería rechazar la llamada, pero no podía. Su conciencia no se lo permitía.

Francesca siempre había sido buena con ella. Desde el primer día, la había tratado como a una hija. Diez años atrás, cuando Bianca tuvo que admitir que nunca había habido ningún embarazo, que todo había sido un error, había esperado un escándalo. Reproches. Había esperado que la llamaran mentirosa y le dijeran que no era digna de formar parte de la familia Graham. Siempre había habido un abismo entre ellas: de dinero, de estatus, del mundo en el que cada una había crecido.

Pero su suegra simplemente la había abrazado y le había dicho que todo iría bien, que los hijos no eran lo más importante. El amor y la comprensión sí lo eran.

Más tarde, cuando Bianca pasó años intentando quedarse embarazada, Francesca estuvo a su lado. Encontró al mejor médico de la ciudad. La acompañó a las citas. Le cogió la mano cuando Bianca lloraba tras cada nueva decepción.

Y cuando perdió al bebé, su suegra apenas se separó de ella durante tres días: cocinaba, limpiaba, se sentaba a su lado en silencio.

Porque en momentos así, las palabras no sirven de nada.

En los últimos diez años, Francesca se había convertido en una verdadera madre para ella, la madre que Bianca había echado de menos toda su vida.

Así que no podía ignorar su llamada.

—Salgo un momento. Repasad la rutina sin mí, ¿vale? —dijo, volviéndose hacia los chicos.

Ya en el pasillo, Bianca contestó.

—Hola, Francesca —dijo, con la voz menos firme de lo que habría querido.

—¡Bianca, cariño! —La voz cálida de la mujer sonó al otro lado —. Me alegro tanto de que hayas cogido. Empezaba a pensar que estabas ocupada.

Bianca se quedó callada un segundo, esperando que Francesca mencionara a Mason. Y a Linda. Y lo que había pasado.

Pero Francesca se puso a hablar de algo completamente distinto.

—Escucha, no consigo decidirme. Mañana es mi cumpleaños y todavía no sé qué vestido ponerme. ¿Te acuerdas de ese beige que te gustaba? ¿O crees que el azul queda mejor?

Mañana era su cumpleaños.

Dios, se le había olvidado por completo.

Se apoyó en la pared y cerró los ojos.

Claro que mañana era el cumpleaños de Francesca. Cumplía sesenta. Estaba organizando una velada íntima con la familia y los amigos más cercanos.

¿Cómo había podido olvidarlo?

—¿Bianca? ¿Sigues ahí? —La voz de su suegra la sacó de sus pensamientos.

—Sí, sí, perdona —dijo Bianca rápidamente—. Estaba pensando. El beige, Francesca. Sin duda, el beige.

La verdad era que Bianca ni siquiera estaba segura de que su suegra necesitara de verdad su opinión. Francesca tenía un gusto impecable. Entendía de moda mucho mejor de lo que Bianca entendería jamás; al fin y al cabo, había pasado la mayor parte de su vida rodeada de la comodidad y el lujo que el padre de Mason le había dado.

—Te quedará perfecto —continuó Bianca—. Te resaltará los ojos y te quitará años de encima. No lo dudes ni un momento.

—Siempre sabes exactamente qué decir para tranquilizarme. Gracias, cariño. Pues será el beige. Buscaré los zapatos a juego. Dios, todavía queda tanto por hacer. Menos mal que contraté organizadores; yo sola no habría podido ni elegir la tarta. Ah, ¿y podríais Mason y tú venir un poco antes? Papá y yo queríamos hablar con vosotros de algo.

Así que Mason no le había contado nada. Nada de la pelea. Nada de que Bianca lo había dejado. Nada de que lo suyo quizá ya se había acabado.

—¿Bianca? —La voz de Francesca se tornó inquieta—. ¿Ha pasado algo?

Bianca abrió la boca.

Quería decir la verdad. Quería contarlo todo tal como era: que el hijo de Francesca había traído a casa a una hija de otra mujer, que le había sido infiel, que ya no podía seguir con él.

Pero las palabras se le atragantaron.

No podía arruinarle la celebración a Francesca. No podía destrozarle el cumpleaños con sus problemas. Francesca no había hecho nada malo. No se lo merecía.

—No, todo bien —se obligó a decir Bianca—. Es que hay mucho lío. Estoy preparando a los chicos para el campeonato y tengo la cabeza como un bombo.

—¡Ah, es verdad! La competición es en tres días, ¿no? ¿Cómo he podido olvidarlo? —Su suegra volvió a reírse—. No te entretengo más. Nos vemos mañana, ¿vale?

Bianca no respondió de inmediato. Apretó el móvil con más fuerza.

No podía no ir. No podía fallarle.

Francesca nunca había hecho nada para hacerle daño. Siempre había estado de su lado. Siempre la había apoyado. La había querido como a una hija. Bianca no tenía derecho a faltar a su cumpleaños solo porque su hijo hubiera resultado ser un cabrón.

—Claro que sí —dijo al fin.

—Bien. Nos vemos mañana, cariño. Y no te agobies tanto. Todo va a salir bien. Tus chicos van a ganar, seguro. Eres una entrenadora estupenda.

—Gracias —susurró Bianca.

Francesca se despidió y colgó.

Durante unos segundos, Bianca se quedó en el pasillo, con la mirada fija en la pantalla del teléfono.

Mañana tendría que ver a Mason.

Tendría que sonreír, fingir que todo entre ellos iba bien. Fingir que era una esposa feliz por el bien de Francesca. Porque Francesca no merecía ver cómo la familia de su hijo se desmoronaba el día de su cumpleaños.

Bianca respiró hondo, soltó el aire despacio, se guardó el teléfono en el bolsillo y volvió al estudio.

Capítulo 7

—Quizá deberíamos ir a un consejero matrimonial —dijo Mason, rompiendo el silencio mientras conducían.

Bianca dejó escapar un bufido y se volvió hacia la ventanilla, observando las casas y los árboles que pasaban fugaces.

—No necesito ningún consejero —dijo con frialdad—. Lo que necesito es que dejes de agobiarme. Podría haber llegado al restaurante perfectamente sola.

—Bianca, vamos al cumpleaños de mi madre. Juntos. Como familia.

—Como mentirosos, querrás decir —se colocó el pelo y se volvió para mirarlo.

Mason apretó el volante con más fuerza. Tensó la mandíbula. Llevaba un elegante traje azul marino y camisa blanca. Como siempre, estaba impecable. Bianca llevaba un vestido verde esmeralda que había comprado para la ocasión un mes antes, cuando aún no sabía que su marido era un traidor.

—Mi madre no sabe nada —dijo en voz baja—. Y te pido que no se lo cuentes hoy.

Si era sincera consigo misma, el hecho de que Francesca tampoco hubiera sabido nada durante todos estos años, que tuviera una nieta sin saberlo, resultaba extrañamente reconfortante. Bianca no quería ser la única que había estado completamente a oscuras, la única engañada por todos los que amaba.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa amarga—. Sigamos fingiendo ser la pareja feliz.

—Bianca…

—No me vengas con «Bianca» —se volvió hacia él bruscamente—. ¿De verdad crees que voy a montar una escena en el cumpleaños de tu madre? No soy tan desalmada, Mason. A diferencia de otros.

Mason no dijo nada. El coche se detuvo en un semáforo en rojo.

La había recogido diez minutos antes, después de avisarle de que irían juntos. Aunque no quería, pensó en Linda. ¿Quién la estaría cuidando? Le irritaba darse cuenta de que ahora había una extraña en la casa que había pasado diez años convirtiendo en un hogar para su familia. Que ya no podía vivir allí. Que ni siquiera podía volver sin que le doliera. Había tenido que pedirle a Mason que le enviara el vestido por mensajero.

—Voy contigo solo porque quiero a tu madre, no porque te haya perdonado —continuó Bianca, mirando al frente—. Siempre ha sido buena conmigo. Se preocupó por mí. Me apoyó. Y no es culpa suya que su hijo resultara ser un cabrón.

—Basta —dijo él con voz dura—. Lo entiendo. Soy un mentiroso, un traidor, un cabrón. Ya lo he oído diez veces.

Sus palabras lo enfadaron. Lo que lo enfadó aún más fue que ella no lo hubiera superado tan rápido como él aparentemente esperaba, que no hubiera aceptado la situación y que no hubiera abierto su corazón de repente a su hija.

—¿Diez veces? Pobrecito —replicó Bianca—. Yo tengo que vivir con esto el resto de mi vida.

El semáforo se puso en verde y Mason arrancó.

—No sugerí la terapia porque sí —dijo tras un momento—. Necesitamos ayuda, Bianca. No podemos con esto solos.

—No —negó con la cabeza—. Tú no puedes con esto. Yo estoy perfectamente. Ya he asumido que nuestro matrimonio se ha acabado.

Sintió que Mason giraba la cabeza bruscamente hacia ella. A ella también le dolía decir esas palabras, pero ¿qué otra opción

tenían? Por mucho que lo amara, no podía perdonar aquello. No sabía cómo iba a vivir sin él. La noche anterior había sido insoportable. Estaba acostumbrada a tenerlo a su lado, acostumbrada al sonido de su respiración, acostumbrada a quedarse dormida envuelta en sus brazos, pegada al calor de su cuerpo.

—No digas eso —dijo Mason con voz ronca.

—¿Por qué no? Es la verdad —Bianca se encogió levemente de hombros—. Me engañaste. Tienes una hija con otra mujer. Lo ocultaste todo. Así que ¿de qué matrimonio estamos hablando?

—¡Del que pasamos diez años construyendo! —replicó, alzando la voz—. ¡En el que invertimos tanto tiempo, tanto esfuerzo y tanto amor!

—¿Amor? —se volvió hacia él—. ¿De qué amor hablas, Mason? ¿De un amor construido sobre mentiras?

—Te quiero —dijo apretando los dientes—. Siempre te he querido. Solo a ti. Incluso cuando todos a mi alrededor decían que habías mentido sobre el embarazo solo para que me casara contigo, nunca les creí. Sí, estaba enfadado porque no me dijiste la verdad antes. Sí, dije cosas que no debería haber dicho en nuestra noche de bodas, y lo lamento. Pero después de aquello, nunca te lo eché en cara ni volví a mencionarlo. Entonces, ¿por qué no puedes perdonarme un maldito error?

—¿Quién dijo eso? —preguntó, sintiendo un frío que se extendía por dentro. Su ánimo se ensombreció por completo. ¿Así que eso era lo que sus amigos habían pensado de ella?

Mason no dijo nada, con los ojos fijos en la carretera. Bianca notaba que ya se arrepentía de habérsele escapado.

—Mason, ¿quién dijo que mentí sobre el embarazo para atraparte? —repitió, con más dureza esta vez.

Él dejó escapar un hondo suspiro.

—Da igual. Fue hace mucho tiempo.

—A mí no me da igual —dijo con tono cortante—. ¿Quién?

Un silencio largo y denso se instaló en el coche.

—Stanley, Eleanor, Austin. Todos —admitió al fin—. No paraban de preguntar cuándo salías de cuentas, y tuve que decirles que había habido un error. Decidieron que habías mentido a propósito para atraparme.

—Claro, por supuesto —Bianca soltó una risa amarga—. Porque obviamente soy una cazafortunas. ¿Cómo pude olvidarlo?

—Bianca, acabo de decirte que nunca creí eso—

—Pero ellos sí lo dijeron —lo interrumpió—. Tus amigos. Los mismos que me sonreían, me halagaban y eran encantadores conmigo mientras me llamaban mentirosa a mis espaldas.

—Eso fue hace mucho tiempo... —Mason volvió a suspirar. Luego, cambiando de tema de golpe, añadió—: Estás preciosa esta noche. Ese color te sienta muy bien.

Ella no respondió y volvió la vista hacia la ventana. Él también estaba muy guapo, por supuesto, pero no pensaba decírselo.

La verdad era que Mason solo había mejorado con los años, tanto físicamente como en su forma de ser. Había sido casi el marido perfecto. Nunca olvidaba un aniversario, siempre le traía flores y regalos caros en cada fecha señalada, le consentía todos los caprichos y la colmaba de atenciones. Una esposa siempre sabe cuándo un hombre se enfría, cuándo empieza a perder interés, a distanciarse. Entre ellos nunca había pasado eso. Él había sido impecable. Pero ahora Bianca no dejaba de pensar que toda aquella perfección había estado motivada por la culpa desde el principio.

—En fin, finjamos durante un par de horas que entre nosotros todo sigue bien —dijo ella al fin—. Después, ya decidirás tú cómo contárselo a tu familia. Yo quiero pasar página y olvidarme de todo esto cuanto antes.

Capítulo 8

Llegaron al restaurante. Mason aparcó y apagó el motor. Durante unos segundos, ninguno de los dos habló.

—¿Lista? —preguntó él.

—Tanto como pueda estarlo —respondió Bianca con sequedad mientras abría la puerta.

Salió del coche y se alisó el vestido. Mason rodeó el vehículo, sacó un enorme ramo de rosas blancas del asiento trasero y se detuvo a su lado. Luego le tendió la mano. Bianca miró primero la palma y después el rostro de él.

—No.

—Tenemos que parecer una pareja.

Apretó los dientes, pero aun así dejó que le tomara la mano. Los dedos de Mason se cerraron alrededor de los suyos de inmediato, y se le puso la piel de gallina. Igual que antes. A pesar de todo, seguía amando demasiado a su marido, y su cuerpo seguía reaccionando intensamente a su contacto. Eso, más que nada, la enfurecía en ese momento.

—¡Mason! ¡Bianca! —En cuanto entraron en el restaurante, Francesca se acercó directamente a ellos.

Llevaba el mismo vestido beige que habían elegido juntas el día anterior. Bianca dio un paso adelante, la abrazó y la besó en ambas mejillas.

—Feliz cumpleaños, mamá —dijo con calidez—. Te deseo mucha felicidad y que cumplas muchos más.

—Gracias. Mírate, estás preciosa esta noche.

Mason abrazó a su madre y le entregó las flores.

—Feliz cumpleaños, mamá. Estás guapísima.

Francesca se rio y le dio una palmadita en el hombro a su hijo. Casi de inmediato, el padre de Mason se unió a ellos. Bianca nunca había tenido tanta confianza con él como con su suegra. Alec pasaba la mayor parte del tiempo fuera por negocios en el extranjero.

Cuando ella y Mason se casaron, las cosas entre él y su padre estaban tensas. Alec era un peso pesado en el sector de la construcción y siempre había dado por sentado que su hijo acabaría tomando las riendas. Pero Mason no tenía ningún interés en ese mundo. Discutieron. El marido de Bianca montó su propio negocio de servicios de automoción, y aunque su padre le había dado dinero para empezar, nunca lo apoyó de verdad: esperaba que su hijo fracasara y volviera arrastrándose.

Pero Mason había resultado ser demasiado inteligente y demasiado ambicioso para eso. A estas alturas, probablemente no había una sola ciudad importante sin al menos un lavadero de coches o taller suyo.

Bianca saludó a Alec con educación. Tras un breve intercambio, se escabulló del círculo de atención que rodeaba a los hombres Graham. Fingir esa noche era casi insoportable. Lo único que quería era volver al apartamento y no ver a nadie. Pero, como si estuviera orquestado, un pariente tras otro se le acercó.

Las tías, los tíos y los primos de Mason. Respondió a sus saludos, sonrió e interpretó el papel de esposa feliz.

—Bianca, ¿has perdido peso? —preguntó la tía Zoe, observándola con atención.

—Un poco —respondió Bianca sin dar más detalles.

—Bianca ha estado trabajando mucho últimamente —intervino Mason de inmediato, apareciendo de repente a su lado y atrayéndola hacia él. Le puso la mano en la cintura. Bianca se estremeció ante el contacto, pero no se apartó—. El estudio de baile le exige mucho.

Sus dedos se movieron lentamente sobre su cintura, con una intimidad casi provocadora.

Ella se tensó.

—Sí, he tenido mucho trabajo —dijo Bianca asintiendo mientras intentaba alejarse, pero Mason no la dejó.

Su primo Arnold se acercó con su esposa. Mason seguía sin apartar la mano. Es más, su pulgar empezó a trazar círculos en su costado. A través de la fina tela del vestido, Bianca sentía cada caricia.

—Bianca, tú y Mason seguís tan enamorados como hace diez años —dijo Lena con una sonrisa—. La verdad es que me dais envidia.

Las palabras le golpearon como un puñetazo en el estómago.

—Sí —respondió Bianca con tensión—. Seguimos igual.

Mason se inclinó y le dio un beso suave en la sien.

—Soy el hombre más afortunado del mundo —dijo, mirándola a los ojos.

Todo dentro de ella se contrajo. De rabia. De dolor. Por la facilidad con la que él mentía.

Por suerte, todos los invitados habían llegado ya, y pidieron a los presentes que tomaran asiento. Mason le retiró la silla y se sentó a su lado. Demasiado cerca. Su muslo presionaba contra el de ella.

Los camareros pasaron con las bebidas. Mason le sirvió agua a Bianca y colocó el vaso delante de ella. Los dedos de él le rozaron la mano.

—Gracias —masculló ella entre dientes.

Él sonrió y se inclinó más.

—Estás preciosa esta noche —le susurró al oído.

El aliento de él le rozó el cuello. Se le puso la piel de gallina otra vez.

—Aléjate —siseó ella en voz baja.

—No puedo. Todo el mundo nos mira.

Bianca giró la cabeza. Tenía razón: varios parientes los miraban de reojo con sonrisas cómplices. Bajo la mesa, cerró los puños.

Mientras tanto, el maestro de ceremonias había comenzado con el típico discurso de bienvenida, y Mason le deslizó una mano sobre el muslo por debajo de la mesa.

Bianca se volvió hacia él bruscamente.

—Para —susurró.

—Bianca… —empezó él.

—He dicho que pares.

Le apartó la mano de un empujón y alejó la silla de él todo lo que pudo. Mason la miró, y había algo oscuro y hambriento en sus ojos.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Es solo que… te echo tanto de menos.

—Ese no es mi problema —respondió Bianca con frialdad.

Se dio la vuelta y miró a Francesca, que en ese momento se ponía de pie con un micrófono en la mano.

Bianca no podía concentrarse en nada de lo que estaba pasando. Sentía la mirada de Mason clavada en ella, el calor de su cuerpo junto al suyo.

La cena continuó. Sirvieron la comida, pero ella apenas probó bocado. Mason intentó hablarle varias veces, pero ella respondió con monosílabos.

Después de media hora, Bianca no pudo soportarlo más.

—Disculpad —dijo, levantándose de la silla—. Necesito ir al baño.

Cruzó la sala y entró en el baño de señoras. Se acercó al espejo y se miró. Pero antes de que pudiera siquiera abrir el grifo, la puerta a su espalda se abrió de golpe.

Bianca alzó la vista y vio a Mason en el espejo.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué haces? —Se giró bruscamente—. ¡Este es el baño de señoras!

Él cerró la puerta tras de sí y echó el pestillo.

—Mason...

Dio un paso hacia ella. Luego otro.

—No te acerques más —advirtió Bianca, retrocediendo.

Pero un segundo después, su espalda chocó contra el borde del lavabo. No tenía adónde ir. Mason se plantó frente a ella y le puso las manos en la cintura.

—¡No me toques! —Intentó apartarlo.

Pero él no la soltó. La atrajo hacia sí, casi aplastándola contra su cuerpo.

—No puedo hacer esto sin ti —susurró con voz ronca—. No puedo, Bianca.

Él deslizó las manos desde la cintura hasta las costillas de ella.

—Suéltame —dijo ella, pero la voz le tembló, traicionándola.

—Te echo tanto de menos —continuó él, acercándose cada vez más—. Cada noche. Cada día. Me estoy volviendo loco sin ti.

—Solo han pasado dos días. No seas dramático.

Los labios de él le rozaron el cuello.

Su cuerpo la traicionó al instante. Se le puso la piel de gallina y la respiración se le volvió entrecortada.

—Para —Intentó apartarlo de nuevo, pero era increíblemente difícil. Su cuerpo recordaba demasiado bien lo que siempre había sentido al estar con él.

—No puedo —susurró él contra su piel—. No puedo parar.

Las manos de él se apretaron en la cintura de ella. Una se deslizó más arriba, hacia el pecho.

—¡Mason!

Bianca lo empujó con fuerza.

Él retrocedió un paso, tambaleándose. La miró fijamente con expresión desquiciada, respirando con dificultad.

—Bianca...

—No te atrevas —dijo ella, enderezándose—. No te atrevas a tocarme. Me das asco, Mason.

Lo vio estremecerse ante sus palabras.

—Me das asco —repitió, con más firmeza esta vez—. Cada vez que me tocas, quiero arrancarme tu tacto de la piel. Porque recuerdo que esas mismas manos la tocaron a ella. A esa mujer.

Mason palideció.

—Fue...

—¡No me importa! —gritó Bianca—. ¡No me importa cuándo pasó ni cuántas veces! ¡Me engañaste! ¿Y ahora crees que puedes acorralarme contra una pared y que todo volverá mágicamente a ser como antes?

Lo rodeó y se dirigió hacia la puerta.

—Bianca, espera —Mason le agarró el brazo.

Ella se soltó de inmediato.

—¡No me toques! —Bianca se giró bruscamente hacia él—. Lo digo en serio, Mason. Si intentas ponerme las manos encima una vez más, me voy ahora mismo. No me importará que sea el cumpleaños de tu madre. No me importará nada de esto. ¿Me entiendes?

Se sentía histérica, pero ya no había forma de contenerse. Dios, si alguien supiera lo difícil que era esto para ella.

Mason se quedó allí de pie, con los puños apretados, respirando con dificultad.

—Lo entiendo —dijo por fin.

—Bien —Bianca abrió la puerta—. Entonces vuelve a la mesa. Y mantente alejado de mí.

Salió del baño, se encontró cara a cara con Francesca y se quedó paralizada.

Capítulo 9

Por un instante, Bianca pensó que Francesca había oído todo lo que le había dicho a Mason.

Mason salió justo detrás de ella. Su madre esbozó una sonrisa; era evidente que había llegado a la conclusión de que, como dos enamorados imprudentes, habían estado haciendo algo indecente en el baño.

—Vaya con vosotros dos —susurró, negando con la cabeza—. ¿No podíais esperar a que terminara la fiesta?

Bianca se ruborizó. Mason no dijo nada, pero el amago de sonrisa en sus labios dejaba claro que la conclusión de su madre no le molestaba en absoluto.

—Mamá —dijo con voz ronca—. Solo estábamos hablando.

—Ah, claro. Hablando —Francesca sonrió con complicidad—. Bueno, lo llamaremos así. Pero ya que estáis los dos aquí, venid conmigo.

—¿Adónde? —preguntó Bianca, esforzándose por mantener la calma.

—Tu padre y yo queríamos hablar con vosotros sobre algo. Algo importante —dijo Francesca, con voz suave pero insistente—. Te lo mencioné ayer, Bianca.

Bianca miró a Mason de reojo. Él se limitó a encogerse de hombros; tampoco tenía ni idea de qué iba aquello. Siguieron a su madre por el pasillo y subieron las escaleras hasta el segundo piso, donde había varias salitas privadas y acogedoras, alejadas del bullicio del comedor principal. Francesca abrió una de las puertas y los hizo pasar.

Alec estaba sentado a la mesa, con aspecto serio y una copa de vino tinto en la mano. Cuando entraron, se puso de pie. Francesca cerró la puerta, se volvió hacia ellos y suspiró hondo.

—Chicos —dijo—. Vuestro padre y yo llevamos mucho tiempo dándole vueltas a cómo empezar esta conversación. Sabemos que no es fácil, pero... ya habéis sufrido bastante.

Bianca se quedó rígida. ¿Qué estaba pasando?

—Mamá, ¿de qué estás hablando? —preguntó Mason.

—Hablamos de que ambos merecéis ser felices —intervino Alec, dejando la copa sobre la mesa—. Tu madre y yo sabemos cuánto lo habéis intentado todos estos años. Los hospitales, los médicos... hemos visto todo lo que habéis pasado. Y no podemos quedarnos de brazos cruzados.

A Bianca se le secó la garganta. Dio un paso atrás mientras la tensión le oprimía el pecho.

—Papá... —comenzó Mason, pero su madre lo interrumpió.

—Mason, déjame hablar. Hemos encontrado una clínica a través de unos amigos. Buena. De confianza. Todo se puede hacer como es debido. Completamente legal.

—¿Hacer? —preguntó Bianca con un hilo de voz.

—Gestación subrogada.

Se hizo el silencio.

Bianca los miró fijamente, incapaz de creer lo que acababa de oír.

—¿Qué? —susurró.

—Bianca —dijo Francesca, acercándose a ella—. Cariño, solo piénsalo. Ya habéis sufrido bastante. No tiene nada de malo que otra mujer lleve al bebé. Lo importante es que el niño seguiría siendo vuestro. Tuyo y de Mason. Vuestros genes, vuestra sangre.

Bianca no dijo nada. Lo único que podía oír era su propia respiración.

No podía haber peor momento.

Si Francesca hubiera sugerido algo así una semana antes, Bianca lo habría considerado seriamente. Porque al final, ¿qué

importaba quién llevara al bebé si el niño seguiría siendo de ellos? Pero ahora...

Ahora Bianca estaba buscando un buen abogado de divorcios.

Así que, lejos de darle esperanza, aquellas palabras solo le hacían más daño.

—Mamá —dijo Mason en voz baja—. No es tan simple.

—Lo entendemos, hijo —dijo su padre—. Pero ya nos hemos informado de todo. Tienen lista de espera de año y medio, pero... —hizo una pausa y miró a Mason a los ojos—. Están dispuestos a hacer una excepción con nosotros.

—¿Una excepción? —Mason frunció el ceño.

—Sí —dijo Alec—. Ya hemos hablado con el dueño de la clínica. Os aceptarán sin la espera habitual. E incluso podréis elegir a la mujer que lleve a vuestro bebé. Ya tienes cuarenta años, Mason, y Bianca tampoco es que rejuvenezca. Tenéis que probar todas las opciones. Si la FIV no ha funcionado, es hora de dar el siguiente paso.

A Bianca le pareció que el suelo se hundía bajo sus pies.

Todo a su alrededor se volvió borroso.

Entendía que no pretendían reprochárselo. Sus suegros nunca la habían culpado por no poder darles un nieto. Pero ahora estaba demasiado vulnerable, demasiado rota, y cada palabra le caía como un mazazo. Como si le estuvieran recordando que era defectuosa. Incompleta.

La habitación se le hacía asfixiante y su respiración se aceleró.

—Solo queremos que por fin seáis padres —dijo Francesca con dulzura—. Y que nosotros por fin seamos abuelos.

Mason miró a Bianca con una expresión extraña. Él también entendía que la oferta de sus padres había llegado en el peor momento posible.

En su interior, Bianca sintió que algo frágil y esencial empezaba a resquebrajarse.

Había pasado toda la noche fingiendo, interpretando el papel de esposa feliz y querida. Había pasado toda la noche al límite de sus fuerzas.

Y ahora había llegado a él.

Miró a su marido, luego a su suegra y a su suegro. Respiró hondo.

El castillo de naipes se estaba derrumbando.

Todo lo que habían construido se derrumbaba con él.

Habían soñado con hijos, pero nunca iban a tenerlos.

Y en ese momento, lo entendió con más claridad que nunca.

—No creo que Mason necesite una gestante. Ya tiene una hija. Con otra mujer. Enhorabuena, tenéis una nieta. Tiene siete años y se llama Linda.

Las palabras le brotaron solas, cortantes de amargura. Se había prometido no arruinar la velada, pero al parecer eso era exactamente lo que acababa de hacer.

Se hizo el silencio.

Francesca parpadeó una vez, luego otra, mirando a Bianca como si no pudiera entender lo que acababa de oír.

—Bianca —dijo lentamente—. ¿De qué estás hablando?

Bianca sentía la mirada de Mason clavada en ella. La miraba con tal furia que por un instante tuvo miedo de verdad. Se le habían oscurecido los ojos, la mandíbula tensa.

—Bianca —dijo él, en voz baja y peligrosa—, no lo hagas.

Pero ya era demasiado tarde.

—Mason, ¿qué está pasando? —Alec dio un paso adelante—. ¿Es cierto esto?

Mason no le quitó los ojos de encima. Estaba furioso. Pero ¿de verdad había planeado ocultarles a su propia hija para siempre? ¿O pretendía hacer pasar a Linda por una niña que supuestamente habían adoptado? Habría sido absurdo. Linda podía ser una extraña para Bianca, pero para sus padres era su propia sangre.

—¡Mason! —la voz de Francesca se elevó—. Explícate. Ahora.

Bianca se apartó de su marido y miró a sus padres, sus rostros confundidos y asustados.

—Dejad que vuestro hijo os lo cuente él mismo —dijo con cansancio—. Me voy.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¡Bianca, espera! —Mason le agarró el brazo.

Ella se soltó de inmediato.

—¡No me toques!

—Bianca, espera, no hagas esto...

—Me voy —dijo en voz baja.

Se zafó de él y casi corrió hacia la puerta. Aferró el pomo y de repente se detuvo.

Se volvió.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Siento haber arruinado vuestra velada. Esto... no debería haber pasado así.

La culpa la quemaba por dentro. No había sido capaz de contenerse, y ahora había arruinado la noche para todos.

—Bianca, cariño, no entiendo nada de esto —dijo Francesca, conmocionada.

—Preguntadle a vuestro hijo —dijo Bianca señalando a Mason —. Él os lo explicará todo.

Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. La voz de Alec resonó de inmediato desde el otro lado:

—Mason, ¿qué nieta? ¿De qué está hablando?

Bianca no se detuvo. Recorrió el pasillo hasta la escalera, bajó a toda prisa, cruzó el comedor sin mirar a los invitados ni la fiesta que la rodeaba.

Le ardía el pecho.

Estaba al límite. Acababa de conseguir calmarse, y ahora todo había empezado de nuevo. Contenía las lágrimas con las últimas

fuerzas que le quedaban.

Salió al exterior. El aire frío de la noche le golpeó la cara. Por dentro, todo palpitaba de dolor: débil al principio, luego cada vez más fuerte, hasta que respirar se volvió casi imposible.

Bianca rodeó la esquina del edificio, hasta un lugar donde no había nadie. Unos arbustos frondosos bordeaban la pared. Se deslizó detrás de ellos para que nadie la viera y se detuvo, apoyando una mano en el muro de ladrillo.

Solo entonces soltó el aliento.

Se le cerró la garganta. Apretó los ojos, pero las lágrimas brotaron de todos modos. Los hombros empezaron a temblarle. Bianca se llevó una mano a la boca para que no escapara ni un sonido, para que nadie la oyera.

Dolía demasiado.

Sacó el móvil y abrió la aplicación de Uber. Los dedos le temblaban mientras tecleaba la dirección. Reservó el viaje. El coche llegaría en tres minutos.

La puerta del restaurante se abrió y Bianca se tensó un instante. Pero no era Mason. Al parecer, seguía dentro dando explicaciones a sus padres.

El coche se detuvo. Se deslizó en el asiento de atrás.

—Buenas noches —dijo el conductor.

—Hola —respondió Bianca en voz baja.

El coche arrancó. Miró por la ventanilla y pensó en lo extraña que era la vida: todo se desmorona no por peleas a gritos, sino por una sola palabra que te arrancan como quien extrae una astilla de una herida, con sangre, con dolor, con alivio.

Y después de eso, ya no hay vuelta atrás.

Capítulo 10

Tenía la bolsa junto a la puerta. Bianca ya tendría que haberse marchado, pero no encontraba las llaves del coche. Se detuvo frente al espejo. El corrector y la base de maquillaje hacían milagros, pero ni siquiera ellos lograban disimular del todo las huellas de una noche en vela.

El campeonato de baile de salón empezaba al día siguiente. Tenía que llevar a sus alumnos a otra ciudad: cuatro horas de viaje, instalarse en el hotel y ensayar. Iba a ser un día largo.

Bianca cogió el móvil de la mesita. Nada más llegar a casa la noche anterior, lo había apagado. No quería hablar con nadie. Y menos con Mason. Ni con sus padres.

Una nueva oleada de vergüenza la invadió al recordar la escena del restaurante. Cómo había soltado la verdad delante de Francesca y Alec, así, sin más, precisamente ese día.

¿Qué habría pasado después de que ella se marchara? ¿Qué les habría contado Mason?

Bianca negó con la cabeza. Daba igual. Ya no importaba.

Entró en la cocina, se sirvió un café, dio un sorbo y miró el reloj. Las nueve de la mañana. En media hora, los padres y los niños empezarían a llegar a la academia. Aún tenía que meter los trajes en el coche.

Terminó el café, dejó la taza en el fregadero y se quedó paralizada cuando el timbre resonó en el piso.

El corazón le dio un vuelco.

Bianca soltó un suspiro hondo. Claro que era Mason. Había venido a arreglar las cosas. A dar explicaciones. O a discutir.

Verlo era lo último que le apetecía en ese momento. Lo más sensato sería fingir que no estaba en casa. Pero había un problema:

tenía que salir, y él seguía plantado en su puerta.

El timbre volvió a sonar.

Bianca apretó los puños, se acercó y abrió la puerta de un tirón.

—¿Qué quieres? —espetó sin levantar la vista.

Silencio.

Alzó la mirada.

No era Mason.

Era Francesca.

Llevaba un abrigo ligero y sujetaba el bolso con ambas manos. Iba perfectamente peinada, con el maquillaje impecable. Pero tenía los ojos rojos e hinchados.

Por lo visto, ella tampoco había dormido.

Bianca se quedó paralizada.

—Perdona, no quería hablarte así —dijo mortificada, sin saber dónde meterse. Maldita sea, no tendría que haber abierto la puerta. ¿Y ahora qué? ¿Qué se suponía que tenía que decir?—. Creía que era Mason.

Francesca suspiró.

—¿Puedo pasar? —preguntó al fin, mirándola con cautela.

—Sí, claro. —Bianca se apartó para dejarla entrar.

Francesca entró en el piso y se quitó el abrigo. Bianca lo colgó en el perchero.

—Pasa al salón —ofreció con vacilación.

La madre de Mason asintió, la siguió y se sentó en el sofá, mirando alrededor como si la decoración le interesara de verdad. Nunca había estado en aquel piso. Al fin y al cabo, nunca habían llegado a instalarse ni habían celebrado ninguna fiesta de inauguración. Algunas habitaciones seguían sin amueblar.

Bianca se quedó de pie a su lado.

—¿Te apetece un té? ¿Un café? —preguntó.

—No, gracias —Francesca negó con la cabeza—. Siéntate, por favor, Bianca.

Bianca se dejó caer en el sillón de enfrente. Estaba nerviosa. Probablemente habría sido más sensato decir que llegaba tarde y aplazar aquella conversación tan difícil. Pero las palabras no le salían.

Se quedaron en silencio. Francesca la miraba. Bianca le sostuvo la mirada.

—Siento lo de ayer —empezó Bianca en voz baja—. No quería que pasara así. No quería estropearte el cumpleaños.

—Lo sé —dijo su suegra, sin asomo de reproche—. Alec y yo estuvimos hablando con él hasta tarde anoche.

Bianca asintió. No sabía qué decir.

—Siete años —dijo Francesca, y le tembló la voz—. He tenido una nieta durante siete años y no lo sabía.

—Yo me enteré hace solo un par de días —dijo Bianca en voz baja.

Francesca suspiró y sacó un pañuelo del bolso.

—¿Cómo estás, Bianca? —preguntó, mirándola—. ¿Cómo lo llevas?

La pregunta pilló a Bianca desprevenida. Había esperado reproches. Acusaciones. Había esperado que Francesca se pusiera del lado de su hijo, que recibiera la noticia de una nieta con los brazos abiertos. Pero no había nada de eso en sus ojos ni en su expresión.

—No lo sé —admitió Bianca con franqueza—. La verdad es que ni siquiera entiendo cómo sigo en pie.

Francesca asintió y se quedó callada un momento.

—No he venido a pedirte que perdones a Mason —dijo al fin—. He venido porque eres como una hija para mí, Bianca. Siempre lo has sido. Y necesito saber cómo te encuentras... y qué piensas hacer ahora.

A Bianca se le hizo un nudo en la garganta. Cerró los ojos con fuerza. Por favor, lágrimas no. Ahora no.

—Estoy sufriendo —logró decir—. Estoy sufriendo mucho. Y no sé cómo voy a vivir con esto.

—Lo sé —dijo Francesca, asintiendo—. Lo sé, cariño.

—¿Estás enfadada conmigo?

Francesca negó con la cabeza.

—No. Nada de esto es culpa tuya. Pero sí estoy enfadada con Mason —continuó—. Con mi hijo. Por habernos engañado a todos. A ti. A mí. A su padre.

Se secó los ojos de nuevo con el pañuelo.

—Alec y yo pasamos toda la noche en vela, hablando. Intentando averiguar qué hacer ahora. Qué se supone que debemos hacer. Queremos conocerla. Es de nuestra sangre, Bianca. Espero que lo entiendas.

Bianca escuchaba, y con cada palabra, algo en su interior parecía agrietarse, astillarse y hacerse polvo.

Entendía que Francesca no pretendía hacerle daño. Pero cada palabra le seguía clavándose como una cuchilla bajo la piel. Porque detrás de todas esas frases tranquilas y razonables había una verdad muy simple: Bianca ya no formaba parte de su mundo. Ellos permanecerían juntos. Encontrarían la manera de seguir adelante. Aceptarían a su nieta porque era hija de él.

Y Bianca… ella simplemente quedaría fuera, mirando desde la barrera.

La certeza fue calándole poco a poco, como una marea creciente. Se sentía como si la hubieran dejado de lado. Como algo que había cumplido su propósito y ya no hacía falta. Como una pieza de más en un cuadro que podía borrarse sin remordimientos ahora que algo nuevo había ocupado su lugar. Ya no era esposa. Ya no era nuera. Ya no era futura madre. Era el espacio vacío entre ellos.

Bianca forzó una sonrisa.

—Por supuesto —dijo en voz baja—. Deberíais conocerla. Es lo correcto.

Francesca la miró, y había un arrepentimiento tan hondo en sus ojos que por un segundo Bianca pensó que iba a levantarse a abrazarla.

Pero no lo hizo.

—Sé lo difícil que es esto para ti —dijo Francesca—. Y en cuanto a ti y Mason… —hizo una pausa—. Eso es algo que debéis decidir vosotros dos. No voy a interferir. No voy a pedirte que lo perdones ni que te quedes con él. Esa es tu decisión, cariño. Y respetaré lo que decidas. Pero piénsalo bien. Os queréis. Sé que Mason no puede vivir sin ti. Y tú tampoco puedes vivir sin él. Deja que las cosas se enfríen un poco antes de tomar una decisión definitiva.

—Gracias por apoyarme —susurró Bianca.

Francesca se puso de pie, se acercó a ella y la abrazó.

Y fue entonces cuando Bianca se derrumbó por fin. Las lágrimas le rodaron por las mejillas. Hundió el rostro en el hombro de Francesca y lloró.

Francesca le acarició el pelo.

—Todo va a salir bien —susurró—. No sé cómo, pero así será. Te lo prometo.

Bianca no lo creía.

Pero quería creerlo.

Por fin se apartó y se secó las lágrimas.

—Lo siento —dijo con la voz temblorosa—. Es que…

Miró el reloj. Ya eran las nueve y media.

—Tengo que irme —dijo Bianca—. Voy a llevar a los niños a una competición.

—Lo entiendo —asintió Francesca—. No te entretengo más.

Se dirigió hacia la puerta. Bianca la ayudó a ponerse el abrigo.

En el umbral, su suegra se volvió.

—Bianca —dijo con seriedad—, decidas lo que decidas, quiero que sepas una cosa: estoy de tu lado. Siempre. Eres como una hija para mí. Y eso no cambiará, aunque tú y Mason os divorciéis. Siempre puedes llamarme si necesitas ayuda.

El nudo en la garganta apenas le dejaba hablar.

Francesca la abrazó una vez más antes de marcharse.

—Cuídate, cariño.

—Tú también —respondió Bianca con voz ronca.

Y Francesca se marchó.

Bianca cerró la puerta tras ella. Se quedó allí, en la entrada, mirándola, y de pronto lo comprendió con total claridad: en este divorcio no solo estaba perdiendo a Mason.

Estaba perdiendo a una familia.

La que había considerado suya durante tantos años.

Y eso dolía casi tanto como la propia traición.

Capítulo 11

La competición se convirtió en la salvación de Bianca. Una salvación auténtica de los pensamientos que la acosaban día y noche. De toda la pesadilla en que se había convertido su vida durante la última semana.

Se volcó en el trabajo. Arreglaba el pelo de los niños, los animaba antes de salir al escenario, los abrazaba después de cada actuación. Hacía todo lo que debe hacer una buena entrenadora.

Los niños bailaron de maravilla. Bianca los observaba desde un lateral y sentía una oleada de orgullo tan intensa que, por un momento, apartó todo el dolor. Había invertido tanto tiempo, tanta energía y tanto amor en ellos, y ahora estaban ahí arriba, en el escenario, mostrando todo lo que les había enseñado.

Llegaron a la final, prevista para tres semanas después. El viaje de vuelta transcurrió entre un agotamiento agradable y una charla incesante sobre las actuaciones. Los niños parloteaban en el asiento trasero mientras compartían impresiones. Bianca escuchaba a medias, sonreía cuando tocaba, respondía a sus preguntas. Pero sus pensamientos ya estaban lejos, de vuelta en el mismo lugar del que había intentado mantenerlos alejados con tanto esfuerzo durante todo el día.

Dejó a los niños en el estudio, se despidió de los padres, prometió enviar fotos de la competición, sonrió, agitó la mano. Luego volvió a casa en coche. Al apartamento que debía ser un refugio temporal y se había convertido en algo más parecido a una prisión.

Bianca aparcó, subió en ascensor, abrió la puerta y encendió la luz.

Mason no había intentado contactar con ella ni una sola vez en todo ese tiempo. O estaba guardando las distancias, o estaba tan enfadado con ella que había decidido no forzar más la situación por

ahora. O tal vez simplemente estaba ocupado con sus nuevas responsabilidades como padre.

Se había olvidado de comprar cápsulas de café otra vez. Con un suspiro, puso la tetera al fuego. Luego vertió agua caliente en una taza. El café instantáneo se disolvió y la tiñó de marrón oscuro. Se acercó al ventanal y contempló la ciudad al otro lado del cristal. Aún no había oscurecido del todo. La vista desde el apartamento era preciosa.

Dio un sorbo al café, dejó vagar la mirada por el patio y se quedó paralizada.

El corazón le dio un vuelco y empezó a latirle al doble de velocidad.

Abajo, en el aparcamiento frente al edificio, había un coche. Un Bentley negro. Dolorosamente familiar. Imposible confundirlo con otro. Era demasiado inconfundible.

Bianca se quedó allí, mirando hacia abajo. Los cristales tintados impedían ver si había alguien dentro.

¿Por qué no subía?

¿Por qué se quedaba ahí sentado?

Se quedó junto a la ventana, con la vista fija abajo, esperando, aunque ni siquiera sabía qué. Tal vez a que saliera del coche, caminara hasta la entrada, llamara al timbre. Solo pensarlo le encogió el estómago de miedo.

Pero el coche no se movió y nadie salió. Bianca permaneció pegada a la ventana durante quince minutos enteros. ¿Qué estaba haciendo ahí abajo? ¿En qué estaría pensando? ¿Sabría que ella estaba en casa?

Por fin, el Bentley arrancó bruscamente, salió del aparcamiento, giró la esquina y desapareció. Y Bianca se quedó donde estaba, con la mirada fija en el hueco vacío donde segundos antes había estado el coche de Mason.

Había estado allí.

Tan cerca.

A solo unos metros de ella.

Pero no había subido. No había llamado a su puerta. No había intentado hablar con ella.

¿Por qué?

¿Porque todo había terminado?

Parecía un castigo. Su propio karma, su ajuste de cuentas personal. Por haberlo engañado al principio. Por mentir sobre el embarazo, aunque no hubiera sido a propósito. O tal vez por no poder darle un hijo. Por no darle lo único que él había deseado con tanta desesperación.

O tal vez no era karma en absoluto.

Tal vez era solo la vida. La vida cruel e injusta. Esa que te lo da todo y luego te arrebata el doble en un solo instante.

Y justo entonces, con dolorosa claridad, Bianca comprendió que, a pesar de todo el dolor, toda la rabia y todas las lágrimas, lo echaba de menos como una loca. Lo echaba tanto de menos que a veces apenas podía respirar.

Al día siguiente, Mason volvió.

Y luego otra vez.

Y otra.

Pero ni una sola vez salió del coche. Y cada vez, Bianca se encontraba de pie junto a la ventana, a la espera, odiándose por ello. No dejaba de preguntarse cómo le iría. ¿Quién cuidaba de Linda mientras él estaba en el trabajo? ¿Sus padres? ¿Cómo habrían acogido a la niña? ¿Estarían contentos con ella?

Pregunta estúpida. Claro que sí. Llevaban años soñando con eso.

El silencio entre ellos solo se rompió dos semanas después, cuando alguien del colegio llamó a Bianca y se refirió a ella como la madre de Linda.

Capítulo 12

Bianca estaba guardando la vajilla nueva que acababa de traer del centro comercial cuando cayó en la cuenta, con dolorosa claridad, de que iba a quedarse en aquel apartamento una buena temporada. Lo cual significaba que tenía que crear, al menos, la ilusión de comodidad. Para empezar, necesitaba comprar lo básico.

Una sartén, como mínimo.

El teléfono vibró sobre la mesa. Número desconocido. Bianca se secó las manos con un paño de cocina y contestó.

—¿Diga?

—La señora Graham, buenas tardes. Llamo de secretaría del colegio. ¿Podría venir de inmediato?

—¿Qué colegio? —Bianca no tenía ni idea de qué le estaba hablando aquella mujer ni qué quería de ella. Si no hubiera dicho su nombre, habría pensado que se habían equivocado de número.

—Academia Avantgarde. Su hija se ha visto envuelta en un altercado con otra alumna. Se ha peleado con la hija de un juez muy conocido. La madre de la niña ya viene de camino. Sería conveniente que usted también viniera para intentar calmar los ánimos.

—¿Qué? —Bianca se sintió aturdida—. ¿Qué hija? ¿De qué me está hablando?

—Verá, la familia Alonso es una de las principales benefactoras de la academia. La nueva ala de la piscina se construyó gracias a su apoyo, así que, como comprenderá, la academia no puede hacer la vista gorda. Linda solo lleva aquí una semana, y los Alonso ya tienen a su tercer hijo matriculado. Si sigue causando problemas...

—Espere, espere —la interrumpió Bianca, que por fin caía en la cuenta de a quién se refería la mujer—. ¿Por qué tienen mi número? ¿No es mi marido quien se encarga de todo lo relacionado con... Linda?

Tragó saliva al pronunciar el nombre de la niña. Ya le irritaba bastante que el colegio hubiera dado por hecho que era la madre de Linda.

—El problema es que su marido no contesta al teléfono. En el expediente de Linda, los únicos contactos de emergencia son él y usted. ¿Viene o no? No hemos conseguido calmar a las niñas.

Dios mío, ¿quién pone a su mujer como contacto de emergencia de su hija ilegítima? ¿Es que Mason había perdido la cabeza por completo? ¿Por qué la había añadido sin consultarle? A ella no tenían que haberla metido en esto para nada.

—Yo... —empezó, pero se le quebró la voz.

—La señora Graham, entiendo que esto es difícil —dijo la mujer al otro lado de la línea—. Pero la niña necesita ayuda ahora mismo. Los padres de la otra niña se lo están tomando muy en serio. Quieren que expulsen a Linda.

—¿Expulsarla? —repitió Bianca—. ¿Por una pelea?

—Bueno... como le decía, la familia Alonso es muy importante para nuestro colegio. Su hija, Anna, afirma que Linda empezó. Que la empujó en el recreo y luego le pegó. Anna tiene el labio partido.

Bianca cerró los ojos e imaginó a Linda: pequeña, asustada, sola. Seguramente estaría sentada en el despacho del director en ese mismo momento, sin entender qué pasaba.

No. No era su problema. No era su hija. No era su responsabilidad.

—Voy a llamar a mi marido ahora mismo —dijo Bianca con firmeza—. Él irá. Yo no puedo.

—De acuerdo. Pero, por favor, dese prisa. Los padres de Anna Alonso ya vienen de camino.

Bianca colgó. Durante unos segundos, se quedó plantada en medio de la cocina con el teléfono en la mano.

Aquello no tenía nada que ver con ella. Absolutamente nada.

Y, sin embargo, estaba furiosa y preocupada a la vez.

Buscó el número de Mason en los contactos y pulsó el botón de llamada.

—La persona a la que intenta llamar no está disponible en este momento.

Bianca volvió a llamar.

El mismo resultado.

No disponible. Cómo no. La única vez que de verdad lo necesitaba, estaba ilocalizable.

Se puso a dar vueltas por la cocina sin apartar la vista del teléfono. Luego miró el reloj. Era casi la una. Decidió llamar a la madre de Mason, pero Francesca tampoco contestó. ¿Qué demonios pasaba? ¿Se habían confabulado todos contra ella o qué?

Volvió a marcar el número de Mason.

Seguía sin estar disponible.

Bianca tiró el teléfono sobre la mesa y se agarró al borde de la encimera. Aquel no era su problema. Que se encargara el colegio. O que esperaran a que Mason se dignara a contestar de una vez. Al fin y al cabo, alguien tenía que ir a recoger a Linda. La niña no había llegado a casa sola.

Pero el rostro de Linda volvió a su mente. Cuando Mason la trajo a casa, parecía tan pequeña. Tan asustada. ¿De verdad habría empezado ella una pelea?

Probablemente no.

—Maldita sea —murmuró Bianca entre dientes.

Cogió el teléfono y se puso a buscar la dirección del colegio.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué? Era la hija de aquella mujer. La mujer con la que Mason se había acostado. La niña por cuya culpa su vida se había hecho añicos.

Pero Linda era solo una niña. Una niña de siete años que no había hecho nada malo.

Bianca consultó la ruta. Treinta minutos en coche. Fue al recibidor, se puso la chaqueta, cogió las llaves y bajó al garaje. Se

sentó al volante y arrancó.

No, no debería estar haciendo aquello. En absoluto. Mason podía encargarse de su propio desastre. Linda era su hija. Su responsabilidad. Pero él estaba ilocalizable, la niña tenía un problema y, por alguna razón, la habían llamado a ella.

Esta iba a ser la primera y la última vez, se dijo Bianca. La primera y la última vez que intervenía. Iría, calmaría los ánimos y punto. Nunca más. Después, le haría jurar a Mason que no volvería a poner su número en ningún sitio.

El trayecto se le hizo interminable. Tráfico. Semáforos en rojo. Bianca estuvo tensa todo el camino, sin dejar de llamar a Mason una y otra vez. Sin éxito.

¿Dónde demonios estaba?

Por fin llegó al colegio.

Un edificio grande y moderno. Jardines preciosos. Coches caros en el aparcamiento.

Un colegio privado de élite.

Claro, Mason no iba a mandar a su hija a cualquier sitio.

Bianca aparcó, salió del coche y se dirigió a la entrada. El guardia de seguridad de la recepción le pidió identificación. Dio su nombre. Consultó una lista, asintió y el torniquete se abrió.

Dentro, accedió a un vestíbulo amplio y luminoso con suelos de mármol y techos altos. Una secretaria fue directamente a su encuentro.

—Gracias por venir tan rápido —dijo—. Están en el despacho de la directora. Tercera puerta a la izquierda.

Bianca asintió, recorrió el pasillo, se detuvo ante la tercera puerta, respiró hondo, soltó el aire despacio y llamó.

—Adelante —respondió una voz de mujer.

Abrió la puerta y entró.

Tras un gran escritorio se sentaba la directora: una mujer de unos cincuenta años, con gafas y pelo corto.

Dos niñas pequeñas ocupaban unas sillas junto a la pared.

Una tenía el labio partido y la cara surcada de lágrimas.

La otra era Linda.

Estaba encorvada, con la vista clavada en el regazo. Tenía los puños cerrados sobre las piernas. No miraba a nadie.

Pero tampoco lloraba.

Junto a la primera niña había una mujer con un traje caro, el pelo impecable y una manicura perfecta. Bianca la reconoció al instante. Y a juzgar por la expresión de la mujer, era mutuo.

Eva había ido a la misma universidad que Bianca. Lo que Bianca nunca había imaginado era que Eva se casaría tan bien. En aquella época, corrían rumores por todo el campus de que Eva tenía una aventura con un hombre rico y casado. Por lo visto, ese hombre había sido el juez. Así que realmente se lo había robado a su familia. Solo pensarlo le provocó un escalofrío. El asunto le resultaba demasiado familiar.

—¿Es usted la madre de Linda? —preguntó la directora, levantándose.

Bianca apartó la mirada de Eva. Abrió la boca, a punto de decir que no, pero en ese momento miró a Linda. La niña había levantado la cabeza y la observaba con ojos enormes y asustados. Y junto a ella estaba Eva, con esa expresión engreída y altiva.

No podía permitir que esa mujer supiera la verdad. No podía darle a Eva la satisfacción de regodearse porque el marido de Bianca la había engañado y había tenido una hija con otra.

—Sí —dijo—. He venido lo más rápido que he podido. ¿Qué ha pasado?

La directora carraspeó.

—Permítame explicarle la situación…

—Se lo explicaré yo misma —la interrumpió Eva. Luego, con un bufido despectivo, se volvió hacia Bianca y enderezó la espalda—. Su hija empujó a mi Anna durante el recreo. Sin motivo alguno. Se le

acercó sin más y la empujó con tanta fuerza que Anna se cayó y se partió el labio.

Bianca miró la boca de la niña. Realmente parecía hinchada y dolorida.

—¿Y qué es exactamente lo que quiere? —preguntó con voz neutra.

—Una disculpa —dijo Eva, cruzándose de brazos—. Pública. Delante de toda la clase. Y otra por escrito, de usted personalmente. Además, espero que cubra los gastos médicos. Y, sinceramente, debería educar mejor a su hija. Tengo entendido que usted, Bianca, creció sin madre…

—¿Y eso qué tiene que ver? —la cortó Bianca.

¿Qué demonios le daba derecho a Eva a meter su vida en esto? Como si no vinieran del mismo pueblo pequeño y del mismo entorno. Y ya puestos, en la universidad habían corrido muchos rumores de que el padre de Eva era un borracho violento que pegaba a su madre. Así que, ¿cuál de las dos había crecido realmente en un hogar estable y lleno de cariño, y cuál no?

Bianca se volvió hacia Linda.

—Linda —dijo con firmeza—, ¿empujaste a Anna?

La niña se encogió. Alzó los ojos, grandes y asustados, hacia Bianca y negó con la cabeza.

—No —susurró, casi inaudible.

Eva resopló con desdén y puso los ojos en blanco.

—Oh, claro. Como si fuera a admitirlo —dijo con sarcasmo—. Los niños siempre mienten cuando los pillan haciendo algo malo.

Bianca contempló aquel rostro engreído y algo hizo clic en su interior.

—Hay cámaras de seguridad por todo el colegio —dijo con calma, volviéndose hacia la directora—. ¿Verdad?

De camino al ala de administración, se había fijado en varias cámaras.

La directora parpadeó y miró de Bianca a Eva.

—Sí, por supuesto. En todos los pasillos…

—Perfecto —asintió Bianca—. Entonces, ¿por qué no revisamos las grabaciones y vemos qué pasó en realidad?

Se hizo el silencio.

Eva alzó la barbilla.

—No veo la necesidad —dijo Eva con frialdad—. Mi hija no miente. Y hubo testigos. Otros niños vieron cómo su hija empujaba a mi Anna.

—Entonces las grabaciones solo lo confirmarán —respondió Bianca, sosteniéndole la mirada—. ¿No?

Se sostuvieron la mirada. Bianca detectó un destello de incertidumbre en los ojos de Eva. O quizá solo irritación.

Eva la miraba desde arriba, intentando intimidarla, hacerla ceder.

Bianca, mientras tanto, mantenía una calma perfecta. Al fin y al cabo, Linda no era su hija. Debería darle igual que la expulsaran o no. Así que no mostró ni rastro de nervios. Miró a Eva directamente a los ojos: tranquila, firme, sin apartar la mirada ni un segundo.

El juego era sencillo: quien parpadeara primero, perdía.

—La señora Graham tiene razón —intervino la directora con cautela—. Así podremos resolver esto de forma objetiva.

Eva se volvió bruscamente hacia ella.

—¿Habla en serio? ¿Está poniendo en duda la palabra de mi hija?

—Solo sugiero que nos atengamos a los hechos —respondió la directora con diplomacia.

Eva la miró, luego a Bianca, y después a la directora.

—Bien —dijo al fin—. Revisen las imágenes. Pero cuando vean que tengo razón, espero que esa niña... —Señaló a Linda—. ...sea expulsada de inmediato.

—Eso podemos discutirlo cuando sepamos qué pasó realmente —dijo Bianca con calma.

La directora asintió y descolgó el teléfono de su escritorio.

—Comuníqueme con Seguridad. Sí. Necesitamos las grabaciones de la cámara del pasillo del tercer piso. De hoy, entre la segunda y la tercera hora. Sí, de inmediato. Gracias.

Colgó y miró a todos los presentes.

—Las grabaciones estarán aquí en cinco minutos. Las traerán en una memoria USB.

Eva miró el reloj con gesto ostentoso y soltó un hondo suspiro.

—Espero que esto no tarde mucho. Tengo que estar en otro sitio.

Bianca no dijo nada. Ella también tenía cosas que hacer, la verdad.

Miró a Linda. La pequeña estaba encogida, con la mirada clavada en el suelo. Bianca quería tranquilizarla, pero no le quedaban fuerzas. *No es mi hija*, se recordó una vez más. Pero algo en su interior se encogía dolorosamente cada vez que veía a Linda tan asustada.

Capítulo 13

Diez minutos después, un guardia de seguridad entró en el despacho con una memoria USB. La directora la conectó a su portátil. Todos se reunieron alrededor de la pantalla: Bianca, Eva y la directora. Las niñas siguieron sentadas en sus sillas, junto a la pared.

Apareció el vídeo. Pasillo de la tercera planta. La calidad era buena, todo nítido y claro.

Los niños corrían de un lado a otro. El recreo estaba en pleno apogeo.

—Ahí —dijo la directora, señalando la pantalla—. Esa es Linda.

Bianca la localizó enseguida. Pequeña. Delgada. Linda estaba de pie, sola junto a la pared, con un libro de texto apretado contra el pecho, mirando alrededor sin saber qué hacer.

La niña nueva. No sabía adónde ir, con quién hablar.

Tres niñas se acercaron a ella. Una de ellas era Anna. Bianca la reconoció por la coleta alta. Anna le dijo algo a Linda, y Linda bajó la cabeza. Intentó alejarse, pero Anna fue tras ella. Dijo algo más y luego le clavó un dedo en el pecho con fuerza. Nada amistoso.

—¿Qué le está diciendo? —preguntó Bianca a la directora.

—No hay audio —respondió la directora—. Y el recreo es tan ruidoso que, aunque lo hubiera, probablemente no se distinguiría nada.

Bianca siguió mirando. Linda intentó de nuevo alejarse, pero Anna la agarró del brazo. La zarandeó. Le gritó algo a la cara.

Linda se soltó. Se le notaba en la cara: un segundo más y rompía a llorar. Entonces Anna la empujó con las dos manos en el pecho. Con tanta fuerza que Linda trastabilló hacia atrás y chocó contra la pared.

Anna se rio. Sus amiguitas también lo estaban disfrutando, eso saltaba a la vista. Dios, estas niñas solo tenían siete años. ¿De dónde salía tanta crueldad?

—Pare —dijo Bianca—. ¿Lo ve? Anna empujó a Linda. No al revés.

Eva no dijo nada. Miraba la pantalla tensa. En el vídeo, Anna se acercó de nuevo a Linda. Estaba a punto de empujarla otra vez, pero Linda se apartó rápidamente.

Y entonces toda la historia dio un vuelco.

Anna perdió el equilibrio, tropezó con sus propios pies y cayó de bruces contra el suelo.

Fue una caída fuerte. Se veía cómo la cabeza le rebotó contra el suelo.

Linda se quedó paralizada y la miró aterrorizada. Luego extendió una mano, como queriendo ayudarla, pero Anna se la apartó de un manotazo. Se levantó de un salto, se llevó la mano a la boca, y la sangre ya se le filtraba entre los dedos.

Señaló a Linda de inmediato, y sus amiguitas la rodearon al instante.

La directora detuvo el vídeo.

Se hizo el silencio en la sala.

Bianca se enderezó y se volvió hacia Eva.

—Creo que ahora las que merecemos una disculpa somos nosotras —dijo con calma—. ¿No te parece, Eva?

Eva no dijo nada. Tenía el rostro rígido como la piedra.

—¿Qué le estás enseñando exactamente si cree que está bien acosar a la niña nueva? —continuó Bianca, esta vez con más dureza.

—No nos pongamos emotivas —intervino la directora rápidamente—. Obviamente esta es una situación desagradable…

Justo entonces Anna soltó un fuerte sollozo; al parecer por fin había caído en la cuenta de que la mentira había salido a la luz. Eva

se dio la vuelta y miró a su hija de tal forma que la niña se encogió en la silla.

El rostro de Anna cambió al instante. Los labios le empezaron a temblar, y todo el cuerpo se le encogió, como si se preparara para recibir un golpe.

—Señora Alonso, por favor —dijo la directora, dando un paso adelante—. Son niñas. Las niñas cometen errores.

Pero Eva ya no escuchaba. Agarró el bolso y miró fríamente a la directora.

—Doy por hecho que esta conversación ha terminado —dijo con sequedad—. Anna, vámonos.

La niña se levantó de un salto y siguió a su madre con la cabeza gacha.

—¿Y la disculpa? —la detuvo Bianca.

Eva se quedó inmóvil en la puerta y se volvió lentamente.

—¿Qué?

—La disculpa —repitió Bianca, con la misma calma—. ¿Así que tú puedes exigir que expulsen a Linda y que se disculpe públicamente, pero nosotras no? Tu hija humilló públicamente a *mi hija.*

Realmente lo había dicho.

—Con este vídeo podríamos presentar una denuncia por acoso —añadió Bianca.

Se estaba tirando un farol, por supuesto. Pero la cara de Eva mereció la pena.

A la mujer se le subieron los colores a las mejillas. Las manchas le treparon por el cuello. Toda la situación la estaba humillando, y se notaba en cómo enderezó la espalda, tratando de aferrarse a la poca dignidad que le quedaba.

—Arreglemos esto de forma pacífica —dijo tensa—. Hablaré con mi hija.

Guardó silencio un segundo y luego forzó lo que pretendía ser una sonrisa. Era obvio que no estaba acostumbrada a humillarse ante nadie. Aun así, quizás ya iba siendo hora de que bajara de las nubes.

—Creo que todo esto ha sido un malentendido. Linda pudo haberla provocado. Mi hija no atacaría a nadie sin motivo.

Bianca ya había abierto la boca para replicar, pero Eva agarró a Anna de la mano y dejó claro que la conversación había terminado.

—Mamá, eso duele…

—Cállate —siseó Eva mientras la arrastraba hacia la puerta.

La puerta se cerró de golpe tras ellas.

El despacho volvió a quedarse en silencio. La directora soltó un suspiro pesado, se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo.

—Qué lío tan desagradable —murmuró en voz baja.

Bianca no dijo nada. Se volvió hacia Linda.

La niña seguía sentada en su silla, sin tener ni idea de qué hacer a continuación. Ambas sabían perfectamente que Bianca no era nadie para ella. Aun así, no podía dejar a la niña allí sentada en el despacho de la directora. Probablemente debería intentar llamar a Mason otra vez.

—Vamos —dijo en voz baja.

Linda levantó la cabeza y la miró con franca desconfianza.

—¿Adónde? —susurró la niña.

—Fuera de aquí —se limitó a decir Bianca.

Linda se puso de pie y caminó hacia ella a pasitos, cojeando ligeramente. Bianca se había fijado en esa cojera la primera vez que Mason trajo a la niña a su apartamento. ¿Era un esguince? ¿Una lesión antigua? ¿Por qué no la había dejado en casa hasta que se curara?

Bianca se volvió hacia la directora.

—¿Podemos irnos?

—Sí, por supuesto —asintió la mujer—. Y de nuevo, lamento las molestias. Y gracias por venir tan rápido.

Bianca se limitó a asentir y se dirigió hacia la puerta. Linda la siguió. Salieron al pasillo. Bianca iba delante; la niña, unos pasos por detrás. Pasaron junto a las aulas, bajaron las escaleras y se encaminaron hacia la salida.

Al llegar a las puertas, Bianca se detuvo y se volvió hacia Linda.

—¿Cómo vuelves normalmente a casa desde el colegio?

Linda permaneció en silencio, con la mirada clavada en el suelo.

—¿Se supone que debo dejarte aquí? —preguntó Bianca, sin saber aún qué hacer con aquella niña—. ¿Te recoge un autobús escolar?

—Me recogen un conductor y una niñera —dijo Linda en voz baja, sin levantar la vista—. Papá los contrató. Normalmente esperan junto a la verja. Pero hoy papá iba a recogerme él mismo.

—Estupendo —dijo Bianca con un gesto de asentimiento.

Lo último que quería era encontrarse con Mason allí. Pero desde luego pensaba decirle exactamente lo que opinaba de toda aquella situación.

—Vamos. Esperaremos a tu padre en mi coche —dijo con la voz cargada de amargura, sin molestarse en suavizar el tono ante la niña.

Bianca empujó la puerta, salió del vestíbulo, se dio la vuelta y vio que Linda no se había movido.

—¿Qué pasa? —Bianca arqueó una ceja.

—Es mala idea. Prefiero esperar a papá aquí —dijo Linda, alzando la barbilla con terquedad.

Miró a Bianca con una expresión tan adulta y hostil que la desconcertó.

—¿Y dónde estaba toda esa actitud cuando Anna se metía contigo? ¿Por qué te quedaste ahí parada como una corderita sin hacer nada? —Bianca soltó una risa seca. A eso había llegado: a meterse con una niña—. Ven conmigo. El teléfono de Mason está apagado. Seguramente se ha quedado tirado en algún sitio a las afueras otra vez. Dudo que llegue a tiempo. El colegio ni siquiera pudo localizarlo. Si no, ¿cómo crees que he acabado yo aquí en su lugar?

Se dio la vuelta y echó a andar por el patio, convencida sin saber muy bien por qué de que Linda la seguiría.

Capítulo 14

Bianca abrió la puerta del coche. Linda se acercó vacilante.

—Sube —dijo secamente, indicando el asiento trasero con un gesto de cabeza.

La niña se subió y se acomodó, aferrándose a la mochila contra el pecho. Bianca cerró la puerta con más fuerza de la que pretendía, rodeó el coche, se sentó al volante y arrancó el motor.

Le temblaban las manos cuando las colocó sobre el volante. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué había metido a Linda en su coche?

Bianca sacó el teléfono del bolso. La pantalla estaba negra, completamente muerta. Maldita sea. Debería haber comprado uno nuevo hacía mucho tiempo. Desde que se le cayó, la batería apenas duraba medio día.

Lo conectó al cargador y esperó a que apareciera el icono de carga. Dejó escapar un suspiro profundo, se recostó en el asiento, cerró los ojos un segundo y miró por el retrovisor.

Linda estaba sentada completamente inmóvil. Y la miraba fijamente.

Esos ojos enormes definitivamente no los había heredado de Mason. Las pecas seguían salpicando su cara aunque ya casi era invierno. Bianca apartó la mirada. Hacia el parabrisas, luego de vuelta a la niña. Linda aún no había apartado la vista. La observaba con cautela, desconfianza, casi con hostilidad.

Bianca se frotó la cara con una mano y se pasó las palmas por las mejillas, sin saber qué hacer a continuación. ¿Por qué había metido a Linda en el coche? Debería haberla dejado allí. No debería importarle lo que le pasara a esta niña. No debería.

Y si Linda simplemente desapareciera de su vida, ¿no volvería todo a ser como antes? ¿No volvería su vida finalmente a la

normalidad?

Pero ahí estaba ella al volante, y Linda en el asiento trasero. Y las dos se miraban en silencio como si estuvieran peleándose por Mason.

El teléfono por fin cobró vida. La pantalla se iluminó y las notificaciones empezaron a entrar. Llamadas perdidas.

Bianca abrió la lista. Francesca, tres veces. Número desconocido, una vez. Eso era todo.

Mason no había devuelto la llamada.

Ni una sola vez.

Bianca tiró el teléfono al asiento del copiloto y miró de nuevo por el espejo. Linda seguía sentada abrazando la mochila, solo que ahora miraba hacia otro lado.

—¿Me llevas a casa? —preguntó de repente, frunciendo el ceño.

Bianca dejó escapar una risa seca. A casa. Esa era su casa, en realidad.

—Tengo la dirección en mi agenda. Puedo enseñártela —dijo Linda, que ya empezaba a abrir la mochila, pero Bianca la interrumpió.

—Conozco la dirección —dijo con sequedad.

Por supuesto que la conocía. Había vivido allí durante diez años.

Además, Bianca había planeado pasar por allí de todos modos: para recoger algunas de sus cosas. La última vez que se fue, lo había hecho con tanta prisa que apenas se había llevado nada. En aquel momento, actuó llevada por la emoción, huyendo como si de alguna manera ella fuera la culpable. Ahora tenía la cabeza un poco más despejada. No tenía ningún deseo de ir allí porque sí. No quería ver a Linda. Ni a Mason. Pero ya que las cosas habían salido así...

Salió del aparcamiento y condujo por las calles conocidas hacia su casa.

De repente sonó el teléfono. Bianca miró la pantalla.

Francesca.

—¿Diga?

—Bianca, cariño, lo siento, estaba en la piscina y dejé el teléfono en la taquilla. ¿Pasa algo? Me llamaste varias veces y acabo de verlo.

Bianca miró de nuevo por el retrovisor. Linda estaba sentada allí, mirando por la ventana.

Sí, pasaba algo. Tu nieta se metió en una pelea en el colegio.

Pero en voz alta, dijo algo completamente diferente.

—Todo está bien. Solo quería preguntarte cómo se llamaba ese salón de belleza, donde te hicieron el tratamiento de biorrevitalización. Me lo mencionaste una vez.

—Ah, claro, por supuesto. BeautyHub. ¿Quieres que te envíe la dirección y el teléfono por mensaje?

—Sí, por favor.

—Por supuesto, cariño. Te lo envío ahora.

—Gracias. Estoy conduciendo, así que no puedo hablar mucho ahora.

—Lo entiendo. Entonces no te entretengo más.

Bianca colgó y tiró el teléfono de nuevo al asiento. Suspiró y siguió conduciendo.

Entonces sintió movimiento en la parte trasera.

Linda se había levantado y se inclinaba hacia delante entre los asientos delanteros. De pronto, su cara estaba justo al lado de la de Bianca. Bianca dio un respingo.

—Siéntate. Eso no es seguro —dijo con brusquedad, sin girarse —. Y ponte el cinturón de seguridad.

Pero Linda no hizo caso. Si acaso, se inclinó aún más. Por el rabillo del ojo, Bianca podía ver su cara seria y ceñuda.

—¿Eres la señora mala que hizo que papá dejara de venir a verme? —preguntó la niña con tono exigente.

El coche casi se salió de la carretera. Bianca enderezó el volante de un tirón, se detuvo en el arcén y encendió las luces de emergencia. Luego se giró para mirar a Linda, a esos ojos enormes llenos de dolor y rabia.

Así que era eso.

La señora mala era ella.

No la madre de Linda, que se había acostado con un hombre casado.

Ella.

—No te levantas en un coche en movimiento —dijo Bianca con firmeza, intentando controlar sus emociones. Había pasado años trabajando con niños, queriendo a los hijos de otras personas casi como si fueran suyos. Pero ahora mismo...—. No distraes al conductor. Podrías haber causado un accidente. ¿Me entiendes?

Linda no dijo nada, solo siguió mirándola con obstinación.

—Te he preguntado: ¿me entiendes? —repitió Bianca, con más firmeza esta vez.

—Te entiendo —respondió la niña entre dientes.

—Siéntate. Ahora mismo. Y ponte el cinturón.

«Dios, que no pierda la cabeza en los próximos treinta minutos», pensó Bianca.

Pero Linda no se movió. Se quedó donde estaba, con las manos apoyadas en los respaldos de los asientos delanteros.

—Linda, no pienso repetírtelo.

—¡La abuela me lo contó todo! ¡Que por tu culpa papá casi nunca venía a verme, y hasta se perdió mi cumpleaños! Lo estuve esperando, ¿sabes? ¡Hasta ayudé a la abuela a hacer la tarta!

Algo dentro de Bianca estalló. Rabia. Dolor. Que una mujer adulta —la abuela de Linda— le hubiera metido a una niña en la

cabeza que ella tenía la culpa de todo. Que Bianca era la madrastra malvada del cuento.

Y racionalmente, Bianca lo entendía perfectamente: el verdadero villano era Mason. Él era quien había rehuido egoístamente a una hija que no había hecho nada malo y que necesitaba su amor y su cuidado. Y la abuela tampoco era ninguna joya, por meterle ideas horribles sobre Bianca en la cabeza a una niña pequeña.

Bianca aún sentía lástima por Linda. A pesar de todo. Porque ella también se había convertido en víctima de los errores ajenos. Igual que la propia Bianca.

Pero emocionalmente, Bianca estaba agotada. Quemada. Desilusionada. Exhausta. Y en ese momento no le quedaban fuerzas para darle explicaciones a una niña que de repente había decidido culparla de todo.

Lo único que quería era dejar a Linda en casa cuanto antes y recuperar algo de paz.

—Siéntate —repitió con voz dura—. Ahora.

—¡No quiero! —Linda negó con la cabeza, tozuda—. ¡Eres mala!

Bianca respiró hondo. Y otra vez. Todavía le temblaban los dedos sobre el volante, pero se obligó a soltar la rabia. Apagó las luces de emergencia y volvió a incorporarse a la carretera.

—Escucha —dijo por fin, procurando mantener la voz serena, sin irritación—. Eres una niña valiente, Linda. Solo que estás dirigiendo toda esa rabia hacia la persona equivocada.

Por el rabillo del ojo, vio que la niña apretaba los labios poco a poco.

—Deberías ser así de dura con los niños que te estaban molestando en el recreo, no conmigo. ¿Por qué te fastidiaban, para empezar?

Linda frunció el ceño, volvió a sentarse y se giró hacia la ventanilla en clara señal de protesta.

Una chocolatina asomaba de la consola central. Bianca la cogió, miró el envoltorio un segundo y la lanzó hacia atrás.

—Toma. Está buena.

Oyó el crujido del envoltorio: la chocolatina golpeó la mochila de Linda y cayó sobre el asiento. Bianca ya daba por hecho que la niña volvería a encerrarse en sí misma y no diría ni una palabra más. Pero entonces Linda habló de repente, muy bajito, casi en un susurro:

—Ellas... Anna y sus amigas... me llaman pata coja.

Bianca mantuvo la vista en la carretera, pero se le encogió el corazón.

—¿Pata coja? —repitió con voz hueca.

—Sí —la voz de Linda tembló, pero siguió sin mirarla, tozuda—. Se burlan de mí así delante de toda la clase. Nadie quiere ser mi amigo. Solo Denis me habla.

—¿Por qué?

Siguió un breve silencio. Linda soltó un suspiro tembloroso, como si estuviera armándose de valor.

—Entonces deberías haberles dicho que te lo hiciste al bajarte de una atracción en Disneyland. Eso les habría cerrado la boca enseguida. A veces mentir ayuda. —Bianca intentó sonreír, pero le salió forzada.

Linda negó con la cabeza.

—Eso no habría funcionado —dijo con calma, casi sin emoción —. Siempre he cojeado. Y siempre cojearé.

Bianca la miró un instante por el espejo.

—¿Entonces no es una lesión? —preguntó sorprendida.

Linda volvió a negar con la cabeza. Luego se giró de nuevo hacia la ventanilla y guardó silencio.

Si era congénito... esta niña lo iba a pasar muy mal. Muy mal. Los niños podían ser tan crueles. Sobre todo porque Mason la había metido en un colegio privado de élite, donde la mitad de los alumnos

eran niños mimados a los que nunca les habían dicho que no, que nunca habían aprendido a respetar límites y que carecían de modales básicos. Seguramente la mayoría de los profesores tenían miedo de ser demasiado estrictos con ellos.

—Tienes que aprender a defenderte, Linda. Porque no siempre habrá cámaras de seguridad que te salven. ¿Te gusta siquiera ese colegio? Pídele a Mason que te cambie a otro.

La niña se removió casi imperceptiblemente, como si esas palabras la incomodaran.

—Es un colegio bonito. Papá dijo que es el mejor de la ciudad.

Claro. ¿Qué otra cosa iba a decir una niña que apenas había visto nada más allá de su pueblo en toda su vida?

Por fin llegaron a la casa. Por suerte, el mando del portón seguía en la guantera. Bianca entró en el patio y apagó el motor.

—Fuera —dijo—. Hemos llegado.

Capítulo 15

Bianca sacó las llaves del bolso y abrió la puerta. Linda se coló a su lado de inmediato, se quitó los zapatos y se adentró más en la casa con esa ligera cojera. Un segundo después, desapareció en el dormitorio de invitados. Por lo visto, Mason ya lo había convertido en una habitación infantil.

Bianca se quedó en la entrada y recorrió el salón con la mirada, despacio.

Había juguetes por todas partes. En el suelo, en el sofá, en la mesa de centro. Muñecas, peluches, bloques de construcción.

Su casa, la que siempre había mantenido impecable, ahora parecía una guardería después de la hora de la siesta.

Bianca contempló el desorden con ojos cansados y dejó escapar un suspiro pesado. Nada más volver a pisar aquel lugar familiar, la emoción volvió a invadirla. Todo allí guardaba recuerdos de la vida feliz que ella y Mason habían construido juntos.

Se dio la vuelta y entró en el dormitorio. Necesitaba terminar lo que había venido a hacer y marcharse cuanto antes.

La luz del vestidor se encendió automáticamente. Estantes de ropa. Zapatos. Bolsos. Todo suyo. Todo lo que había dejado allí hacía casi un mes.

Bianca bajó dos maletas grandes del estante superior y empezó a hacer el equipaje. Dobló la ropa con cuidado, intentando meter todo lo que pudiera. Una maleta se llenó enseguida. Cerró la cremallera y pasó a la segunda.

Bajó una caja del estante y la abrió. Dentro estaba su juego de platos favorito.

Porcelana blanca con un estampado azul.

Ella y Mason lo habían comprado durante unas vacaciones en Grecia, tres años atrás. Paseaban por el casco antiguo cuando se

detuvieron en una pequeña tienda, y Bianca se enamoró de aquellos platos a primera vista.

Habían sido caros, pero por aquel entonces acababa de ganar su primer dinero importante con el estudio y había gastado casi todo en aquel juego.

Para ella, siempre había sido la prueba de que había ganado ese dinero por sí misma. Con su propio trabajo. Con sus propias manos.

Bianca cogió la caja y la colocó con cuidado en la maleta, rodeándola de ropa para que no se rompiera nada.

Quizá fuera mezquino llevarse platos de una casa compartida, pero eran suyos. Su recuerdo.

Siguió haciendo el equipaje. Bajó algunas cajas de zapatos más. Botas de invierno. Botines.

Sin querer, la mirada se le fue hacia el estante con las cosas de él: camisas, trajes, corbatas, todo seguía allí, colgado ordenadamente en su sitio. La empleada del hogar debía de haber pasado. Normalmente Bianca se encargaba de esas cosas cuando tenía tiempo. Y si no, venía el personal de la agencia.

Cerró la puerta del vestidor, salió del dormitorio y se dirigió a la cocina. Abrió los armarios, sacó otra caja y empaquetó las tazas, las que tenían sus iniciales. Un regalo de la recepcionista del estudio en su último cumpleaños.

¿Mezquino? Sí.

Pero también eran suyas.

Bianca arrastró las maletas por el pasillo. En los escalones de la entrada, se detuvo a recuperar el aliento. La maleta grande casi se le escapó de las manos cuando intentó levantarla, pero con un empujón torpe consiguió meterla en el maletero. La segunda entró con más facilidad. Tras cerrar la tapa de un golpe, Bianca se apoyó contra el coche un segundo y dejó escapar un suspiro tembloroso. Le dolían los brazos. La espalda también. Lo único que quería era ponerse al volante y marcharse.

Y entonces recordó que había dejado el teléfono cargando en el coche.

Abrió la puerta y lo cogió. La pantalla se iluminó y apareció una serie de llamadas perdidas.

Todas de Mason.

Durante unos segundos, se quedó mirando la pantalla. El corazón le dio un vuelco y luego empezó a latirle más deprisa. ¿Así que por fin había decidido devolver la llamada?

Bianca vaciló, mordiéndose el labio, pero al final pulsó *Devolver llamada*.

Al fin y al cabo, tenía unas cuantas cosas que decirle.

Mason contestó casi de inmediato. Su voz sonaba temblorosa, tensa, al borde del pánico.

—Bianca, ¿te llevaste a Linda? ¿Está contigo?

Bianca respiró hondo varias veces antes de responder.

—Sí. La traje a casa. Me voy en diez minutos, así que será mejor que llegues antes —dijo sin alterarse.

—¿Por qué te la llevaste? —preguntó él, confundido y suspicaz.

—¿Me estás tomando el pelo? —replicó Bianca, aunque su voz se mantuvo controlada—. Tú me pusiste como su contacto de emergencia. ¿Por qué crees que me llamaron? Te estoy esperando, Mason. Date prisa.

Colgó y dejó el teléfono boca abajo en el asiento del copiloto. Durante unos segundos, se quedó allí sentada agarrando el volante, tratando de calmar la respiración. Luego miró hacia la casa. Necesitaba comprobar qué estaba haciendo Linda.

Bianca volvió a entrar. Las piernas le pesaban como el plomo, pero se obligó a recorrer el pasillo hasta el dormitorio de invitados. La puerta estaba entreabierta. La abrió un poco más.

Linda estaba acurrucada en la pequeña cama, profundamente dormida, abrazando un conejito de peluche. El pecho le subía y bajaba con un ritmo acompasado, los labios ligeramente

entreabiertos, las mejillas sonrosadas por el agotamiento y el calor de la habitación. Después de todo lo que había pasado ese día, la pequeña estaba completamente agotada.

Por un segundo, algo cálido se agitó dentro de Bianca.

Y entonces vio realmente la habitación.

La cama de matrimonio que solía estar allí había desaparecido. En su lugar había un cuarto infantil: una cama blanca con dosel y pequeñas flores talladas. Una cómoda rosa. Un baúl de juguetes. Una mesita con lápices de colores en un vaso. En la esquina, una lamparita con forma de nube.

Aquello no era algo provisional.

Era una habitación de ensueño.

Solo que no la suya.

El dolor se extendió lentamente, como si algo le estuviera apretando el corazón y no la dejara respirar. Mason había creado una habitación de ensueño. Pero no para un hijo de los dos.

Bianca retrocedió y cerró la puerta con cuidado para no despertar a Linda. Lo que había visto la había sacudido. Ya ni siquiera sabía qué hacer. Quizá debería irse ahora mismo, sin esperar a Mason. En su propia casa, se sentía como una extraña.

Justo entonces, oyó el motor de un coche fuera.

Bianca giró la cabeza hacia la ventana. El Bentley negro entró en el camino de entrada tan rápido que por un segundo pensó que iba a estrellarse contra la casa.

Se quedó inmóvil y casi dejó de respirar. ¿Cómo iba a enfrentarse a él? ¿En la puerta? ¿Sentada en un taburete de la barra? Al final, Bianca simplemente se dejó caer en un sillón e intentó parecer perfectamente tranquila. Aunque el pulso le latía con fuerza y las manos le temblaban. A fin de cuentas, el miedo a volver a verlo era más fuerte que su ira. Cualquier fuego que le hubiera quedado se había consumido en algún punto del camino hasta allí.

La puerta se abrió de golpe y Mason entró.

Y se quedó paralizado al verla.

Bianca lo miró casi con hambre, como si no lo hubiera visto en una eternidad. Había perdido peso. Su rostro parecía más afilado. Más pálido. Su cabello, normalmente peinado a la perfección, estaba revuelto, como si hubiera pasado todo el día —o quizás toda la semana— pasándose las manos por él.

Respiró hondo. Durante un largo segundo, se limitó a mirarla fijamente, como si tuviera miedo de pestañear siquiera.

Y entonces, en voz baja, casi con reverencia, como si tuviera algo sagrado delante, dijo:

—Hola.

Después, ambos se quedaron inmóviles, mirándose. Era como si el mundo se hubiera detenido a su alrededor, y a Bianca volvió a dolerle el corazón de anhelo por el hombre al que amaba.

Capítulo 16

Mason se quedó en el umbral, con los hombros ligeramente caídos. Tenía los ojos llenos de una confusión que se esforzaba por disimular. Entonces, por fin, preguntó:

—¿Qué ha pasado, Bianca? ¿Por qué has ido a recoger a Linda al colegio?

Ella dejó escapar una risa seca.

—¿Todavía preguntas qué ha pasado? —Las palabras le salieron solas, afiladas y cortantes como cristales rotos—. Resulta que no solo eres un marido terrible, Mason. También eres un padre pésimo.

Su rostro cambió al instante. Se le tensó la mandíbula y apretó los labios hasta formar una línea fina. Bianca sabía que había dado justo donde dolía. Una furia contenida le brilló en los ojos. Por un segundo, pensó que iba a discutir, a defenderse, a hacer algo. Pero Mason se limitó a pasar junto a ella y entrar en la casa.

Cogió la jarra de la mesa, se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de un tirón, con tragos desesperados. Bianca veía lo alterado que estaba. Hacía mucho que no lo veía así.

—¿Dónde está Linda? —preguntó por fin. Su voz sonaba cansada.

—Dormida —dijo Bianca.

Se abrazó a sí misma, sintiendo de pronto un escalofrío a pesar de que la casa estaba caldeada.

—Ya veo.

La rabia que había estado ardiendo en ella empezó a apagarse, dejando tras de sí ese vacío hueco que tanto odiaba. Echaba tanto de menos a Mason que le dolía con solo mirarlo.

Durante esas semanas de silencio, se había pillado a sí misma cien veces cogiendo el teléfono, escribiendo mensajes que nunca enviaba. Veía algo gracioso y al instante pensaba: *«Mason se reiría con esto»*, y entonces recordaba que ya no estaban juntos. Se despertaba en mitad de la noche y su mano se deslizaba por las sábanas, buscando un calor que ya no estaba.

Para. Mantén la rabia. Mantén el dolor. No lo dejes volver.

Bianca se aclaró la garganta y se enderezó en el sillón.

—Dile al colegio que quite mi número de la lista de contactos —dijo con firmeza—. No soy nada para tu hija y no quiero que me llamen por ella.

—Bianca...

—¿Estabas pensando siquiera? —lo interrumpió—. ¿Por qué me pusiste como su madre?

Él soltó un suspiro pesado y se pasó una mano por la nuca. Había algo casi infantil en el gesto.

—Lo siento —murmuró—. Simplemente te puse como mi esposa. No pensé que fueran a llamarte. Y menos una semana después de que Linda empezara el colegio.

Esposa.

La palabra se deslizó entre ellos como un fantasma: frágil, dolorosa, fuera de lugar.

Durante unos segundos, Bianca se limitó a mirarlo, sintiendo cómo esa palabra la quemaba por dentro, y luego apartó la vista.

—De todos modos, sigo sin entender qué estabas pensando al meterla en un colegio privado de élite. ¿Sabías que la están acosando? ¿Que nadie en su clase le habla? ¿Que le han puesto apodos desagradables porque cojea?

Mason levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué? —Su voz se volvió áspera—. ¿Qué acoso?

—¿De verdad no lo sabías? —Bianca soltó una risa amarga—. Claro que no. ¿Cómo ibas a saberlo? Ni siquiera contestas las

llamadas del colegio.

La rabia brilló en sus ojos, pero Bianca vio que ahora no iba dirigida a ella. Era por la noticia en sí.

—La llaman pata coja —continuó, con voz dura—. Hoy la hija de un juez la estuvo empujando, intentando humillarla delante de todos. Linda intentó alejarse; la niña tropezó, se cayó y se partió el labio. Luego se dio la vuelta y la culpó a ella, dijo que la había empujado. Sus padres exigían que la directora expulsara a Linda, y tú no contestabas el teléfono. Tuve que meterme en medio de todo aquello. Y para colmo, la madre de esa niña resultó ser una antigua compañera de clase. ¿Tienes idea de lo humillante que fue para mí?

—Dios mío —susurró.

—Sí. Dios mío —replicó Bianca, sin dejarle meter baza—. La metiste en un colegio de élite donde la mitad de los niños son mocosos mimados de familias ricas. No pensaste en ella en absoluto. La metiste en el colegio más caro de la ciudad para sentirte mejor contigo mismo.

Se calló de golpe, tras soltar por fin todo lo que necesitaba decir. Respiraba con dificultad y no apartaba la vista de él.

Mason no dijo nada durante unos segundos. Luego negó con la cabeza.

—¿Qué les pasa a esos niños? —preguntó, con la voz cargada de emoción—. ¿Por qué demonios se metieron con Linda?

Se dejó caer en el sillón frente a ella, apoyó los codos en las rodillas, hundió el rostro entre las manos y se quedó así un rato. Parecía agotado. Pero nadie sabía lo agotada que estaba Bianca.

Antes, habría ido directamente hacia él. Lo habría abrazado. Le habría pasado una mano por el pelo. Le habría dicho que todo iba a estar bien.

Pero ahora...

Ahora solo lo miraba y no sentía más que tristeza y agotamiento.

—De todos modos, no es mi problema —dijo, poniéndose de pie—. Tengo que irme.

Dio un paso. Luego otro.

Y de repente Mason se levantó.

La agarró del brazo y la detuvo en seco. Su contacto quemaba, y una ola de calor la invadió al instante. Bajó la mirada hacia su mano. Ese único punto de contacto bastaba para desarmarla: todavía tenía tanto poder sobre ella.

Había demasiado en sus ojos, todo a la vez: dolor, desesperación, súplica.

—No te vayas —dijo con voz ronca.

Bianca intentó soltarse, pero él la sujetaba con fuerza. Y apenas le quedaban fuerzas para resistirse.

—Suéltame, Mason.

—No —negó con la cabeza—. No pienso hacerlo. Ya no puedo más.

—¿Seguir cómo exactamente?

—Sin ti —exhaló—. No puedo vivir sin ti, Bianca.

La rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho con tanta fuerza que dolía.

—Mason, suéltame…

—No puedo —susurró contra su pelo—. Ya no puedo más, Bianca. No puedo.

Se le quebró la voz. Le tembló.

—Te echo de menos —continuó, como si delirara—. Te echo muchísimo de menos. No puedo dormir sin ti. Me despierto en mitad de la noche buscándote, y no estás. La casa está terriblemente vacía sin ti.

Bianca se quedó completamente inmóvil. No le devolvió el abrazo, pero tampoco lo apartó. Solo respiraba e intentaba no llorar. En apenas una hora había experimentado todos los sentimientos posibles: rabia, odio, añoranza, dolor. Sus palabras sonaban tan

sinceras. De verdad la amaba. Entonces, ¿por qué… por qué había pasado así? ¿Por qué no podían haber seguido como antes? Habían sobrevivido a tanto juntos, habían sido el sostén del otro, y su amor nunca se había apagado en todos esos años, y ahora esto.

¿Perdonarlo implicaba aceptar la traición? ¿Significaba ver a Linda cada día, un recordatorio viviente de la mujer que había estado en su cama cuando él le pertenecía? ¿Tenía derecho a seguir destrozándose, a sacrificarse por ese matrimonio?

—Te echo muchísimo de menos —susurró Mason—. Cada segundo. Cada minuto. No sé vivir sin ti.

El aliento de él le quemaba en el cuello. Le temblaban las manos mientras le acariciaba la espalda.

—Suéltame —dijo Bianca en voz baja.

—No —volvió a negar con la cabeza mientras la estrechaba aún más contra él—. No pienso hacerlo. No puedo.

—Mason…

—Voy a tu edificio todos los días —confesó con voz ronca—. Me quedo sentado en el coche, frente al portal. Miro la luz de tu apartamento. Me imagino qué estarás haciendo ahí dentro. En qué estarás pensando. Si estarás llorando. Si me echas de menos aunque sea un poco.

A Bianca se le encogió el corazón. Recordó cada vez que había visto su coche abajo y se había preguntado por qué habría ido.

—¿Por qué no subías? —preguntó, sin saber siquiera por qué lo preguntaba.

—Porque tenía miedo —exhaló—. Miedo de oírte decir que no para siempre. Miedo de que dijeras que se había acabado. Que ya no quedaba nada entre nosotros. No estaba preparado para oír eso, Bianca. Y aún no lo estoy.

Se le quebró la voz en las últimas palabras.

Bianca notaba cómo se le aceleraba la respiración. Sus propias manos se alzaron lentamente, casi solas. Lo rodeó con los brazos y

se apoyó en él. Cerró los ojos. Aspiró su aroma familiar. Tenía un nudo tan apretado en la garganta que apenas podía hablar.

—No puedo perdonarte —susurró—. Aún no. Todavía duele demasiado.

—Lo sé —asintió sin aflojar el abrazo—. Lo sé. Pero esperaré. El tiempo que haga falta. Un año, dos, diez. Esperaré hasta que estés lista.

Se apartó apenas medio paso, pero bastó para que el aire entre ellos se volviera denso al instante. Las manos de él seguían apoyadas en sus hombros. Bianca alzó los ojos y se encontró con su mirada. Lentamente, como si temiera asustarla, Mason le acarició la mejilla con el pulgar. Ante ese contacto, todo en su interior se tensó en un nudo.

—Bianca… —susurró, y había tanta ternura en su voz que la asustó.

—No… —suplicó en voz baja, pero un temblor la traicionó.

Él se inclinó, apenas un poco.

Podría haberse apartado en ese momento, pero una vez más no se movió.

Un segundo después, sus labios rozaron los de ella. Suavemente, como pidiendo permiso. Luego un poco más hondo.

El mundo desapareció.

No quedaba nada salvo el calor de él, vivo y dolorosamente familiar, justo a su lado.

Bianca sintió que algo en su interior cedía, que la frágil barrera que tanto le había costado construir empezaba a derrumbarse.

—Papá, tengo hambre.

La voz de la niña atravesó el silencio y destrozó aquel frágil mundo que habían creado.

Los dos se quedaron paralizados. Durante unos segundos, ninguno pareció capaz de respirar. Entonces Bianca volvió en sí. Apartó a Mason de un empujón.

Linda estaba en el umbral, con el pelo revuelto, los ojos aún pesados de sueño, la camisa arrugada. Era el recordatorio viviente de por qué debería odiarlo.

—Bianca, espera… —alcanzó a decir Mason antes de que ella saliera disparada hacia la puerta.

El corazón le latía tan fuerte que parecía querer salírsele del pecho. Fuera, el aire era frío. Casi corría hacia el coche. Se le cayeron las llaves y tuvo que pararse a recogerlas; solo entonces consiguió subirse. Con las manos temblorosas, arrancó el motor.

Dio marcha atrás y—

Maldita sea.

El capó del Bentley de Mason asomó ante ella. Estaba atravesado en el camino de entrada, bloqueándole el paso.

—Maldita sea… —exhaló Bianca, golpeando el volante con la palma.

Mason salió de la casa. Detrás de él, Linda se asomó por el umbral, con la curiosidad pintada en el rostro.

Estaba diciendo algo, probablemente llamándola, pero el coche tenía muy buen aislamiento acústico —Mason se había encargado de que los chicos de su taller lo mejoraran— y Bianca no podía oír ni una palabra. Cerró los ojos y dejó caer la frente contra el volante. Respiraba de forma rápida y entrecortada.

Luego se secó las lágrimas despacio y puso el coche en posición de aparcamiento.

Si Mason pensaba que se iba a quedar, estaba muy equivocado.

Capítulo 17

Mason estaba junto al coche, con una mano apoyada en el techo. Tenía los hombros ligeramente caídos y una confusión en la mirada que se esforzaba por disimular. Entonces, por fin dijo:

—Cenemos juntos. Quédate.

Bianca parpadeó y lo miró incrédula. ¿Cenar? ¿En serio?

—Mueve el coche —dijo con voz acerada—. Tengo que irme.

Él no se movió ni un milímetro.

—Bianca —dijo Mason con suavidad—. Sabes que todavía tenemos que hablar.

Apartó la mirada un segundo, luego volvió a mirarla y añadió con más seriedad:

—Tu abogado me llamó ayer.

Las palabras la golpearon como un puñetazo en el pecho. Como si él hubiera hundido las manos y arrancado aquello que más se había esforzado en no pensar.

Bianca apartó el rostro.

Sí, había contratado a un abogado. Quería que todo se tramitara de forma oficial, rápida, sin reuniones ni conversaciones innecesarias. Porque cada vez que lo veía, algo en su interior empezaba a desmoronarse y toda su determinación se desvanecía al instante.

—No quería que esto se alargara —dijo con voz apagada—. Es solo... más fácil así.

—Más fácil para ti —corrigió él—. No para mí.

Mason se inclinó un poco, con el rostro casi a la altura del de ella.

—Quiero hablar de esto contigo. En persona. No a través de otras personas. No por teléfono.

Señaló la casa con un gesto.

—Ya que estás aquí... hablemos. Como adultos.

Bianca tragó saliva. Contuvo la respiración mientras miraba la casa. Sentía como si una mano invisible le oprimiera el pecho, impidiéndole respirar. No quería volver a entrar; tenía miedo de perder el control. Miedo porque aún se sentía atraída por él. Pero ya que estaba allí, quizá debería hablar del divorcio para que Mason no alargara el proceso.

Solo por esa razón, solo por eso, asintió.

—Solo negocios, Mason.

—De acuerdo —dijo él rápidamente—. Solo negocios.

Le abrió la puerta del coche. Bianca salió con el corazón desbocado, como si le advirtiera que huyera.

Pero lo siguió de todos modos.

Mason no dijo nada más. En lugar de ir directo al grano con el divorcio y el reparto de bienes, fue hacia el frigorífico, lo abrió y empezó a sacar cajas de comida para llevar.

Bianca notó con sorpresa que los estantes estaban llenos de cajas idénticas del mismo restaurante, ese al que solían pedir los fines de semana. Había demasiada comida para una sola cena. Parecía que había pedido suficiente para varios días.

Sintió que alguien la observaba, se giró y vio a Linda. La niña estaba junto a la pared, como si defendiera su territorio. Tenía la mirada afilada y hostil. Entrecerró los ojos al mirar a Bianca, con algo de recelo, como si temiera que hubiera venido a quitarle a Mason.

Pero en cuanto Mason se giró hacia su hija, el rostro de ella se suavizó y sonrió de inmediato.

Él se acercó, le pasó una mano por el pelo y le tendió un plato de comida.

—Cariño, ¿puedes comer en tu habitación? —preguntó con suavidad—. Necesito hablar con Bianca unos minutos. A solas.

La forma en que le hablaba a Linda, la forma en que la miraba, volvió a atravesar a Bianca con una punzada de dolor.

Linda frunció el ceño. El labio inferior le sobresalió en un mohín. Era obvio que no le gustaba, pero no discutió. Cogió el plato, lanzó a Bianca una mirada rápida y punzante, y salió de la cocina sin decir palabra.

Se quedaron solos.

—¿Tienes hambre? —preguntó Mason.

—No —respondió ella, aunque no de inmediato. Se había quedado mirando demasiado tiempo la puerta por donde Linda acababa de desaparecer.

Él no insistió. Bajó dos tazas del estante de arriba y preparó café en silencio para los dos. Luego abrió un armario, sacó una cajita y la dejó junto a la taza de Bianca.

Chocolate.

Su favorito.

Bianca reconoció el envoltorio al instante. Dos días antes de hacer las maletas e irse, había terminado la última tableta y ya pensaba en pedir más. Eso significaba que Mason lo había comprado después de que ella se marchara.

¿Había estado esperando que volviera?

El corazón le dio un vuelco doloroso. Hizo todo lo posible por disimularlo.

—Gracias —dijo en voz baja.

Mason no respondió. Se sentó frente a ella y se llevó la taza a los labios.

Bianca bajó la mirada para no tener que mirarlo. Para no delatar cuánto le dolía aquello. Nunca había imaginado que algún día estarían allí sentados hablando de divorcio. Hacía dos meses, habían estado reservando unas vacaciones en la playa, y Mason había planeado tomarse un mes entero libre antes de Navidad. Y ahora...

Ahora cada uno estaba por su cuenta.

Las palabras se le atascaron en la garganta y no fue capaz de decir precisamente aquello por lo que había venido.

—¿Por qué cojea Linda? —preguntó Bianca en voz baja, en lugar de sacar el tema del divorcio, la casa y el futuro.

Mason no respondió de inmediato.

—Nació con displasia de cadera.

Ella parpadeó. Era inesperado.

—¿Eso se puede... arreglar? —preguntó Bianca, sin saber siquiera por qué.

Él apartó la mirada, dejó la taza sobre la mesa y, por alguna razón, pareció de repente culpable.

—A veces, sí. Si lo detectan a tiempo, en las primeras semanas o meses, suelen usar un arnés o una férula. Después se complica. A veces los niños necesitan escayola o cirugía. Si la hubieran tratado a tiempo, puede que ahora no cojeara.

—¿Por qué no hiciste nada? —le temblaba la voz a Bianca—. Mason, no estás arruinado. Tienes contactos, dinero, opciones…

—Porque en aquel entonces… —respiró hondo—. Estaba destrozado, Bianca.

Bajó la cabeza y se pasó una mano por la cara.

—Había perdido un hijo. Los dos lo habíamos perdido. El hijo que tanto deseábamos.

Hablaba con voz cargada, y el dolor y el arrepentimiento eran inconfundibles.

—Tú estabas allí tumbada, conectada a un gotero, sin hablar, sin comer. Los médicos decían que quizá nunca volverías a quedarte embarazada. Estabas hundida. Yo también me sentía vacío. Y en medio de todo eso… nació Linda.

Se le quebró la voz.

—No era capaz de preocuparme por la hija de otra, Bianca. Porque eso era lo que pensaba de ella en aquel entonces.

Bianca escuchaba en silencio. Al parecer, su marido había vivido toda una vida de la que ella no sabía nada. Un dolor que ni siquiera había imaginado. Le había ocultado esa parte de sí mismo. Y ella también recordaba demasiado bien aquella época: él había estado allí, cuidándola, tan destrozado como ella.

—Solo enviaba dinero. Cada mes. A veces llamaba a su abuela. Iba a verla unas cuantas veces al año. Todo parecía… bajo control. Nadie me dijo que le pasara nada.

Se quedó callado. La miró con culpa, con vergüenza, y en sus ojos se leía claramente la terrible certeza de que el pasado no podía deshacerse.

—Y cuando por fin me di cuenta de que algo iba mal y de que necesitaba ver a un especialista… ya era demasiado tarde.

Exhaló con fuerza.

—La cagué. Lo sé. Y no estoy buscando excusas.

El silencio se extendió entre ellos.

—¿Y ahora? —preguntó Bianca—. ¿De verdad no se puede hacer nada?

Negó con la cabeza.

—Podemos intentarlo. Hay cirugías. Hemos consultado con especialistas.

Lo dijo casi en un susurro, como si temiera que ella lo juzgara por querer ayudar a su propia hija.

—Los cirujanos pueden mejorarle la marcha hasta cierto punto. Reducir la cojera. Estabilizar la cadera. Pero… —hizo una pausa—. Probablemente no consigan que quede del todo normal.

Y de repente todo aquello de lo que Bianca había venido a hablar —el divorcio, la casa, las propiedades, el papeleo— le pareció absurdo.

Porque entre ellos yacían los restos de una familia en la que un hijo había muerto, otra había crecido sin que nadie la quisiera, y dos adultos nunca habían logrado ser del todo sinceros el uno con el otro.

Respiró hondo y se levantó de golpe.

—Quiero quedarme con el apartamento en el que vivo ahora. No pido nada más. Necesito que este divorcio sea rápido, Mason. No voy a fingir que esto no duele. Así que si me quieres aunque sea un poco, no lo alargues.

—Bianca… —empezó él, pero ella levantó una mano de inmediato.

—No —lo cortó—. Simplemente… no digas nada.

Mason se recostó en la silla, soltó un suspiro lento y asintió. No intentó discutir más, no le pidió que se quedara. Quizá entendió que cualquier palabra sería inútil. O quizá ya había aceptado que el divorcio era inevitable. Quizá lo había aceptado antes que ella.

—Quita el coche de la entrada —fue lo último que dijo Bianca mientras se dirigía a la puerta.

Caminó hasta su coche, abrió la puerta y se montó. Ya había oscurecido.

Un par de minutos después, Mason apareció en los escalones de la entrada. Se acercó a su Bentley, y Bianca sintió una extraña mezcla de alivio y decepción de que no intentara detenerla. Estúpido, ¿verdad?

El coche avanzó con suavidad y salió de la entrada.

Bianca arrancó, pisó el acelerador y dejó la casa atrás. Durante varios minutos condujo con los ojos fijos en la carretera, tensa y rígida. Luego ya no pudo contenerse más. Las lágrimas brotaron solas. Con cada respiración, palabras, rostros y recuerdos afloraban en su interior: fragmentos frágiles que la desgarraban por dentro.

Le costaba respirar.

Recordó la primera vez que lo había visto en la estación, cuando su hermano le había pedido a Mason que la recogiera en su lugar. Recordó su primera noche salvaje juntos. Recordó a Mason colándose en su pueblo para verla, recordó cómo se peleó con su hermano por ella. Todo parecía haber ocurrido en otra vida.

Igual que sus diez años de matrimonio.

Bianca aminoró la marcha y se detuvo en el arcén.

Y allí, tras el volante, con el rostro hundido entre las manos, por fin se derrumbó y rompió a llorar.

Todavía dolía demasiado para creer de verdad que todo había terminado.

Capítulo 18

El auditorio estaba abarrotado. Veinte parejas ocupaban la pista pulida a la vez, ejecutando sus programas, pero Bianca solo tenía ojos para una de ellas.

Helena y su compañero terminaron un giro, y el vestido plateado de la chica brilló bajo las luces del escenario. A Bianca se le hinchó el pecho de orgullo, aunque la ansiedad seguía oprimiéndole el corazón.

—Vamos, cariño, tú puedes —susurró entre dientes.

La música se elevó hacia su clímax. Durante la combinación final —el chassé, el paso sincronizado y el giro que siempre ponía nerviosa a Bianca— contuvo la respiración. Pero Helena y Michael lo clavaron. Sus sonrisas rebosaban confianza mientras quedaban inmóviles en la pose final.

Bianca exhaló y se llevó una mano al pecho. Los padres a su alrededor aplaudían. Ella también, vitoreando más fuerte que nadie, sin importarle lo más mínimo qué aspecto daba.

La voz del presentador resonó por los altavoces, anunciando un intermedio de quince minutos antes de los resultados. Bianca tenía que recordarle a Helena que bebiera más agua: la chica apenas se estaba recuperando de su enfermedad…

—¿Bianca?

Aquella voz la dejó paralizada.

Se dio la vuelta lentamente, sabiendo ya a quién vería antes de que sus ojos lo confirmaran. Hay voces que es imposible olvidar, por muchos años que pasen. Algunas se quedan contigo para siempre, junto a los primeros besos, las promesas rotas y el dolor agudo y particular de tener diecinueve años, ser estúpida y estar perdidamente enamorada.

—¿Eugene?

Estaba a solo un paso, con las manos en los bolsillos, sonriendo. Por supuesto que había envejecido, pero seguía siendo guapo. Los mismos pómulos marcados. La misma confianza. Llevaba el pelo más corto ahora, más arreglado que en la universidad, cuando siempre lo lucía con ese aire deliberadamente despeinado. Tenía líneas tenues en las comisuras de los ojos, pero en todo caso, solo lo hacían parecer más distinguido.

—Pensé que eras tú —dijo él, acercándose más. Su mirada la recorrió con admiración abierta—. Estás… Dios, Bianca, estás increíble. No has cambiado nada.

Mentiroso. Claro que había cambiado. Tenía treinta años, y hacía mucho que había dejado de ser aquella dulce e ingenua chica universitaria. Se había casado, casi se había divorciado, había vivido pérdidas que destruyeron a la chica que él conoció. Aun así, Bianca le dedicó una sonrisa educada y bien ensayada.

—Tú tampoco has cambiado —dijo ella, porque era lo que tocaba decir en momentos así—. No sabía que seguías en el mundo del baile.

—Ahora dirijo un estudio. Bueno, tres estudios. Grande Dance Hall —un deje de orgullo contenido asomó en su voz—. Tenemos dos parejas en las finales.

—Ya veo —dijo Bianca, tratando de disimular la punzada de envidia. Todo el mundo hablaba de ese estudio, y la verdad es que le sorprendía no haberse enterado de que Eugene era quien lo dirigía.

Se hizo un silencio incómodo.

—Tienes una hija, ¿verdad? ¿Estás casada? —preguntó de pronto—. ¿Está aquí? ¿Baila?

Bianca parpadeó y se quedó inmóvil. Por una fracción de segundo, ni siquiera entendió de qué hablaba. Entonces el significado de la palabra *hija* cayó sobre ella como un mazazo, y algo se le encogió dolorosamente en el pecho.

—No —dijo—. Estoy aquí con… mis alumnos.

No dijo nada de su vida personal. Él no tenía por qué saberlo.

Un destello de confusión asomó en el rostro de Eugene.

—Ah. Pensé… Eva me dijo que tenías una hija. Supuse que estaría compitiendo hoy y que por eso estabas aquí.

—¿Eva? ¿Seguís en contacto? —Bianca arqueó las cejas con sorpresa.

Su rostro permaneció sereno, pero por dentro esbozó una sonrisa amarga y cómplice, de esas que nacen de viejas heridas hace mucho cicatrizadas. En la universidad, todo el mundo sabía que entre Eugene y Eva había algo. Intentaban disimular, pero no lo suficiente. Bianca había llorado por eso entonces. Llorado y rabiado. Eso fue antes de Mason, antes de que su vida diera un vuelco. Después, él se convirtió en el centro de su mundo, el único hombre en su vida durante los siguientes diez años. Se había olvidado de Eugene por completo, hasta ese momento.

—Es nuestra principal patrocinadora. Y su hija entrena en nuestro estudio. Eva mencionó hace poco que te había visto. Me pilló desprevenido.

Bianca dejó escapar una risa queda. Así que seguían viéndose. No le habría extrañado que todavía se estuvieran acostando.

Después de lo que pasó en la escuela, la curiosidad le había ganado la partida, y había buscado en internet al marido de Eva. Había encontrado una foto en un artículo sobre una gala benéfica: Eva con el brazo posesivamente enlazado al de su marido, un hombre muy respetado, muy canoso, que rozaba los sesenta.

Hay personas que nunca cambian. Hay historias que no dejan de repetirse, con distintos rostros, distintos escenarios, pero exactamente el mismo guion trillado. Ahora Eva patrocinaba los estudios de Eugene. Claro. Por pura amistad.

—Así que ahora eres entrenadora —dijo Eugene, intentando claramente quitarse de encima la incomodidad.

Dio otro paso hacia ella, y Bianca retrocedió medio paso por instinto. Había algo en sus ojos que le resultaba demasiado familiar,

demasiado personal.

—Sí. Yo también tengo mi propio estudio.

—Vaya. Y pensar que hubo una época en que ibas a dejar el baile y mudarte al extranjero a estudiar. Deberíamos quedar algún día e ir a visitar a nuestro antiguo entrenador.

Estaba coqueteando. Abiertamente. Como si no le hubiera hecho tanto daño como para romperle el corazón.

—Lo siento —dijo Bianca—, pero tengo que irme. Quizá nos veamos en alguna competición.

—O antes —insistió él, con un tono apremiante en la voz—. ¿Me das tu número? Estaría bien quedar. Sin todo este… —hizo un gesto abarcando el auditorio— …jaleo.

Bianca lo miró, y por un momento estuvo a punto de echarse a reír.

Demasiado tarde, Eugene.

Unos diez años demasiado tarde.

Toda una vida demasiado tarde.

—Lo siento —dijo, y esta vez había acero en su voz—, pero tengo un marido muy celoso.

Las palabras salieron antes de que tuviera tiempo de pensarlas. *Marido.* Técnicamente, seguía siendo verdad, aunque ya habían empezado a hablar del divorcio. Técnicamente, seguía casada con Mason, aunque ahora los separara un océano. Y sí, era terriblemente posesivo y celoso hasta decir basta. Si se enteraba de que se había encontrado con Eugene, probablemente aparecería aquí en un abrir y cerrar de ojos.

Eugene parpadeó, claramente sin esperarse una respuesta tan directa.

—Oh. Bueno... vale.

¿De verdad había pensado que seguía enamorada de él?

Por favor.

—Bueno —dijo mientras daba un paso atrás y su rostro volvía a adoptar esa expresión educada y neutral—. Me ha alegrado verte, Bianca. Buena suerte a tus alumnos en la final.

—Gracias —dijo ella con sequedad, y se dio la vuelta sin esperar nada más.

Bianca se abrió paso entre la multitud de padres y entrenadores, buscando el vestido plateado de Helena.

Fingió que no estaba pensando en Mason en ese momento. Fingió que las palabras *tengo un marido muy celoso* no le habían tocado un nervio en carne viva, dejándolo palpitando.

Porque si se permitía pensar de verdad en ello, no podría parar.

Solo tenía que aguantar un poco más.

Al menos hasta el final del día.

Capítulo 19

La velada fue ruidosa y feliz, casi exactamente lo que debería ser una noche después de una victoria. Bueno, casi una victoria. El segundo puesto también contaba como victoria, ¿no?

—Bianca, ¿podemos ir a ese pequeño restaurante chino? —Michael la miró esperanzado, todavía con el traje de la competición. Su madre ya le había sacado un millón de fotos desde todos los ángulos posibles nada más anunciarse los resultados—. Llevo un mes deseando fideos picantes.

Helena, que acababa de acercarse corriendo, soltó una risita.

—¿Has estado soñando con fideos? ¿En serio?

—¿Y qué? Los fideos son sagrados —respondió Michael con fingida solemnidad.

Bianca sonrió y negó con la cabeza.

—Me da igual adónde vayamos.

La verdad era que ella también tenía debilidad por la comida picante. Durante las últimas semanas, Bianca apenas había comido; no conseguía que le entrara nada, y todo le sabía insípido, sin gracia. Pero hoy... hoy era diferente.

El restaurante resultó ser pequeño y acogedor, con farolillos rojos colgando del techo. Se acomodaron en una mesa junto a la ventana. Los chicos seguían eufóricos, hablando atropelladamente y reviviendo cada segundo de su actuación.

—...y cuando casi tropezaste en ese giro, pensé: «*se acabó, nos vamos al suelo*» —dijo Michael, agitando las manos mientras hablaba.

—¡Yo no casi tropecé! —protestó Helena—. Tú tiraste de mí en el momento equivocado.

—¿Yo? ¿En serio?

Bianca escuchaba sus discusiones a medias mientras hojeaba el menú. Fideos lo mein de pollo. Pato pekinés. Tofu agridulce. Todo tenía buena pinta. Y, sorprendentemente, tenía hambre de verdad. Por primera vez en... ni siquiera recordaba cuánto tiempo.

Quizá era la emoción de todo aquello. La emoción de ver a sus alumnos conseguir el segundo puesto en el campeonato. De saber que todos esos meses de entrenamiento, todas esas tardes en el estudio, todos esos interminables «*una vez más, desde el principio*» no habían sido en vano.

La camarera se acercó y pidieron. Michael pidió los fideos extra picantes, pero su madre, Mery, le cortó en seco y cambió el pedido a la versión normal, sin picante. Helena eligió arroz frito con gambas, y Bianca pidió pato, fideos de pollo y sopa wonton.

—Bianca, ¿de verdad vas a comerte todo eso? —preguntó Helena, sorprendida.

—Lo intentaré —dijo Bianca, un poco sorprendida también por su propio pedido.

La comida llegó enseguida, y la mesa se llenó de platos al momento. Los aromas se mezclaban: picante, salado, ligeramente dulce. Bianca cogió los palillos y probó el pato.

Dios, estaba bueno.

El picante le golpeó la lengua, pero era ese calor bueno, vivo y penetrante, que le despertaba los sentidos. Masticó lentamente, saboreando cada capa de sabor. Luego probó la sopa.

Celestial.

Bianca comió sin pensar en calorías, sin contar bocados, sin forzarse a tragar. Tenía hambre, la comida estaba buena, y todo resultaba tan simple, tan natural. Casi había olvidado lo que era simplemente comer y disfrutarlo de verdad.

Comieron, hablaron, se rieron de los chistes malos de Michael y revivieron el momento en que a él se le rasgaron los pantalones por la costura justo antes de salir a escena.

Bianca se echó hacia atrás en la silla, con una taza de té verde en las manos. Los miró a los dos: a los chicos que habían estado tan nerviosos esa mañana que Helena casi había llorado, y que ahora estaban sentados allí felices y radiantes.

Y ella también era feliz.

En ese momento, en ese pequeño restaurante chino con sus farolillos rojos y su música suave, Bianca era feliz.

Por primera vez en semanas, no estaba pensando en Mason. No estaba repasando su conversación en la cocina. No estaba reviviendo el momento en que le dijo que quería el divorcio. No estaba diseccionando cada palabra que él había dicho, cada mirada, cada movimiento.

—Bianca, ¿estás bien? —Elizabeth, la madre de Helena, la devolvió al presente.

—¿Qué? —Bianca parpadeó.

—Estás sonriendo —dijo Elizabeth—. Ahí sentada, sonriendo sin más. Como si estuvieras en otro sitio.

—Solo estoy feliz. La verdad, quizá incluso más que los chicos —Bianca dejó la taza sobre la mesa—. Hoy ha sido un buen día. Lo habéis hecho increíble. Estoy orgullosa de vosotros.

Michael asintió sin levantar la cabeza del plato, pero Bianca captó la sonrisilla tímida que le asomaba en la comisura de los labios.

Cuando la camarera trajo la cuenta, Bianca pagó todo ella misma, a pesar de las protestas de los padres, que insistían en que la cena corría de su cuenta.

—Esta noche invito yo —dijo con firmeza—. Consideradlo parte del premio.

Para cuando salieron, ya había oscurecido. Habían planeado pasear un poco por la ciudad y ver las luces de la plaza, pero había empezado a caer una llovizna fina.

—¿Volvemos al hotel? —preguntó Bianca.

Se quedaron bajo el toldo del restaurante, y ella se encogió de frío. Solo llevaba una chaqueta ligera. Los chicos estaban hablando de algo otra vez, y Bianca se pilló a sí misma sonriendo de nuevo.

Qué extraño. Durante las últimas semanas, se había quedado tan delgada que los vaqueros prácticamente le nadaban. Tenía los nervios destrozados, había dormido fatal y no había tenido nada de apetito. Pero hoy había comido más que en toda la semana, y se sentía... no exactamente bien. Pero mejor.

Definitivamente mejor.

Quizá eso era lo que necesitaba. No pensar. Solo vivir.

Un día a la vez.

Llamaron taxis y volvieron al hotel en coches separados.

Helena y Michael se habían ido a sus habitaciones con sus padres diez minutos antes, y Bianca estaba plantada frente a la suya, rebuscando en el bolso la tarjeta.

Por fin la encontró.

La habitación era pequeña pero limpia. La cama king-size, con sus sábanas blancas impecables, resultaba increíblemente tentadora. Bianca dejó caer el bolso al suelo, se quitó los zapatos y prácticamente se desplomó sobre la cama sin ni siquiera cambiarse.

El cansancio la golpeó de golpe. Había pasado todo el día en tensión: preocupándose por los niños, luego el encuentro con Eugene, después la cena. Estaba completamente agotada.

Bianca cerró los ojos y se quedó dormida casi al instante.

Sin pensar en Mason. Sin pasarse horas intentando dormirse mientras su cerebro repetía la misma conversación, las mismas palabras, los mismos arrepentimientos. Solo oscuridad. Oscuridad cálida, suave, segura.

«Ojalá pudiera ser así todos los días», alcanzó a pensar antes de que el sueño se la llevara por completo. *«En lugar de estar despierta hasta las tres de la madrugada pensando en él y echándolo de menos».*

***

Bianca se despertó con la luz del sol colándose por el hueco entre las cortinas. Durante los primeros segundos, no tenía ni idea de dónde estaba. Luego volvió en sí y recordó que había pasado la noche en el hotel.

Se incorporó en la cama y se estiró. Tenía la espalda agarrotada, la boca seca, pero en general se sentía... bien. Mejor que bien, incluso.

Bianca miró el móvil. Las ocho de la mañana. Había dormido casi doce horas.

Al levantarse, decidió darse una ducha antes de bajar a desayunar con los niños y sus padres.

Se desnudó y se metió bajo el chorro. El agua caliente le corría por los hombros, por la espalda, arrastrando los últimos restos de sueño. Bianca cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y sintió que empezaba a relajarse.

Quizá lo peor había quedado atrás de verdad. Quizá por fin estaba empezando a volver a la vida.

Se enjabonó el pelo y se aclaró el champú. Luego cogió el gel de baño con aroma a rosas y se lo extendió por la piel, empezando por los hombros.

Y entonces ocurrió.

Primero, una oleada de mareo. Luego náuseas. Agudas, repentinas, que le cayeron encima de la nada. Bianca se agarró a la pared de la ducha, intentando mantener el equilibrio.

No. Ahora no. Por favor, ahora no.

Pero su cuerpo no le hacía caso. El estómago se le contrajo con fuerza. Con la mano temblorosa, cerró el grifo, salió de la ducha sin siquiera secarse y apenas llegó al váter a tiempo.

Vomitó con violencia. Todo lo que había disfrutado tanto la noche anterior volvió a salir.

Cuando pasó la primera oleada, Bianca se dejó caer al suelo con la espalda contra la pared fría. Le daba vueltas la cabeza. Se le oscurecía la visión por los bordes. Le costaba respirar.

¿Qué demonios le estaba pasando?

Intentó levantarse, alcanzar una toalla. Apenas se había incorporado a medias cuando otro espasmo la sacudió, doblándola sobre el váter de nuevo, aunque ya solo tenía arcadas secas. Arcadas dolorosas y agotadoras.

Bianca no sabía cuánto tiempo había pasado. Diez minutos, quizá. Tal vez media hora. Estaba sentada en el suelo del baño, envuelta en una toalla, temblando y sin fuerzas.

En algún lugar de la habitación, el móvil empezó a sonar. Lo ignoró. No había manera de que pudiera hablar en ese momento.

El timbre se detuvo.

Luego volvió a sonar.

Apretando los dientes, Bianca se obligó a levantarse. Se fue agarrando a la pared hasta llegar a la cama, donde había dejado el móvil. La pantalla se iluminó: la madre de Helena.

Contestó.

—¿Hola? —dijo Bianca con voz ronca.

—¡Bianca, buenos días! —la voz alegre de Elizabeth le retumbó en la cabeza—. Estamos todos abajo desayunando. ¿Vas a bajar?

Bianca tragó saliva, intentando contener otra oleada de náuseas.

—Liz, yo... creo que algo me sentó mal en el restaurante anoche. Llevo toda la mañana vomitando.

—¡Dios mío! —la voz de Elizabeth se tiñó de preocupación al instante—. ¿En serio? Bianca, ¿llamo a una ambulancia?

—¿Cómo están los niños? —preguntó Bianca, ignorando la pregunta—. ¿Están bien? ¿Nadie más tiene síntomas?

—No, están perfectamente. Los dos se sienten genial, ya están arrasando con el bufé del desayuno. Pero Bianca, si estás tan mal...

—Esperemos un poco —la interrumpió, dejándose caer en el borde de la cama. Hasta estar sentada le costaba, y todavía le quedaban tres horas de viaje—. Si no mejoro en una hora, tendré

que ir al hospital. De todas formas, vosotros volved a casa con los niños como teníais pensado, y yo me las apañaré aquí. No soy una cría.

—Bianca, ¿estás segura? A lo mejor deberíamos quedarnos. O al menos yo podría...

—No, no, tranquila. De verdad. Si pasa algo, llamaré... a mi marido.

La palabra se le atragantó. Solo la dijo para tranquilizar a Elizabeth, para que no se preocupara y cambiara los planes de todos por su culpa.

Bianca no tenía ninguna intención de llamar a Mason. Ninguna.

—Bueno, si estás segura... —Elizabeth aún no parecía convencida—. Pero Bianca, por favor, si empeoras, llama enseguida. A mí. O a una ambulancia. O a nosotros. O a tu marido. ¿Vale?

—Vale. Gracias. Y de verdad, no te preocupes por mí. Es solo una intoxicación. Ya se me pasará.

Se despidieron. Bianca dejó el móvil en la cama, se tumbó, cerró los ojos e intentó respirar acompasadamente, contando las respiraciones.

Pero entonces el estómago se le contrajo de nuevo en un espasmo doloroso, y Bianca apenas llegó al baño a tiempo.

Capítulo 20

Pasó una hora. Luego otra. Bianca no mejoraba.

Yacía acurrucada en la cama, con los brazos alrededor del estómago. Temblaba. Un minuto ardía, al siguiente se moría de frío. El mareo no cedía, y las náuseas llegaban en oleadas, una y otra vez, aunque su estómago ya estaba completamente vacío.

Fue entonces cuando Bianca se asustó. De verdad se asustó.

Una ciudad extraña. Ni una sola persona conocida cerca. Estaba allí sola. ¿Y si le pasaba algo? ¿Y si no era solo una intoxicación alimentaria? ¿Y si...?

Con manos temblorosas, llamó al 911.

La ambulancia llegó rápido. Dos paramédicos, un hombre y una mujer, entraron en la habitación, le hicieron algunas preguntas y le tomaron la presión arterial y la temperatura. Bianca respondió casi en automático, sin apenas pensar con claridad.

—La llevaremos al hospital —dijo la mujer, ayudándola a incorporarse—. Necesita suero y unos análisis de sangre.

Bianca se limitó a asentir. No tenía fuerzas para discutir.

La pusieron en una pequeña habitación semiprivada. La otra cama estaba vacía. Bianca se quedó allí tumbada mirando el techo mientras el suero caía lentamente en su vena.

Poco a poco, empezó a sentirse mejor. Las náuseas remitieron. Los temblores se calmaron. Recuperó algo de fuerza, no mucha, pero la suficiente para sentirse humana de nuevo y no como un trapo escurrido.

Quizá podría conducir ahora, pensó Bianca, mirando por la ventana. *Mi casa está a solo tres horas. Y una vez allí, de vuelta en mi propio espacio, seguro que me sentiré mejor.*

Entró una enfermera, cambió la bolsa del suero y le dijo que el médico vendría pronto con los resultados de sus análisis.

Bianca asintió y volvió a cerrar los ojos.

El tiempo se arrastraba. Casi se había quedado dormida cuando oyó pasos en el pasillo. La puerta se abrió.

Entró un médico, un hombre de unos cincuenta años, con gafas y un historial en la mano. Se acercó a la cama y la miró con atención.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor —dijo Bianca con voz ronca—. Mucho mejor.

—Bien —abrió el historial y echó un vistazo a los papeles del interior—. Bueno, ya tenemos los resultados de sus análisis. En general, todo parece normal. Estaba deshidratada, pero los sueros se han encargado de eso. Su función hepática y renal están bien.

Bianca soltó un suspiro de alivio.

—¿Entonces sí que fue una intoxicación alimentaria?

El médico la miró por encima de las gafas.

—No exactamente. No hay signos de intoxicación alimentaria. Pero... ¿por qué no mencionó que está embarazada?

Bianca parpadeó.

—¿Qué?

—Está embarazada —repitió con calma—. Sus análisis muestran niveles elevados de hCG. Eso es lo que está causando las náuseas y la debilidad.

Se incorporó tan rápido que la cabeza empezó a darle vueltas de nuevo.

—¿Qué quiere decir? —su voz bajó casi hasta un susurro—. ¿Quién está embarazada? ¿Yo?

—Usted —el médico frunció ligeramente el ceño—. ¿No lo sabía?

—¿Yo? —Bianca lo miró fijamente, incapaz de procesar lo que estaba oyendo—. No. Eso es imposible. Tiene que haber un error.

—Los análisis no se equivocan —dio un golpecito al historial con un dedo—. Sus niveles de hCG están significativamente elevados. Eso indica claramente un embarazo.

—No —Bianca negó con la cabeza, completamente aturdida—. No, no, no. Eso es imposible. No puedo tener hijos. Pasé años de tratamiento, mi marido y yo... —se le quebró la voz—. Ya tuve una falsa alarma antes. Mi hCG también subió entonces. Los médicos dijeron que eso puede pasar, que es un desequilibrio hormonal, no un embarazo, es...

Las palabras le salían a borbotones. No podía detenerlas. El médico escuchó pacientemente sin interrumpir.

Cuando Bianca finalmente se quedó en silencio, dejó el historial sobre la mesilla de noche.

—Si quiere, podemos hacerle una ecografía —dijo con tono neutro, claramente imperturbable ante su conmoción—. Pero estoy seguro al noventa y nueve por ciento de que está embarazada. Su hCG es demasiado alto para tratarse de un desequilibrio hormonal.

Bianca se quedó allí sentada mirándolo, incapaz de decir una palabra.

Embarazada.

La palabra en sí parecía irreal.

Embarazada.

Pero eso era imposible. Después de perder al bebé, los médicos habían dicho que sus posibilidades eran casi nulas. Ella y Mason lo habían intentado. Durante años. Tratamientos, medicamentos, análisis, ecografías mensuales... y nada.

¿Y ahora?

¿Ahora, cuando todo ya se había derrumbado? ¿Cuando ella y Mason estaban hablando de divorcio? ¿Cuando se estaba preparando para firmar los papeles y cerrar ese capítulo de su vida?

¿Ahora?

—Una ecografía —se oyó decir a sí misma. Su voz sonaba distante, casi como si perteneciera a otra persona—. Hagamos la

ecografía.

El médico asintió.

—De acuerdo. Enviaré a una enfermera. Ella la llevará abajo.

Se marchó, y Bianca se quedó sentada en la cama, mirando al vacío.

Sus manos bajaron solas hasta su estómago, plano, hundido después de todo el peso que había perdido en las últimas semanas. Nada bajo sus palmas. Ni el más mínimo indicio. Solo vacío.

No puede ser.

No puede.

Pero en lo más hondo, en ese lugar al que tenía miedo incluso de mirar, algo se movió. Una sensación extraña, aterradora. Esperanza enredada con pavor.

¿Y si es verdad?

¿Y si…?

La puerta se abrió. Una enfermera entró en la habitación, la misma que le había cambiado el gotero.

—Venga —dijo con suavidad—. La sala de ecografías está en el segundo piso.

Bianca se puso de pie con las piernas temblorosas y la siguió por el pasillo, una mano contra la pared para sostenerse. Todavía le daba vueltas la cabeza, pero ahora no era por la debilidad. Era por el shock. Por la imposibilidad de lo que estaba sucediendo.

Embarazada, no dejaba de repetirse. *No puedo estar embarazada. Es imposible. ¿Por qué ahora? ¿Y qué pasa si es verdad? Mason no me dejará marchar. Nunca desaparecerá de mi vida.*

Capítulo 21

—Alan... —a Bianca se le quebró la voz y se detuvo un segundo, tratando de recomponerse—. ¿Puedes venir a buscarme?

Su hermano era la única persona a quien podía recurrir en ese momento.

—¿Ir a buscarte dónde? ¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? —Su voz sonó alarmada al instante.

—Estoy... no estoy en casa. Te mando mi ubicación. Y... —Bianca respiró hondo—, mi coche también está aquí. No puedo conducir. Así que a ver si alguien te puede acercar, o pídele a alguien que venga contigo para que se lleve mi coche después.

—Bianca, ¿qué ha pasado? —la voz de Alan se volvió más cortante, más exigente—. ¿Estás bien? ¿Dónde demonios estás?

—Te lo cuento cuando llegues. Te lo prometo. Solo... por favor, ven.

Se oían otras voces de fondo. Probablemente estaba en el trabajo. Claro que sí, ¿dónde iba a estar si no a esas horas? Bianca sintió una punzada de culpa por volver a agobiarlo.

—Vale. Salgo ya. Mándame la dirección.

—Alan —añadió deprisa, antes de que colgara—, no le digas nada a Mason. Para que no se preocupe. Por favor.

—Bianca...

—Por favor —lo cortó, sin ceder—. No lo hagas, ¿vale? No quiero que se preocupe. Y además... esto no es para hablarlo por teléfono.

Todavía no le había contado a Alan ni a su padre lo que realmente estaba pasando entre ella y Mason. No les había hablado del divorcio. No les había dicho que, a todos los efectos, ya no estaban juntos. No quería que se preocuparan por ella. No quería

ver lástima en sus ojos. No quería las preguntas, los consejos. Y, sobre todo, no quería que Alan hiciera alguna tontería en un arrebato. Seguía siendo su hermano mayor protector, por muy adulta que fuera Bianca.

Dios, qué agotador era cargar con todo esto sola.

—Está bien —dijo Alan al fin—. Espérame.

—Gracias —susurró, apenas audible.

Él colgó. Bianca le envió enseguida la ubicación del hospital, dejó el teléfono en el regazo y volvió a mirar la ecografía.

Pasó un dedo sobre la impresión brillante, con delicadeza, como si temiera dañarla, como si intentara convencerse de que aquello era real.

Una manchita diminuta. Apenas visible.

Pero estaba ahí.

Era real.

Ocho semanas.

¿Cómo no se había dado cuenta?

Bianca había achacado la falta al estrés. O a otro bajón hormonal. No había tenido ni energía ni tiempo para ir al médico, y el embarazo ni se le había pasado por la cabeza. *¿Embarazo?* ¿Después de diez años intentándolo sin conseguir nada?

El médico había dicho algo sobre vitaminas, sobre volver en dos semanas para otra revisión por sus antecedentes. Pero Bianca apenas había oído nada. Todavía no podía asimilar lo que estaba pasando. Todo parecía imposible. Como un sueño.

Después de todos esos años. Después de tantas lágrimas, tanta desesperación. Después de haber enterrado esa esperanza y aceptar que nunca tendría hijos. Ahora, justo cuando su vida se desmoronaba, había ocurrido un milagro.

¿Qué sentía?

¿Alegría? Sí. En algún lugar muy dentro, bajo las capas de conmoción y miedo, algo cálido y luminoso latía. Aquello con lo que

había soñado durante tantos años.

Un hijo.

Su hijo.

El hijo de Mason.

¿Asombro? Sí, eso también. Era un milagro. Un milagro de verdad. Después de todo lo que habían dicho los médicos, después de tantos años de infertilidad, después de perder a su primer bebé... parecía imposible.

Y sin embargo estaba sucediendo.

¿Pánico? Dios, sí. El pánico la ahogaba, le oprimía el pecho con tanta fuerza que apenas podía respirar. Porque ella misma se estaba desmoronando. Su matrimonio se derrumbaba. Y este embarazo no podía llegar en peor momento.

O tal vez era justo lo contrario, y aquello era lo único que podía salvarla.

¿Miedo? Ese era el sentimiento más fuerte de todos.

¿Y si perdía también a este bebé? ¿Y si su cuerpo volvía a fallarle? ¿Y si la historia se repetía y acababa otra vez en el hospital, conectada a un gotero, vacía por dentro, con esa horrible certeza de que el bebé se había ido?

No.

No sobreviviría a eso una segunda vez.

Y luego estaba Mason.

Hacía solo unos días, sentados en un despacho con sus abogados, habían hablado del divorcio. Bianca había dicho que quería quedarse con el piso, su negocio y su coche, y que no pedía nada más. Mason había aceptado sin rechistar. Como si ya hubiera asumido que no podía retenerla.

Y ahora estaba embarazada.

De él.

¿Qué iba a decirle?

¿Iba siquiera a decírselo?

Porque en cuanto naciera ese bebé, quedarían unidos para siempre.

Apretó la ecografía con tanta fuerza que los bordes empezaron a arrugarse. Se dio cuenta, aflojó la mano y la alisó con cuidado.

No.

No podía pensar en eso ahora. No podía.

Primero, tenía que llegar a casa.

Y luego... luego ya vería.

Bianca guardó la imagen en el bolso. Pero sus dedos no la soltaban. Incluso a través de la tela, seguía sintiendo aquel frágil rectángulo de papel.

La prueba de que aquello no era un sueño.

No era una alucinación.

No era otra falsa alarma hormonal.

Sino la realidad.

Y no tenía ni la más remota idea de qué hacer con esa realidad ahora.

Capítulo 22

Bianca recibió el alta una hora después de llamar a Alan. El médico le recordó una vez más las vitaminas, que tuviera cuidado, que debía ver a un obstetra cuanto antes. Asintió, cogió los papeles del alta y las órdenes de laboratorio, lo metió todo en el bolso e intentó con todas sus fuerzas no pensar.

El taxi la llevó de vuelta al hotel. Bianca miraba por la ventanilla sin ver nada en realidad.

Una sonrisa le asomaba al rostro sin querer, y de vez en cuando la mano le iba al vientre plano. Debería sentir alegría, emoción, esperanza. En cambio, lo que sentía era... incertidumbre. No sabía si sería capaz de afrontarlo.

Pero tenía que hacerlo.

Este bebé ya era un luchador, y Bianca se prometió que haría todo lo posible para que naciera sano.

El coche se detuvo frente a la entrada del hotel. Pagó y se bajó. El aire frío le mordía la piel. Todo a su alrededor parecía exactamente igual, como si nada hubiera cambiado.

Pero su vida acababa de cambiar para siempre.

Dentro, Bianca se acercó a la recepción y entregó la llave. La recepcionista comentaba algo con entusiasmo sobre un descuento. Bianca asintió sin escuchar.

De vuelta en la habitación, sacó la maleta del armario y empezó a hacer el equipaje. Neceser. Ropa. Cargador del móvil. Lo revisó todo varias veces para asegurarse de que no se dejaba nada.

La foto de la ecografía seguía en el bolso. Bianca no la sacó. Temía que, si volvía a mirarla, perdería la capacidad de pensar con claridad.

Cuando la maleta estuvo lista, se sentó en el borde de la cama y esperó.

El tiempo pasaba con una lentitud insoportable. Bianca miraba el teléfono, luego la ventana, luego otra vez el teléfono. Intentó no pensar. No lo consiguió.

Todos los pensamientos la llevaban al mismo sitio. ¿Cómo iba a decírselo a Mason? ¿Se lo iba a decir siquiera?

El teléfono vibró.

Un mensaje de Alan: *Estoy fuera.*

Bianca se levantó, cogió el bolso, arrastró la maleta hasta el pasillo y cerró con llave. Se sentía mucho mejor: las náuseas habían desaparecido, los mareos también. Quería creer desesperadamente que esos episodios no serían frecuentes, porque de lo contrario el miedo acabaría volviéndola loca.

Enseguida vio a su hermano en el vestíbulo. Alan estaba junto a la recepción, hojeando un folleto. Cuando oyó las ruedas de la maleta, se volvió.

Le clavó la mirada en la cara.

—Estás muy pálida —dijo a modo de saludo, con voz tensa de preocupación, mientras daba unos pasos hacia ella.

—Ahora estoy bien —respondió Bianca demasiado deprisa.

Él no dijo nada, solo siguió estudiándola. Bajo esa mirada aguda e inquisitiva, empezó a sentirse incómoda. Era evidente que Alan estaba preocupado, tanto por su aspecto como por la situación en general.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en voz baja.

Bianca apartó la mirada y apretó el asa de la maleta.

—Coge la maleta —dijo—. Vamos. Mi coche está en el aparcamiento. ¿Cómo has venido? ¿Solo o hay alguien contigo?

Era un cambio de tema torpe y desesperado. Alan lo captó de inmediato: entrecerró los ojos y apretó los labios.

Cogió la maleta, pero no se movió.

—Me ha traído Dmitri. Bianca...

—¿Dónde habéis aparcado? —lo interrumpió, dando un paso hacia las puertas—. Vamos, aquí cobran el aparcamiento por horas.

Pasó junto a Alan, y él la siguió sin decir palabra, arrastrando la maleta. Salieron, y ella lo guio hacia el aparcamiento.

—Allí —dijo Bianca, señalando su coche aparcado en la esquina.

Alan permaneció en silencio, pero ella sentía su mirada clavada. Llegaron al coche. Bianca sacó las llaves y abrió el maletero. Alan metió la maleta y luego le puso una mano en el hombro. Con suavidad, pero con firmeza, la hizo girarse para que lo mirara.

—Bianca —dijo con voz seria, la mirada aguda e inquisitiva—. ¿Qué está pasando?

Ella lo miró. La cara familiar que tanto se parecía a la de su padre. Los ojos oscuros llenos de preocupación. El ceño fruncido.

Y luego apartó la mirada, dejando que los ojos se le fueran a cualquier sitio menos a él: la pared de hormigón, la pantalla parpadeante del parquímetro.

Las palabras se le atascaron en la garganta. Tenía un nudo por dentro, tan apretado que apenas podía respirar.

—Alan, yo... —empezó, pero se calló.

Él la observó un largo momento, como si intentara leerle las respuestas en la cara.

—Sube al coche. Tenemos que irnos —dijo al fin, con voz tranquila—. Pero de camino a casa me lo vas a contar todo.

Bianca asintió, sin fiarse de su propia voz. Cerró el maletero.

—Conduzco yo tu coche. Mi amigo llevará el mío.

Ella se subió al asiento del copiloto. Alan se sentó al volante, ajustó el asiento y los espejos.

Salieron del aparcamiento. Cerca de la entrada, Alan aparcó junto a su propio coche. Dmitri, un tipo fornido con barba rojiza, les

hizo un gesto con la cabeza para indicarle a Alan que iba justo detrás.

El silencio en el coche era pesado, sofocante. Bianca iba abrazándose a sí misma, con la mirada perdida en la ventanilla. Alan conducía con calma, sin prisa. Se incorporaron a la autopista.

Pasaron diez minutos. Luego quince. El silencio se hizo insoportable.

—Bianca —dijo Alan por fin, sin apartar los ojos de la carretera —. Me estás asustando. En serio. Pase lo que pase, estoy de tu lado. Siempre. Lo sabes, ¿verdad?

Ella lo miró.

Y en ese momento, algo cedió por fin dentro de ella.

Las lágrimas se le agolparon en los ojos. Bianca intentó contenerlas, pero no pudo. Una lágrima le resbaló por la mejilla. Luego otra.

—Estoy embarazada —soltó antes de poder contenerse.

El coche dio un bandazo. Alan enderezó el volante al instante y miró a su hermana atónito.

—¿Qué? —susurró.

—Estoy embarazada —repitió Bianca en voz más baja, abrazándose con más fuerza—. De ocho semanas. Me he enterado hoy. Estuve vomitando toda la mañana. Pensé que era una intoxicación alimentaria. Llamé a una ambulancia. Y entonces resultó que…

No terminó.

No hacía falta.

Alan mantuvo la vista en la carretera, pero Bianca vio cómo sus manos se aferraban al volante. Cómo se le tensaba la mandíbula. Él también lo recordaba. Recordaba exactamente cómo había terminado la última vez: aquel hermoso sueño de darle un hijo a Mason.

—Dios mío, Bianca —exhaló por fin—. Eso es… es bueno, ¿no? Tú y Mason lleváis años intentándolo…

—No se lo digas a Mason todavía, ¿vale? —lo cortó Bianca, mirando a su hermano.

Vio las preguntas encenderse de inmediato en sus ojos, junto con la confusión. Ella y Alan siempre habían estado muy unidos, y él era demasiado bueno detectando mentiras, demasiado bueno calándola cuando intentaba ocultar algo.

—Se lo diré yo misma —añadió apresuradamente, apartando la mirada—. Quiero hacerlo bien. Que sea romántico.

Incluso a ella le sonaba débil. La voz le tembló en las últimas palabras, y Bianca se mordió el labio, intentando controlarse.

—Por supuesto —dijo Alan—. ¿Por eso me llamaste a mí en lugar de a él?

Tragó saliva y forzó una sonrisa.

—Sí —suspiró Bianca—. Exacto. Es solo que… quiero asegurarme primero de que todo está bien. Cuando tenga todos los resultados y… y el bebé esté bien, sin complicaciones, entonces se lo diré. Como es debido. Quizá prepare una cena, encienda unas velas, cocine su plato favorito…

Se calló, dándose cuenta de que estaba diciendo tonterías.

Una mentira. Una mentira obvia. Y Alan lo notaba. Lo vio en cómo se le volvió a tensar la mandíbula, en cómo sus dedos se aferraron con más fuerza al volante.

Pero Bianca no podía decirle la verdad. No podía admitir que su familia ya estaba destrozada. Que Mason la había traicionado. Que tenía una hija con otra mujer, una hija cuya existencia Bianca había ignorado durante siete años. Que hacía solo unos días habían estado sentados con abogados, discutiendo cómo dividirlo todo. Que lo suyo se había acabado. Por completo y para siempre.

Conocía demasiado bien a Alan. Conocía su temperamento. Perdería los estribos. Tal como era, probablemente le partiría la cara a Mason. Quizá más de una vez. Alan no había cambiado con los

años: seguía siendo impulsivo, seguía dispuesto a defender a su familia costara lo que costara.

Bianca no necesitaba más líos ahora mismo. Primero tenía que aclararse. Averiguar qué venía después.

—De acuerdo —dijo él secamente—. No se lo diré. Pero no esperes demasiado. Lleva tanto tiempo deseando esto. Probablemente se volverá loco de alegría.

No había ningún doble sentido en sus palabras, ninguna sospecha sobre su matrimonio. Alan realmente creía que Mason era un marido cariñoso que llevaba años soñando con ser padre. Por lo visto, no había notado nada. Probablemente había achacado sus nervios a la conmoción de la noticia y al miedo por el bebé.

Pero aun así no podía aplazar la verdad eternamente. Tarde o temprano, tanto Alan como su padre descubrirían que ella y Mason ya no vivían juntos.

Y sería mejor que, para entonces, fuera Bianca quien se lo contara.

Condujeron en silencio unos diez minutos. Bianca observaba el paisaje desdibujarse al otro lado de la ventanilla. La radio murmuraba algo sobre el tráfico en la circunvalación. Alan seguía tamborileando con los dedos en el volante, un tic nervioso que siempre había tenido cuando algo le rondaba la cabeza.

—Por cierto —dijo por fin, rompiendo el silencio, con voz más suave—, Mia y Leo te echan mucho de menos.

Bianca se volvió hacia él. Solo oír los nombres de sus sobrinos despertó algo cálido en su interior.

—¿De verdad?

—Ajá —Alan le lanzó una mirada rápida y esbozó una leve sonrisa—. No has aparecido en casi un mes. No paran de preguntar dónde está su tía Bianca favorita. Sobre todo Mia. Anoche montó una rabieta tremenda en la cena, exigiendo que te llevara de inmediato. Pataleando, gritando. Kristy apenas consiguió calmarla.

—He estado ocupada —dijo Bianca en voz baja—. Pero iré a verlos. Quizá este fin de semana. Lo prometo.

—Se alegrarán —dijo Alan, aún sonriendo un poco—. Leo dice que te ha construido un castillo de Lego. Lleva toda la semana trabajando en él. Tiene miedo de que se derrumbe antes de que llegues.

Mia tenía seis años. Leo tenía cuatro. Los dos eran un milagro.

Bianca los adoraba.

¿Cuándo fue la última vez que los vio?

Claro. El cumpleaños de Kristy, en septiembre. Habían ido a la casa de campo. Hacía calor, lucía el sol. Los niños correteaban por el jardín, Bianca horneó una tarta de manzana, Mason preparó brochetas a la parrilla…

Y entonces empezó todo esto.

No había ido a ver a su hermano porque sabía que él la miraría y se daría cuenta enseguida de que algo iba mal. Alan siempre había sabido calarla. Desde que eran niños.

—Iré sin falta —repitió Bianca, más bajo esta vez—. Les… les hará ilusión saber que van a tener un primo.

Las palabras se le escaparon.

Se quedó helada en cuanto se dio cuenta de lo que había dicho.

Alan la miró de reojo, y algo en sus ojos se suavizó.

—Les encantará la noticia —dijo con calidez—. Mia no para de pedir un hermanito o hermanita. Kristy dice que ni hablar de tener un tercero, pero Mia no se da por vencida.

Bianca sonrió sin poder evitarlo, imaginándose a su sobrina revoloteando alrededor de un cochecito, empeñada en coger al bebé.

Su mano descendió de nuevo hacia el vientre. Bianca lo acarició con suavidad, casi con reverencia, a través de la tela de la blusa.

«Por favor», suplicó en silencio. *«Por favor, quédate. No te vayas. Esta vez lo haré todo bien. Te lo prometo».*

Al otro lado de la ventanilla, el paisaje empezaba a resultarle familiar. Estaban entrando en las afueras.

Pronto llegarían a casa, y entonces Bianca tendría que decidir qué hacer.

Capítulo 23

Mason estaba sentado a la mesa, con la mirada clavada en la pantalla del portátil. Por tercera vez, releyó la misma línea y seguía sin entender ni una sola palabra.

A su lado humeaba una taza de té. El mismo que Bianca siempre compraba: auténtico té de hojas sueltas con alguna nota floral. Lo encargaba a un proveedor especializado y se le iluminaba la cara como a una niña cada vez que llegaba un paquete nuevo. Lo preparaba ella misma, se aseguraba de que el agua estuviera a la temperatura exacta, lo dejaba reposar el tiempo justo…

Mason dio un sorbo. Caliente. Pero no estaba tan bueno como cuando lo preparaba ella.

La soledad que sentía era insoportable, porque Bianca ya no estaba.

No estaba en esta mesa. No estaba en esta casa. Ya no olía a su perfume. Un vacío enorme y desgarrador se había adueñado de cada rincón desde el momento en que ella hizo las maletas y se marchó.

Se echó hacia atrás en la silla y se pasó las manos por la cara.

Bianca.

Su mujer. La única. Siempre lo había sido. Siempre lo sería. No podía imaginarse la vida sin ella. Incluso ahora, cuando ella lo miraba como a un extraño, Mason seguía sin asimilar lo que significaba despertarse sabiendo que ya no era suya. Que estaba allí, en aquel apartamento, sola. Quedándose dormida sin él. Llorando sin él.

O quizá ya no lloraba.

Quizá la vida le resultaba más fácil sin él.

Ese pensamiento lo destrozaba.

Tendría que haberlo hecho de otra forma. Desde el principio. Desde el momento en que murió la madre de Linda y recibió la llamada que le decía que su hija se había quedado sola.

Hija.

Hasta ese momento, Linda había sido casi una abstracción para él. Números en transferencias bancarias. Llamadas esporádicas. Visitas dos o tres veces al año, en las que aparecía, traía regalos, pasaba un par de horas con la niña y luego se marchaba con una mezcla de alivio y culpa aplastante. Porque esa niña era un recordatorio viviente del mayor error de su vida. De aquella noche en que se emborrachó y perdió el control. En que engañó a Bianca. En que traicionó todo lo que tenían.

Tendría que haber actuado de otro modo. Enviar a Linda con parientes lejanos por parte de madre después de que muriera la abuela. O contratar a alguien para que la cuidara. Alquilarles un piso, matricular a Linda en el colegio, pagarlo todo, aparecer solo de vez en cuando.

Pero nunca debería haberla traído a casa de Bianca.

¿En qué demonios estaba pensando?

¿De verdad había creído que Bianca aceptaría a Linda?

¿Y que después lo perdonaría a él?

¿Habría podido él, en su lugar?

La respuesta llegó al instante, sin vacilar: no.

Ni de broma.

Mason siempre había sido posesivo. Bianca era suya. Solo suya. La sola idea de que otro hombre la mirara le daba ganas de partirle la cara al tipo. Y si ella lo hubiera engañado…

Si hubiera traído a un hijo de otro hombre a su casa…

No lo habría soportado. Habría perdido los estribos. Habría hecho algo de lo que se arrepentiría el resto de su vida. ¿Y aun así había esperado que Bianca se tragara todo aquello sin más? ¿Que sonriera y dijera: *«Por supuesto, cariño, criemos juntos a tu hija de otra mujer»*?

Era un completo idiota.

Dejó la taza de golpe sobre la mesa. El té se derramó por el borde y una mancha oscura se extendió sobre la madera. Mason se quedó mirándola sin moverse.

Antes, Bianca habría saltado enseguida, habría cogido una servilleta, lo habría limpiado y lo habría regañado con suavidad: «Cuidado, esa mesa costó una fortuna. La esperamos tres meses». Él le habría cogido la mano, la habría atraído hacia sí y la habría besado. Ella habría fingido resistirse y después se habría echado a reír…

Pero Bianca ya no estaba.

El teléfono estaba junto al portátil. Mason lo miró. Quería llamarla. Oír su voz. Preguntarle cómo estaba, dónde estaba, qué hacía. Quería decirle que la echaba de menos.

Pero no podía.

Porque sabía que no contestaría.

En la antigua habitación de invitados, la que Bianca había decorado con tanto cariño, ahora dormía Linda.

La niña era callada. Demasiado callada. Se movía por la casa como una sombra, procurando no estorbar. Nunca pedía nada, nunca se quejaba, como si temiera que la echaran en cuanto llamara la atención.

Quizá era exactamente eso.

Quizá sentía, igual que él, que no pertenecía a aquel lugar.

Mason se levantó y fue hasta la ventana. Fuera estaba oscuro. La lámpara junto a la verja proyectaba un resplandor amarillento sobre el camino de entrada.

Un camino de entrada vacío.

El coche de Bianca solía estar allí. Siempre aparcaba un poco torcido porque nunca conseguía meterlo por la estrecha entrada del garaje, y se quedaba esperando a que él le tomara el pelo por eso.

Ahora estaba vacío.

Mason apoyó la frente en el cristal frío y cerró los ojos.

Bianca.

No podía recuperarla. Lo sabía. Era demasiado tarde. Pero tampoco podía renunciar a ella. Porque le pertenecía. Siempre había sido así. Siempre lo sería.

—¿Papá?

La voz suave a su espalda lo hizo volverse.

Todavía no se acostumbraba a esa palabra. *Papá.* Le sonaba extraña. Había deseado tanto tener una hija con la mujer que amaba: una niña que se pareciera a Bianca, una copia en miniatura de ella. En cambio, tenía una hija de otra mujer.

—¿Por qué no estás dormida? —preguntó Mason—. Es tarde. Mañana tienes clase.

Linda estaba en el umbral, con un cuaderno apretado contra el pecho. Tenía el pelo revuelto y llevaba las zapatillas de conejito rosa que él le había comprado la semana anterior. Lo miraba con incertidumbre, como si temiera que fuera a enfadarse y gritarle.

—Es que… no puedo hacer los deberes —dijo en voz baja—. No me sale el problema de matemáticas. Llevo todo el día intentándolo. ¿Puedes ayudarme?

Mason la miró. Pequeña. Delgada. Con esa cara de culpa, como si pidiera algo que no tenía derecho a pedir.

Y de pronto pensó: si él y Bianca hubieran tenido una hija, habría sido Bianca quien la ayudara con los deberes. Se le daban bien los niños. Sabía explicar las cosas. La había visto tantas veces con su sobrina y su sobrino, sentada en el suelo con ellos, explicándoles algo con paciencia y tanto cariño. Se aferraban a ella como si fuera su propia madre.

Y él…

No sabía cómo. Nunca había sabido cómo hablar con los niños.

—Siéntate a la mesa —dijo, señalando con la cabeza la silla frente a él—. A ver ese problema.

Linda se acercó despacio, se sentó, puso el cuaderno delante de él y lo abrió por la página. Mason lo acercó hacia sí.

El problema era fácil. Debería habérselo explicado. Enseñarle a resolverlo. Que aprendiera a hacerlo sola la próxima vez. Pero no. Cogió un bolígrafo y escribió la respuesta.

—Ya está —dijo Mason, deslizando el cuaderno hacia ella—. Hecho.

Linda miró la página. Luego a él. Se quedó callada unos segundos antes de preguntar en voz baja:

—Papá, ¿por qué estás triste?

Mason se quedó paralizado. La miró sin saber qué decir.

—Ahora por fin estamos juntos —continuó ella, y había tanta esperanza en su voz que sintió vergüenza ante aquella niña—. Ahora podemos vernos todos los días. Pero tú estás triste todo el tiempo.

Todos los días.

Lo dijo como si eso bastara para ser feliz. Como si fuera lo que ambos siempre habían querido. Y él se quedó ahí sentado, sin respuesta.

Porque no podía decirle la verdad a una niña. No podía confesarle que habría preferido que se quedara en el pueblo con su abuela. Porque sin Linda podía vivir, pero sin Bianca, no.

—No estoy triste —dijo al fin—. Solo estoy cansado. Tengo mucho trabajo.

Linda lo miraba con unos ojos demasiado viejos para una niña de siete años.

—¿Es por Bianca? —preguntó en voz baja.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué?

—Te oí hablar de ella con la abuela —Linda bajó la mirada y recorrió con el dedo el borde del cuaderno—. Y te oí decir que la echas mucho de menos…

Maldita sea. ¿Cuánto habría oído? Porque sí, a veces había perdido el control hablando con su madre.

—Linda…

—Es por mí, ¿verdad? —le tembló la voz—. Porque… porque me trajiste aquí y Bianca se fue. Lo entiendo. No soy una niña pequeña.

Lo miró con los ojos llenos de lágrimas y decepción. Seguro que había pensado que por fin iban a vivir felices juntos, y en cambio se había dado de bruces con la realidad.

Mason no dijo nada. No sabía qué decir, porque ella tenía razón. Había pasado por su culpa. Porque existía. Porque una vez, hacía años, había cometido un error del que ella había nacido.

Pero ¿cómo le dices eso a una niña? ¿Cómo le dices a una cría que su mera existencia destruyó tu matrimonio? ¿Que preferirías que nunca hubiera existido?

No.

Él no era esa clase de monstruo.

—No —dijo Mason con firmeza—. No es por ti. Son… cosas de mayores. Difícil de explicar.

—Pero si yo no existiera, ¿seguiríais juntos y seríais felices? —preguntó terca.

Él no dijo nada.

Porque la respuesta era sí.

Linda lo entendió. Lo vio en su cara. Se levantó de golpe, agarró el cuaderno y se lo apretó contra el pecho.

—Me voy a la cama —susurró—. Gracias por la ayuda.

Cojeando un poco, corrió a su habitación y cerró de un portazo.

Mason se dio cuenta de que había vuelto a herir a una niña. Como llevaba haciendo todos estos años: con su ausencia, su indiferencia, su incapacidad para ser un padre normal y responsable.

Era un padre pésimo.

Siempre lo había sido.

Quizá por eso Dios nunca les había dado un hijo a Bianca y a él.

Cogió el móvil y miró el último mensaje del abogado.

¿Cuándo vas a firmar los papeles?

No sabía cómo iba a firmar unos papeles que significaban que Bianca ya no le pertenecía. Porque siempre había sido suya. Desde que la vio por primera vez en la estación, hacía diez años. Desde aquella primera noche salvaje juntos. Desde el día en que se dio cuenta de que no podía respirar sin ella.

Capítulo 24

El teléfono de Bianca sonó mientras estaba sentada en el sofá, con la mirada perdida. Echó un vistazo a la pantalla. Era su amiga de la universidad. Hacía... ¿tres meses que no se veían? Quizá más.

—¡Bianca! —la voz de Milena rebosaba alegría y energía—. ¡Por fin! Te he llamado tres veces esta semana. ¿Dónde te has metido?

—Hola, Milena —dijo Bianca, intentando que su voz sonara al menos un poco animada—. Lo siento. He estado ocupada.

—Ocupada —repitió Milena con escepticismo—. Siempre estás ocupada. Escucha, tengo una oferta que no podrás rechazar. Hay una exposición de mariposas en la ciudad. ¿Te lo puedes creer? Tropicales, raras, absolutamente preciosas. Solo estará una semana. ¿Te vienes conmigo hoy?

Bianca no quería ir a ningún sitio. Quería quedarse en casa y... ¿qué? ¿Pensar en el embarazo? ¿En el divorcio? ¿En lo que vendría después?

Durante la última semana, no había podido pensar en otra cosa. Embarazo. Divorcio. Embarazo. Divorcio. Las dos palabras seguían dando vueltas en su cabeza en un bucle interminable, sin darle tregua ni de día ni de noche.

Ya había encontrado una buena médica. Se había hecho todas las pruebas imaginables: el chequeo completo. Análisis de sangre, niveles hormonales y otra ecografía solo para quedarse del todo tranquila de que el bebé estaba bien. Por suerte, los resultados habían sido buenos. Todo estaba normal y el bebé se desarrollaba exactamente como debía.

Hasta ahora.

Esa era la expresión que la atormentaba ahora. Porque la última vez también todo había ido bien. Hasta que se despertó en un

charco de sangre. Hasta que los médicos le dijeron: «Lo sentimos mucho».

Esta vez, Bianca iba a hacer las cosas bien. Si hacía falta, iría a la clínica todos los días. Vigilaría cada sensación, cada cambio en su cuerpo.

Y ahí era precisamente donde empezaba el problema.

Se había vuelto demasiado cuidadosa, casi paranoica. Cualquier cambio, incluso algo tan corriente como hinchazón o una ligera pesadez en el bajo vientre, la asustaba de inmediato. Lo único que quería era salir corriendo a la clínica, exigir una ecografía extra y gritar que a su bebé le pasaba algo.

La noche anterior, no había podido más y había llamado a su médica. Era bien pasada la medianoche, pero Bianca llevaba un buen rato tumbada en la oscuridad, escuchando su propia respiración, sin poder quitarse de encima la sensación de que algo malo estaba pasando. Un calambre sordo y tirante en el bajo vientre no la dejaba en paz.

Le había explicado lo que sentía de forma atropellada, preparada ya para oír algo terrible. Pero la doctora se había limitado a suspirar y decirle que probablemente era dolor del ligamento redondo: el útero estaba creciendo, adaptándose, y ese tipo de sensaciones eran completamente normales en esa etapa.

Bianca le había dado las gracias una y otra vez, y la doctora se había mostrado paciente, aunque el agotamiento en su voz era evidente. Seguramente Bianca no era la primera mujer que llamaba en plena noche presa del pánico.

Si seguía así, para cuando diera a luz se habría convertido en un manojo de nervios.

—¿Bianca? —la voz de Milena la devolvió a la realidad—. ¿Sigues ahí?

—Sí —exhaló Bianca—. Sí, perdona. Me he distraído.

—Entonces, ¿qué me dices de la exposición de mariposas? Esta tarde. Puedo recogerte en una hora.

De verdad que necesitaba una distracción. Bianca necesitaba algo positivo, lo que fuera. Contacto humano real. Algo que no fuera la repetición interminable de los mismos miedos en su cabeza. Así que ¿por qué no quedar con su amiga, al fin y al cabo?

—Vale —dijo—. Total, hoy libro. Pero no vengas a recogerme, voy yo en mi coche —añadió rápidamente, sabiendo que Milena iría directa a la casa que compartía con Mason.

—¿En serio? —Milena parecía realmente sorprendida. Seguro que esperaba que Bianca dijera que no; siempre estaba tan ocupada —. Genial. ¿Nos vemos allí entonces? ¿A las dos?

Quedaron en una hora y un lugar, y Bianca se volvió hacia el armario, intentando decidir qué ponerse.

Se quedó allí plantada mirando la ropa colgada y soltó un hondo suspiro. La Bianca de antes había sido meticulosa, lo organizaba todo por colores. La Bianca de ahora apenas encontraba fuerzas para levantarse de la cama.

Cogió lo primero que pilló: unos vaqueros y un jersey beige. No tenía ganas de arreglarse.

Se maquilló lo justo: un poco de base para disimular la palidez, rímel, brillo de labios. Se cepilló el pelo y se lo recogió en una coleta baja. Tras mirarse en el espejo un par de minutos, decidió que valía.

Bianca salió del apartamento y bajó por las escaleras, pasando del ascensor. Fuera hacía fresco pero lucía el sol. El sol de noviembre ya no calentaba, pero aun así se sentía bien en la piel.

No había muchos coches en la carretera a esa hora. La mayoría de la gente seguía en el trabajo. En tres horas, el tráfico se convertiría en una auténtica pesadilla.

Condujo por calles conocidas, pasando junto a edificios conocidos. Pasó por la cafetería donde Mason y ella solían quedar para comer. Pasó por el parque donde daban de comer a los patos. Pasó por la tienda donde habían elegido los muebles de la casa.

Los recuerdos seguían llegando, uno tras otro. Intentó apartarlos, pero fue inútil.

Bianca aún no le había dicho nada. ¿Tenía él que saberlo? ¿Tenía ella siquiera derecho a ocultárselo?

Se estaban divorciando. En un par de semanas, todo sería oficial. Pero el bebé... el bebé lo cambiaba todo.

O no cambiaba nada.

No lo sabía. No conseguía decidirse. Cada vez que intentaba pensarlo, la cabeza se le hacía un lío.

Entró en el aparcamiento del centro de exposiciones diez minutos antes de la hora. Había muchos coches, pero encontró un hueco enseguida. Se desabrochó el cinturón y salió.

Milena apareció por el otro lado del aparcamiento. La saludó con la mano, y Bianca cayó de pronto en la cuenta, con dolorosa claridad, de cuánto tiempo hacía que no se veían de verdad, que no hablaban de verdad. Antes pasaban horas charlando y cotilleando.

Milena la abrazó y sonrió.

—A estas alturas, echarte de menos ya es prácticamente un trabajo a jornada completa, ¿lo sabías?

Bianca sabía perfectamente a qué se refería. Últimamente, la verdad era que había estado evitando a todo el mundo.

—Vamos —se limitó a decir, y se dirigieron hacia la entrada.

No esperaba que fuera tan hermoso. Había mariposas por todas partes: detrás de los cristales, sobre las ramas, sobre las flores. Cientos de alas: azules, amarillo limón, negras, veteadas de turquesa. Se movían con tanta ligereza que parecían ajenas a la gravedad.

—¿Sabes? —dijo Milena, acercándose—. Solo viven unas pocas semanas. Algunas, apenas siete días. ¿Te lo imaginas? Una semana, nada más.

Bianca observaba las mariposas. Criaturas increíbles.

Se acercó más y, de repente, por primera vez en días, se dio cuenta de que respiraba con libertad. Como si algo en su interior hubiera dejado por fin de oprimirla. Por primera vez, quería decir en

voz alta todo lo que la había estado agobiando. Desahogarse. Pedir consejo.

Quizá mañana incluso reuniría el valor para contárselo todo a Mason.

Milena se alejó a comprar bebidas. Bianca se quedó junto al recinto de cristal, hipnotizada por el movimiento de las alas.

Una de las mariposas se posó en el borde de una flor justo frente a ella: una de un amarillo brillante con venas negras en las alas. Se quedó quieta un segundo y luego alzó el vuelo.

Bianca sintió algo parecido a la paz. Quizá Milena tenía razón. Quizá de verdad necesitaba salir del apartamento y vivir un poco. Simplemente recordar cómo era disfrutar de la vida.

La mano se le fue sola al vientre y lo acarició suavemente por encima del suéter. En ese momento, el bebé tenía más o menos el tamaño de una uva. Lo había leído el día anterior mientras buscaba en internet, una vez más, todos los síntomas posibles del embarazo en esa etapa.

—Hola.

Una voz infantil irrumpió en aquel momento frágil y apacible.

Bianca se sobresaltó, se dio la vuelta y se quedó paralizada al instante, muda.

La hija de Mason estaba a su lado, mirándola. Llevaba el pelo recogido en dos coletas. La chaqueta rosa le colgaba abierta y dejaba ver el uniforme escolar debajo.

A Bianca le dio un vuelco el corazón y luego empezó a latirle más deprisa. El pánico se apoderó de ella al instante, porque Mason probablemente andaba cerca.

Giró la cabeza bruscamente buscando una silueta familiar, pero no lo vio por ninguna parte. Solo había visitantes: familias con niños, parejas, grupos de escolares con sus profesores.

Volvió a mirar a Linda.

La niña parecía perdida. Triste. Tenía los hombros caídos, los labios apretados. No se parecía en nada a como estaba aquel día en

que le dijo a Bianca que era «esa señora mala que no dejaba que papá fuera a verla».

—¿Qué haces aquí? —preguntó Bianca con brusquedad—. ¿Con quién has venido?

Linda miró a su alrededor con aire culpable y bajó la cabeza.

—Yo... vine en el autobús del colegio —dijo en voz baja—. Con mi clase. Estábamos de excursión. Pero me empezó a doler la tripa y fui al baño, y ellos... —se le quebró la voz—. Se fueron.

Bianca parpadeó, sin terminar de creer lo que oía.

—¿Cómo que se fueron? —preguntó—. Un autobús escolar no puede irse sin más y dejar a una alumna. Se supone que los profesores tienen que pasar lista.

Linda se limitó a encogerse de hombros y se quedó mirando sus zapatos.

Se hizo un silencio incómodo entre las dos. Bianca se quedó allí sin saber qué hacer ni qué decir. Era la hija de Mason. La niña por cuya culpa su vida era un caos en ese momento. Pero también era solo una niña perdida, abandonada en un lugar desconocido.

Se lo repitió varias veces, como un mantra. *No te desquites con la niña.* Sobre todo ahora, cuando el estrés era lo último que necesitaba y debía evitar cualquier disgusto importante.

Linda alzó hacia ella sus grandes ojos, unos ojos que no se parecían en nada a los de Mason.

—¿Podrías llamar a mi papá y pedirle que venga a buscarme? —preguntó en voz baja.

Bianca la miró, intentando ordenar sus pensamientos.

—¿No puedes llamarlo tú misma? —preguntó, esforzándose por disimular la irritación—. ¿No te compró un teléfono? —añadió con una risita seca, aunque en realidad no tenía ninguna duda: Mason seguramente le había comprado el último modelo a la primera oportunidad.

Linda se encogió del todo. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un teléfono con una funda rosa brillante cubierta de

pegatinas y lo sostuvo con la pantalla hacia arriba.

—Se me ha quedado sin batería —dijo con aire culpable—. Es que... estuve jugando todo el viaje...

Bianca dejó escapar un hondo suspiro y cerró los ojos un instante.

Hacía un minuto se había sentido tranquila. Casi ligera. Incluso bien. Y ahora era como si alguien le hubiera dado un palazo en la cabeza.

Cómo no. Nada podía ser fácil. Por lo visto, un día tranquilo era pedir demasiado. El universo había decidido recordarle que era demasiado pronto para relajarse.

Buscó el móvil en el bolso. Su estado de ánimo se desplomó en un instante. Vivía en una ciudad de millones de personas, ¿qué probabilidades había de encontrarse por casualidad con la hija ilegítima de su marido allí? Prácticamente ninguna. *Ya. Claro.*

Bianca intentó no dejarse llevar por el pánico. Tenía que controlarse. Nada de estrés. Inspirar, espirar. Inspirar, espirar.

—¡Bianca! —Milena se acercó con dos vasos de té de burbujas, sorbiendo alegremente de su pajita. Era evidente que estaba de un humor fantástico. Bianca también lo había estado.

Entonces Milena reparó en Linda, que estaba a su lado. Su sonrisa no se borró, pero un destello de curiosidad le asomó a los ojos.

—¿Y esta niña de quién es? —preguntó con desenfado, tendiéndole el segundo vaso a Bianca.

Bianca lo cogió. El plástico frío contrastaba con el calor que la tensión le extendía por el cuerpo.

—Es la hija de Mason —dijo Bianca sin rodeos. Ya no tenía energía para guardar el secreto. Es más, era la excusa perfecta para contárselo por fin a su amiga. Llevaba los últimos veinte minutos pensando en cómo empezar siquiera esa conversación.

Milena dio otro sorbo distraído con la pajita, sin asimilar del todo lo que acababa de oír.

—¿Qué Mason? —preguntó distraída, mirando alrededor.

Bianca la miró. Luego a Linda. Y de nuevo a su amiga.

—Mi Mason —dijo recalcando las palabras, mirándola fijamente a los ojos.

Justo en ese momento, Milena sorbió de golpe varias perlas de tapioca con la pajita, se atragantó y empezó a toser violentamente. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Bianca dejó escapar un suspiro cansado y le dio unas palmadas en la espalda.

—Yo... —Milena se puso roja, boqueando.

—Respira —dijo Bianca, al ver que ya estaban llamando la atención.

Por fin, su amiga se recuperó y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Miró a Bianca, luego a Linda, después de nuevo a Bianca.

—Perdona, ¿tu...? —empezó, pero no terminó. Tenía cara de no poder creérselo.

—Sí —dijo Bianca con un gesto de asentimiento—. Esta es la hija de mi marido, Milena. Y ya tiene siete años.

Capítulo 25

Milena parecía aún más conmocionada que Bianca al escuchar toda la historia.

—Pero... ¿cómo? Yo... —tartamudeó, buscando las palabras, mientras su mirada iba de Linda a Bianca.

—Es largo de contar. De hecho, iba a contártelo todo hoy. Vamos afuera. Tengo que llamar a Mason y decirle que la clase de su hija se fue de la exposición de mariposas sin ella.

Milena asintió, todavía aturdida, pero la siguió sin decir palabra. Linda cojeaba a su lado. Bianca intentaba no mirarla. Intentaba no pensar en lo absurdo que todo esto le parecería a cualquiera que lo viera desde fuera.

Salieron. El aire fresco le golpeó el rostro y Bianca respiró hondo. Luego otra vez. Intentaba que dejaran de temblarle las manos.

Sacó el teléfono y miró la pantalla. En sus contactos, todavía aparecía como «Mi Mason». Aún no lo había cambiado. No había añadido «ex» ni nada más. Solo «Mi Mason». Como siempre. Porque una parte de ella todavía no podía creer que nada de esto fuera real. Que de verdad se estuvieran divorciando. Que realmente hubiera terminado entre ellos.

Bianca se llevó el teléfono a la oreja.

El corazón le latía demasiado fuerte. Hacía... ¿cuánto que no hablaba con él? ¿Casi dos semanas?

El tercer tono.

—¿Bianca?

Su voz sonaba sorprendida y preocupada. Por un segundo, se quedó sin aliento al escucharla: tan dolorosamente familiar, tan querida.

Apretó el teléfono con más fuerza y miró a lo lejos sin ver realmente nada.

—Tu hija está en la exposición de mariposas del centro —dijo con voz neutra, controlando cada inflexión—. El autobús del colegio se fue sin ella.

Lo oyó tomar aire bruscamente.

—¿Qué? ¿Cómo demonios se fueron sin ella? —la voz de Mason se endureció al instante, con un gruñido bajo las palabras. Estaba furioso, indignado de verdad—. ¿Dónde están los profesores? ¿Cómo pudieron...?

—No lo sé —lo interrumpió Bianca—. Dice que estaba en el baño. Se le acabó la batería del móvil. Ven a recogerla.

Una respiración pesada crepitó al otro lado del teléfono. Mason claramente intentaba controlarse.

—Bianca, salgo ahora mismo. ¿Dónde estáis exactamente?

—En el aparcamiento junto a la entrada. Te mando la dirección por mensaje.

—Estaré ahí en... —se oyó un ruido, probablemente mientras comprobaba la hora—. Veinte minutos. Quizá treinta si hay tráfico. ¿Puedes...?

—Esperaré —lo cortó Bianca. No quería oír la petición. No quería oír el agradecimiento, la disculpa, lo que fuera que estuviera a punto de decir.

—Gracias —dijo Mason en voz baja, con demasiada sinceridad.

Ella no dijo nada. No sabía qué decir. *¿De nada? ¿No hay de qué?* Cualquier cosa habría sonado mal.

—Llegaré pronto —repitió él.

—Vale.

Milena estaba a su lado sin hacer preguntas. Probablemente intuía que no era el momento. La mirada de Bianca no dejaba de desviarse hacia la pequeña figura con la chaqueta rosa.

—¿Viene papá? —preguntó Linda con timidez.

—Sí —respondió Bianca escuetamente—. Estará aquí en media hora.

La niña soltó un suspiro de alivio y añadió en voz baja: —Gracias.

Bianca no respondió. Solo se quedó allí con los brazos cruzados, pensando: *¿Por qué? ¿Por qué hoy? ¿Por qué aquí?*

Un día tranquilo. Solo uno. ¿Era mucho pedir?

—Bianca —dijo finalmente Milena, armándose de valor para hablar. Su voz sonaba cautelosa, como si temiera asustar a su amiga. No sabía que lo peor ya había pasado, y que Bianca podía hablar con calma—. ¿Estás... estás bien?

—No —respondió Bianca con sinceridad—. La verdad es que no.

Milena le puso una mano en el hombro.

—¿Así que tiene siete años? —preguntó en voz baja—. ¿La ocultó durante siete años?

—Ocho, si cuentas el embarazo —dijo Bianca con una risita amarga—. Pero sí. Estuve casada siete años con un hombre que ya tenía una hija. Y yo sin enterarme.

Milena maldijo entre dientes. No en voz alta, pero con sentimiento.

—Qué cabrón —siseó—. ¿Cómo pudo hacerte eso?

Linda lo oyó todo. Bianca vio cómo la niña se encogía sobre sí misma. Casi sintió lástima por ella. Casi. Pero no le quedaba energía para pensar en los sentimientos de nadie más en ese momento, ni siquiera en los de una niña.

—Hablemos luego —dijo Bianca, negando con la cabeza y mirando a Milena.

Milena entendió sin necesidad de más palabras. No debían hablar de esto delante de Linda. La niña era lista, lo entendía todo, y podía contarle la conversación a Mason más tarde.

—Hace frío aquí fuera. Vamos a sentarnos en el coche —dijo Bianca, indicándole a Linda que fuera hacia el aparcamiento.

Linda no llevaba gorro, tenía la chaqueta desabrochada y llevaba falda con medias: no era precisamente la ropa adecuada para quedarse plantada al viento. Bianca ni siquiera entendía de dónde le salía esa preocupación por la hija de otra. Quizá después de enterarse de que estaba embarazada se había ablandado un poco.

Comenzaron a bajar las escaleras. Linda caminaba despacio, sujetándose el estómago y con el rostro contraído por el dolor. Ahora que la ira de Bianca se había calmado un poco, la observó con más atención. La niña estaba muy pálida y le perlaban las sienes pequeñas gotas de sudor.

—¿Qué te pasa? —preguntó Bianca, deteniéndose en seco.

Milena también se giró para mirar a Linda y frunció el ceño.

—¿Es cosa mía o tiene muy mala pinta? —preguntó con voz tensa.

Linda las miró y se agarró el estómago con ambas manos.

—Me duele mucho la barriga —susurró.

Milena arqueó las cejas alarmada y se acercó, como si quisiera coger a la niña en brazos, pero se detuvo y miró a Bianca con cautela, como si temiera que la juzgara por querer cuidarla.

—Linda, ¿te ha dolido así el estómago alguna vez? —preguntó Bianca. La ansiedad ya le crecía por dentro: por la responsabilidad repentina, por ser consciente de que ahora mismo ella estaba a cargo de la niña.

—A veces... —exhaló Linda—. Pero ahora... es peor...

—Vamos —dijo Bianca secamente.

Llegaron al coche. Bianca abrió la puerta trasera. Linda prácticamente se arrastró al interior, se acurrucó en el asiento y siguió agarrándose el estómago.

Bianca cerró la puerta y se giró hacia Milena.

—Yo me encargo —dijo—. Ya quedaremos otro día.

Se notaba que Milena no quería dejarla sola en un momento así. La abrazó con fuerza.

—Aguanta —le susurró al oído—. Si necesitas cualquier cosa, aquí estoy. Prométeme que me lo contarás todo. Todo. Quiero saber qué está pasando contigo.

—Te lo prometo —dijo Bianca con un gesto de asentimiento, apartándose—. Te llamaré. Muy pronto.

Milena le apretó la mano una vez más y la soltó a regañadientes. Bianca se subió al coche y cerró la puerta. Luego se giró para mirar a Linda. La niña estaba sentada, encorvada, y tenía la cara completamente blanca.

—¿Dónde te duele? —preguntó Bianca, mirando automáticamente la hora. *¿Cuánto tiempo había pasado desde que llamó a Mason? ¿Tres minutos? ¿Habría salido ya siquiera?* Deseaba desesperadamente creer que sí, porque no tenía ni idea de qué hacer con una niña enferma, y menos aún si no era suya.

—Por todas partes —susurró Linda—. Toda la barriga.

La ansiedad de Bianca se disparó. Esto no parecía un simple dolor de estómago por algo que hubiera comido.

—¿Cuánto tiempo llevas con dolor? —preguntó Bianca.

—Desde esta mañana —admitió la niña—. Pero al principio no era tan fuerte. Luego... luego empeoró. Cuando íbamos en el autobús, empecé a sentirme mal. Corrí al baño...

Se interrumpió y se encogió cuando otra oleada de dolor la atravesó.

Bianca la miró, luego miró el teléfono que tenía en la mano. Mason había dicho que estaría allí en veinte o treinta minutos. Pero si Linda estaba realmente tan enferma...

—Linda —dijo con firmeza—, enséñame exactamente dónde te duele. ¿Aquí? —Señaló la parte inferior derecha del abdomen de Linda.

La niña asintió.

Lo primero que le vino a la cabeza fue apendicitis. O algo que requiriera atención médica inmediata.

Dios mío. ¿Por qué tenía que ser ella quien estuviera en esta situación? ¿Qué se suponía que debía hacer, esperar a Mason? ¿Y si la niña empeoraba allí mismo en el coche?

¿Debería llevarla al hospital ahora?

Volvió a mirar a Linda. La niña se había encogido aún más. Las lágrimas le brillaban en los ojos, pero seguía conteniéndose.

La decisión llegó sola.

—Vamos al hospital ahora mismo —dijo Bianca, arrancando el coche.

—Pero papá... —empezó Linda.

—Llamaré a tu padre por el camino —la interrumpió Bianca—. Ahora mismo, lo único que importa es que te vea un médico.

Salió del aparcamiento. Con una mano en el volante, Bianca agarró el teléfono con la otra y llamó a Mason.

Él respondió al primer tono.

—¿Bianca? Ya estoy de camino. Diez minutos, quizá...

—Vamos al hospital —lo interrumpió ella—. Linda tiene un dolor de estómago muy fuerte. Podría ser apendicitis. Nos vemos allí.

—¿¡Qué!? —Su voz estalló al otro lado del teléfono—. ¿Qué hospital? Bianca, qué...

—Urgencias de MedLife. Está muy cerca —dijo Bianca, y colgó.

No había tiempo para explicaciones. Y no tenía ningún deseo de escuchar su pánico por una niña que no era suya.

Apenas tuvo tiempo de aparcar y apagar el motor cuando una figura familiar llegó corriendo hacia el coche.

¿Cómo había conseguido Mason llegar allí antes que ellas?

Abrió de golpe la puerta trasera y se inclinó hacia dentro.

—¡Linda! —Su voz era áspera, quebrada—. ¿Dónde te duele? Enséñame dónde te duele.

En lugar de responder, la niña le tendió los brazos. Él la cogió al instante, la estrechó con fuerza, y Linda rompió a llorar contra su hombro. Todas las lágrimas que había estado conteniendo, todo el dolor, todo el miedo, salieron de golpe.

—Shh, shh, cariño —susurró Mason, acariciándole la espalda—. Tranquila. Estoy aquí. Papá está aquí. Vas a ponerte bien.

Cariño.

La ternura en su voz, la forma en que sostenía a Linda con tanto cuidado, el beso que le dio en la coronilla... Todo aquello hizo que la amargura volviera a inundarla. Pero se obligó a tragársela. No era el momento.

Salió del coche en silencio.

Mason se volvió hacia ella. Linda seguía en sus brazos, aferrada a él, con el rostro escondido contra su hombro. La miró, y en sus ojos había de todo a la vez: anhelo, tristeza, gratitud, desesperación. Como si no la hubiera visto en toda una vida. Como si la estuviera viendo por última vez.

—Gracias —dijo Mason con voz ronca—. Gracias por no dejarla allí, Bianca. Yo...

—Tienes que darte prisa —lo cortó antes de que pudiera terminar. No quería oír su agradecimiento. No quería ver esa mirada en sus ojos—. Llévala a un médico.

Forzó una sonrisa y añadió con más aspereza:

—Y no te olvides de ocuparte del colegio. Esto no puede quedar así. ¿Cómo se olvidan de una niña en una excursión?

Mason asintió, sin apartar los ojos de ella. Parecía querer decir algo más, pero...

—Yo... sí. Por supuesto. Bianca...

—Vete —dijo con firmeza.

Durante unos segundos más, se quedó allí plantado, como si no pudiera obligarse a moverse. Como si darse la vuelta fuera a hacerla desaparecer. Como si de verdad le aterrara esa posibilidad.

Al fin se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada de urgencias con Linda en brazos.

Bianca los vio alejarse. Su mirada se demoró en la espalda ancha de Mason y en la pequeña figura con la chaqueta rosa acurrucada contra su hombro. Una familia que no era la suya.

Podría haberlo sido.

Pero no lo era.

Bianca sacó el móvil. Le temblaban las manos. Abrió los contactos, buscó el nombre de su médico y escribió:

¿Es peligroso el estrés a las nueve semanas?

Capítulo 26

—¿Así que le parece aceptable?

La voz de Mason era fría, dura, y tan alta que la gente en el pasillo de la clínica empezó a volverse. Hervía de rabia contra el colegio y ardía de miedo por Linda al mismo tiempo.

—¿Le parece aceptable que alguien respondiera por mi hija en el pase de lista? —espetó—. ¿Su profesora está ciega? ¿O estaba tan ocupada mirando el portapapeles que ni siquiera se fijó en la niña que tenía delante?

Estaba de pie en el pasillo mientras examinaban a Linda, tratando de asimilar la asombrosa irresponsabilidad del colegio. Ella le había pedido que se quedara con ella en la sala de exploración, pero Mason no había podido contenerse. Le había prometido que solo saldría un par de minutos para averiguar qué había pasado con su mochila, que seguía en el autobús.

¿Cómo podía alguien ser tan descuidado? ¿Y si Bianca no hubiera estado por casualidad en la exposición? La adrenalina aún le corría por las venas, le temblaban las manos, y Mason necesitaba desahogarse con alguien.

La directora, por ejemplo.

—Señor Graham, entiendo su preocupación… —comenzó la directora en tono conciliador.

—¿Preocupación? —la interrumpió—. Esto no es preocupación. Esto es indignación. ¿Había asientos vacíos en el autobús y por eso nadie se dio cuenta de que faltaba una niña? ¿En serio? ¿Esa es su excusa?

—Bueno, verá, había dos autobuses, los niños iban repartidos, y…

—¿Para qué demonios les pagan exactamente? —volvió a interrumpirla Mason. Su voz se elevó a pesar de todos sus esfuerzos

por contenerse—. Y se hacen llamar un colegio de élite. Su página web dice: «atención individualizada para cada niño». ¿Y en la práctica qué? Una niña abandonada en una exposición. Y eso sin mencionar la última vez, cuando descubrí que mi hija sufría acoso de sus compañeros y los profesores miraban para otro lado.

—Señor Graham, le aseguro que llevaremos a cabo una investigación interna…

—¿Una investigación interna? —soltó con una risa áspera—. Me importa un bledo su investigación interna. Quiero saber exactamente qué consecuencias va a tener esa profesora. Concretamente. Ahora mismo.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Nosotros… sin duda hablaremos con la señorita Ross…

—Hablar con ella —repitió Mason lentamente—. ¿Quieren hablar con una persona que dejó abandonada a una niña de siete años en un lugar desconocido?

—Señor Graham, por favor, seamos razonables…

—Escúcheme bien —la interrumpió, sintiendo cómo se le agotaba la última pizca de paciencia—. Si esa profesora no sufre consecuencias reales, no voy a dejar pasar esto. Presentaré una queja ante el Departamento de Educación. Iré a la policía si hace falta. Me aseguraré de que toda la ciudad sepa exactamente qué tipo de «colegio de élite» están dirigiendo. ¿Me entiende?

—Pero…

—Mi hija se puso enferma —continuó Mason, ignorándola—. Creen que podría ser apendicitis. La dejaron sola en esa exposición. Si mi…

Se le quebró la voz. Se detuvo y respiró hondo.

Había estado a punto de decir «esposa», pero entonces la administración del colegio podría tergiversar fácilmente todo el asunto y afirmar que Linda se había encontrado allí con su madre, y que esta se la había llevado sin avisar a los profesores. No tenía

intención de dejar que extraños se entrometieran en los secretos de su familia. Así que continuó.

—…si alguien conocido no hubiera visto a Linda, ¿entonces qué? —dijo entre dientes—. ¿Cómo se suponía que iba a encontrarla? ¿Lo entiende? Ni siquiera habría sabido por dónde empezar. Su teléfono estaba sin batería, el autobús se había ido. Habría tenido que llamar a la policía, a los hospitales…

Mason se apretó el puente de la nariz con dos dedos. Le palpitaba la cabeza.

—Señor Graham —dijo la directora, con voz más suave y conciliadora—, entiendo su reacción. De verdad. Es una situación terrible. Tomaremos medidas. La señorita Ross recibirá una amonestación formal por escrito…

—No es suficiente.

—…y perderá su bonificación trimestral. Además, tendrá que completar formación adicional en seguridad.

Mason no dijo nada durante un momento, sopesándolo. No era lo que quería oír. Quería que la despidieran. Inmediatamente. Que le retiraran la licencia.

Pero la directora continuó.

—Señor Graham, la señorita Ross lleva con nosotros quince años. Tiene una reputación impecable. Es el primer incidente de este tipo. No intento excusarla, pero…

—El primero y el último —la interrumpió bruscamente—. Porque si algo así vuelve a ocurrir, me encargaré personalmente de que cierren este colegio. ¿Queda claro?

—Perfectamente.

—Quiero que encuentren al niño que respondió por Linda en el pase de lista. Y que se ocupen también de eso.

—Por supuesto. Nos ocuparemos de ello.

—Bien.

Mason colgó y bajó el teléfono. Durante unos segundos, se quedó allí de pie, con la mirada perdida en el pasillo vacío.

La rabia seguía hirviendo dentro de él. No solo contra el colegio, sino también contra sí mismo. Porque no había prestado atención. No había comprobado cómo estaba Linda. No la había llamado durante el día para preguntarle qué tal la excursión. Había andado ocupado con el trabajo, reuniones y un montón de chorradas, y no había pensado en Linda en absoluto.

La puerta se abrió a su espalda. Mason se volvió y se encontró frente a la doctora.

—¿Es usted el padre de Linda? —preguntó con una sonrisa amable—. ¿Tiene un momento?

La siguió hasta el despacho, y el corazón volvió a latirle con fuerza. La ansiedad lo estaba devorando.

Todo aquello era absurdamente extraño. No hacía tanto, apenas reparaba en la presencia de Linda, y ahora se estaba volviendo loco de preocupación por ella. Quizá eso era lo que significaba realmente ser padre. Habría dado cualquier cosa por cargar él con su dolor.

—¿Qué le pasa a mi hija? ¿Cuándo es la operación?

La doctora se sentó y le indicó a Mason que se sentara en la silla frente a ella.

—No necesitará cirugía —dijo con calma—. Todas las pruebas han salido normales. Linda está bien. Hemos descartado la apendicitis. Los análisis son buenos, igual que la ecografía.

Mason parpadeó, incapaz de procesar las palabras de inmediato.

—Pero... tenía mucho dolor. Apenas podía caminar. No creo que se lo estuviera inventando.

—No, el dolor era real —asintió la doctora—. Pero lo más probable es que estuviera relacionado con el estrés. Eso ocurre mucho con los niños. El estrés y la ansiedad a menudo se manifiestan como síntomas físicos. ¿Linda ha estado sometida a

algún tipo de estrés últimamente? ¿Algún cambio importante en su vida? ¿Alguna situación difícil en la familia?

Mason exhaló bruscamente.

Por supuesto que había habido estrés. Más que suficiente. Primero murió su abuela, luego la arrancaron de la vida que conocía. Nueva escuela, nueva ciudad, nuevo hogar. Y un padre que...

Tragó saliva con dificultad, sintiendo el nudo en la garganta.

Un padre que siempre estaba ocupado. Y no precisamente encantado de que le hubieran dejado caer una hija en su vida. Ella tenía que haberlo notado. Era una verdad que Mason no quería afrontar, pero negarla se hacía cada vez más difícil.

—Sí —dijo con esfuerzo—. Nos mudamos. Cambió de escuela. Toda su vida ha cambiado mucho últimamente.

La doctora lo miró con compasión.

—Los niños son muy sensibles —dijo con suavidad—. Captan las emociones de los adultos. Linda probablemente lleva encima mucha ansiedad ahora mismo. Necesita estabilidad. Apoyo. Quizá debería plantearse llevarla a un psicólogo infantil.

Mason asintió.

—Le estamos poniendo suero y algo para calmarle el estómago —continuó la doctora—. Que descanse. En un par de horas podrá llevársela a casa. Pero le recomiendo encarecidamente que busque un especialista. Su hija necesita ayuda.

—Gracias —logró decir—. Yo... lo entiendo.

Mason salió al pasillo con una certeza clara y demoledora: el problema no era la escuela. No era la profesora. No era el nuevo entorno.

El problema era él.

No estaba llevando nada de esto. No sabía cómo ser padre. No sabía cómo hablar con esa niña, cómo consolarla, cómo hacer que se sintiera segura en su casa. Porque para él, Linda seguía siendo un recordatorio de un error. Del error que le había costado perder a Bianca. Y Linda lo notaba. Por supuesto que lo notaba.

Sabía que tenía que hacerlo mejor. Tenía que ser más responsable. Tenía que pasar más tiempo con su hija. Nada de esto era culpa de ella. Los niños no deberían pagar por los errores de los adultos.

Mason sacó el teléfono y miró los últimos mensajes que le había enviado a Bianca, los que ella aún no había contestado.

Entonces escribió uno nuevo:

No es apendicitis. La doctora ha dicho que todo está relacionado con el estrés. No estoy llevando bien esto, Bianca. De verdad que no lo estoy llevando bien.

Durante unos segundos, se quedó mirando el texto. Su dedo quedó suspendido sobre el botón de enviar.

Entonces Mason lo borró todo. Palabra por palabra.

No podía cargarle esto también a Bianca. Ella ya había hecho mucho más de lo que debería. Y el estado de Linda probablemente no era precisamente una de sus prioridades en ese momento.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y volvió a la habitación, donde Linda yacía pálida y callada en la camilla.

Cuando Mason entró, ella abrió los ojos y lo miró asustada.

—¿Papá? ¿Me van a operar?

Él se sentó junto a la camilla y le tomó la manita fría.

—No, cariño —dijo con suavidad—. No te van a operar. Solo estás muy cansada. Necesitas descansar.

Linda lo miró y, tras una pausa, preguntó con un hilo de voz:

—¿Me vas a mandar con los abuelos?

A Mason se le encogió el corazón.

—No —dijo con firmeza—. No te voy a mandar a ninguna parte. Te lo prometo. ¿Por qué ibas a pensar eso? Eres mi hija. Y yo... voy a intentar hacerlo mejor. Voy a ser un padre de verdad.

Linda lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Ella asintió y cerró los ojos. Unos minutos después, su respiración se volvió acompasada; la medicación probablemente había empezado a hacer efecto.

Mason se quedó allí sentado junto a ella, sosteniéndole la mano, pensando en lo fácil que era hacer promesas. Cumplirlas sería mucho más difícil. Sobre todo cuando la única persona que podría haberle ayudado a hacerlo se había ido, y no tenía intención de volver.

Capítulo 27

Mason estaba sentado en su despacho, firmando papeles: contratos, facturas, algunos formularios de entrega de equipos. Pero no dejaba de pensar en Linda, que aún no iba al colegio. Y en Bianca, que seguía sin contestar a sus mensajes.

Intentó concentrarse. Cogió el bolígrafo. Firmó otra página.

De repente, la puerta de su despacho se abrió de golpe. Mason levantó la vista y lo comprendió todo al instante.

Alan estaba en el umbral.

Bastaba verle la cara para saberlo todo. Los ojos le ardían de furia, los puños apretados.

Mason supo que se había enterado. Estaba convencido de que Bianca retrasaría el momento de decírselo hasta el último segundo, pero por lo visto la hora había llegado.

Apenas tuvo tiempo de levantarse antes de que Alan se abalanzara sobre él. Mason abrió la boca para hablar, pero el puño de Alan le alcanzó de lleno en la mandíbula.

El dolor estalló en un fogonazo. Mason perdió el equilibrio y se agarró al borde del escritorio. El sabor agudo y metálico de la sangre le inundó la boca.

—¡Pedazo de mierda! —gritó Alan, con la voz temblorosa de rabia—. ¿No te lo dije? ¿No te advertí de que lo pagarías si le hacías daño a mi hermana?

Dio un paso más. Mason se enderezó y levantó las manos, intentando calmarlo. Alan necesitaba tranquilizarse. Llevaban años siendo los mejores amigos. ¿No podía al menos escucharlo?

—Alan, espera...

—¿Esperar? —ladró Alan—. ¡Te lo advertí hace diez años! ¡Te dije que si le hacías daño, te mataría! ¿Y qué has hecho?

Avanzó de nuevo. Mason retrocedió. Joder, este tío nunca había sabido controlar su ira. Siempre había protegido a su hermana. Y aun ahora, cuando Bianca llevaba mucho sin necesitar ese tipo de protección, seguía comportándose igual.

—¿Por qué coño te casaste con ella? —continuó Alan, y ahora también había dolor en su voz, no solo rabia—. Si no podías mantener la bragueta cerrada, ¿por qué te casaste? ¿Por qué juraste que la amabas cuando ya tenías una hija con otra?

—Alan, cálmate y hablemos de esto como adultos. Esto es cosa de Bianca y mía, no tuya...

—¡Cállate de una puta vez! —rugió—. O sea, que tener una hija de siete años es un detallito sin importancia, ¿no?

Su puño voló de nuevo. Esta vez, Mason logró esquivarlo. El golpe se estrelló contra la pared a su espalda.

Alan siseó de dolor y se sacudió la mano.

—¡Alan, para! —dijo Mason con más firmeza—. Déjame explicarte...

—¿Explicar? —Alan lo miró como si fuera mierda pegada a su zapato—. ¿Qué me vas a explicar exactamente? ¿Que engañaste a mi hermana? ¿Que le mentiste durante diez años? ¿Que le rompiste el corazón?

Mason no dijo nada, porque Alan tenía razón.

En todo.

Alan respiró hondo. Luego otra vez. Intentó calmarse. Retrocedió y se pasó la mano por la cara.

—¿Cómo te has enterado? ¿Te lo ha dicho Bianca? ¿La has visto?

—Estaba en casa de mi padre —dijo Alan, algo más calmado, aunque la furia aún se filtraba en cada palabra—. Recogiendo una botella de whisky que quería que le llevara a tu padre. Así que fui para allá.

Algo se hundió en el estómago de Mason. Ya sabía lo que iba a oír.

—Y allí fue donde vi a Linda —continuó Alan—. A tu hija.

Linda se estaba quedando con su madre por el momento, mientras Mason se ocupaba de asuntos urgentes en el trabajo. Habían decidido que era mejor así: más atención, más calidez, más sensación de que realmente le importaba a la familia. Su madre siempre había soñado con tener una hija, y luego una nieta. Y aunque no le gustaba cómo su hijo había acabado teniendo una hija, no podía evitar querer a Linda de todos modos. Era la persona más dulce del mundo.

—Tu madre me lo resumió —dijo Alan—. Que Bianca y tú os habéis separado. Que te ha dejado.

—Es verdad —admitió Mason—. Pero tú mejor que nadie deberías saber que todos esos años la quise de verdad. Y la sigo queriendo.

—¿Cuánto hace que pasó esto? ¿Y dónde coño ha estado viviendo mi hermana todo este tiempo?

—Unos dos meses —respondió Mason a regañadientes.

Llevaba dos meses durmiéndose y despertándose sin Bianca. Dos meses sin ver su sonrisa, sin respirar su aroma, sin saborear su piel. Lo consumía un poco más cada día. Si hubiera sabido cómo arreglar algo de todo aquello, ya lo habría hecho.

Pero una hija con otra mujer no podía esfumarse sin más como si fuera un malentendido.

—Y yo aquí preguntándome —dijo Alan, negando con la cabeza — por qué me llamó a mí cuando tuvo que ir al hospital. Por qué me pidió que fuera a recogerla. No a ti. No a su marido.

Mason se quedó paralizado.

—¿Cómo que tuvo que ir al hospital? —preguntó, con la voz quebrada—. ¿Qué le ha pasado a Bianca? ¿Dónde está? ¿Qué pasó? ¿Cuándo ha sido?

Alan soltó una risa amarga.

—¿Y a ti qué te importa? Os vais a divorciar. Ya no es tu mujer, ¿no?

—Alan. —Mason dio un paso hacia él—. ¿Qué le ha pasado a Bianca?

—No es asunto tuyo —repitió Alan—. Ya no.

Se giró hacia la puerta, pero Mason lo agarró del hombro y lo detuvo.

—¡Alan, por favor! —Su propia voz le sonaba extraña: desesperada, rota—. Dime. ¿Está bien? ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

Alan se zafó de su mano y volvió a darle la espalda.

—Está bien —dijo con frialdad—. Por ahora.

Solo de pensar que algo pudiera haberle pasado a Bianca, Mason sintió una punzada de dolor. Quizá por eso ella no había contestado a sus llamadas ni a sus mensajes.

—Alan...

—¿Sabes qué, Mason? —lo interrumpió Alan—. Aléjate de ella. Ya ha pasado un infierno por tu culpa. Al menos déjala respirar.

—No puedo —dijo Mason con voz ronca—. No puedo alejarme de ella. Es mi esposa. La amo.

—¿Amarla? —Alan soltó una risa amarga—. Ni siquiera sabes lo que es el amor. Si lo supieras, jamás habrías hecho lo que hiciste.

Fue hacia la puerta, la abrió y cruzó el umbral, pero entonces se detuvo y miró atrás.

—Si vuelvo a verte cerca de ella, la próxima vez no me quedaré en un solo puñetazo. ¿Entendido?

Mason se quedó de pie en medio de su despacho. Se pasó una mano por la cara, y al rozar el pómulo hinchado, el dolor estalló de nuevo. Pero el dolor físico no era nada comparado con lo que sentía por dentro.

¿Qué había querido decir Alan con que se había puesto enferma? ¿Estaba enferma? ¿Le había pasado algo?

Agarró el teléfono y marcó su número.

«La persona a la que intenta llamar no está disponible».

Lo intentó de nuevo.

Y otra vez.

Y otra vez.

La misma respuesta cada vez.

Mason se dejó caer en la silla. Dejó el teléfono sobre el escritorio. Se quedó mirando al vacío y solo tuvo clara una cosa: necesitaba comprobar con sus propios ojos que Bianca estaba bien. Y que Alan solo había querido tocarle las narices.

Capítulo 28

Mason estaba sentado en su coche en el aparcamiento frente al edificio de ella, con la respiración agitada. Llevaba allí una hora ya. Quizá más. Ya no estaba seguro. El tiempo se había desdibujado en una espera interminable.

Le palpitaba el pómulo donde Alan le había golpeado. Un golpe merecido, todo hay que decirlo. Mason se miró en el retrovisor: el arañazo se había vuelto de un rojo oscuro, y la piel alrededor ya empezaba a amoratarse. Por la noche probablemente tendría un ojo morado de campeonato. Debería haberse puesto hielo, pero no había tenido tiempo. En cuanto Alan salió de su despacho, Mason cogió las llaves y condujo directamente hasta allí, solo para ver a Bianca.

Ya había subido al apartamento y lo había comprobado, porque todavía tenía llave. Primero llamó al timbre. Una vez. Dos veces. Una tercera. Nadie respondió. Entonces se quedó de pie frente a la puerta, con las llaves apretadas en la mano, y se preguntó si tenía algún derecho a hacer aquello. Pero luego recordó que Alan había dicho que Bianca se había puesto enferma, y su mente voló hacia las peores posibilidades. *¿Y si estaba allí dentro en ese momento, enferma? ¿Y si estaba inconsciente? ¿Y si necesitaba ayuda en ese preciso instante y él estaba allí dudando por un ridículo sentido del decoro?*

—¿Bianca? —llamó mientras abría la puerta y se asomaba con cuidado al interior.

No hubo respuesta.

Mason recorrió el apartamento, pero no había rastro de ella. La cocina estaba impecable, salvo por una taza y un plato en el fregadero. Probablemente había desayunado y había salido.

El alivio lo golpeó con tanta fuerza que casi le dolió. Comprendió que lo más probable era que estuviera bien.

Llegó al dormitorio, se detuvo en el umbral, y algo se le contrajo por dentro con tanta fuerza que apenas pudo respirar durante un segundo.

La cama estaba perfectamente hecha. Bianca siempre había sido meticulosa con esas cosas. La ropa de cama era blanca, con un delicado estampado de flores.

Mason entró. Como un completo lunático, se acercó a la cama y se sentó en el borde. Luego se tumbó y cerró los ojos. Se dejó envolver por el aroma que ella había dejado en las sábanas. El rastro tenue, apenas perceptible, de su perfume. A ella siempre le habían encantado los aromas florales.

Como un completo idiota, como un acosador, como un hombre que finalmente había perdido lo que le quedaba de cordura, se quedó allí tumbado abrazando su almohada. Pensó que si ella entraba y lo pillaba en ese momento, no habría forma de explicar qué estaba haciendo en su apartamento. No había nada que pudiera decir que no sonara demencial.

«¿Perdona, es que quería olerte?».

«¿Te echo tanto de menos que he perdido la cabeza?».

«¿Entré sin permiso porque tu hermano dijo que estabas enferma y ahora no puedo pensar en otra cosa que no seas tú?».

Todo era cierto. Pero todo sonaría como la confesión de un hombre que no sabía soltar. Un hombre que se había obsesionado. Un hombre que ya había cruzado todos los límites posibles.

Mason se obligó a levantarse. Enderezó las almohadas, alisó la colcha para que no quedara ninguna señal de que había estado allí. Luego salió rápidamente del dormitorio, antes de que pudiera cambiar de opinión y decidir quedarse allí para siempre.

Y ahora estaba sentado en su coche, esperando. No sabía cuánto tiempo más se quedaría. *¿Una hora? ¿Dos? ¿Hasta la noche?* No sabía qué le diría cuando por fin apareciera. Pero sabía una cosa: no podía irse sin verla. Necesitaba asegurarse de que de verdad estaba bien.

Rotó los hombros y estiró el cuello. Lo tenía rígido por la tensión. El reloj del salpicadero marcaba las 15:43, y había llegado sobre las dos y media.

Mason volvió a mirar la entrada del edificio y luego paseó la mirada por el aparcamiento.

16:05.

Debería estar en la oficina en plena jornada laboral. Una reunión a las cuatro. Una llamada con sus socios a las cinco. Recoger a Linda en casa de sus padres a las seis.

Pero estaba allí.

Alan había tenido razón. En todo. Mason era un cabrón. Solo un cabrón que había arruinado la vida de la mujer a la que amaba más que a nada en el mundo, y ahora estaba sentado en su coche como un psicópata, esperándola, incapaz de dejarla marchar aunque eso era exactamente lo que debería haber hecho.

Mantenerse alejado habría sido lo mejor que podía hacer por ella.

De repente, captó un movimiento con el rabillo del ojo cerca de la entrada. Levantó la cabeza de golpe. Una mujer salió del edificio. Alta. Morena.

No era Bianca.

Exhaló con fuerza y se recostó en el asiento. Se golpeó la nuca contra el reposacabezas varias veces.

Luego siguió esperando.

El teléfono vibró. Mason lo cogió demasiado rápido, pero no era Bianca. Era un mensaje de su madre.

Linda quiere tarta de fresa. ¿Puedes comprar una de camino?

Respondió:

Sí.

Lo envió y tiró el teléfono al asiento del copiloto. Esa mañana había dejado a Linda en casa de sus padres. Ella no había querido quedarse. Se había quedado junto al coche, agarrada a la puerta,

mirándolo con esos ojazos asustados que tenía, y le había preguntado:

—Papá, ¿puedo ir al trabajo contigo hoy?

Y él había dicho que no. Le prometió que se lo pasaría bien en casa de la abuela, y que él, como buen padre que era, la recogería a las seis en punto después del trabajo.

Y ahora Mason estaba allí sentado, después de haberse olvidado por completo de ella, pensando solo en Bianca.

Era un padre pésimo. Un marido pésimo. Un ser humano pésimo, en general.

Giró el cuello de nuevo. Miró la entrada. Luego el reloj.

16:17.

Y entonces algo familiar cruzó fugaz el aparcamiento. Mason se quedó rígido. Un coche conocido. El corazón se le subió a la garganta. Un Audi negro. Le había regalado ese coche hacía un año. Un cliché, sí. Dolorosamente cursi. Pero ella había sido feliz entonces. Lo había hecho todo bien: incluso le había puesto un enorme lazo rojo encima como en una ridícula película romántica. Le encantaba verla sonreír.

El coche aparcó a un par de plazas de donde estaba él, más cerca del edificio.

Mason se puso tenso y clavó la mirada en la ventanilla tintada. Ya estaba agarrando la manilla de la puerta, listo para correr hacia ella, olvidando que ahora era el intruso, olvidando que debía mantenerse alejado.

Pero entonces se abrió la puerta del copiloto y él se quedó paralizado.

Bianca no había venido sola.

Su amiga Milena bajó del coche. Mason la conocía. Siempre escandalosa, un poco despistada, llena de energía.

Luego se abrió la puerta del conductor y Bianca bajó.

Sus ojos se clavaron en ella, examinando cada detalle. Buscó señales de que estuviera enferma, exhausta, en el estado del que Alan le había hablado. Buscó palidez, ojos hinchados... cualquier cosa.

Pero su rostro... no parecía enferma ni alterada. Si acaso, todo lo contrario. Sonreía, diciéndole algo a Milena mientras se echaba el pelo hacia atrás. Su amiga se rio y asintió. Estaban bromeando.

Bianca abrió el maletero y empezaron a sacar bolsas de la compra. Muchas bolsas.

Entonces lo comprendió: había estado de compras.

Y de repente Mason sintió que la tensión que lo había mantenido atrapado durante más de una hora por fin cedía. Como si una banda de acero ceñida alrededor de su pecho se hubiera soltado al fin. Ella estaba bien.

Seguramente Alan había exagerado. Quizás ella se había mareado un poco o se había encontrado mal un momento, y como cualquier hermano mayor protector, lo había convertido en algo mucho más grave de lo que era. O tal vez lo había dicho solo para fastidiarlo. Para que Mason viniera corriendo y comprobara por sí mismo que Bianca estaba bien. Que estaba perfectamente sin él y no necesitaba su ayuda.

Milena cogió cuatro bolsas. Bianca tomó el resto. Se dirigieron hacia la entrada, todavía hablando de algo. Parecía perfectamente sana y, si acaso, feliz. Eso le provocó a Mason una punzada aguda de dolor, pero también un enorme alivio.

En ese momento, sintió con dolorosa claridad lo fuera de lugar que estaba. Un invitado no deseado, acechando en las sombras de su vida. Ella estaba bien sin él.

Se quedó donde estaba, devorándola con la mirada hasta que desapareció por la puerta del edificio con Milena.

El reloj del salpicadero marcaba las 4:22 p. m.

Mason arrancó el motor.

Era hora de ir a comprar una tarta de fresa.

Capítulo 29

Bianca se giró frente al espejo, observándose desde todos los ángulos. Los vaqueros nuevos le quedaban perfectos: le marcaban la cintura y hacían que sus piernas parecieran más largas. Tejido oscuro, talle alto, exactamente lo que había estado buscando.

—Estos vaqueros me sientan de maravilla —dijo, girándose de lado—, pero probablemente debería haber cogido una talla más. Dentro de un mes, ya no me entrarán.

Milena se rio mientras se probaba su nueva blusa color crema con mangas abullonadas.

—Bueno, ojalá todos los problemas fueran así —dijo guiñándole un ojo—. Aunque sí, desde luego vas a necesitar renovar el armario entero.

Bianca sonrió a su reflejo. Todavía tenía el vientre plano y no había signos visibles del embarazo. Pero eso no duraría mucho.

El día había resultado inesperadamente bueno. Milena la había llamado esa mañana para quedar, y habían acabado pasando todo el día juntas: de compras, tomando café y charlando.

Bianca se lo había contado *todo*. Absolutamente todo. Lo de Mason y su aventura. Lo de Linda. Cómo se había enterado de que tenía una hija. El divorcio. Y el embarazo.

Al principio, Milena se había quedado callada. Luego la había abrazado con fuerza y le había dicho: —Tu vida es una auténtica telenovela. Pero vamos a resolver esto. Juntas.

Y de verdad lo habían intentado. Durante todo el día. Entre probadores y el almuerzo, repasaron todas las posibilidades: ¿debería decírselo a Mason o no? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Debería quedarse con el bebé o no? Aunque esa pregunta apenas había sido una pregunta: por supuesto que se lo iba a quedar. Pero ¿cómo iba a ser madre soltera? ¿Sería capaz? ¿De dónde sacaría el dinero?

¿Qué pasaría con el estudio? ¿Cómo sería su vida después del divorcio, con el bebé de su exmarido?

Había muchas más preguntas que respuestas. Pero al menos hoy no había tenido que enfrentarse a ellas sola.

—¿Sabes? —dijo Milena mientras se abrochaba el último botón de la blusa—. Quizá esto sea una señal. Este embarazo ocurrió cuando ocurrió por alguna razón. Quizá el universo te está diciendo que aún no ha terminado.

Bianca soltó una risa suave y seca.

—O quizá el universo no me está diciendo nada de nada y simplemente nada en mi vida sale como lo planeo. Ya sabes cómo nos casamos Mason y yo —dijo suspirando.

No quería volver a hablar de él, no tanto por el dolor y la amargura, sino por lo mucho que lo echaba de menos. Pero, de algún modo, todas sus conversaciones acababan volviendo a Mason.

—Bianca —Milena se volvió hacia ella y la miró con seriedad—. Vas a superar esto. Todo. Incluso sin Mason. Eres la mujer más fuerte que conozco.

Bianca deseaba tanto poder creerla. De verdad que sí.

En ese momento sonó el timbre y cortó su conversación en seco. Se miraron sorprendidas y se quedaron quietas.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Milena.

—No —dijo Bianca, con la ansiedad ya asomando en su voz.

El corazón empezó a latirle más deprisa. Solo Mason y su madre conocían esa dirección. Nadie más.

¿Y si era él? ¿Qué le diría? ¿Cómo iba a mirarlo a los ojos sabiendo que esperaba un hijo suyo y él no tenía ni idea?

Bianca fue hacia la puerta, respiró hondo varias veces y abrió.

Se quedó mirando al frente con sorpresa, porque no era Mason quien estaba en el umbral.

Era su hermano.

Alan le dedicó una leve sonrisa y se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta, aunque seguía pareciendo tenso.

—¿Alan? ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

Él le escrutó el rostro, como buscando señales de que algo andaba mal. Luego, sin previo aviso, dio un paso adelante y la abrazó. Bianca se quedó paralizada, pillada totalmente por sorpresa.

—¿Estás bien? —preguntó con voz ronca.

Ella le devolvió el abrazo de forma automática.

—Sí... sí, estoy bien. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

Alan se apartó y la miró a los ojos.

—Estuve en casa de Mason.

Bianca se tensó. ¿Se lo habría contado a Mason al final?

—Y antes de eso, estuve en casa de sus padres. Vi a Linda. Su madre me dio tu dirección. ¿Por qué no me contaste nada, Bianca?

Ella se encogió un poco ante la pregunta.

—Entra —dijo en voz baja, apartándose para dejarlo pasar.

Solo entonces bajó la mirada y reparó en la sangre en los nudillos de la mano derecha de él.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

Alan se la miró un momento, como si acabara de reparar él mismo en los rasguños.

—Me dejé llevar un poco —dijo con voz neutra, y entró.

A Bianca se le cayó el alma a los pies.

—No... —tragó saliva—. No le habrás hecho nada, ¿verdad?

Él se volvió en seco.

—¿Por qué lo defiendes, Bianca? —Su voz se había endurecido —. Un puñetazo no fue ni de lejos suficiente para ese cabrón. La verdad, debería haberle dado mucho más.

—Alan —dio un paso hacia él—. No te metas. Por favor. Esto es entre Mason y yo. Es mi vida, mi matrimonio, mi divorcio.

Él la miró durante un largo momento de tensión y luego soltó un hondo suspiro. La desaprobación en sus ojos era evidente.

—Te ha destrozado la vida y tú sigues defendiéndolo.

—Él... —Las palabras se le atragantaron. No pudo terminar. Porque Alan tenía razón. Incluso ahora, de algún modo, seguía preocupándose por Mason. Aunque no tenía ningún motivo para hacerlo.

En ese momento, Milena salió de la habitación y el ceño de Alan se frunció aún más. Su mirada fue de ella a Bianca y viceversa.

—¿Él lo sabe? —preguntó en voz baja.

—¿Saber qué? —dijo Bianca, sin entender de inmediato.

—Lo del bebé —dijo Alan sin rodeos—. ¿Mason sabe que estás embarazada?

Se quedó inmóvil. Con solo oír la pregunta, todo su interior se tensó.

—Todavía no... —dijo Bianca, sintiéndose culpable—. No se lo he dicho.

—Dios, Bianca... —Alan cerró los ojos un segundo, como si intentara procesarlo—. ¿Te das cuenta de que esto lo cambia todo? ¿Te das cuenta de que ahora él siempre va a estar en tu vida? Vas a estar atada a él, y a su familia, el resto de tu vida.

—Lo sé —susurró—. Por eso precisamente no puedo decirle lo del embarazo todavía. Quiero que el divorcio esté finalizado primero. No se lo dijiste, ¿verdad?

—No. Pero tarde o temprano se va a enterar de todos modos. Estoy preocupado por ti, Bianca. ¿Cómo se descontroló todo tanto? Maldita sea, él te amaba. Erais tan felices.

Asintió, sintiendo cómo se le entumecían las manos.

—Se lo diré. Solo que... hoy no.

Alan se acercó a la ventana, apoyó las manos en el alféizar y se quedó mirando un punto fijo durante largo rato. Bianca sabía cuánto le afectaba todo lo que ella estaba pasando. Su vínculo

familiar siempre había sido fuerte. Habían crecido sin madre, habían aprendido a confiar el uno en el otro, y por eso Alan sentía su dolor casi como si fuera el suyo propio.

—Tú y Mason erais muy amigos. No quiero que lo odies por mi culpa, Alan. Y desde luego no quiero ver a dos personas que me importan pegándose.

—Eso no volverá a pasar —dijo con frialdad—. Perdí el control un momento. Estaba enfadado. Pero no me arrepiento. Se lo merecía.

Alan se volvió hacia ella y soltó un largo suspiro.

—¿Necesitas ayuda, pequeña?

—Tengo todo bajo control. No es tan malo como parece, te lo juro. Al menos en el divorcio me quedo con la mitad de todo lo que construimos.

Bianca intentó sonreír, pero no pudo. Las lágrimas ya se le habían acumulado en las comisuras de los ojos y parpadeó rápidamente para contenerlas, intentando serenarse. Últimamente estaba tan sensible.

—Vamos a cenar —dijo—. A un restaurante, eso sí. No tengo energía para cocinar.

Capítulo 30

—Tienes una pinta horrible —dijo Francesca, negando con la cabeza como si él tuviera quince años otra vez y acabara de meterse en una pelea.

—Está un poco hinchada, pero estoy bien. Le diremos a la tía Miranda que me distraje durante el entrenamiento y me llevé un codazo —dijo Mason con una mueca, tocándose la mejilla con cuidado.

Alan no se había contenido nada. Y al día siguiente, tenía aún peor aspecto. Pero faltar al cumpleaños de su tía sin una razón verdaderamente seria habría sido una falta de respeto absoluta. Además, ella habría pasado toda la velada interrogando a su madre de todos modos, tratando de averiguar exactamente qué le había pasado.

—Coge las flores —dijo su padre con tono sombrío a su lado. Todavía estaba disgustado por lo que Mason había hecho. Como si Mason pudiera controlar algo que había sucedido hacía años. Como si no hubiera simplemente vuelto a su habitación de hotel a dormir, sino que hubiera llevado deliberadamente a alguna mujer mientras estaba casado.

—Entrad vosotros primero. Voy a llamar a la niñera para asegurarme de que todo va bien con Linda —dijo Mason, señalando con la cabeza hacia la entrada del restaurante.

Se apartó a un lado, sacó el teléfono y llamó a la niñera.

—Buenas noches, Mason —respondió Stephanie de inmediato —. Linda ya ha cenado, ha visto unos dibujos y se está preparando para acostarse. Todo bien por aquí.

Parte de la tensión que sentía se disipó.

—Gracias. Si pasa algo, llámame enseguida. A cualquier hora.

—Por supuesto. No te preocupes. Que disfrutes de la velada.

Colgó y se quedó allí un segundo más, recomponiéndose.

Esa noche iba a tener que fingir mucho. Tendría que actuar como si todo estuviera bien. Como si la vida le fuera de maravilla. Como si el moratón de la cara no fuera más que el resultado de una mala sesión de entrenamiento, no la prueba de que había recibido exactamente lo que merecía del hermano de su esposa.

Del hermano de su exmujer, se corrigió Mason en silencio. Los papeles aún no estaban firmados, pero a todos los efectos, ya habían terminado.

Miró el enorme ramo de rosas blancas que había dejado sobre el capó del coche.

Era imposible traer a Linda, por supuesto. Sus parientes todavía lo consideraban el marido perfecto y el padre de familia ideal. Y quería a toda costa que siguiera siendo así.

Mason entró en el restaurante. Era caro y pretencioso, exactamente el gusto de la tía Miranda. Hoy cumplía sesenta años. Un cumpleaños importante. El lugar estaba repleto de parientes a los que no había visto en meses, y algunos a los que no había visto en años.

Su tía estaba en el centro de la sala con un vestido rojo, brillando como un árbol de Navidad. En cuanto vio a su sobrino, empezó a hacerle señas con la mano.

Mason se acercó y le entregó el ramo.

—Feliz cumpleaños, tía Miranda. ¡Felices sesenta! Estás increíble.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado en la cara? —exclamó tan fuerte que media sala se volvió—. Mason, ¿te ha atacado alguien?

—No, no —dijo rápidamente, retrocediendo un poco—. Una mala sesión de entrenamiento. Me distraje y me llevé un codazo.

Ella negó con la cabeza, pero sus ojos ya recorrían la sala.

—¿Dónde está Bianca?

Mason sabía que esa pregunta iba a llegar.

—No se encuentra bien —mintió—. Ha pillado un resfriado y ha preferido quedarse en casa.

Su tía asintió, pero había un brillo pícaro en sus ojos.

—Bueno, claro, claro… Tiene que cuidarse y estar tranquila.

Sonrió ampliamente, con demasiada intención. Mason parpadeó, sin entender a qué se refería.

La tía Miranda se acercó y bajó la voz, como si hubiera estado esperando este momento toda su vida.

—Ay, probablemente debería haber fingido que no sabía nada… pero no he podido evitarlo.

Mason se tensó.

—¿Saber qué?

—¡Venga ya, Mason, lo sé todo! ¡Y creo que ya es hora de felicitaros! —Le rodeó los hombros con un brazo y le besó la mejilla —. ¡Estoy contentísima por vosotros! ¡Por fin! ¡Llevamos años esperando esto!

Se le heló la sangre.

¿Sabe lo de Linda?

¿Cómo? ¿Quién se lo ha dicho?

—Seguro que has olvidado que Anastasia ahora es técnica de ecografía en la clínica. Fue ella la que le hizo la ecografía a Bianca.

Anastasia era su prima, pero Mason seguía sin atar cabos. Miró a su tía, esperando a que continuara.

—Bianca fue a hacerse unas pruebas a la clínica donde trabaja Anastasia ahora. Pero tu mujer solo la había visto un par de veces, tu prima estuvo en el extranjero estudiando todos esos años y acaba de volver, así que Bianca seguramente no la reconoció. Y Anastasia no quiso incomodarla durante la cita. Bueno, entiendo que probablemente no queríais contarle a nadie lo del bebé tan pronto, sobre todo después de lo que pasó la última vez… pero tengo el presentimiento de que esta vez todo va a ir bien.

Oía las palabras, pero era como si no las estuviera oyendo de verdad. Todo a su alrededor se había vuelto amortiguado, distante. ¿De qué estaba hablando? ¿Qué embarazo?

—¿Bianca está embarazada? —Su propia voz le salió ronca, irreconocible.

El rostro de la tía Miranda cambió al instante. Su sonrisa desapareció. Se le abrieron los ojos de par en par.

—Ay, Dios, ¿no lo sabías? Bianca debía de estar planeando darte una sorpresa, ¡y yo lo he estropeado todo! Qué horror.

—Tengo que irme —dijo Mason bruscamente, retrocediendo un paso.

—Pero Mason...

—Lo siento. Ha surgido algo urgente.

Se giró y salió a toda prisa. El aire frío le dio en la cara, pero no le aclaró las ideas. Por dentro, todo le ardía. El corazón le latía como si llevara una hora corriendo a toda velocidad.

Bianca estaba embarazada. Iban a tener un bebé.

¿Era verdad?

No podía creerlo. ¿Se habría equivocado Anastasia? ¿Habría confundido a Bianca con otra persona? Mason intentó recordar la última vez que se habían visto. ¿Hace cinco años? ¿En Navidad, quizás, cuando se había reunido toda la familia?

Se puso al volante y durante un segundo no tuvo ni idea de qué hacer. Al mismo tiempo sintió alegría —tan intensa que le cortó la respiración— y miedo. Lo que habían deseado durante diez años por fin había sucedido. Justo en el momento en que todo entre ellos se había venido abajo.

¿Por qué no se lo había dicho Bianca? ¿Cuánto tiempo llevaba sabiéndolo? ¿Una semana? ¿Dos? ¿Más? ¿Y cómo pensaba exactamente seguir ocultando el embarazo? ¿De verdad había tenido intención de criar a su hijo sola? ¿Sin él? Solo pensarlo le desgarraba las entrañas.

El dolor le oprimió el pecho. Un dolor real, casi físico. Solo de imaginar que seguramente ella había decidido hacer esto sin él. Y ni siquiera podía culparla. Después de todo lo que había hecho, Mason no tenía derecho a exigir nada.

Pero también era su hijo.

Tenía que estar ahí. Tenía que estarlo.

No podía esperar más. Mason condujo hasta su casa sin saber siquiera qué iba a decirle.

Del restaurante a su edificio había unos treinta minutos en coche, pero lo hizo en tiempo récord: quince minutos justos. Subió las escaleras volando, de dos en dos. Tercer piso. Cuarto. Se le entrecortó la respiración, pero no se detuvo.

Y entonces, de pie frente a su puerta, Mason se quedó paralizado.

La mano se le quedó suspendida en el aire, sin llegar a tocar el timbre.

¿Qué iba a decirle?

Hola. Acabo de enterarme de que estás embarazada. ¿Es verdad?

Bajó la mano y se quedó allí un rato, cambiando el peso de un pie a otro frente a la puerta. Luego volvió a levantar la mano hacia el timbre. La dejó suspendida. La bajó.

¿Y si solo empeoraba las cosas? ¿Y si ella no debía estresarse en ese momento, y él era una enorme fuente de estrés? La última vez, el médico había dicho lo mismo: el estrés era peligroso, necesitaba descanso y solo emociones positivas.

¿Qué podía aportarle él?

Dolor. Traición. Un corazón roto.

Quizás debería simplemente irse. Darle espacio. Esperar hasta que ella estuviera lista para hablar con él. Pero ¿cómo iba a marcharse sabiendo que ella estaba justo ahí, detrás de esa puerta, lidiando con todo esto sola?

Tenía tantas ganas de abrazarla. Estrecharla contra él. Decirle: Saldremos de esta. Juntos. Estaré ahí. Quería preguntarle cómo se sentía. Si tenía náuseas. Si estaba durmiendo bien. Si necesitaba algo. Quería compartir esa alegría con ella, la misma alegría con la que habían soñado durante diez largos años.

Pero ¿todavía tenía ese derecho?

¿Tenía derecho a abrazarla? ¿A quedarse a su lado? ¿A ser feliz con ella?

Había perdido ese derecho en el momento en que le fue infiel. En el momento en que mintió. En el momento en que pasó todos esos años ocultándole a Linda.

Mason se pasó ambas manos por el pelo, agarrándoselo con fuerza por las raíces y apretando contra el cuero cabelludo como si intentara obligar a su cerebro a funcionar, a decidir, a encontrar alguna salida.

Luego se deslizó lentamente por la pared y se sentó en el suelo frente a su puerta.

Le entraban unas ganas de fumar que le dolían, pero lo había dejado hacía cinco años por Bianca. Ella no soportaba el olor a humo. Decía que la mareaba. Mason había tirado el paquete ese mismo día y no había vuelto a tocar un cigarrillo.

Pero en ese momento lo deseaba con tanta desesperación que le temblaban las manos. Solo para tener algo que hacer con los dedos. Solo para distraerse, aunque fuera un poco, de los pensamientos que lo desgarraban por dentro.

El tiempo se arrastraba. No tenía ni idea de cuánto llevaba sentado allí, frente a su puerta. ¿Diez minutos? ¿Veinte? ¿Una hora?

Y aún seguía allí sentado, esperando.

¿Esperando qué?

No lo sabía.

Un milagro, quizás.

Quizás que la puerta se abriera de repente, que ella saliera, lo viera y...

¿Y entonces qué?

¿Que lo perdonara?

Probablemente no. Pero Mason aún albergaba la esperanza de que quizás, al menos, pudieran hablar. De que pudiera explicarle...

¿Explicar qué?

¿Que era un idiota? Ella ya lo sabía. ¿Que la amaba? Después de lo que había hecho, las palabras ya no significaban nada. ¿Que quería estar ahí para ella y para su bebé? Pero ¿tenía algún derecho a pedir eso?

—¿Mason? ¿Qué haces aquí? —la voz de Bianca atravesó el silencio, sorprendida, familiar, dolorosamente querida.

Levantó la cabeza de golpe.

Bianca acababa de salir del ascensor y se había quedado parada en seco, con una bolsa de la compra en la mano. Mason ni siquiera había oído abrirse las puertas del ascensor.

Capítulo 31

Bianca se quedó paralizada junto a la puerta, sin esperarse encontrarlo allí. Desde luego, no frente a su apartamento. No a esas horas de la noche. Y mucho menos sentado en el suelo.

Él levantó la cabeza y ella soltó el aire de golpe. Un enorme moretón le cubría la cara. Dios. ¿De verdad Alan le había hecho eso? Mason tenía un aspecto horrible.

Se miraron, ninguno dispuesto a hablar primero. Había algo casi desquiciado en su mirada. Tenía un aspecto extraño. Mason la recorrió lentamente con los ojos, de la cabeza a los pies, y luego, como si saliera de un trance, se puso de pie.

—Perdona, yo… —dijo con voz ronca—. No sé por qué estoy aquí. No quería molestarte, Bianca. Lo siento…

Retrocedió hacia la escalera. En todo momento, siguió mirándola con esa misma expresión afligida. Y Bianca sintió que la ansiedad le crecía por dentro: por la sorpresa de verlo allí, por cómo actuaba, por su aspecto.

—Mason, ¿estás bien? —preguntó ella cuando él ya había bajado un par de escalones, claramente a punto de marcharse.

Se detuvo. Se dio la vuelta. La miró, y había tanto dolor en sus ojos que, por un segundo, Bianca no pudo respirar.

Mason asintió levemente, y una vez más se quedaron allí mirándose en silencio. Ella junto a la puerta, él en las escaleras. Apenas tres metros entre ellos, y sin embargo parecía un abismo.

No debería importarle. No debería preocuparse por él. Él había destrozado su vida. Le había mentido. La había traicionado. Había llevado la prueba viviente de su traición a su hogar. Pero estaba preocupada. Dios, estaba tan preocupada porque todavía lo amaba.

—¿Quieres pasar? —se oyó decir, como desde lejos—. Acabo de comprar tarta.

Bianca levantó un poco la bolsa blanca de la pastelería. Sin venir a cuento, le había entrado un antojo de dulces en mitad de la noche tan fuerte que había cruzado la ciudad entera para conseguir su tarta favorita. Empezaba a entender demasiado bien a las embarazadas.

Mason parpadeó como si no estuviera seguro de haberla oído bien.

—¿Lo… lo dices en serio? —preguntó, inseguro.

—Sí —dijo Bianca, asintiendo—. Entra.

Volvió a subir las escaleras, y ella abrió la puerta y lo dejó pasar. Mason pasó junto a ella, y enseguida captó el aroma familiar de su colonia. La cabeza le dio vueltas: los recuerdos, la oleada de nostalgia, todo a la vez.

Cerró la puerta tras ellos, dejó la bolsa para quitarse el abrigo, y de pronto sintió el pecho de él contra su espalda.

Bianca se quedó completamente inmóvil.

Los brazos de él la rodearon con fuerza. Tanta que casi dolía. Mason apoyó la frente en su pelo, y ella oyó su respiración entrecortada, irregular.

—Lo siento —susurró—. Lo siento, lo siento, lo siento…

Ella permaneció inmóvil. El aroma de él la envolvía por completo. Familiar. Íntimo. Exactamente el olor que había anhelado durante todas esas semanas.

Bianca cerró los ojos y se permitió un breve momento, solo uno, para hundirse en su cercanía, en el calor del cuerpo de él a su espalda, en cómo la abrazaba como si estuviera aterrorizado de que pudiera desaparecer.

Era como si estuvieran juntos de nuevo. Como si nada hubiera pasado. Como si todavía fueran las mismas dos personas que se amaban sin reservas.

Pero solo por un momento. Después, la realidad la golpeó de lleno.

—Mason —dijo Bianca con suavidad, abriendo los ojos—. Suéltame.

Él no se movió.

—Por favor —añadió—. Necesito quitarme el abrigo.

Esa no era la verdadera razón. La verdadera razón era esta: necesitaba que dejara de abrazarla. Porque un segundo más y se derrumbaría. Se daría la vuelta, le devolvería el abrazo, y entonces todo lo que había construido durante las últimas semanas —todos los muros, toda su determinación de seguir adelante— se vendría abajo.

Mason aflojó los brazos lentamente y retrocedió, obediente.

Bianca se quitó el abrigo, se descalzó y cogió unas zapatillas del estante. No se dio la vuelta. No quería verle la cara, porque temía que, si veía lo que esperaba ver en ella, su corazón no lo resistiría.

—Lo siento —dijo él de nuevo—. No debería haber…

—La cocina está por ahí —dijo, señalando con la cabeza—. Vamos. Prepararé café.

Capítulo 32

Mason se sentó a la mesa sin apartar la mirada de ella. Bianca sintió un extraño cosquilleo de nervios, como si acabaran de conocerse y fuera la primera vez que invitaba a un hombre a su casa.

La idea casi la hizo reírse de sí misma. Llevaban diez años juntos y se conocían al dedillo, pero de algún modo, con él sentado allí, Bianca se sentía verdaderamente incómoda. No sabía qué hacer con las manos ni dónde mirar. Como si no tuvieran años de vida compartida a sus espaldas, sino una primera cita suspendida torpemente entre ambos.

Y lo más extraño era que se sentía tranquila con él cerca. Una parte de ella que había vivido en tensión constante se relajó de pronto, aceptando aquella realidad. Pero Bianca sabía perfectamente que eso no estaba bien.

Debería odiarlo. Debería haberse mantenido fría, inflexible. Él había destruido la vida que compartían, y en lugar de odio, solo sentía añoranza.

¿Qué le pasaba?

¿Por qué le resultaba imposible ser fuerte y decidida cuando estaba con él? ¿Por qué bastaba su sola presencia para que cada muro en su interior empezara a agrietarse?

—Siento lo de Alan —dijo ella, mirándolo a la cara—. No debería haber hecho eso.

Mason esbozó una sonrisa torcida y débil.

—No estoy enfadado con él. Me lo merecía —se tocó la mejilla con las yemas de los dedos e hizo una mueca.

Bianca se dio la vuelta. De espaldas a él, se preparó un té y se volvió hacia la cafetera.

—¿Sigues tomando azúcar? —preguntó mientras cogía una taza del estante superior y comprobaba si aún le quedaban algunas de esas malditas cápsulas de café.

Recordaba que Mason había intentado dejar el azúcar, pero si lo había logrado durante el tiempo que llevaban separados, no tenía ni idea.

Él no respondió.

Bianca se dio la vuelta, a punto de repetir la pregunta, y se quedó inmóvil.

Mason había cruzado la distancia entre ellos en dos zancadas y ahora estaba justo frente a ella. Estaba atrapada entre él y la encimera. No tenía escapatoria.

Bianca alzó la mirada hacia él, el pulso se le disparó y un escalofrío le recorrió el cuerpo al instante. Sus ojos... Había tanto dolor en ellos, tantas palabras no dichas, tanta emoción que se le cortó la respiración.

—Mason... —empezó, pero la voz la traicionó y se le quebró.

Él levantó lentamente la mano y le acarició el rostro con suavidad, como si temiera asustarla. Con el pulgar le recorrió el pómulo.

—Eres tan hermosa, Bianca —susurró con voz ronca y quebrada—. Igual que aquel día en la estación de tren. ¿Te acuerdas? Te vi y supe de inmediato que ibas a ser mía.

Claro que lo recordaba. Aquel día estaba grabado para siempre en su memoria. Había llegado a otra ciudad para una competición, recorriendo el andén a toda prisa con la maleta, en busca del amigo de su hermano que debía ir a recogerla. Y se había enamorado de él en ese mismo instante, a primera vista. En aquel entonces, jamás habría imaginado que un día se convertiría en el centro de su universo.

—Estoy tan perdido sin ti —continuó Mason mientras le deslizaba la mano hacia el cuello y le enredaba los dedos en el pelo

—. Tan perdido que no puedo respirar. No puedo dormir. No puedo pensar en nada que no seas tú.

A Bianca se le aceleró la respiración. Entendía demasiado bien de lo que hablaba. Porque ella sentía exactamente lo mismo. Durante mucho tiempo, de verdad habían sido todo el uno para el otro. No podían imaginar la vida separados. Pasaban todo su tiempo libre juntos, y a menudo les mentían a sus amigos con que estaban agobiados de trabajo, cuando en realidad se tumbaban en el sofá a ver películas y cenar juntos.

—¿Me darás una segunda oportunidad? —la voz se le quebró de nuevo—. Detengamos el divorcio. Te lo suplico, Bianca. Solo... dame la oportunidad de arreglarlo todo.

Había tanta esperanza, tanta súplica desesperada en sus ojos que ella quiso decir «sí». Quiso apretarse contra él, olvidar todo lo que había pasado y volver a estar juntos.

Ojalá fuera tan sencillo.

—No puedo —susurró, con las lágrimas ardiéndole en los ojos —. Está mal. No puedo fingir que no pasó nada.

—Bianca...

—No puedo ignorar la presencia de Linda —continuó, con la voz cada vez más firme—. Entiéndeme. Nunca podré aceptarla. No después de que ocultaras su existencia durante tantos años. Es la prueba viviente de tu traición. Cada vez que la mire, me recordará que me engañaste. Que mentiste. Y yo... no puedo.

Bianca vio cómo el dolor en sus ojos se agudizaba mientras la esperanza empezaba a desvanecerse.

Exhaló con pesadez. La mano seguía en el cuello de ella, los dedos aún enredados en su pelo. Pero algo en su mirada había cambiado. Parecía aceptación. Amarga. Dolorosa.

—¿Puedo besarte? —preguntó en voz muy baja—. Una última vez. Para despedirme. Por favor.

Vio cómo los ojos de él bajaban a sus labios. Cómo la mirada le descendía hasta el cuello y luego volvía a sus ojos. Bianca sintió la

tensión en el cuerpo de Mason, sintió cómo se contenía, cómo luchaba consigo mismo.

Y sabía que ella luchaba con la misma intensidad. Porque lo deseaba. Lo deseaba con locura, con desesperación. Quería que la besara. Quería volver a sentir sus labios sobre los suyos. Quería olvidarlo todo por un segundo y regresar a su antigua vida.

Pero tenía miedo de que, si él la besaba, ella no fuera capaz de parar. De que todas sus decisiones, toda su determinación, todos los muros que había levantado con tanto cuidado se derrumbaran en un instante.

La mano de él en su cuello se apretó ligeramente. El pulgar le recorrió la mandíbula con lentitud y suavidad.

—Bianca —susurró, y su nombre sonó como una plegaria en sus labios—. Por favor.

Lo miró a los ojos y vio todo lo que ella misma sentía: deseo, miedo, desesperación, el amor que no se había ido a ninguna parte, por mucho que ambos hubieran intentado enterrarlo.

Bianca asintió levemente, y él lo entendió.

Mason se inclinó hacia ella. Lo hizo tan despacio que tuvo unos segundos para cambiar de opinión y apartarse. Pero no lo hizo. Solo contuvo la respiración, se quedó completamente inmóvil y tembló ante él.

Los labios de él rozaron los suyos con cuidado, con suavidad, casi sin peso. Como si de verdad fuera su primer beso. No se apresuró, como si temiera que ella pudiera romperse ante la menor presión.

Y Bianca… Bianca se derritió.

Mason dejó escapar un suspiro suave contra su boca, y el beso cambió. Se volvió más profundo, más insistente. Como si intentara volcar en él todo lo que no podía decir en voz alta. *Todos los perdóname. Todos los te quiero. Todos los no me dejes.*

Ella le devolvió el beso. Con la misma desesperación, el mismo dolor. Porque aquel era de verdad su último beso. La última vez que

estarían así.

La mano de Mason bajó, se cerró en torno a su cadera, la levantó ligeramente, y de pronto Bianca estaba sentada sobre la encimera, con las piernas rodeándole la cintura como por voluntad propia. Él se apretó contra ella, y a Bianca se le cortó la respiración de lo mucho que lo deseaba. Como si nunca hubiera ocurrido nada terrible entre ellos. Sin dolor. Sin traición.

Su mano se deslizó bajo el suéter y encontró la piel desnuda de su cintura. Bianca se estremeció al sentirlo. Sus dedos eran cálidos y dolorosamente familiares. Conocían cada curva de su cuerpo, cada punto que la hacía flaquear. Y comprendió que si no paraban ahora, no pararían.

Bianca se apartó bruscamente y apoyó las palmas en su pecho.

—Para —jadeó—. Mason, para.

Se quedó inmóvil al instante. Se alejó de ella, aunque todo su cuerpo aún temblaba de tensión. Sus ojos seguían oscuros, su respiración entrecortada. Bianca lo veía luchar consigo mismo, veía cómo se le cerraban los puños, cómo se le tensaba la mandíbula. Esperaba que dijera: «Bianca, los dos queremos esto», o que simplemente volviera a besarla sin preguntar. Siempre había sido así: cuando la deseaba, parar nunca había sido algo que supiera o quisiera hacer.

Pero esta vez no hizo ninguna de las dos cosas.

Mason dejó caer las manos lentamente. Retrocedió un paso. Luego otro. La miró, respirando con dificultad, pero no se acercó más.

—Tienes que irte —susurró Bianca con voz temblorosa, y apenas podía creer que lo hubiera dicho en voz alta.

—Sí —respondió él en voz baja—. Es verdad.

Parecía estar en trance.

Igual que ella.

Bianca se bajó torpemente de la encimera, sin saber qué hacer consigo misma, mientras Mason, a pesar de sus propias palabras,

aún no se iba. Simplemente se quedó allí, incapaz de apartar los ojos de ella.

—No tenemos que ser enemigos —dijo—. Si pasa algo… si solo quieres hablar… si una tubería empieza a gotear, se funde una bombilla, o la noche se te hace demasiado dura, llámame. A cualquier hora. Vendré. Siempre vendré.

Hizo una pausa y la miró directamente a los ojos.

—Porque te quiero. Y eso no va a cambiar. Nunca. Aunque firmes los papeles del divorcio mañana. Aunque te cases con otro dentro de un año. Te seguiré queriendo. Y vendré si me llamas.

Entonces se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

Bianca se quedó donde estaba, en medio de la cocina, con la mano en los labios, que aún le ardían por su beso. Y por primera vez en mucho tiempo, se permitió llorar. No de dolor. No de decepción. Sino porque él se había ido sin discutir. Porque ella aún lo quería con la misma fiereza con que él la quería a ella. Y porque ni siquiera su amor podía arreglar ya nada.

Capítulo 33

Mason salió de la escuela con Linda de la mano. Había sido un día largo: reuniones, llamadas, cientos de pequeños problemas que exigían atención inmediata. Pero le había prometido a Linda que la recogería, y no pensaba faltar a su palabra.

Durante todo el camino desde el aula hasta la salida, la niña no abrió la boca. Parecía apagada, perdida en sus pensamientos. Mason intentó que hablara, le preguntó por sus clases, por sus compañeros. Las respuestas fueron escuetas.

—Bien.

—Todo bien.

No sabía cómo derribar ese muro. Siempre se le habían dado mal los niños. Y con esta niña, que llevaba su apellido pero que seguía siendo casi una desconocida para él, resultaba aún más difícil.

Salieron. Ya era diciembre, hacía un frío que pelaba. La primera nevada había caído el día anterior. Mason recordó cómo se había marchado de casa de Bianca la noche anterior, a duras penas conteniendo las emociones, conduciendo tan rápido que el coche había empezado a derrapar. Había tenido que parar, serenarse y recordar que ahora debía ser más prudente, aunque solo fuera para estar presente cuando naciera su bebé.

Un hijo...

Todavía no terminaba de creérselo. Había decidido no presionar a Bianca, no alterarla más de lo que ya había hecho. Quería que se lo contara cuando estuviera preparada. Sí, le enfurecía que le ocultara algo tan importante, pero ¿tenía derecho a reprocharle nada?

Por el rabillo del ojo, Mason vio que Linda temblaba y se subía la capucha.

—¿Tienes frío? —preguntó—. El coche está ahí mismo. Enseguida llegamos a casa.

Ella asintió y echaron a andar hacia el aparcamiento.

—¿Linda?

Una voz de mujer hizo que los dos se volvieran.

Una mujer joven caminaba hacia ellos. Mason la repasó con la mirada. Era una morena llamativa, con vaqueros, botas y un abrigo largo de color beige. Llevaba una bolsa de regalo grande con estampado de dibujos animados. Sonreía de oreja a oreja, con los ojos clavados en Linda.

—¡Nadine! —gritó Linda, y de pronto su voz sonó completamente distinta: luminosa, viva, alegre.

Soltó la mano de Mason y echó a correr hacia la mujer. Nadine se agachó, abrió los brazos y la estrechó en un abrazo.

—¡Mi niña! —exclamó entre risas, y estrechó a Linda contra sí —. ¡Mira lo grande que estás! Y qué mono tu uniforme. Venga, cuéntamelo todo. Quiero saberlo todo.

Mason se quedó a unos metros, observando la escena. Notó cómo se le tensaba todo el cuerpo. ¿Quién era esa mujer? ¿De qué conocía a Linda?

Linda la agarró de la mano y tiró de ella hasta Mason.

—¡Papá! ¡Papá, esta es mi Nadine! —dijo, con los ojos brillantes de una felicidad que Mason no había visto desde que la niña se mudó allí.

La mujer se irguió y lo miró con abierta curiosidad, como si lo estuviera evaluando. Luego le tendió la mano.

—Hola. Soy Nadine. Era amiga de la madre de Linda. Nunca llegamos a conocernos. Tú no parabas mucho por allí.

La última parte sonó a reproche. Mason se tensó aún más. ¿Cómo sabía siquiera quién era él? ¿Y cómo los había encontrado?

—Mason —se limitó a decir, mientras estudiaba a la desconocida. A primera vista parecía simpática, de verdad contenta

de ver a Linda, pero algo en todo aquello no terminaba de cuadrar.

Linda aún no había soltado la mano de Nadine. Su hija la miraba con el rostro radiante de felicidad.

—¿Has venido a verme? —preguntó esperanzada—. ¿De verdad?

Nadine sonrió y le acarició el pelo.

—Sí, cariño. Te dije que iríamos juntas al parque de atracciones, ¿te acuerdas? Pues aquí estoy. Solo por ti.

Linda daba saltitos de emoción.

Nadine volvió a mirar a Mason y su sonrisa se tornó más seria.

—Mason, la verdad es que necesito hablar contigo de algo —dijo con calma—. ¿Te importaría que fuéramos a un parque infantil cubierto? Así Linda tiene algo que hacer mientras hablamos.

Se tensó aún más. *¿Hablar? ¿Qué clase de conversación podía tener con una mujer a la que no había visto en su vida?*

—Tú y yo no nos conocemos —dijo en tono neutro, procurando que no se le notara la irritación—. Así que no creo que tengamos nada de qué hablar.

Ella no perdió la compostura. Siguió sonriendo, pero algo astuto y calculador le brilló en la mirada.

—Te equivocas. Tengo información que te va a resultar muy interesante. Muy interesante.

—Papá —dijo Linda, y le tiró de la mano con la voz llena de súplica—, ¡por favor! ¡Vamos! ¡Quiero jugar con Nadine! ¡Por favor!

Mason miró a su hija. Se aferraba a la mano de aquella mujer como si temiera que fuera a desaparecer de un momento a otro. Su rostro resplandecía de felicidad mientras lo miraba esperanzada. Y no pudo decirle que no.

—De acuerdo —exhaló—. Vamos.

Condujo él. Nadine se sentó en el asiento del copiloto; Linda, en el de atrás. Durante todo el trayecto, las dos charlaron animadamente. Mason conducía en silencio, escuchando a medias,

con la cabeza en otra parte: ¿Quién era esa mujer? ¿Qué quería? ¿Qué información era esa que supuestamente iba a resultarle «muy interesante»? ¿Y por qué tenía ya un mal presentimiento?

Llegaron al centro de ocio. Docenas de niños correteaban entre máquinas recreativas, toboganes y camas elásticas. Los padres estaban sentados a las mesas, tomando café y con la vista en el móvil.

Mason se acercó al mostrador, compró un puñado de fichas y se las dio a Linda.

—Toma. Ve a pasártelo bien.

Ella cogió las fichas, radiante.

—¡Gracias, papá! —gritó, y se alejó cojeando hacia las máquinas de gancho.

Nadine la observó alejarse con ternura en la mirada. Después se volvió hacia Mason.

—¿Nos sentamos? —dijo, señalando con la cabeza una mesa vacía en la esquina, lejos del ruido.

Se sentaron y abrieron los menús. Mason solo quería una cosa: acabar con aquello cuanto antes, así que el viaje entero y el absurdo ritual de mirar la carta lo irritaban profundamente.

—Linda ha crecido mucho desde la última vez que la vi. Parece feliz de que la hayas acogido. Podemos tutearnos, ¿verdad?

Asintió sin perder de vista a su hija. Linda se concentraba en atrapar un peluche, pero se le resbalaba y caía una y otra vez.

—Me alegra que por fin haya alguien que cuide de ella —continuó Nadine con voz dulce.

—Vayamos al grano —la interrumpió Mason—. No has aparecido solo para ver cómo está Linda. Dime qué quieres.

Desde el principio había sabido que su aparición no era casual. Se las había arreglado para averiguar a qué colegio iba Linda y a qué hora salía de clase. Estaba claro que Nadine no era tan simple como aparentaba.

—Eres directo —dijo ella—. Me gusta. Bien, no me andaré con rodeos.

Se inclinó hacia delante, juntó las manos sobre la mesa y lo miró directamente a los ojos. Su sonrisa era insinuante, pero Mason no sintió nada. La única mujer capaz de despertar verdadero deseo en él era Bianca.

—Ya que acogiste a Linda después de que muriera su abuela, supongo que nunca te hiciste otra prueba de paternidad, ¿verdad?

Mason parpadeó, sin entender adónde quería llegar.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo—. La prueba se hizo hace mucho tiempo. Confirmó todo.

Nadine le dedicó una sonrisa cargada de intención, y algo en ella hizo que Mason se tensara aún más.

—¿La prueba que te hiciste mientras Natalie estaba embarazada? —preguntó—. ¿Estás seguro de que no fue falsificada?

—¿De qué estás hablando?

Cuando Natalie le dijo que estaba embarazada, obviamente no la había creído. ¿Embarazada de un lío de una noche? ¿De una noche que apenas recordaba? Le había parecido ridículo. La clínica le había explicado que se podía hacer una prueba de paternidad antes de que naciera el bebé y que el resultado era fiable. Mason no tenía intención de esperar hasta el nacimiento y pasarse todo el embarazo consumido por las dudas. Así que, a los pocos meses, se hicieron la prueba.

—Natalie era mi mejor amiga —dijo Nadine—. Crecimos juntas. Me lo contaba todo. Absolutamente todo.

El corazón le empezó a latir más deprisa. Una sensación de pesadez se apoderó de él, de esas que anuncian que estás a punto de oír algo que no te va a gustar.

—Natalie se quedó embarazada de otro hombre, Mason. No de ti —continuó, y cada palabra le golpeó como un puñetazo en el estómago—. Era un hombre violento. Le pegaba constantemente.

Ella intentó dejarlo, pero él la acosaba. La amenazaba. No la dejaba marcharse.

Mason la miró fijamente, intentando averiguar si decía la verdad o simplemente jugaba con él. Apenas había sabido nada de Natalie ni siquiera entonces. Había hecho todo lo posible por evitar cualquier contacto con ella. Natalie no lo había chantajeado, no había intentado meterse en su vida, y se había conformado perfectamente con las transferencias mensuales a su cuenta.

—Cuando se quedó embarazada —continuó Nadine, sin apartar los ojos de él, como si disfrutara del efecto de sus palabras—, ideamos el plan juntas. Tenía que encontrar a algún tipo rico y convencerlo de que el bebé era suyo. Así nunca tendría que preocuparse por el dinero. Su hijo estaría a salvo, lejos de ese psicópata. Con tan poco tiempo, habría sido difícil encontrar a un tipo cualquiera con quien acostarse. Pero el director general de la empresa donde trabajaba era perfecto. Así que le echó algo en la bebida y te siguió cuando subiste a tu habitación, para montar toda esa escenita a la mañana siguiente.

El suelo pareció moverse bajo sus pies. ¿De qué locura le estaba hablando?

—Eso es una mierda —logró decir—. Una prueba de ADN no miente.

—¿Una prueba que ella misma organizó? —dijo Nadine con una sonrisa burlona—. Mason, eres un hombre inteligente. ¿De verdad no entiendes que los resultados pueden falsificarse? Sobre todo cuando hay dinero y desesperación de por medio. Quería que otro hombre la protegiera y tener una vida estable. Tú eras quien podía darle eso. Después de que naciera Linda, tenía pensado contárselo todo a tu mujer para que te divorciaras. Y luego atraparte con la niña.

No podía creerlo. No quería creerlo. Su familia se había desmoronado, había perdido a la mujer que amaba por su propia culpa, y ahora resultaba que todo había sido parte del plan de otra persona.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque es la verdad —respondió Nadine con calma—. Bastaría un solo pelo de Linda para demostrarlo. Hazte la prueba otra vez y lo comprobarás tú mismo.

Mason giró la cabeza y miró a Linda. Seguía de pie junto a la máquina de peluches, intentando ganar un juguete. Tenía la lengua fuera de la concentración. Tan pequeña. Tan indefensa.

¿Podría ser... podría ser que realmente no fuera suya?

—Eso no es todo —continuó Nadine—. Ese cabrón, el verdadero padre de Linda, estaba relacionado con gente muy peligrosa. La policía lo estaba buscando. Y Natalie... lo delató. Pensó que así se libraría de él para siempre. Él se enteró y empezó a amenazarla. Dijo que la mataría. Dijo que la encontraría en cualquier parte. Y entonces...

Hizo una pausa.

—Creo que fue él quien la atropelló. Ocurrió el día antes de que lo arrestaran. Demasiado conveniente, ¿no te parece? Además, ¿por qué iba Natalie a escabullirse del hospital en mitad de la noche, justo después de tener un bebé? Lo más probable es que estuviera intentando sobornarlo para que desapareciera. Pero no funcionó.

Al instante, Mason recordó cómo, una semana antes del nacimiento de Linda, Natalie le había pedido una suma importante de dinero. Había llorado, suplicado, alegando que su madre necesitaba urgentemente una cirugía costosa. En aquel momento, él no había tenido ni fuerzas ni ganas de comprobar si algo de aquello era cierto. Porque Bianca estaba ingresada entonces, y nada más en el mundo le había importado. Luchaban por la vida del bebé que esperaban. Prácticamente había vivido en su habitación del hospital, aterrado ante la idea de marcharse aunque fuera un minuto. Así que simplemente le había transferido el dinero a Natalie, solo para quitársela de encima.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? —preguntó Mason con voz ronca.

Apenas podía respirar. Demasiada información. Demasiado de golpe. *¿Así que no había engañado a Bianca, después de todo? ¿Linda no era su hija?* Pero ¿qué cambiaba eso? Ya había traído a la niña a su hogar. Ya le había dicho a su esposa que era su hija. Ya había herido tan profundamente a la mujer que amaba que esta se había apartado de él.

Apenas podía contener la rabia. *Esa zorra mentirosa.* Si algo de esto era cierto...

¿Y ahora qué? Natalie estaba muerta. ¿Acaso iba a descargar su ira en una niña que no había hecho nada malo? Eso era una locura.

Mason clavó la mirada en Nadine, intentando averiguar qué quería realmente. ¿Por qué traicionar la memoria de su amiga ahora, precisamente ahora? ¿Por qué guardar silencio durante siete años? ¿Qué había esperado todo este tiempo?

—¿Qué quieres? —repitió con frialdad.

No le había soltado todo esto sin motivo. Por un lado, debería estarle agradecido: ella estaba revelando una verdad que quizá nunca habría conocido de otro modo. Pero en ese momento, Mason estaba furioso.

Bianca lo había tachado de traidor para siempre. Y él nunca podría borrar eso, porque también se había creído culpable.

—Me encontré con unos conocidos comunes hace poco. Así fue como me enteré de que él va a salir de prisión pronto.

Lo miró, esperando una reacción.

—¿Y? —gruñó Mason.

Nadine suspiró y se recostó en la silla. Por su rostro pasó algo parecido al arrepentimiento, pero él no se lo creyó ni por un segundo.

—Verás, las cosas no me van exactamente bien ahora mismo —dijo, suavizando la voz—. No tengo otra opción. Créeme, a mí tampoco me gusta. Pero...

—¿Cuánto? —la interrumpió Mason—. ¿Cuánto quieres?

Capítulo 34

Por supuesto que se trataba de dinero. Mason no lograba entender cómo Nadine había decidido que estaba en posición de exigirle algo. Basura desvergonzada y despiadada.

—Captas rápido. Bien. Así no tenemos que perder el tiempo con jueguecitos. —Esbozó una sonrisa, cogió una servilleta, sacó un bolígrafo del bolso, escribió una cantidad con cuidado y se la pasó a Mason.

Miró el número. Luego a ella. Y otra vez la cantidad que exigía. ¿A cambio de qué, exactamente?

Ya ni intentaba ocultar su ira. Arrugó la servilleta con el puño y la tiró sobre la mesa. No pensaba darle ni un céntimo.

Nadine pareció decepcionada. Se inclinó hacia delante. Bajó la voz, casi íntima ahora, pero tenía los ojos helados. Era evidente que ya se había imaginado el dinero en el bolsillo, y ahora estaba furiosa porque el trato se había venido abajo.

—Si no me das el dinero —dijo despacio, pronunciando cada palabra—, le contaré a ese cabrón lo de la niña. Y no os dejará en paz ni a ti ni a tu familia. Créeme.

Mason la miró fijamente, intentando decidir si iba de farol.

—No querrás que espere a Linda a la salida del colegio, ¿verdad? —continuó Nadine con voz persuasiva, y hasta había algo en su rostro que casi parecía compasión—. No querrás que le diga que él es su papá, ¿verdad? Imagina lo que eso le haría a una niña. A una cría que apenas está empezando a acostumbrarse a ti.

Bajo la mesa, Mason cerró las manos en puños. Nadine estaba dando justo donde dolía. Aunque Linda no fuera su hija —y eso aún estaba por demostrar—, había pasado siete años creyendo que lo era. Que protegerla era cosa suya.

—Sé que te importa —continuó Nadine con voz suave, como si pudiera leerle el pensamiento—. Es natural. Pasaste todos esos años pensando que era tu hija. Y ahora, aunque sepas la verdad, no vas a poder darle la espalda sin más. ¿A que no?

Mason no dijo nada.

Porque tenía razón. Maldita fuera, tenía razón.

Linda vivía con él. La recogía del colegio. Le compraba ropa. Se quedaba con ella cuando se ponía mala. Le llamaba papá. Y aunque no compartieran sangre, aunque todo hubiera sido mentira desde el principio... Linda seguía siendo una niña. Solo una cría que no había hecho nada malo.

—No vas a permitir que eso pase, ¿verdad? —preguntó Nadine, y ahora su voz destilaba seguridad—. No quieres que Linda sufra por culpa de ese cabrón, ¿verdad? La vida ya ha sido bastante cruel con ella.

Hizo una pausa y miró hacia Linda.

—Mírala —dijo en voz más baja—. Cojea desde pequeña. La vida ya va a ser bastante dura para ella. Su madre murió cuando tenía dos días. La crió su abuela, y ahora... —Nadine volvió la mirada hacia Mason—. Ahora tú eres lo único que le queda.

—Si pensaste que podías sacarme dinero con chantajes y amenazas —dijo Mason con frialdad, cada palabra cortante y dura—, te equivocaste de lleno conmigo. Más te vale desaparecer ahora mismo y no volver a aparecer por aquí. ¿Queda claro?

Ella parpadeó. La sonrisa se esfumó de su rostro.

—Y otra cosa —añadió él—. No tengo ninguna razón para creer que esto no sea otra mentira más que te has inventado por dinero. Nada demuestra todavía que Linda no sea mi hija. A lo mejor te lo has inventado todo. A lo mejor solo querías sacar tajada del dolor ajeno.

Nadine se irguió en la silla. El color le subió al rostro, que se puso rojo encendido. La furia le relampagueó en los ojos.

—Vas a arrepentirte de esto —siseó—. Te vas a arrepentir de verdad de no haberme hecho caso.

Se levantó de un salto, cogió el bolso y salió hecha una furia sin siquiera despedirse de Linda.

Durante un rato, Mason se quedó allí sentado, aturdido. No conseguía ordenar sus pensamientos. No lograba asimilar del todo lo que acababa de pasar.

Durante ocho años lo habían llevado de las narices. Durante ocho años había vivido inmerso en una mentira cuya existencia ni siquiera sospechaba. Había creído que había engañado a su mujer. Que Linda era su error. Su responsabilidad.

Y ahora resultaba que...

Natalie se había puesto de parto más o menos cuando Bianca perdió al bebé. Cuando los dos estaban viviendo un infierno. Cuando él no tenía energía para cuestionar nada ni indagar demasiado. Natalie había dicho que se adelantó el parto y que la niña era prematura. Mason la había creído. En aquel entonces no tenía ni fuerzas ni ganas de dudar de ella. Había intentado no pensar en esa niña, porque cada pensamiento dolía y le recordaba que el bebé de Bianca y suyo no había sobrevivido, mientras que esta sí.

En aquel entonces, Mason apenas funcionaba. Había sido el período más oscuro de su vida. Lo único que quería era arrastrarse a un rincón y beber hasta perder el sentido, pero no se lo había permitido, porque Bianca se estaba ahogando en un dolor sin fin y él tenía que sacarla de allí. En aquel entonces, su único objetivo había sido devolverle la vida a su mujer, volver a verla sonreír.

Volvió la cabeza y miró a Linda.

Seguía de pie junto a la máquina, con los hombros hundidos, pasando el peso de un pie a otro con torpeza.

Mason quería salir corriendo a buscar a Bianca y contarle todo lo que acababa de oír. Pero se obligó a quedarse donde estaba. Primero tenía que verificarlo. Hacerse la prueba. Saber la verdad. Y entonces...

Si todo lo que Nadine había dicho resultaba cierto, tendría la oportunidad de recuperar a Bianca. Volvería a tener a su familia. Tendría a Bianca. Y a su hijo, el que ahora crecía dentro de ella.

Solo de pensarlo, el corazón se le encogió dolorosamente, con una esperanza que casi le daba miedo permitirse.

Porque si no era verdad...

Mason respiró hondo varias veces y aflojó los puños. Luego se levantó y fue hacia Linda. Y en cuanto la miró, algo se le retorció dolorosamente en el pecho.

Era una niña a la que nadie quería.

Su madre estaba muerta. Su verdadero padre era con toda probabilidad un criminal que ni siquiera sabía que ella existía y, si alguna vez se enteraba, seguramente no sería por amor. Su abuela estaba muerta. Nadine, la persona a quien Linda se había alegrado tanto de ver, creyendo que era alguien cercano a ella, acababa de marcharse sin siquiera despedirse. Había usado a la niña como moneda de cambio para un chantaje y luego la había tirado como si nada.

Solo quedaba él. Aunque no hacía mucho, Mason había sido un hombre al que, en el fondo, la existencia de Linda le traía sin cuidado.

Cuando se acercó, Linda lo miró con expresión triste y apagada.

—No gané —dijo en voz baja—. Usé todas mis fichas y aun así no pude conseguir el juguete.

—¿Cuál quieres? —preguntó Mason.

Ella señaló un gatito rosa y esponjoso en el estante superior de la máquina.

—Ese.

Mason miró el gatito. Luego a Linda. Luego de nuevo a la máquina.

—Veamos si podemos conseguirlo —dijo con un suspiro.

Volvió al mostrador, compró más fichas y regresó. Cojeando ligeramente, Linda lo siguió como una pequeña sombra.

—¿Dónde está Nadine? —preguntó.

—Tuvo que irse. Recibió una llamada urgente del trabajo —mintió Mason sin el menor remordimiento. Luego dio unos golpecitos en el cristal con los nudillos y observó los juguetes de dentro.

—¿De verdad crees que puedes ganar el gatito? —preguntó Linda.

—Puedo —dijo él, y asintió.

Mason echó una ficha en la máquina y agarró la palanca. Despacio, con cuidado, guio la garra hacia el gatito rosa.

Linda se quedó cerca de él, pegada a su costado, observando sin siquiera respirar.

La garra bajó. Agarró el juguete. Lo levantó. El gatito casi llegó hasta el tobogán, pero se escurrió en el último segundo.

—Oh —dijo Linda con un suspiro decepcionado.

—Lo intentaremos de nuevo —dijo Mason.

Metió otra ficha. Luego otra. Y otra más.

Al quinto intento, el gatito por fin cayó en la bandeja de premios. Linda chilló de alegría, lo cogió y lo estrechó contra su pecho.

—¡Gracias, papá! —gritó, dando saltitos—. ¡Gracias, gracias, gracias!

Mason contempló su rostro radiante, sus ojos felices, y pensó que ahora mismo no importaba tanto si era su hija o no. Seguía siendo una niña que necesitaba protección, cuidado y amor. Y decidió que, pasara lo que pasara, se aseguraría de que tuviera una buena infancia y un buen comienzo en la vida. Linda no tenía por qué pagar por los pecados de sus padres.

—Vamos, cariño —dijo, tomándola de la mano—. Vamos a casa.

Ella caminó a su lado, aferrando el gatito rosa y parloteando sin parar sobre cómo lo iba a llamar y dónde dormiría. Y Mason andaba junto a ella, pensando que a primera hora de la mañana siguiente buscaría una clínica y se haría la prueba. Y cuando supiera la verdad, decidiría qué hacer con la mentira insoportable que llevaba arrastrando tantos años.

Capítulo 35

Mason entró en el gimnasio de boxeo y recorrió la sala con la mirada. ¿Cuánto hacía que no venía? ¿Un mes? ¿Más? Últimamente no había tenido tiempo para entrenar. El trabajo, Linda, el divorcio, toda esta maldita vida desmoronándose pieza a pieza.

Pero hoy lo necesitaba. Necesitaba un lugar donde descargar la ira, la rabia, la desesperación, todo lo que se había acumulado dentro de él y amenazaba con hacerlo pedazos.

Todavía no podía creer que una basura lo hubiera engañado tan bien. Durante ocho malditos años había vivido una mentira. Creyó que había engañado a su esposa, y ahora resultaba que podría haber destruido su matrimonio por una niña que ni siquiera era suya.

Si al menos hubiera dudado una vez. Una sola vez. Si al menos hubiera vuelto a comprobarlo todo. Pero Mason había confiado demasiado en los resultados de aquella prueba. Se había hundido demasiado en su propia culpa.

Si Linda hubiera nacido un poco antes o un poco después... si no hubiera ocurrido durante ese período exacto en el que estaba medio muerto tras perder al bebé que Bianca y él esperaban, lo habría comprobado. Dos veces. Tres veces. Las que hicieran falta. Pero en aquel momento no había sido capaz de nada excepto sacar a Bianca del abismo e intentar no caer él también.

Se cambió rápidamente y salió al área de entrenamiento. Dos tipos practicaban combinaciones en el ring.

—¿Alguien quiere hacer unos asaltos? —preguntó Mason a uno de ellos.

El tipo se giró, a punto de responder, cuando una voz familiar sonó a su espalda.

—Yo.

Mason se giró y frunció el ceño.

Alan estaba a unos metros de distancia. Expresión sombría. Mirada pesada. ¿Cuándo había llegado? Mason no lo había visto en el vestuario. Eso significaba que llevaba allí al menos media hora.

Mason soltó una risa seca.

—¿Un puñetazo no fue suficiente? —preguntó, señalándose la cara, donde aún se veían las marcas del puño de Alan—. ¿Quieres rematar la faena?

Alan se rascó la nuca y su expresión se ensombreció aún más.

—Bueno... te lo merecías —dijo.

Se miraron. La tensión entre ellos era tan densa que parecía que el aire podría saltar chispas en cualquier momento. Tantos años de amistad. Tantos años de algo parecido a la hermandad. Habían confiado el uno en el otro sin cuestionarlo, y ahora estaban allí mirándose como extraños.

O peor, como enemigos.

Y la situación era incómoda para ambos. Mason lo veía en cómo Alan apretaba la mandíbula, en cómo desviaba la mirada por un instante.

Mason se agachó, cogió unos guantes y se los lanzó.

—Bueno —dijo—, aquí tienes tu oportunidad de darme una paliza. O quizá por fin pueda devolverte el golpe sin infringir la ley.

Alan los cogió al vuelo.

—Espero que estés preparado —dijo.

—Siempre.

Alan atacó primero: un jab directo a la cara. Mason lo esquivó y respondió con un gancho al cuerpo. Alan lo bloqueó y contraatacó de inmediato.

Se movieron por el ring, y cada golpe se convirtió en una válvula de escape. Alan lo golpeaba y Mason sabía exactamente por qué. Por Bianca. Por haberla herido.

Mason devolvía los golpes por toda la mierda que le habían hecho tragar. Por las mentiras. Por la traición. Porque su vida se había convertido en una pesadilla interminable.

—¿Qué vas a hacer con Bianca? —soltó Alan entre golpes.

Mason esquivó un jab y respondió con un uppercut.

—Todavía no lo sé.

—Sabes cuánto te quiere —presionó Alan, avanzando.

Mason bloqueó una combinación rápida y retrocedió.

—Lo sé —dijo secamente—. Yo también la quiero.

—Entonces, ¿por qué coño no has hecho nada todavía? —gruñó Alan, y su puñetazo impactó con fuerza en el hombro de Mason.

Mason contraatacó de inmediato: jab, jab, gancho.

—Ya veremos —respondió—. Pero todo podría cambiar pronto.

Alan se quedó quieto un segundo y le lanzó una mirada desconcertada.

—¿Qué, has inventado una máquina del tiempo? —dijo con una sonrisa torcida.

Mason sonrió y bajó las manos.

—No la voy a necesitar.

Alan frunció el ceño, sin entender a qué se refería. Pero Mason no podía decir más. Todavía no, no hasta que llegaran los resultados de la prueba.

Volvieron a acercarse. Golpe. Bloqueo. Contraataque. Esquiva. Otro golpe.

Alan era bueno. Habían entrenado juntos durante años. Conocían el estilo del otro. Se anticipaban los movimientos. Pero hoy Mason estaba más furioso, más rápido y más desesperado.

Alan lanzó una combinación y lo alcanzó en la mandíbula.

Mason notó el sabor de la sangre en la boca. Sacudió la cabeza y respondió con un fuerte gancho de derecha al cuerpo de Alan.

Alan exhaló bruscamente y se dobló.

—¡Me rindo! —dijo.

Se separaron, y Mason se dejó caer sobre la lona acolchada. Ambos respiraban con dificultad. Alan se quitó los guantes primero y le tendió la mano.

Mason la miró. Luego lo miró a él. Y la estrechó.

—Pase lo que pase —dijo Alan en voz baja—, no vuelvas a hacerle daño. Ya ha pasado por un infierno. Tienes que arreglar esto, pero eso no significa que esté de acuerdo con lo que hiciste. En diez años, he tenido tiempo de sobra para darme cuenta de que quieres a mi hermana y quieres protegerla de todo. Pero siempre voy a estar de su lado. Es mi hermana pequeña, y mi trabajo es protegerla. No me vuelvas a decepcionar, hermano.

—Lo sé —dijo Mason—. Voy a arreglarlo. Si puedo.

Alan asintió y le soltó la mano. Luego salió del ring, mientras Mason todavía intentaba recuperar el aliento. No podía decir que se sintiera mejor, no exactamente, pero una cosa sí lo alivió: no había perdido a su amigo. Notaba cómo la adrenalina iba abandonando lentamente su cuerpo, dejando tras de sí un agotamiento denso y pesado.

Capítulo 36

Después del entrenamiento, Mason se duchó, se cambió y salió al aire fresco de la noche.

Tiró la bolsa en el maletero y condujo hasta casa de sus padres a recoger a Linda. Su madre lo recibió en la puerta, lo examinó de arriba abajo, y enseguida asomó la preocupación a sus ojos. Era evidente que los nuevos moretones de la cara no le habían pasado desapercibidos.

—¿Estás bien? —preguntó, escrutándolo—. ¿Te has metido en otra pelea?

—Estaba entrenando, mamá —dijo Mason—. Solo entrenando.

Ella apretó los labios e inspiró con fuerza, pero en ese preciso momento Linda salió corriendo del salón con el gatito rosa en brazos, el mismo que él le había sacado de la máquina de garras. Apenas lo había soltado en los últimos días.

—¡Papá! —exclamó feliz—. ¡La abuela y yo ya hemos terminado todos mis deberes!

—Muy bien —dijo Mason con un gesto de aprobación—. Ve a por tus cosas. Nos vamos a casa.

Linda corrió a por su abrigo. Su madre volvió a mirarlo, con expresión larga e inquisitiva.

—Mason, ¿qué pasa? —preguntó en voz baja—. Llevas unos días muy raro.

—Todo está bien, mamá —dijo, abrazándola—. Pronto todo va a ir bien.

Mason sonrió, aunque por dentro prácticamente temblaba de impaciencia. La necesidad de ver a Bianca y contárselo todo eclipsaba cualquier otra cosa. Por las noches se quedaba despierto pensando en ella. Imaginándose con la mano sobre su vientre, imaginando al bebé dando pataditas. Esta vez tenía que salir bien.

Dos personas que se querían tanto tenían que tener un final feliz. De esos de película, con una casa cálida y bonita, un perro y niños.

—Vale, no insistiré. Pero si necesitas hablar…

—Lo sé, mamá. Gracias.

Le dio un beso en la mejilla justo cuando Linda volvió corriendo, ya con el abrigo puesto.

—¡Vamos, papá!

De camino a casa, Mason no dejaba de pensar en que tenía que encontrarle a Bianca un buen encargado para el estudio, alguien que le quitara trabajo de encima para que no se estresara por tonterías durante el embarazo. Ahora necesitaba descansar más.

Tenía tantas cosas que hacer, la verdad. Pero lo más importante era convencerla de que volviera con él.

En el asiento de atrás, Linda canturreaba algo para sí. Mason conducía, escuchando a medias, pensando solo en que pronto, quizá esa misma noche, quizá al día siguiente, llegarían los resultados de la prueba. Y entonces por fin sabría la verdad.

El teléfono sujeto al salpicadero se iluminó. Mason miró la pantalla.

Un correo del laboratorio.

Al instante desvió el coche hacia el arcén y encendió las luces de emergencia.

—¿Papá? —preguntó Linda sorprendida—. ¿Qué pasa?

—No pasa nada, cariño —dijo Mason mientras cogía el móvil—. Solo tengo que mirar una cosa.

Le temblaban las manos mientras abría el correo. Pulsó el archivo y el informe apareció en la pantalla.

Mason recorrió las líneas con la mirada varias veces y, en ese mismo instante, una oleada de alegría lo invadió con tanta fuerza que casi le cortó la respiración.

Probabilidad de paternidad: 0%.

Linda no era su hija.

Nunca se había acostado con Natalie.

Nunca había engañado a Bianca.

Mason cerró los ojos y de pronto soltó una carcajada, un sonido áspero y quebrado. El alivio lo inundó de tal manera que fue como si hubiera pasado los últimos ocho años atrapado bajo una losa de hormigón y alguien por fin la hubiera levantado para que pudiera volver a respirar.

—Papá, ¿está todo bien? —la vocecita de Linda lo hizo abrir los ojos.

Mason la miró por el espejo retrovisor.

—Sí —dijo—. Todo está bien, cariño.

Pero en ese momento también se dio cuenta de lo cabrón que estaba siendo. Ahí estaba, rebosante de alegría porque esa niña no era su hija, mientras ella iba en el asiento de atrás queriéndolo incondicionalmente, llamándolo papá, confiando en él. Pero no podía evitarlo. La alegría que sentía en el pecho era demasiado grande para contenerla.

Porque eso significaba que tenía una oportunidad de recuperar a Bianca. Una oportunidad de demostrar que no la había engañado. Que su matrimonio no se había desmoronado por una traición suya, sino por una mentira que otra persona había orquestado con esmero.

Tenía que contárselo todo ahora mismo. No podía esperar ni un minuto más.

Mason iba a recuperarla. Iba a demostrar que era el mejor marido para ella. Nadie la quería como él. Nadie cuidaría de ella como él. Nadie la valoraba como él.

Lo arreglaría todo. Todo. Cada pizca de dolor que le había causado. Cada lágrima que ella había derramado. Cada segundo de esa pesadilla de la que él, aunque sin querer, había pasado a formar parte.

Mason se volvió hacia Linda.

—Tenemos que hacer una parada antes de ir a casa —dijo—. Juega con la tableta un rato.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—A ver a alguien que significa mucho para mí —dijo, volviendo a arrancar el coche—. La persona más importante de mi vida.

Mason volvió a incorporarse a la carretera y condujo más rápido de lo habitual. El corazón le latía con fuerza. Solo un pensamiento le martilleaba en la cabeza: tengo que ver a Bianca. Ahora. Porque cada segundo que esperaba era otro segundo en el que ella seguía viviendo convencida de que él la había traicionado.

Y no lo había hecho.

Nunca la había traicionado.

Capítulo 37

Bianca pasó todo el día con sus sobrinos. Alan había insistido: necesitaba distraerse, estar rodeada de gente que la quería incondicionalmente. Y tenía razón. Mia y Leo seguían siendo de las pocas alegrías auténticas que le quedaban en la vida.

Dibujaron, construyeron un castillo con Legos, hornearon galletas —o lo intentaron, porque quedaron demasiado crujientes—, pero los niños estaban encantados de todos modos. Charlaron sin parar, le contaron cosas del preescolar, de sus amigos, y que papá les había prometido llevarlos a pescar.

Alan estaba preocupado por ella. Bianca lo veía en sus ojos. En cómo le preguntó varias veces a lo largo del día: «¿Estás bien? ¿De verdad?». Sabía cuánto amaba a Mason. O más bien, cuánto seguía amándolo, por mucho que intentara convencerse de lo contrario. Alan entendía perfectamente lo difícil que era esto para ella.

Por ahora, habían decidido no contarle a su padre lo del divorcio. Una crisis a la vez, como había dicho Alan. Primero Bianca necesitaba recomponerse. Luego ya se ocuparían de contárselo a su padre y de aguantar el inevitable sermón.

Llegó a casa esa noche cansada, pero con un cansancio agradable.

Acababa de guardar una caja de tiramisú en la nevera —Christina, la mujer de su hermano, lo había preparado especialmente para ella— cuando sonó el timbre.

Bianca miró el reloj. Las siete. Ya hacía rato que había oscurecido. ¿Quién podía venir a esas horas?

Se acercó a la puerta, miró por la mirilla y el corazón se le paró.

Mason estaba al otro lado.

Bianca no lo había visto desde aquella noche. Desde aquel beso en la cocina. Después de besarse con tanta hambre, con tanta temeridad, que apenas había encontrado fuerzas para parar, después de que él se marchara sin mirar atrás, ella se había quedado en aquella cocina un buen rato, agarrada a la encimera para no salir corriendo tras él.

Desde entonces, Mason no la había molestado. No había llamado. No había escrito. No había aparecido. Y por alguna razón, eso la entristecía, aunque debería haberse sentido aliviada.

Sin pensarlo, Bianca se miró en el espejo junto a la puerta. Vaqueros viejos. Una camiseta arrugada. Ni rastro de maquillaje. Parecía una mujer cansada que había pasado todo el día con niños y desde luego no esperaba visitas.

Alargó la mano hacia el pomo, pero en el último segundo se quedó paralizada. ¿Tenía que abrir?

Estaban a punto de divorciarse. El papeleo estaba casi listo. Los abogados se encargaban del resto. Dos semanas más y todo sería oficial.

Entonces, ¿qué hacía allí? ¿Qué quería?

Pero entonces Bianca pensó: iban a tener que hablar de todos modos. Tarde o temprano. Porque tenía que contarle lo del bebé. Muy pronto ya no podría ocultar el embarazo.

Había resultado ser un marido terrible. Pero quizás como padre aún tuviera remedio. Linda lo había demostrado. No había sacrificado a la niña por el bien de los dos, por su propio deseo egoísta de seguir mintiendo solo para retener a Bianca. Torpe, inseguro, sin tener ni idea de lo que hacía, pero aun así había intentado ser un buen padre para Linda.

Su hijo merecía un padre. Aunque ella y Mason no fueran a estar juntos, Bianca quería que este bebé fuera querido y nunca se sintiera rechazado.

Respiró hondo, se obligó a serenarse y abrió la puerta.

Mason parecía agotado, destrozado. El moratón de la cara casi había desaparecido, dejando solo rastros amarillentos, pero ahora tenía rasguños nuevos.

Sus miradas se cruzaron y Bianca se perdió en la de él. Una tormenta rugía en su interior. Aquella mirada, sin una sola palabra, decía demasiado. Había desesperación. Esperanza. Locura. Y miedo.

—Bianca —dijo con voz ronca, y dio un paso hacia ella.

La miraba de una forma extraña, como si no supiera qué hacer ni qué decir.

Y entonces, de repente, cayó de rodillas frente a ella, justo allí en el umbral, sin siquiera entrar. Le rodeó las piernas con los brazos y apretó la cara contra su vientre.

—Mason... —susurró Bianca, que lo miraba desde arriba—. ¿Qué ha pasado?

Él levantó la cabeza y la miró, y ella se quedó paralizada.

Tenía los ojos rojos y húmedos. *¿Estaba llorando?*

Bianca nunca lo había visto así. Ni una sola vez. Ni en diez años de matrimonio, ni después de todo lo que habían pasado: la pérdida de su bebé, las interminables rondas de FIV, toda la angustia y la decepción. Nunca había visto llorar a Mason.

Y ahora estaba de rodillas frente a ella, con los brazos alrededor de sus piernas, la cara apretada contra su vientre, lágrimas en los ojos.

Entonces había pasado algo terrible, seguro. A Bianca se le encogió el corazón de miedo. Su primer pensamiento fue Linda.

Una punzada aguda de culpa la atravesó. ¿Cuántas veces había maldecido en silencio a esa niña? La había odiado. Había deseado que desapareciera de sus vidas. ¿Habría provocado esto de algún modo? ¿De verdad le había pasado algo a Linda?

—Mason, qué... —empezó a decir con voz temblorosa.

—Bianca —la interrumpió él con voz ronca, rota—. Tengo tanto que contarte, Bianca. Dios, te quiero tanto.

Y volvió a apretar la cara contra su vientre. Se aferró con tanta fuerza que la inquietó. Demasiado fuerte. Demasiado desesperado. Como si temiera que, si la soltaba, ella desaparecería.

Ella se quedó allí, sin saber qué hacer. El corazón le latía con fuerza. La mano se le fue sola hacia la cabeza de él. Los dedos se le deslizaron entre su pelo. Bianca lo acarició con suavidad, para reconfortarlo, como habría reconfortado a un niño.

—Levántate —dijo con suavidad—. Entra. Alguien podría vernos.

Pero Mason no se movió. Siguió aferrado a ella, con la cara hundida en la tela de su camiseta. Bianca sentía el calor de su aliento. Sentía cómo le temblaban las manos.

—Mason —repitió, con la voz ronca—. Entra. Me estás asustando.

Por fin la soltó. Se puso de pie despacio. Y con aquella misma mirada extraña, llena de dolor, esperanza y desesperación, la miró fijamente como si no pudiera creer que ella siguiera allí.

Bianca retrocedió para dejarlo entrar. Cerró la puerta tras él. Después se volvió.

Mason permanecía en medio del recibidor. Aquel hombre grande y fuerte que había sido su ancla durante tantos años, su protector, el muro en el que siempre podía apoyarse, ahora parecía destrozado y perdido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella—. ¿Le ha ocurrido algo a Linda?

Él negó con la cabeza.

—No.

El alivio la invadió con tanta fuerza que casi le fallaron las rodillas. Así que la niña estaba bien.

—¿Entonces qué? —Se acercó más—. Mason, me estás asustando. Dime qué ha pasado.

Se pasó una mano por la cara. Respiró hondo. Soltó el aire lentamente, intentando controlarse.

—Yo... —empezó, pero la voz volvió a fallarle—. Bianca, no sé por dónde empezar.

—Por el principio —dijo ella con suavidad.

Él la miró durante un largo momento. Había tanto en sus ojos que Bianca no lograba descifrar todo aquello. Y entonces dijo lo único que le dio la vuelta a su mundo.

—Linda no es mi hija.

El mundo pareció detenerse.

Bianca intentó procesar las palabras, intentó determinar si siquiera lo había oído bien.

—¿Qué? —susurró.

¿Cómo podía ser eso posible? ¿De qué estaba hablando?

—Linda no es mi hija —repitió Mason, y ahora había algo en su voz que parecía casi alivio—. Hoy recibí los resultados del ADN. No es mía. Nunca me acosté con Natalie. Nunca te engañé, Bianca. Ni una sola vez.

Las palabras no terminaban de encajar en su mente. Era demasiado increíble. Demasiado... imposible.

—Pero... —empezó Bianca, y se detuvo. No tenía ni idea de qué decir. Ni idea de qué estaba pasando siquiera—. Trajiste una niña a nuestra casa, me dijiste que era tu hija, ¿y ahora me dices que todo esto fue un error? ¿Te has vuelto loco, Mason? ¿Es esto... es esto una especie de juego?

—Natalie falsificó los resultados de la prueba que me hice mientras estaba embarazada. Todo fue una mentira desde el principio —la interrumpió.

A Bianca casi se le doblaron las rodillas, y se agarró a la pared para no caerse.

¿Una mentira?

¿Toda esta historia? ¿Toda esta pesadilla que habían vivido? ¿El divorcio, el dolor, el odio, las lágrimas?

¿Todo había sido una mentira?

—No lo entiendo —susurró—. Cómo... por qué...

Mason se acercó a ella. Le cogió las manos. La miró directamente a los ojos.

—Escúchame —dijo—. Por favor. Déjame explicártelo todo.

Bianca asintió.

Porque necesitaba oírlo. Aunque sus palabras estuvieran a punto de darle la vuelta a su vida una vez más.

Capítulo 38

Bianca contemplaba los resultados de la prueba de paternidad en el teléfono de Mason. Al principio, simplemente no podía creerlo. Todo aquello parecía el argumento de una mala película que de algún modo había terminado bien, y sin embargo seguía esperando que el director gritara: ¡Corten! ¡Otra vez!

Racionalmente, sabía que debería sentirse aliviada. Aquello era el fin de su pesadilla. El fin de las mentiras y la traición. Pero ese alivio instantáneo y absoluto nunca llegó. Bianca se había hundido demasiado en su dolor, su ira, ese sufrimiento pegajoso y corrosivo, como para pulsar un interruptor interno y zanjar el asunto. Aquello iba a ser un proceso largo y doloroso.

Y aun así, ahora por fin podía dejar de luchar contra sus propios sentimientos. No tenía que ocultar su agotamiento, su debilidad, su necesidad de él. No tenía que apartar a Mason cuando, como ahora, se sentaba a su lado, con la respiración entrecortada mientras enrollaba distraídamente un mechón de su cabello en los dedos. Su contacto ya no le parecía una traición. Le parecía un ancla.

Él seguía tenso, crispado, y Bianca entendía exactamente por qué. Mason había sido engañado tanto como ella, solo que de otra manera. Ahora cargaba con la culpa de haber creído a esa mujer, de haberle causado tanto sufrimiento a Bianca. Y ella misma pendía de un hilo.

Bianca apartó los ojos de la pantalla y se volvió hacia Mason. Estaba sentado a su lado en el sofá, y parecía que apenas había respirado en todo ese rato. Sus miradas se cruzaron. Tras los ojos de él se libraba una guerra.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó con voz ronca.

Estaba tan nerviosa que no parecía real, y todo lo que sucedía aún le parecía un sueño.

—¿Vas a pagarle a Nadine?

Mason negó con la cabeza sin dejar de acariciarle el pelo con los dedos.

—No. No creo que vaya a cumplir su amenaza. Si se lo cuenta todo, pierde cualquier posibilidad de sacarme dinero. No es estúpida. Solo está desesperada.

Respiró hondo.

—Pero voy a localizar a una exempleada mía que tenía buena relación con Natalie cuando trabajaba en la empresa. Quiero averiguar si el padre de Linda es realmente un delincuente. Ella tiene que saber algo. Si el ex de Natalie resulta ser un hombre decente y ella simplemente me endosó a la niña para asegurar su futuro... entonces él tiene derecho a saber que tiene una hija. Y sinceramente, yo también me quedaría más tranquilo respecto a Linda. ¿Lo entiendes, verdad?

Bianca asintió. Lo entendía. Por supuesto que sí.

—¿Y si resulta que sí es un delincuente, como dijo Nadine?

Mason apartó la mirada y su mano se quedó quieta. Era evidente lo mucho que le costaba afrontar esa posibilidad. A fin de cuentas, se había encariñado con Linda, pasara lo que pasara, y ahora simplemente no sabía qué era lo correcto.

—He pensado en un buen internado —dijo en voz baja, con la voz tensa.

La culpa se filtraba en cada palabra.

—No puedo cargarte con la responsabilidad de la hija de otro. Es mi problema, no el tuyo. Podría venir a casa en vacaciones. Yo...

Tragó saliva.

—¿Lo entiendes, verdad? No puedo simplemente devolverla. No tiene adónde ir.

Se quedó en silencio. Bianca percibía la culpa en su voz, el dolor, el sentido del deber. Y lo entendía demasiado bien. Porque por mucho que odiara la situación, por mucho que quisiera que Linda desapareciera de sus vidas, la niña seguía siendo una niña. Una niña pequeña que no había hecho nada malo. Un ser humano de carne y hueso que su conciencia no le permitiría desechar sin más ni dejar que se perdiera en el sistema. Las noticias llevaban años llenas de historias de terror: demasiadas investigaciones, demasiadas niñas desaparecidas, demasiadas cosas en las que nadie debería tener que pensar.

—¿Y cómo le explico a una niña de siete años que el hombre al que ha considerado su padre toda la vida de repente ya no lo es? —dijo Mason con amargura—. Es demasiado pequeña para algo así. Ya me siento como un cabrón solo de pensar adónde mandarla. Como si quisiera quitarme de encima la responsabilidad de una vida humana. Y ella confía en mí.

—El internado no parece mala opción —dijo Bianca tras un largo silencio.

Algo en su interior empezaba a destensarse poco a poco. Era doloroso, pero justo, y sobre todo, parecía una solución de verdad.

—Sobre todo porque el dinero no es problema para nosotros. Podemos permitirnos la matrícula y mantener a un niño más.

Entonces cayó en la cuenta.

Un niño más.

Bianca lanzó a su marido una mirada de pánico, pero él no pareció notar el desliz.

—Necesito aire —dijo Bianca, y se levantó del sofá mientras las paredes de la habitación parecían cerrarse sobre ella de repente.

Necesitaba respirar desesperadamente. Todas aquellas noticias, toda aquella verdad que debería haberle sabido a libertad, solo la habían desequilibrado aún más. Estaba completamente conmocionada. Era imposible pasar en un instante de la certeza absoluta de su culpabilidad a comprender que era inocente.

Bianca estaba furiosa. Furiosa con Natalie de una manera que le ardía por dentro, salvaje e implacable. Aquella zorra egoísta había logrado engañarlos a los dos y destruir su matrimonio perfecto en beneficio propio. Una arpía despiadada.

Apenas un minuto antes, Bianca todavía odiaba a Mason por arruinar sus vidas, había creído amargamente que simplemente había cometido un error imperdonable y que le había sido infiel. Y resultaba que... nunca le había sido infiel. O más bien, su único error había sido guardar aquel secreto durante tanto tiempo.

Y aun así, Bianca entendía una cosa: si Mason le hubiera dicho la verdad antes, probablemente se habrían separado de todos modos. Ella nunca habría podido perdonar que esa niña existiera en su vida. Habrían tomado caminos distintos y rehecho sus vidas por separado, y quién sabe si la verdad habría salido alguna vez a la luz: que Linda no era su hija y que él nunca la había traicionado.

Bianca salió al balcón y respiró hondo, con avidez. Hacía frío. Pero aquel frío cortante y vigorizante era justo lo que necesitaba en ese momento. Como si pudiera enfriar el fuego que le ardía en la cabeza, aunque solo fuera un poco.

Mason la siguió y se quedó a su lado. Su hombro casi rozaba el de ella. Era evidente que quería decir algo, pero en ese momento el aullido agudo y penetrante de una sirena ahogó todo a su alrededor.

Una ambulancia pasó a toda velocidad junto al edificio, seguida de un coche de policía. La ambulancia frenó en seco junto a la acera.

Bianca escudriñó la oscuridad. Ya empezaba a congregarse una multitud.

—¿Ha pasado algo ahí abajo? —preguntó, forzando la vista—. ¿Un accidente de coche o algo?

Mason también giró la cabeza en esa dirección. Y Bianca lo vio al instante: todo su cuerpo se tensó. Entonces oyó el sonido estrangulado y horrible que brotó de su garganta.

—¿Qué ha pasado?

Se le abrieron los ojos de par en par.

—Ese es mi coche —susurró Mason con la respiración entrecortada—. Linda está ahí dentro. Dejé a Linda en el coche.

Salió corriendo de inmediato, atravesó el apartamento y cruzó el salón.

Bianca se quedó paralizada durante un segundo, aturdida. El miedo también la atravesó: frío, asfixiante, más intenso que cualquier otra emoción anterior. Por lo que parecía, otro coche había chocado a toda velocidad contra el coche aparcado de Mason frente al edificio.

Y Linda… Linda estaba dentro.

Bianca tenía que bajar. Tenía que estar allí con Mason.

Volvió corriendo al apartamento, cogió un abrigo y las llaves de camino y, presa del pánico, apenas viendo por dónde iba, bajó las escaleras a toda prisa, de dos en dos, para alcanzarlo.

Capítulo 39

Bianca salió corriendo detrás de Mason.

Su silueta se recortaba en la oscuridad mientras corría hacia el grupo de gente, hacia las luces rojas y azules que convertían la calle en un caleidoscopio de pesadilla.

Lo alcanzó, se abrió paso entre los curiosos y se quedó paralizada.

El coche negro de Mason, el que Bianca conocía tan bien, estaba destrozado, irreconocible. La ventanilla trasera había estallado y se había hundido hacia dentro. Otro coche lo había embestido por detrás: un viejo Toyota con el morro convertido en un amasijo de metal.

Dios mío.

A Bianca casi se le doblaron las rodillas. Se quedó mirando los restos del accidente, sin poder asimilar lo que veía.

Los rescatistas intentaban abrir la puerta trasera del coche. Uno de ellos le gritó algo al otro con gestos bruscos. El otro tiró de la manija, tratando de forzarla.

Mason estaba junto a ellos, aferrado al hombro de uno de los rescatistas.

—¡Es mi hija! —gritó, con tanto pánico y horror en la voz que a Bianca le dolió físicamente oírlo—. ¡Mi hija está ahí dentro! ¡Sacadla! ¡Ya!

El rescatista le apartó la mano de un empujón y le dijo algo, probablemente que se echara atrás y dejara de estorbar. Pero Bianca no oyó las palabras. Solo entendía una cosa: Linda estaba en ese coche.

Al final, decidieron sacar a la niña por la ventanilla trasera. Empezaron a retirar los cristales rotos. Durante todo ese tiempo, Mason permaneció cerca con las manos en la cabeza, y el terror en

su rostro le reveló a Bianca que se estaba culpando de todo. Por haber dejado a una niña pequeña sola en el coche. Aunque solo fuera un minuto. Ese pensamiento lo destrozaba por dentro.

El tiempo se detuvo cuando por fin sacaron a Linda.

Estaba inconsciente. Tenía el rostro pálido, casi gris. Los labios sin color. La sangre le corría desde la sien por la mejilla, empapando el cuello del jersey beige.

El gatito rosa que había agarrado todo el tiempo se le resbaló de las manos inertes y cayó al asfalto. Solo entonces Bianca reparó en las gotas oscuras de sangre sobre el juguete. Una de las patas del gatito estaba arrancada.

Se le cortó la respiración. Dios mío. Pobre niña. Pobrecita. Parecía tan frágil, como una muñeca.

Colocaron a Linda en una camilla y la cubrieron con una manta. Mason se abalanzó hacia ella, intentó tocarla, pero alguien lo empujó hacia atrás.

—¿Qué le ha pasado? —gritó, agarrando a un paramédico de la manga—. ¡Dígame qué le ha pasado! ¿Respira? ¿Está viva?

—Señor, tiene que apartarse. Déjenos trabajar.

Pero Mason no se apartó. Siguió la camilla hasta la ambulancia. Tenía el rostro desencajado por el miedo.

Bianca lo siguió. Las piernas la llevaban solas. Subieron la camilla a la ambulancia y Mason se subió con los paramédicos.

En el último segundo, justo cuando iban a cerrar las puertas, Bianca no aguantó más e intentó subirse también.

—¡Voy con vosotros! —gritó, aferrada a la barandilla.

—¿Quién es usted?

—Es mi mujer —dijo Mason con voz rota y ronca, como si cada palabra le costara.

Las puertas se cerraron de golpe. La sirena aulló. La ambulancia arrancó con una sacudida.

Mason estaba inclinado sobre Linda. Le sostenía la manita con tanto cuidado, como si fuera de porcelana y pudiera romperse. Sin saber por qué, Bianca se fijó en un detalle mínimo: las uñas de Linda estaban pintadas de rosa, con el esmalte ya desconchado en los bordes.

Se sentó junto a Mason en el estrecho banco. Los hombros se les rozaron.

Bianca no dejaba de mirar a Linda. El rostro pálido. La sangre que el segundo paramédico limpiaba con cuidado. El leve subir y bajar de su pecho.

—Va a estar bien —susurró, con las lágrimas quemándole los ojos y nublándolo todo a su alrededor—. Va a estar bien, ¿me oyes?

Ni siquiera sabía a quién se lo decía. ¿A Mason? ¿A Linda? ¿A sí misma?

¿Cómo había pasado esto? ¿Por qué ahora? ¿Por qué, justo cuando por fin habían descubierto la verdad, cuando por fin tenían una oportunidad de empezar de nuevo, el destino les asestaba otro golpe en pleno corazón?

Bianca sabía una cosa con certeza: si le pasaba algo a Linda, Mason jamás se lo perdonaría. Y entonces su matrimonio podría morir de verdad, aplastado por la culpa.

—¿Qué le pasa? —preguntó él en voz baja—. ¿Por qué está inconsciente? ¿Por qué no despierta?

El paramédico le tomó el pulso. Le iluminó un ojo con la linterna, luego el otro.

—Traumatismo craneal —dijo sin levantar la vista—. Parece un golpe fuerte en la cabeza. Posiblemente una conmoción cerebral. Necesitamos hacerle un TAC para poder decir más.

—¿Está... —Mason no pudo terminar. Le temblaban los labios —. ¿Va a sobrevivir? Dígame que va a estar bien.

—El pulso es estable. Respira sola. Son buenas señales. Estamos haciendo todo lo que podemos.

Mason asintió. En sus ojos solo había horror y culpa, una culpa tan pesada que parecía capaz de aplastarlo.

Había dejado a una niña de siete años sola en el coche para subir a ver a Bianca. Y cuando volvió...

—Esto no es culpa tuya —dijo Bianca en voz baja, y le puso una mano en el hombro.

Él se estremeció y volvió la cabeza hacia ella. Había tanto dolor en esa mirada que a Bianca se le volvió a cortar la respiración.

—Esto es culpa mía, solo mía —susurró Mason—. La dejé, Bianca. Me fui. Yo... si muere...

Se le quebró la voz. Volvió a mirar a Linda, su rostro pálido e inmóvil.

—No digas eso —Bianca le apretó el hombro con más fuerza—. No podías saberlo. Nadie podría haberlo sabido.

—Debería haberlo sabido —dijo él, negando con la cabeza, desesperado—. Debería haberla llevado a casa primero. Pero yo... tenía tantas ganas de contártelo todo, tantas ganas de arreglar las cosas, que...

Se quedó en silencio y bajó la cabeza.

Entonces Bianca extendió la mano y la posó sobre la de él, la que sostenía la de Linda. Mason se quedó inmóvil, bajó la mirada hacia sus manos y luego, lentamente, giró la palma y entrelazó los dedos con los de ella.

Y así permanecieron durante todo el trayecto al hospital: con las manos entrelazadas sobre la niña que una vez los había separado y que ahora, quizás, los estaba volviendo a unir.

Y por primera vez en años, Bianca rezó de verdad. Con todo su corazón. Con toda su alma.

Por favor. Que viva. Por favor, que esté bien. Haré lo que sea. Lo que sea. Solo que esté bien.

Que esta niña, a la que tanto había odiado, a la que había deseado que desapareciera de sus vidas, siguiera con vida.

Porque nada de esto era culpa de Linda.

Nunca lo había sido.

Porque si moría, Mason no lo sobreviviría. Bianca podía verlo en su rostro. En la forma en que miraba a Linda. Se quebraría. Por completo. Porque creía que era responsable de esa niña, y a sus propios ojos, le había fallado.

Bianca no podía perderlo. No otra vez. Ni siquiera después de todo. Ni siquiera después de todo el dolor que le había causado. Todavía lo amaba. Locamente. Desesperadamente. Con todo su corazón. Y si esa niña moría, Bianca perdería a Mason para siempre.

***

Estaban sentados en el pasillo de la clínica. Las paredes estaban pintadas de ese verde hospitalario que supuestamente calmaba, pero que en realidad solo hacía que todo pareciera más desolador.

Habían llevado a Linda a hacerle pruebas de imagen hacía unos veinte minutos. Mason estaba sentado a su lado, inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. Tenía un aspecto terrible. El rostro ceniciento, unas ojeras oscuras marcándole la piel. Bianca le sostenía la mano. Era lo único que podía hacer por él en ese momento.

Entonces él giró la cabeza hacia ella. La miró durante un largo momento, con intensidad. Le apretó la mano con más fuerza.

—Probablemente no deberías estar aquí —dijo con voz ronca—. Necesitas cuidarte. Y por mi culpa, estás estresada otra vez.

Mason la miró con esa intensidad penetrante, luego bajó la mirada hacia su vientre y se quedó inmóvil. Bianca también se quedó helada. Y solo un segundo después cayó en la cuenta: él sabía lo del bebé. Dios. Lo sabía todo.

—¿Te lo dijo Alan? —preguntó en voz baja, casi en un susurro. Era la única explicación que tenía sentido. Le había pedido a su hermano que no dijera nada, pero aparentemente no había podido guardarse el secreto.

Mason negó con la cabeza, con los ojos todavía fijos en su vientre.

—No —susurró—. Mi prima te vio en la clínica. Trabaja allí.

—¿Cuánto tiempo llevas sabiéndolo? —la voz de Bianca se quebró en la última palabra. Las lágrimas le ardían en los ojos. Ni siquiera sabía por qué estaba llorando. ¿Por agotamiento? ¿Por miedo? ¿Porque él por fin lo sabía?

En lugar de responder, Mason se giró de repente hacia ella y la envolvió en un abrazo fuerte y desesperado, tan fuerte que le robó el aliento. Bianca lo rodeó con los brazos al instante. Hundió el rostro en la curva de su cuello. Aspiró ese aroma familiar.

Era como si por fin hubiera llegado a casa después de estar fuera demasiado tiempo. Y al instante, todo en su interior se calmó. Él era su refugio, su alma, su otra mitad. Lo había echado tanto de menos. Por mucho que hubiera intentado mantenerse ocupada, por mucho que se hubiera obligado a no pensar en él, ese dolor que todo lo consumía nunca la había abandonado. Y ahora, de repente, todo parecía haber vuelto a su lugar. El calor de su cuerpo era mejor que cualquier otra cosa.

Mason le besó el cuello con labios calientes y húmedos. La barbilla. La mejilla. La boca. Besos largos y desesperados, como si intentara memorizarla, como si temiera que fuera a desaparecer de nuevo.

—He esperado tanto para esto —susurró entre besos, apoyando la frente contra la de ella—. Tanto para oír que íbamos a tener un bebé. Un bebé que es solo nuestro. Y ahora… ahora tengo que cuidarte. No puedes alterarte. No deberías estar aquí sentada.

Se apartó y sacó el teléfono.

—Llamaré a Alan para que venga a buscarte, ¿vale? —dijo Mason, y había tanto cuidado y ternura en su voz que a Bianca se le encogió el corazón—. Te irás a casa a descansar. En cuanto sepa algo, te mando un mensaje.

Pero Bianca le agarró la mano con la que sostenía el teléfono y lo detuvo.

—No —dijo con firmeza—. Me quedo aquí contigo.

Él negó con la cabeza.

—Bianca, no deberías…

—No estaré tranquila si no estoy aquí contigo —lo interrumpió —. ¿Lo entiendes? Estaré en casa volviéndome loca porque no sabré qué está pasando. Pensando en ti. En Linda. En que estás aquí solo y yo… —se le quebró la voz—. Me quedo. Por favor.

Mason la miró durante un largo momento. Dos cosas luchaban en sus ojos: la necesidad de protegerla y la certeza de que ella no iba a irse a ninguna parte.

Finalmente, asintió.

—Vale —susurró—. Vale. Quédate. Pero… dime si necesitas algo. Si tienes frío. Si te apetece un té. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —dijo Bianca, asintiendo.

Él la atrajo de nuevo hacia sus brazos. La sostuvo. Luego apoyó una mano en su vientre con tanta delicadeza que parecía estar tocando algo sagrado.

—Nuestro bebé —susurró Mason contra su cabello—. Llevas a nuestro bebé dentro, Bianca.

—Sí —susurró ella a su vez—. Nuestro bebé.

Se quedaron allí, abrazados en aquel pasillo del hospital, aferrándose el uno al otro porque no había nada más a lo que agarrarse. Y Bianca pensó en lo extraña que era la vida.

Esa misma mañana, lo había odiado. Quería el divorcio. Quería que desapareciera de su vida. Y ahora estaba allí, sentada entre sus brazos, rezando para que la niña a la que también había odiado sobreviviera.

Capítulo 40

La puerta de la sala de reconocimiento se abrió y ambos se levantaron de un salto. El médico salió y Mason fue hacia él de inmediato.

—¿Cómo está? —se le quebró la voz—. ¿Cómo está mi hija?

El médico los miró, pero no había esa sombra pesada en sus ojos, la que aparece cuando alguien tiene que dar malas noticias a una familia.

—Tiene una costilla fracturada, la sexta del lado izquierdo —comenzó, y Mason se quedó rígido junto a Bianca—. También tiene una conmoción cerebral moderada. Tiene moratones y rasguños, pero nada crítico.

Hizo una pausa. Bianca dejó de respirar. Mason también. Fue como si el mundo entero se hubiera detenido.

—Pero en general —continuó el médico, y ahora había un claro alivio en su voz—, está estable. Recuperó la consciencia hace unos diez minutos. Está un poco desorientada, pero eso es normal con una conmoción cerebral. Se queja de dolor en el costado y de dolor de cabeza. Le hemos dado analgésicos. Con los cuidados adecuados, reposo y vigilancia, se va a recuperar completamente.

Bianca sintió tal alivio que casi se le doblaron las rodillas. Se agarró a la pared para no caerse. Viva. Linda estaba viva.

A su lado, Mason exhaló con un sonido áspero y tembloroso, como si no hubiera respirado en todo ese rato y solo ahora se permitiera tomar aire. Se pasó las manos por la cara, secándose las lágrimas. Respiró hondo. Y otra vez. Solo entonces volvió a mirar al médico.

—¿Cuándo... —se le volvió a quebrar la voz. Carraspeó e intentó de nuevo—. ¿Cuándo podemos verla?

El médico esbozó una levísima sonrisa.

—Como sus padres, por supuesto que pueden entrar —dijo—. Ya está en una habitación. La trasladamos de urgencias en cuanto nos aseguramos de que estaba estable. Pero, por favor, no la cansen. Necesita descansar. Quince minutos, no más. ¿De acuerdo?

—Sí. Sí, por supuesto. Gracias. Gracias —dijo Mason rápidamente. Le estrechó la mano al médico con firmeza—. Gracias por salvarla.

—Solo hacemos nuestro trabajo. Tuvo suerte. El elevador del asiento hizo exactamente lo que tenía que hacer. Eso fue lo que le salvó la vida.

Mason asintió de nuevo y se volvió hacia Bianca. Había tanto en sus ojos de golpe: alivio, gratitud, un miedo que aún no lo había abandonado del todo, y amor.

Bianca se acercó a él y lo abrazó con fuerza. Él se apretó contra ella, hundiendo el rostro en su pelo.

—Está viva —susurró.

—Sí —le susurró Bianca, acariciándole la espalda—. Está viva. Todo va a salir bien.

Él se apartó, la miró y la besó rápidamente, con gratitud: en los labios, en la frente, en las mejillas. Como si ella también hubiera tenido algo que ver con que Linda estuviera bien.

—Vamos —dijo Mason, tomándola de la mano—. Vamos a verla.

El médico les indicó el camino y se detuvo frente a una puerta con el número 237.

—Aquí es —dijo—. Adelante. Con tranquilidad. Y recuerden: quince minutos.

Mason asintió. Puso la mano en el pomo, se detuvo un instante para serenarse y abrió.

Linda estaba acostada en la cama del hospital: pequeña, frágil, casi tragada por las sábanas blancas. Tenía la cabeza vendada, el rostro pálido, pero no estaba dormida. Cuando los oyó entrar, giró la cabeza.

—¿Papá? —susurró, con la voz muy débil.

Mason se acercó a su cama, se sentó en el borde y tomó su manita entre las suyas.

—Estoy aquí, cariño —dijo—. Estoy aquí. Todo está bien. Estás a salvo.

Había tanta calidez en su voz, en cómo la miraba, que Bianca comprendió de pronto, con dolorosa claridad, lo difícil que habría sido para él enviar a Linda a un internado. Esta vez, había estado dispuesto a sacrificar a esa niña por Bianca.

Linda lo miró y luego miró a Bianca.

—¿Bianca también vino? —preguntó sorprendida—. ¿Viniste por mí?

Bianca se acercó más y se detuvo al otro lado de la cama.

—Sí —dijo con suavidad—. Yo también estoy aquí.

Linda parpadeó. Intentó sonreír, pero de inmediato hizo una mueca de dolor.

—Me duele —susurró—. Me duele la cabeza. Y aquí —añadió, señalándose el costado.

—Lo sé, cariño —Mason le acarició la mano—. Los médicos te han dado algo para el dolor. Te sentirás mejor pronto, te lo prometo. Pero tendrás que quedarte en el hospital un tiempo. Si quieres algo, dímelo, ¿vale? Te traeré ropa por la mañana, tu tableta… y seguramente tendré que comprarte un móvil nuevo.

Siguió hablando, de la escuela, de cómo recuperaría todo lo que había perdido, de que todo iba a estar bien, cuando sonaron unos golpecitos suaves en la puerta.

Los dos se sobresaltaron. La puerta se abrió y un hombre con chaqueta oscura apareció en el umbral. Detrás de él había otro, mayor, con una carpeta en la mano.

—Disculpen —dijo el primero, en voz baja pero con tono oficial —. Policía. ¿Podemos pasar?

Mason se levantó despacio de la cama. Linda le apretó los dedos de inmediato.

—¿Papá? —la ansiedad asomó a su voz al instante.

—Tranquila, cariño —dijo él con suavidad—. Solo tienen unas preguntas. Vuelvo enseguida.

Ella lo miró como si temiera que fuera a desaparecer. A Bianca le dolió ver lo unidos que se habían vuelto.

—Lo prometiste —susurró Linda.

—Estoy aquí mismo —dijo Mason con firmeza—. No me voy a ninguna parte. Bianca se quedará contigo.

Le lanzó una mirada rápida a Bianca, como pidiéndole confirmación. Ella asintió.

El agente dio un paso adelante.

—Necesitamos hablar con usted —le dijo a Mason—. Mejor en el pasillo.

Mason acarició la mano de Linda una vez más y salió. La puerta se cerró tras él. La habitación quedó sumida en un silencio opresivo. Linda respiraba con dificultad, los ojos brillantes de lágrimas.

—Bianca… —susurró—. ¿Van a arrestar a papá?

Se le encogió todo por dentro.

—No —dijo de inmediato, sin vacilar—. Claro que no. Solo quieren saber cómo ocurrió. Es puro trámite.

Luego caminó hacia la puerta, se llevó un dedo a los labios pidiéndole silencio a Linda y la entreabrió lo justo para escuchar la conversación en el pasillo.

—¿Usted es el padre de la niña? —preguntó el agente mayor, abriendo la carpeta.

—Sí —respondió Mason con voz ronca—. Mason Graham. Soy su padre.

—Por favor, cuéntenos exactamente qué pasó justo antes del accidente.

Mason se pasó una mano por la cara. Era evidente lo mucho que le costaba ordenar sus pensamientos.

—Yo… subí corriendo un momento —dijo lentamente—. Solo cinco minutos. El coche estaba aparcado junto al bordillo. Linda se quedó dentro.

—¿La niña quedó desatendida en el vehículo? —aclaró el segundo agente.

—Sí —respondió Mason, sosteniéndole la mirada.

El agente mayor tomó nota en su libreta.

—¿Cuánto tiempo estuvo alejado del coche?

—Tres minutos. Quizá cuatro.

Bianca se quedó rígida. Por supuesto que estaba mintiendo. Había estado fuera al menos quince minutos, puede que los veinte.

—¿Entiende usted que dejar a un menor desatendido en un vehículo supone un riesgo para su seguridad?

Mason apretó la mandíbula.

—Lo entiendo —respondió con voz apagada—. No estoy intentando eludir mi responsabilidad.

Una nueva oleada de ansiedad la invadió. Gracias a Dios no le había pasado nada irreversible a Linda, lo que significaba que probablemente no presentarían cargos contra Mason por poner en peligro a un menor. Solo ahora se daba cuenta de lo mucho peor que podría haber acabado todo. Mason había sido responsable de Linda, y si el impacto hubiera alcanzado el lado de la niña y esta hubiera resultado herida de gravedad, podría haberse enfrentado a cargos penales.

—Estamos obligados a documentar el incidente —continuó el agente—. Se presentará un informe. La información también se remitirá a Servicios de Protección de Menores. Es el procedimiento estándar.

—No van a quitármela, ¿verdad? —preguntó Mason bruscamente, y por primera vez su voz tembló de verdad.

El agente levantó la vista.

—No —dijo con calma—. No estamos hablando de eso. La niña iba en un alzador, y sus lesiones no fueron resultado directo de sus acciones. Pero habrá una revisión. ¿Lo entiende?

Mason asintió.

—Lo entiendo.

—Por ahora, puede volver con su hija. Si necesitamos hacer un seguimiento, nos pondremos en contacto con usted.

Mason vaciló un segundo y luego volvió a la habitación casi corriendo. Abrió la puerta y se encontró cara a cara con Bianca. Ella se apartó de inmediato.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí.

—Papá…

—Estoy aquí —dijo Mason, acercándose a Linda—. Te lo prometí, ¿no?

Se sentó junto a ella de nuevo y le tomó la mano. Bianca se acercó a la ventana para darles un momento a solas. Linda los miraba alternativamente a uno y a otro.

—¿Habéis hecho las paces? —preguntó de pronto en voz baja —. Papá, ¿ya no vas a estar triste porque echas de menos a Bianca?

Bianca y Mason se miraron. Él tragó saliva.

—No, cariño —dijo—. Ya no voy a estar triste.

Bianca asintió.

—Voy a volver a casa, así que ni se te ocurra seguir dejando tus juguetes por todas partes —bromeó con suavidad.

Y enseguida captó la mirada de agradecimiento en los ojos de Mason. Todavía tenían mucho de qué hablar, mucho que resolver. Pero en ese momento, solo importaba una cosa: estaban juntos de nuevo.

Capítulo 41

No llegaron a casa hasta poco antes del amanecer. Bianca estaba agotada hasta la médula. Le dolía todo el cuerpo, los ojos se le cerraban solos y la cabeza le daba vueltas de puro agotamiento y por el desgaste emocional de la noche.

Mason le abrió la puerta y ella entró.

Bianca se detuvo en medio del salón, mirando a su alrededor y aspirando el aroma familiar de su hogar como si lo hubiera anhelado con desesperación.

Todo estaba exactamente igual que antes. El sofá junto a la ventana. El sillón en la esquina. La lámpara de pie con la pantalla que habían elegido juntos hacía tres años. Las fotografías en las estanterías: los dos en la playa, los dos en la montaña, los dos simplemente felices.

Parecía que había pasado una eternidad desde aquel día. Desde su aniversario, cuando ella se había quedado allí poniendo la mesa, esperándolo, y él había entrado con Linda.

En realidad, solo habían pasado dos meses.

Pero parecía toda una vida.

Mason se acercó por detrás y le apoyó la mano con cuidado en la parte baja de la espalda, casi con vacilación, como si temiera que ella fuera a apartarse de nuevo, a desvanecerse, o que resultara ser solo un espejismo en aquella casa enorme.

Bianca sentía su aliento en la espalda. Estaba cerca. Insoportablemente cerca.

Volvió la cabeza hacia él. Intentó no llorar, pero las lágrimas se le agolparon en los ojos de todos modos.

—Echaba de menos esta casa —susurró.

Mason se quedó inmóvil. Luego la atrajo hacia él, la rodeó con los brazos por detrás y apoyó la barbilla sobre su cabeza.

—Esta casa era un lugar miserable sin ti —dijo en voz baja—. Vacía. Fría. Como si toda la vida se hubiera ido de ella cuando te marchaste.

Bianca cerró los ojos. Se recostó contra él y se dejó llevar en sus brazos.

—Venga, vamos a dormir un poco —murmuró contra su pelo—. ¿Tienes hambre? Puedo preparar algo rápido.

Ella soltó una risa suave.

—¿Tú? —Bianca se volvió hacia él y sonrió entre lágrimas—. No estoy segura de que puedas. ¿Te acuerdas de la última vez que intentaste hacer una tortilla?

Mason sonrió.

—Se me pasó un poco.

—¿Un poco? Mason, se pegó tanto a la sartén que tuvimos que tirarla entera.

Él se rio con cansancio, pero se rio. Luego le besó la coronilla.

—Vale, vale. Entonces vamos a la cama y ya está. ¿De acuerdo?

Entraron en el dormitorio. La cama estaba hecha de esa forma austera y ordenada típica de un soltero. Las almohadas mullidas, la colcha bien estirada. Sus cojines suaves con margaritas habían acabado en el sillón.

Bianca ni siquiera tenía fuerzas para ducharse. Apenas se mantenía en pie, así que fue a la cómoda a buscar el pijama. Abrió el cajón de arriba y se quedó paralizada. Sus cosas estaban dobladas con cuidado dentro. Las que no se había llevado cuando se marchó. Su vieja camiseta de dormir. Su pantalón de pijama. Algunos pares de calcetines. Pequeñas cosas que había dejado atrás porque había pensado: *¿Para qué? No las voy a necesitar de todos modos.*

Pero seguían allí. Exactamente donde las había dejado.

Bianca se volvió y miró el tocador. Su perfume. El frasco que las chicas de su estudio de baile le habían regalado por su cumpleaños. Su crema de manos. Su cepillo. Sus pinzas. Todo estaba exactamente donde siempre había estado.

Entró en el baño y encendió la luz. En el vaso junto al lavabo había dos cepillos de dientes. El suyo, rosa, y el de él, azul. Uno al lado del otro, como siempre. Su champú en la estantería. Su gel de baño. Su esponja colgada del gancho. Como si nunca se hubiera ido. Como si Mason hubiera conservado con cuidado todo lo que ella no se había llevado y no hubiera dejado que nadie tocara nada. No lo había guardado. No lo había tirado. Había esperado. Había esperado en silencio, con paciencia, creyendo que ella volvería.

Y había vuelto.

—Lo conservaste todo —susurró Bianca, volviéndose para mirarlo.

Mason estaba de pie en el umbral del baño, observándola. Las lágrimas ya le corrían por las mejillas y ya no podía contenerlas.

Él se acercó y la atrajo hacia sus brazos de nuevo.

—Ya está —susurró, acariciándole la espalda—. Estás en casa. Estamos en casa. Juntos.

Bianca asintió y se aferró a la tela de su camisa con los dedos.

Mason la llevó de vuelta al dormitorio, la ayudó a meterse en la cama, la arropó con la manta y se tumbó a su lado. Luego la atrajo hacia sus brazos.

Ella se acomodó contra su hombro y apoyó la mano en su pecho.

—Duerme —susurró él, besándole la frente. Su mano se posó en el vientre de ella, donde latía el corazón de su bebé—. Estoy aquí. No me voy a ir a ninguna parte.

Bianca cerró los ojos y, por primera vez en semanas, se durmió en paz.

Porque estaba en casa.

En sus brazos.

Justo donde pertenecía, y donde quería creer que estaría siempre.

Capítulo 42

Mason no cerró los ojos en toda la noche.

La luz del día llevaba rato inundando la habitación, con rayos de sol atrevidos colándose entre las cortinas, y él seguía allí tumbado, completamente inmóvil, sin atreverse siquiera a parpadear. Temía que si cerraba los ojos aunque fuera un segundo, Bianca desaparecería. Se disolvería como un sueño dulce y engañoso y lo dejaría solo de nuevo en aquel vacío helado.

La miraba y no se cansaba de hacerlo. No lograba aspirar su esencia lo suficiente. El sonido de su respiración tranquila era la mejor música que había escuchado jamás. Tenía la mano apoyada en su cintura, y las yemas de los dedos le trazaban círculos ligeros, casi imperceptibles, sobre el vientre plano. Dentro de ella, una nueva vida estaba comenzando. Su hijo. Mason se sentía casi delirante de felicidad. Saber que un pedazo de ambos crecía dentro de ella lo invadía en oleadas de algo primitivo, salvaje, de una alegría casi feroz.

El teléfono de la mesilla de noche volvió a iluminarse. Lo había puesto en silencio la noche anterior y no había contestado ni una sola llamada desde entonces. Le daba absolutamente igual quién lo buscara o qué quisieran. El mundo entero podía esperar mientras la tuviera entre sus brazos.

Mason miró el reloj.

Las diez de la mañana.

La realidad —esa que había estado intentando tan desesperadamente mantener a raya— se acercaba de todos modos. Sabía que era hora de irse. Por mucho que quisiera quedarse en aquella cama para siempre, tenía responsabilidades.

Tenía que preparar cosas para Linda. Ella necesitaba ropa, comida, un lugar decente donde quedarse. También tenía que

comprarle un teléfono nuevo; el viejo probablemente estaba destrozado, tirado en algún lugar del coche siniestrado entre cristales rotos y escombros.

Y luego estaba el coche en sí. Lo más probable era que fuera siniestro total. Dado cómo había quedado, arreglarlo probablemente no tenía sentido. Lo que significaba que había otro problema urgente: tenía que comprar uno nuevo, y rápido. Ahora mismo, sin coche, Mason estaba prácticamente indefenso, y tenía demasiadas cosas por delante como para apañárselas sin uno.

Con mucho cuidado, procurando no hacer ruido, se incorporó en la cama. Deslizó el brazo con cuidado y le ajustó la manta sobre el hombro a Bianca.

Luego se quedó allí sentado unos minutos más, mirándola. Dormía tan profundamente, tan confiada, con un brazo extendido sobre la cama. Su reina. Su vida.

Mason se inclinó y le dio un beso suave en la sien, con cuidado de no despertarla.

—Volveré pronto —susurró—. Lo prometo.

Bianca se movió, pero no abrió los ojos. Murmuró algo entre dientes y volvió a sumirse en el sueño.

Mason se levantó y fue al baño. Se dio una ducha rápida, se lavó los dientes, se puso ropa limpia. Luego salió del dormitorio en silencio y cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido.

Los recuerdos del día anterior volvieron a golpearlo.

Había sido demasiado. Demasiado intenso. Demasiado cargado de emociones. Todo había cambiado tan rápido, tan violentamente, que todavía no había asimilado nada.

Felicidad, cuando vio los resultados de la prueba. Cuando se dio cuenta de que no había engañado a Bianca. Que todavía tenían una oportunidad.

Terror, cuando vio el coche destrozado. Cuando vio a Linda inconsciente, cubierta de sangre.

Miedo, en la ambulancia, en el hospital, mientras esperaban al médico.

Alivio, cuando supieron que la chica iba a vivir.

Paz, cuando llegaron a casa. Cuando Bianca se durmió en su hombro.

Una verdadera montaña rusa emocional. Eso había sido. Una maldita montaña rusa emocional.

Mason fue a la cocina, se preparó una taza de café bien cargado y se la bebió de pie junto a la ventana, quemándose la lengua con cada trago.

Miró hacia el jardín. Hacia el cielo, despejado, casi sin nubes. Y pensó: Todo iba a salir bien. Linda se recuperaría. Bianca lo perdonaría. Su bebé nacería sano. Tendrían una familia. Una familia de verdad. Haría lo que fuera necesario para que eso sucediera. Todo. Sin reservas.

Mason terminó el café, dejó la taza en el fregadero y pidió un Uber. Todavía quedaba mucho por hacer. Muchos problemas que resolver. Pero los resolvería.

Porque ahora, una vez más, tenía algo por lo que luchar.

Por Bianca. Por su hijo. Por la familia que iban a construir de nuevo.

Esta vez, como debía ser.

Sin mentiras. Sin secretos.

Haría cualquier cosa por su amor.

Capítulo 43

Ese día, Mason tuvo que irse a una reunión importante: unas negociaciones urgentes con inversores que no podían posponerse. Se disculpó y dijo que intentaría volver temprano, pero Bianca sabía que seguramente no saldría de allí hasta la noche. Así que fue sola a ver a Linda.

A la niña le darían el alta en unos días. Los médicos estaban satisfechos con su evolución: no tenía fiebre, los dolores de cabeza casi habían desaparecido y la costilla se le estaba soldando bien. Un par de días más en observación y podría irse a casa.

Bianca aún no había asimilado del todo lo que eso significaba. Cómo sería cuando Linda volviera. Cómo vivirían los tres juntos: ella, Mason y la niña que de alguna manera los unía y los separaba a la vez. Linda todavía necesitaría supervisión hasta recuperarse por completo. Pero Bianca no quería pensar en eso ahora. Ahora estaba llena de energía. Feliz. Hacía mucho que no se sentía tan feliz.

El día anterior, ella y Mason habían llevado sus cosas de vuelta a casa. Él había venido con Alan, y entre los dos habían metido cajas, maletas y bolsas en el coche. Alan había ayudado en silencio, pero antes de marcharse, abrazó a su hermana con fuerza y le susurró:

—Si vuelve a hacerte daño, lo mato.

Bianca había sonreído y le había prometido que eso no pasaría.

En un momento dado, había ido a buscar a Mason para decirle que había empaquetado la vajilla, y lo encontró en el vestidor. Estaba de pie mirando los cajones donde guardaban las cosas que habían comprado para el bebé que nunca llegó. Pequeños bodies. Gorros diminutos. Patucos. Una manta rosa: en aquel entonces habían deseado tanto tener una niña.

Él oyó sus pasos y volvió la cabeza, y Bianca vio tantas cosas en sus ojos a la vez: dolor, anhelo, esperanza, amor.

Él sabía cuánto le había dolido a ella entonces.

Porque él había sentido lo mismo.

—Esta vez sí que vamos a necesitarlos —había dicho Mason con voz ronca—. No guardé todo esto para nada.

Bianca se había acercado, lo había abrazado por detrás y había apoyado la cabeza en su hombro.

—Sí —había susurrado—. Los necesitaremos.

Se habían quedado así varios minutos. En silencio. Abrazados. Mirando aquellas cositas que habían estado esperando todo ese tiempo.

Ahora sí que iban a conocer a su bebé.

Más tarde, ya en casa, desempaquetaron juntos. Mason colgó la ropa de ella en el armario, Bianca volvió a colocar sus libros en las estanterías y puso las fotos enmarcadas en su sitio, y después se sentaron en el salón un buen rato, comiendo comida para llevar y disfrutando de estar juntos.

Aparcó en el hospital, apagó el motor y cogió una bolsa pequeña del asiento de atrás.

Dentro llevaba las golosinas que el médico había autorizado: nubes, gominolas, una tableta de chocolate y una baraja de Uno.

Para una niña de siete años, era perfecto.

La verdad era que Bianca no tenía ni idea de qué hablar con Linda cuando Mason no estaba. Él siempre había hecho de intermediario entre ellas. Sabía qué decir, cómo hacerla reír, cómo distraerla. Y Bianca... Bianca era solo la tía Bianca. Prácticamente una desconocida.

Así que decidió que la forma más fácil de llenar el silencio incómodo era con un juego. Jugarían al Uno, se reirían un poco, comerían golosinas y el tiempo pasaría más rápido.

Salió del coche, se dirigió a la entrada del hospital y saludó al guardia de seguridad, que ya empezaba a reconocerla.

Subió en el ascensor hasta la tercera planta, recorrió el pasillo que ya le resultaba familiar, pasó las habitaciones 235 y 236, y se detuvo frente a la 237.

Abrió la puerta y se quedó paralizada en el umbral.

La madre de Mason estaba sentada junto a la cama de Linda. Impecable como siempre: abrigo beige, pañuelo de seda al cuello. Por lo visto acababa de llegar y aún no había tenido tiempo de quitarse el abrigo.

Se volvió al oír abrirse la puerta.

Durante unos segundos, se miraron en silencio, ambas sorprendidas y algo desconcertadas.

Francesca no sabía que Linda no era hija de Mason. Ella y Mason habían decidido esperar para dar esa noticia. Primero querían averiguar todo lo posible sobre los familiares biológicos de la niña, localizar a su padre biológico y determinar si realmente era un delincuente o solo otra víctima de las circunstancias. Solo entonces se lo contarían a sus padres.

Francesca ya sabía lo del embarazo de Bianca. Cuando Bianca y Mason se lo contaron, se había echado a llorar de alegría, incapaz de creer que por fin iba a tener un nieto.

—¡Bianca! —exclamó, levantándose de la silla—. ¡Qué sorpresa!

La abrazó con calidez, con fuerza. Bianca percibió el aroma de su perfume favorito, Chanel.

—Hola —dijo Bianca, devolviéndole el abrazo.

Francesca se apartó, pero mantuvo las manos en los hombros de Bianca mientras le estudiaba el rostro.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó en voz baja, para que Linda no la oyera—. Mason me dijo que tienes que tomártelo con calma. ¿Deberías estar viniendo al hospital? A lo mejor tendrías que

haberte quedado en casa. Lo último que necesitas es más estrés. Nosotros podríamos habernos ocupado de todo aquí.

Bianca sonrió al oír la preocupación en su voz.

—Estoy bien. De verdad. Tenía unas horas libres, y luego me voy al estudio.

Francesca asintió, aunque la preocupación no desapareció de sus ojos.

—De acuerdo. Pero si te sientes mal, te vas directa a casa, ¿vale?

—Vale.

La soltó y se volvió hacia Linda.

—Linda, mira quién ha venido a verte.

Linda estaba sentada en la cama, apoyada en una montaña de almohadas. Tenía mucho mejor aspecto que unos días antes. Las mejillas habían recuperado algo de color, y los ojos le brillaban.

Bianca se acercó y le tendió la bolsa.

—Esto es para ti —dijo—. Golosinas y un juego. Pensé que a lo mejor te aburrías aquí sola.

Linda cogió la bolsa y echó un vistazo dentro. De pronto se mostró tímida.

—Gracias —dijo en voz baja—. Hoy me han hecho muchos regalos. La abuela también me trajo cosas.

Señaló con un gesto hacia la mesilla de noche, donde había una muñeca bonita con vestido rosa y una caja de bombones.

—Pues eso está muy bien —dijo Bianca, arrastrando una silla hasta la cama—. Significa que mucha gente te quiere y se preocupa por ti.

Linda sonrió con incertidumbre, como si todavía no terminara de creérselo.

Francesca volvió a sentarse en la silla del otro lado de la cama, se ajustó el pañuelo de seda y las miró a las dos: primero a Bianca,

luego a Linda. En su expresión había preocupación, incomodidad... y, al parecer, culpa.

Estaba preocupada por Bianca, eso saltaba a la vista. El embarazo, el estrés, el hospital. Pero había algo más: la hija que su hijo había tenido de una aventura, la niña que, según creía Francesca, había destruido su matrimonio y causado tanto dolor a Bianca. Francesca lo entendía perfectamente. Pero ¿qué podía hacer? La niña seguía siendo su nieta. Al menos, eso era lo que ella creía.

Un silencio incómodo se adueñó de la habitación.

—Venga —dijo Bianca, sacando la caja del Uno de la bolsa e intentando aligerar el ambiente—. Linda, ¿quieres enseñarnos a jugar?

A la niña se le iluminaron los ojos al instante.

—¿No sabéis jugar al Uno?

—Yo no —admitió Bianca—. Nunca he jugado.

Francesca sonrió con dulzura.

—Y yo hace años que no juego. Recuérdanos las reglas, Linda.

Linda se incorporó en la cama y torció el gesto por el dolor en el costado, pero su entusiasmo pudo con todo.

—¡Es fácil! Papá y yo jugábamos mucho por las tardes. ¡Os enseño! —dijo emocionada—. Vale, primero tengo que explicaros las reglas.

Y se lanzó a ello: hablando deprisa, tropezándose con las palabras, liándose, agitando las manitas.

De pronto, Bianca pensó en lo extraño que era todo aquello. Las tres estaban sentadas juntas en una habitación de hospital. Su suegra, que se preocupaba por ella y, aun así, quería a aquella niña como si fuera su propia nieta. Linda, que no había hecho nada malo y, sin embargo, se había convertido de algún modo en la causa de tanto dolor. Y la propia Bianca, la mujer que intentaba encontrar en su interior la manera de aceptarlo todo.

—Entonces, ¿empezamos? —preguntó Linda, repartiendo las cartas.

—Empezamos —asintió Bianca.

Y las tres se pusieron a jugar en aquella habitación de hospital, fingiendo que todo era normal.

Aunque nada de aquello era normal todavía.

Pero quizá, algún día, lo sería.

Capítulo 44

El apartamento olía de maravilla, a comida de su restaurante favorito. Bianca no tenía energía para cocinar, y Mason, como si lo hubiera intuido, había pedido algo para llevar. Ella estaba sirviendo los platos, intentando crear al menos un poco de calidez en medio de la vida frenética que llevaban.

La llave giró en la cerradura.

Mason entró en silencio. Bianca le lanzó una mirada rápida y enseguida vio lo agotado que estaba: los hombros ligeramente caídos, la corbata aflojada colgando sin cuidado, los ojos apagados por el cansancio de las interminables negociaciones. Sin decir palabra, se quitó la chaqueta, la arrojó sobre el sillón y se dejó caer pesadamente en una silla, como si solo ahora se permitiera cargar con todo el peso del día.

Bianca estaba a punto de preguntarle cómo le había ido el día cuando él se levantó de repente. Ella le daba la espalda, junto a la mesa, cuando lo sintió acercarse. Un segundo después, sus fuertes brazos la rodearon por la cintura y la atrajeron hacia él. Su cuerpo era cálido, firme y sólido como una roca. Mason hundió el rostro en su cabello y respiró hondo, y Bianca se abandonó a su abrazo sin poder evitarlo, cubriendo las manos de él con las suyas.

—¿Cansado? —preguntó en voz baja mientras sentía el latido de su corazón.

—No. —Su voz sonó justo junto a su oído, grave y dolorosamente familiar—. Te he echado de menos todo el día. Quería estar contigo, no atrapado en todo eso.

Bianca sonrió levemente. Había tanta sinceridad en aquella confesión que el cansancio del día pareció desvanecerse. Se zafó con suavidad de sus brazos, se dio la vuelta y dijo:

—Siéntate. Vamos a cenar. Yo tampoco he comido todavía. Te estaba esperando.

Mason obedeció y se sentó a la mesa. Durante unos minutos comieron casi en silencio, disfrutando de la paz y la buena comida. Pero Bianca notaba que él tenía la cabeza en otra parte.

Al cabo de un rato, dejó el tenedor y la miró con seriedad.

—Ha llamado el investigador privado que contraté —dijo Mason.

Bianca se tensó al instante.

—¿Y? ¿Ha encontrado algo?

Mason soltó un hondo suspiro y su rostro se ensombreció de inmediato.

—Esperaba mejores noticias, pero todo está siendo exactamente como dijo Nadine. Ese tipo es un auténtico desgraciado. Vínculos con el crimen, deudas, ni una pizca de decencia.

Hizo una pausa, como si sopesara cada palabra con cuidado, y continuó.

—La única familia que tiene es su madre, de ochenta años. Nadie más. No puedo entregarle a Linda, Bianca. No puedo permitir que crezca con un padre así.

Bianca asintió lentamente. Algo se le encogió por dentro solo de pensarlo. Ella también se sentiría fatal sabiendo en qué tipo de ambiente podría acabar esa niña. Linda merecía algo mejor.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Quiero ir a ver a su madre —respondió Mason con firmeza; ya había determinación en sus ojos—. Me haré pasar por trabajador social. Intentaré conseguir una muestra para la prueba de ADN sin levantar sospechas.

—¿ADN? —repitió Bianca.

—Sí. Si su madre está emparentada con Linda, entonces Linda es hija suya de verdad. Necesito pruebas. Certeza absoluta.

Bianca volvió a asentir; entendía su lógica. El plan era arriesgado, pero necesario.

—Sí —dijo—. Hazlo. Luego ya veremos qué hacemos con el resto.

Mason extendió la mano sobre la mesa y cubrió la de ella con la suya. Su palma era cálida y firme. Le apretó los dedos y la miró directamente a los ojos con tanta ternura que a Bianca se le cortó la respiración.

—Eres lo mejor de mi vida, Bianca —susurró.

Ella alargó la mano hacia un plato vacío, pero Mason se la atrapó con suavidad, con insistencia. Últimamente, apenas la dejaba hacer nada. Por él, la habría sentado en un sillón mullido, la habría rodeado de cojines, le habría puesto un libro o algo de punto en las manos, y la habría obligado a quedarse allí todo el embarazo como si estuviera hecha del cristal más fino.

Bianca retrocedió y se apoyó en la encimera para observarlo. Absorbía cada movimiento seguro, se lo bebía con los ojos. Al mirar su espalda ancha, sintió que la calma la invadía. Qué bueno que lo peor hubiera quedado atrás. Con todo su corazón, creía que les esperaba un futuro mejor. Serían felices, incluso más que antes, porque ahora conocían el verdadero valor de esa felicidad.

Pero la sombra de todo lo que quedaba por decir aún persistía en algún rincón de su mente.

—Mason —dijo de pronto, con voz suave.

Él se quedó inmóvil con los platos en las manos y se volvió enseguida para mirarla, buscando sus ojos.

—Prométeme —dijo Bianca. Dio un paso hacia él y lo miró a los ojos— que de ahora en adelante, pase lo que pase, me lo contarás todo. Todo, exactamente como sea. Aunque no me guste la verdad. Por favor.

Mason dejó los platos a un lado sin mirar siquiera dónde los ponía, y en unas pocas zancadas estuvo junto a ella. Su cercanía la envolvió como una oleada de calor. Le tomó el rostro con suavidad

entre las manos, y sus labios buscaron los de ella con ternura, como si aquel beso sellara la promesa misma.

—Te juro que nunca volveré a hacerte daño —susurró sin apartarse de ella—. Nunca. Estar sin ti es insoportable.

Aquel beso fue diferente. Empezó como un voto, pero casi al instante se transformó en algo más. Era como si esa misma carga eléctrica que Bianca recordaba en cada célula de su cuerpo se hubiera encendido entre ellos una vez más. Los labios de él se volvieron más insistentes, más ávidos, mientras sus manos recorrían el cuerpo de ella como si lo redescubrieran, aferrándose con posesividad a su cintura y bajando hacia sus caderas.

En los diez días que llevaban viviendo de nuevo bajo el mismo techo, Mason no había pasado de los besos. Había sido tan cuidadoso, como si temiera asustarla, o como si ella se hubiera vuelto realmente demasiado frágil. Había mantenido las distancias para proteger su tranquilidad.

Pero esa noche, todo era diferente. Todas las barreras se derrumbaron. Aquella misma atracción indómita y salvaje se encendió entre ellos de nuevo: ese sentimiento de desearse a cada instante, hasta rayar en la locura. Bianca recordó de pronto cómo solía provocarlo a propósito, cuando se paseaba por la casa con un camisón corto y transparente, consciente de lo que le provocaba. Y justo entonces, sintió ese mismo deseo latiendo en el aire entre ellos.

Pero de repente, Mason se apartó jadeando, aunque un fuego oscuro aún ardía en sus ojos. El pecho le subía y bajaba mientras trataba de contenerse.

—¿Te han dado el alta para esto? —preguntó con voz ronca, mirándola fijamente a los ojos. Incluso envuelto en la bruma de la pasión, su preocupación era evidente—. ¿Qué te dijo el médico?

Una sonrisa asomó a los labios de Bianca: femenina, segura y llena de amor. Le acarició suavemente la mejilla.

—Tengo luz verde para todo —susurró, atrayéndolo de nuevo hacia ella—. Absolutamente todo.

No hicieron falta más palabras. Las últimas dudas se desvanecieron y se entregaron a la pasión allí mismo, en el sofá del salón, olvidándose por completo de todo lo demás: del tiempo, del resto del mundo y de que apenas un minuto antes habían planeado cenar, recoger la mesa y caer exhaustos en la cama.

Capítulo 46

Dos semanas después, Mason y Bianca dejaron a Linda con la niñera y fueron en coche hasta casa de los padres de él. Necesitaban hablar de cosas que una niña no debía escuchar. El ambiente en el coche se mantuvo tenso, aunque fueron cogidos de la mano durante todo el trayecto, intentando darse ánimo mutuamente.

Los resultados del ADN habían llegado unos días antes. Ya no había duda: Linda era hija de Mark Stevens, el mismo expresidiario que, según habían averiguado los hombres de Mason, había salido en libertad condicional hacía un mes. La noticia pendía sobre ellos como un nubarrón. Ambos entendían lo que significaba: el padre biológico de la niña estaba libre, y era exactamente el tipo de hombre del que había que mantener alejada a una criatura.

Durante la última semana, la vida casi había entrado en una rutina. Bianca había insistido en cambiar a Linda a otra escuela, la más cercana a casa, para no tener que llevarla al otro extremo de la ciudad todos los días.

Sorprendentemente, había resultado ser la decisión acertada. Linda, normalmente tan callada y retraída, incluso había reconocido una vez durante la cena, en voz baja, que le gustaba más allí. Que había hecho una amiga. Para una niña tan hermética como ella, aquello era un gran paso adelante.

Precisamente por eso a Bianca se le encogía el corazón cada vez que pensaba en el plan de Mason. La verdad era que no sabía cómo pretendía él decirle a Linda que la mandaba a un internado.

Mason creía que era la mejor solución: mandarla a un internado de élite solo para niñas, lejos de cualquier posible problema con su padre biológico. Pero Bianca no lo veía así.

Prestigioso o no, caro o no, sabía que Linda lo pasaría fatal allí. La niña tenía muchas dificultades para relacionarse y se cerraba en banda a la primera señal de estrés. Aquí, con Mason, apenas había empezado a abrirse. Acababa de hacer una amiga. Y ahora planeaban arrancarla de nuevo, justo cuando empezaba a echar raíces.

La culpa la roía sin piedad, aunque sabía que nada de aquello era culpa suya y que Linda no era hija suya.

Cuando llegaron a casa de los padres de Mason, la mesa ya estaba puesta. Probablemente pensaban que su hijo y su nuera iban a contarles algo importante y sin duda bueno. Al fin y al cabo, habían vuelto a estar juntos y Bianca estaba embarazada.

Se sentaron a la mesa. Bianca no dejaba de mirar a Mason, porque era él quien tenía que empezar.

La madre de Mason, perspicaz como siempre, notó enseguida que algo iba mal. Los observó de cerca y su mirada se detuvo en sus rostros sombríos.

—¿Ha pasado algo? —preguntó sin rodeos, dejando la servilleta a un lado—. ¿Tenemos que prepararnos para otro golpe?

El silencio se adueñó de la habitación. Bianca sintió que Mason se tensaba a su lado.

Se miraron. Bajo la mesa, Mason le apretó la mano con más fuerza. Respiró hondo, armándose de valor.

—Hay algo importante que tenemos que contaros —dijo en voz baja—. Es sobre Linda. No es mi hija.

—¿Qué? ¿Cómo? —la madre de Mason palideció de la impresión, y Bianca entendió por qué. No hacía mucho, aquella mujer ya había recibido un mazazo al enterarse de que tenía una nieta de siete años que le habían ocultado durante todos esos años. Apenas había empezado a hacerse a la idea, apenas había empezado a querer a la niña, y ahora llegaba otro golpe.

Mason no se anduvo con rodeos. Les contó todo: lo de Nadine, lo del investigador privado, lo del verdadero padre de Linda y,

finalmente, los resultados de la prueba de ADN.

Sus padres se quedaron atónitos, tratando de asimilar lo que acababan de oír. La madre de Mason se llevó una mano a la boca, y su padre frunció el ceño aún más, con aspecto más severo y duro de lo habitual.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —preguntó al fin, rompiendo el silencio.

Mason miró primero a Bianca y luego a sus padres. Era evidente lo mucho que le costaban las palabras que venían a continuación.

—Yo... he estado buscando un internado —dijo vacilante, intentando que sonara como una decisión meditada—. Es un colegio privado, en un campus vallado, con seguridad. Tiene muy buenas referencias, unas condiciones excelentes...

Bianca bajó la mirada. Incluso ahora, al oírlo decirlo en voz alta, sentía que no estaba bien.

Pero entonces ocurrió algo que no se esperaba en absoluto.

—Dios mío, esa pobre niña... —suspiró su madre. Le brillaban los ojos de lágrimas—. Y yo que apenas me había acostumbrado a ella. Nada de esto es culpa suya.

Alzó la vista bruscamente hacia su hijo.

—Mason, si no estás preparado para criarla, si te resulta demasiado difícil, o si te preocupa Bianca y el bebé... deja que tu padre y yo nos hagamos cargo de ella.

Bianca alzó la vista sorprendida. Mason también parecía atónito.

—¿Vosotros? —repitió él.

—Sí, nosotros —dijo su madre con firmeza—. Sabes que me encantan los niños. Siempre soñé con que tendríamos otra hija algún día, una hermanita para ti. Pero nunca llegó ese segundo hijo. Y Linda... es una buena niña, solo que muy cerrada. Creció sin amor ni atención.

Se volvió hacia su marido en busca de apoyo. Él guardó silencio un momento, sopesando sus palabras, y luego asintió con gesto serio.

—Tu madre tiene razón.

Clavó en su hijo esa mirada aguda y penetrante tan suya.

—Sabes que no somos precisamente desconocidos en esta ciudad. Si Linda desaparece sin más, la gente hablará. De repente tienes una hija que todo el mundo ve, y luego la niña se esfuma… eso va a generar preguntas y sospechas. ¿Qué va a decir la gente de nuestra familia? ¿Que nadamos en dinero pero mandamos a nuestra propia hija a un internado? A nadie le importará la verdad, solo querrán algo que juzgar.

Sostuvo la mirada severa sobre Mason.

—Papá, mucha gente ocupada manda a sus hijos a internados. Y la verdad es que no creo que te importe tanto lo que diga la gente de nosotros —dijo Mason con una leve sonrisa burlona, pinchándolo un poco.

—Mejor decirle a la gente que tu madre y yo la acogimos del sistema de acogida y la estamos criando como hija adoptiva —continuó Alec como si Mason no lo hubiera interrumpido—. Es respetable, te libra de las preguntas y la niña se queda en la familia, atendida.

—Papá, es una buena solución, pero Linda cree que soy su padre —dijo Mason con un hondo suspiro—. ¿Y cómo le explico yo eso?

Todos guardaron silencio.

Habían llegado a un callejón sin salida. Todos querían hacer lo correcto, pero ninguno sabía qué era realmente lo correcto. Nadie estaba dispuesto a asumir toda la responsabilidad de decidir el destino de la niña.

—¿Quieres que mande a alguien a hablar con esa Nadine? —preguntó Alec, entornando los ojos con gesto amenazador—. Está

claro que no sabe con quién se está metiendo. ¿Exigir dinero y chantajear a mi hijo? Tiene narices.

—Papá, no. Yo me encargo —dijo Mason con firmeza, negando con la cabeza. Conocía demasiado bien los métodos de su padre.

Mason le había contado una vez a Bianca que en los noventa, durante una feroz lucha de poder, más de una persona había intentado quitarle el negocio a Alec Graham. Pero todos los que se le acercaron con amenazas u ofertas turbias acabaron desapareciendo sin dejar rastro. Bianca estaba casi segura de que el propio Alec había tenido que ver. Con el tiempo, nadie se atrevió a meter las narices en sus asuntos. La reputación de Alec Graham hablaba por sí sola, y la familia mantuvo el control de las plantas de cemento y ladrillos durante años.

Bianca todavía recordaba la sorpresa que se había llevado al descubrir que Francesca no se había casado con él por amor. Ni mucho menos. Había sido un matrimonio concertado, una fusión entre dos familias. Incluso había intentado huir una vez. Pero ahora había amor y armonía entre ellos. Mason había sido un bebé «sorpresa», y después, por mucho que lo intentaron, nunca pudieron tener otro. Quizás por eso habían acogido a Bianca en la familia con tanta calidez. Y ahora estaban dispuestos a aceptar también a Linda.

El silencio se prolongó. Todos permanecieron sentados a la mesa mirando sus platos, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Francesca fue la primera en volver a hablar.

—Ahora mismo, lo que importa es el embarazo de Bianca —dijo con firmeza, mirando primero a su hijo y luego a su nuera—. Bianca necesita más descanso. Menos estrés. El primer trimestre es el más peligroso, y lo sabes, Mason. Después de todo lo que habéis pasado los dos… —Le tembló la voz—. No podemos poner en riesgo a este bebé.

Mason asintió y le apretó la mano a Bianca bajo la mesa.

—Lo sé, mamá. Por eso estaba pensando en el internado. Para que Bianca no…

Se volvió hacia Bianca y se calló, dejando escapar un hondo suspiro. Nadie lo dijo en voz alta, pero todos intentaban proteger sus sentimientos y evitar cargarla con demasiada responsabilidad.

—Esperad —dijo Bianca.

Respiró hondo para ordenar sus pensamientos.

—Pase lo que pase, no podemos mandar a Linda a ningún sitio ahora mismo. Todavía no se ha recuperado del accidente. La costilla apenas ha empezado a soldarse, y el médico dijo que tiene que evitar la actividad física al menos otro mes más. Sigue teniendo dolores de cabeza. Y tiene revisiones cada dos semanas.

Francesca asintió pensativa.

—Contrataremos una niñera a tiempo completo —continuó Bianca, improvisando la solución sobre la marcha—. Alguien que pueda dedicarse a Linda. Llevarla al colegio, recogerla, ayudarla con los deberes, que le marque una rutina. Yo estaré ahí, pero no cargaré con el peso principal.

Luego se volvió hacia la madre de Mason.

—Y si se me hace demasiado difícil, si necesito ayuda, te la quedas un día o dos. Mientras la barriga todavía sea pequeña, no hay problema. Tengo tiempo para adaptarme.

Francesca la miró largamente.

—¿Estás segura, Bianca? —preguntó con suavidad, y su voz destilaba tanta preocupación que Bianca sintió un nudo en la garganta.

Entendía perfectamente por qué Francesca estaba tan preocupada. La quería. Temía que esta niña, aunque nada de aquello fuera culpa suya, trajera más estrés, dolor y ansiedad a la vida de Bianca. Temía que no pudiera con ello. Que perdiera a este bebé también, como la última vez.

—Estoy segura —respondió Bianca con firmeza, aunque se le encogió todo por dentro—. Esto es temporal. Un mes, quizás dos.

Hasta que tomemos una decisión definitiva. Mientras se recupera, tendremos tiempo de averiguar qué es realmente lo mejor para ella.

Alec carraspeó.

—Tiene sentido —dijo secamente—. No hay por qué precipitarse. Hay que pensarlo bien. Sopesar las opciones.

Lanzó a su hijo una mirada severa.

—Y tú, hijo, tienes que zanjar el asunto con Nadine de una vez por todas, para que no vuelva a aparecer en vuestras vidas.

Mason asintió.

—Me encargo, papá.

—Y quiero estar al tanto de todo —añadió Alec—. Si algo sale mal, si intenta chantajearte o amenazarte otra vez, intervengo yo. ¿Entendido?

—Entendido —respondió Mason con calma.

Francesca se volvió de nuevo hacia Bianca.

—Bianca, cariño —dijo, tomándole la mano—, si se te hace muy difícil, aunque sea solo un poco, me llamas enseguida, ¿entendido? Vengo y me llevo a Linda. Un día, una semana, el tiempo que necesites. Ahora mismo, lo más importante para todos nosotros sois tú y tu bebé.

A Bianca le escocieron los ojos de lágrimas. Apretó la mano de su suegra, conteniendo el llanto.

—Gracias, mamá —susurró—. Gracias. A los dos.

Francesca se inclinó y le besó la sien.

—Eres nuestra hija —dijo con sencillez—. Y siempre estaremos de tu lado.

Mason los miró: a su madre, a Bianca, a su padre. En sus ojos se leía alivio mezclado con gratitud. Se notaba que le aliviaba no tener que decidir el futuro de Linda en ese mismo instante. Bianca sabía lo difícil que había sido para él siquiera mencionar el internado: un lugar caro con verjas de hierro forjado, donde los niños vivían lejos de casa.

—Entonces está decidido —dijo por fin—. Linda se queda con nosotros por ahora. Contratamos una niñera. Mamá ayuda si hace falta. Y yo… yo me encargaré de Nadine y de todo lo relacionado con el padre biológico de la niña.

Todos asintieron.

Alec levantó la copa.

—Por la familia —dijo—. Y porque todo encaje por fin.

Y en ese momento, a Bianca se le ocurrió de pronto que quizá aquella era realmente la decisión correcta. No perfecta, pero sí correcta. Simplemente, todos necesitaban tiempo. Tiempo para pensar. Tiempo para descubrir qué sería lo mejor para una niña que no había hecho nada malo y que todavía creía que el hombre al que Bianca amaba con todo su corazón era su padre.

Capítulo 45

El aire respiraba Navidad. Fuera, la nieve caía en copos grandes y pesados que se acumulaban en el alféizar. Desde el televisor llegaba música navideña: en ese momento sonaba uno de los viejos clásicos de Frank Sinatra.

En años anteriores, habían contratado decoradores. Aparecían con cajas de adornos, cintas y luces. Decoraban el árbol a la perfección: cada adorno en el lugar exacto, cada rama perfectamente mullida. Decoraban toda la casa y colocaban arreglos de ramas de pino y velas junto a la puerta principal.

Este año, Bianca había decidido prescindir de todo eso. Quería decorar el árbol ella misma. Quizá quedaría un poco torcido, un poco desigual, pero tendría alma.

Este año le había traído decepciones, pero también mucha alegría. Gracias a Dios, la mala racha había terminado por fin, y ahora podía volver a respirar y construir la vida que siempre había soñado junto al hombre al que había amado con locura durante diez años.

Acababa de bajar una pesada caja de adornos del ático. Había tenido que subirse a una escalera de mano y alcanzar el estante de arriba. Si Mason se enteraba, seguro que le soltaría un sermón por andar trepando así en su estado. Pero solo estaba de dieciséis semanas, su vientre apenas había empezado a redondearse, y Bianca había tenido cuidado.

Abrió la caja allí mismo, en el suelo del salón, donde ya estaba el árbol: un abeto alto y frondoso que olía maravillosamente a pino. Lo habían comprado juntos el día anterior. Este año habían optado por un árbol natural en lugar de uno artificial.

Bianca sacó un adorno rojo con un diseño dorado y lo giró entre las manos, contemplando cómo el cristal brillaba bajo la luz de la lámpara.

Justo entonces se abrió la puerta principal.

—¡Ya estamos en casa! —anunció Marie, la nueva niñera.

Era una antigua maestra de primaria, una mujer bondadosa de cuarenta y cinco años con modales encantadores y una paciencia infinita. Contratarla había sido la mejor decisión que podían haber tomado. Llevaba a Linda al colegio y la recogía, la ayudaba con los deberes, le preparaba el almuerzo, jugaba con ella, le leía cuentos.

Linda entró corriendo al salón y se quitó los zapatos junto a la puerta. Después del accidente, su cojera se había acentuado, pero Francesca había dicho que ella se encargaría. Ya había encontrado un buen médico, lo había organizado todo y planeaba llevar a la niña a fisioterapia y prepararla para la cirugía. Cuanto antes empezaran, más posibilidades habría de corregirle la marcha.

—¡Bianca! ¡Mira, mira! —exclamó Linda emocionada, agitando algo en la mano—. ¡Hemos hecho adornos de Navidad en el cole!

Corrió hacia ella y le mostró su creación. Era un ángel de papel coloreado con rotuladores brillantes. Las alas estaban un poco torcidas, la cara algo emborronada, pero saltaba a la vista que se había esforzado mucho.

—¿Podemos colgar el mío en este árbol? —preguntó Linda, mirándola. En sus ojos se mezclaban la esperanza y la incertidumbre.

No es que de repente se hubieran convertido en las mejores amigas. Linda todavía recordaba lo que su abuela había dicho (que en paz descanse) sobre que Bianca era la señora mala que impedía que su padre fuera a verla. Pero sin duda habían llegado a aceptarse mutuamente. Aun así, a Bianca seguía sin gustarle que la niña llamara padre a Mason. Sobre todo ahora que sabían que no era su padre biológico.

—Sí —dijo Bianca—. Claro que podemos. Acabo de empezar. Puedes comer primero y luego decoramos el árbol juntas.

Linda dio un brinco.

—¡Marie y yo hemos comido bocadillos de camino a casa! —soltó—. ¿Podemos empezar ya? ¡Nunca he tenido un árbol de Navidad tan bonito!

A Bianca se le encogió el corazón.

Claro, la abuela de Linda no había tenido mucho dinero. Seguramente ponía un arbolito artificial y lo decoraba con adornos de plástico baratos. O quizá ni siquiera eso.

Y este árbol medía más de dos metros, era natural, frondoso, fragante. Para Linda, todo aquello debía de ser como un cuento de hadas.

—Vale —dijo Bianca sonriendo—. Pues empecemos. Ven, ayúdame a elegir los adornos.

Linda se sentó en el suelo a su lado, con las piernas cruzadas, y asomó la cabeza con curiosidad dentro de la caja.

—Vaya —susurró maravillada, sacando un adorno brillante—. Qué bonitos son…

Marie asomó la cabeza al salón.

—Bianca, ¿quieres que os ayude? —ofreció.

—No, gracias, Marie —dijo Bianca—. Ya nos apañamos nosotras. Ve a descansar.

La niñera asintió, sonrió y se marchó.

Se quedaron solas Bianca y Linda.

La niña fue sacando un adorno tras otro de la caja; los estudiaba uno a uno, soltaba exclamaciones de asombro, los admiraba. Bianca le enseñó cómo colgarlos en las ramas y le explicó que los más grandes debían ir abajo y los más pequeños arriba.

Linda escuchaba con atención, asentía y se esforzaba por hacerlo bien.

Decoraron el árbol en silencio, pero la vieja tensión e incomodidad entre ellas habían desaparecido. A Bianca todavía le resultaba extraño que hubiera alguien más en su casa además de ella y Mason. A veces, cuando Linda tocaba su jarrón favorito o su

manta, aún afloraba esa vieja irritación, esa posesividad. Pero Bianca no dejaba de recordarse que Linda era solo una niña y ella una adulta, una mujer razonable. Y cuando la niña acaparaba la atención de Mason, se lo repetía con el doble de firmeza.

De repente, Linda se quedó quieta con un adorno plateado en las manos. Lo miró, luego miró a Bianca. Apretó los labios y frunció el ceño.

—Bianca —dijo en voz baja, casi con timidez—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

Bianca dejó a un lado la guirnalda que estaba desenredando.

—Claro. Dime.

Linda jugueteó con el adorno entre las manos, sin levantar la vista.

—Mañana tenemos una función de Navidad en el cole —empezó a toda prisa, como si temiera no poder decirlo si se paraba —. Nuestra clase ha aprendido una canción. Van a venir todos los padres. Y estaba pensando…

Se calló, respiró hondo y por fin se obligó a decirlo:

—¿Podrías venir y decirles que eres mi mamá?

A Bianca se le detuvo el corazón.

Miró a la niña, pero Linda seguía sin levantar la vista. Tenía las mejillas encendidas y agarraba el adorno con tanta fuerza que parecía que iba a romperlo.

—Como aquella vez —añadió aún más bajito—, en el despacho de la directora. Cuando Anna dijo que la había empujado. Tú me defendiste. Dijiste que era tu hija.

Bianca recordaba aquel día. Recordaba haber entrado en el despacho y haber visto a aquella niña asustada y sola. Recordaba que algo en su interior había cedido. Recordaba haber pronunciado aquellas palabras sin pensar, solo para protegerla. Y ahora Linda le pedía que lo dijera de nuevo, que dijera que era su madre.

A Bianca se le cerró la garganta. No tenía ni idea de qué decir.

Linda por fin levantó la vista. La miraba con una esperanza que intentaba ocultar, pero no podía.

—Si no quieres, lo entiendo —añadió rápidamente—. Es solo que... todas van a tener a su mamá allí. Y yo... yo solo tengo a papá y a Marie, pero es la niñera. Y yo... ojalá...

Se le apagó la voz. Volvió a bajar los ojos.

Bianca guardó silencio unos segundos. Pensando.

Esta niña no era su hija. Nunca lo sería. Seguía siendo un recordatorio del dolor, de las mentiras, de la pesadilla que habían vivido. Pero también era una niña. Una niña pequeña que había perdido a su abuela y que aún no sabía que el hombre al que adoraba y al que creía su padre no lo era en absoluto.

Linda solo quería ser como las demás. Tener una mamá en su función de Navidad. Sentirse querida. Sentirse una niña normal.

Bianca respiró hondo.

—Linda —dijo con suavidad.

La niña se sobresaltó, pero no levantó la vista.

—Mírame.

Lentamente, Linda alzó la cabeza. El miedo ya estaba en sus ojos: el miedo a que le dijera que no.

—Iré a tu actuación —dijo Bianca—. Y les diré que soy tu mamá.

Los ojos de Linda se abrieron como platos.

—¿De verdad? —susurró.

—De verdad —asintió Bianca—. ¿A qué hora empieza?

—A las tres —exhaló Linda—. Mañana a las tres.

—De acuerdo. Allí estaré.

Durante unos segundos, Linda se limitó a mirarla. Entonces, de repente, se abalanzó sobre ella y la abrazó, con torpeza pero con fuerza.

—Gracias —susurró contra su vientre—. Gracias, Bianca.

Bianca se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. Todo había sucedido demasiado rápido.

Permanecieron así varios segundos, hasta que la niñera volvió a entrar en el salón. Anunció que se había tomado la libertad de preparar galletas navideñas y preguntó si le parecía bien. Bianca asintió, y solo entonces se apartó con cuidado de Linda.

—¿Quieres terminar de decorar el árbol? —dijo, sin mirar a la niña.

Últimamente, el embarazo la había vuelto muy sensible. Esa semana se habían enterado de que iban a tener una niña. Una bebé diminuta que se parecería a los dos, a ella y a Mason. Y tenía miedo, un miedo doloroso, de que le arrebataran esa felicidad en cualquier momento. Así que se había impuesto una regla: ser amable y comprensiva. Para que el universo recompensara su bondad y le diera una niña sana.

Capítulo 46

Solo quedaban dos días para Navidad. Esa época del año siempre era brutal en la empresa de Mason: informes, el cierre de fin de año, reuniones con socios. Había estado trabajando hasta tarde todas las noches y llegaba a casa arrastrándose, exhausto, mucho después de medianoche.

Linda llevaba un rato dormida. Bianca ya había ido a verla, entrado en su habitación, subido la manta y apagado la lamparita.

Tenían planeado pasar las fiestas en casa de los padres de Mason. Vendría el padre de Bianca, junto con Alan, su esposa y los niños. Tenían una familia grande y unida, justo como Bianca siempre había soñado. Lo único que faltaba era convencer a su padre de que dejara su pueblito y viniera a vivir cerca de ellos. Incluso le habían comprado un apartamento hacía dos años, no muy lejos de donde vivía Alan, pero él se negaba en redondo a mudarse.

Bianca volvió a la cocina. Cortó un poco de fruta y sacó el estofado de ternera del microondas.

De repente, unos brazos la rodearon por detrás. Fuertes, cálidos, familiares.

Ni siquiera lo había oído entrar. Debía de haber procurado no hacer ruido para no despertarlas.

—¿Por qué no estás dormida? —susurró él contra su cuello, besándola detrás de la oreja—. Te mandé un mensaje diciendo que llegaría pronto.

Bianca se recostó contra él.

—Quise calentarte la cena —dijo—. ¿Tienes hambre?

Él se pegó más a ella. Sus manos se deslizaron por su cintura hasta posarse en su vientre, acariciándolo con suavidad, con ternura.

—Mucha —dijo con voz grave—. Pero no de comida.

La giró para que lo mirara y se apoderó de su boca con un beso tan hambriento, tan exigente, que parecía que no se hubieran visto en una eternidad.

Bianca le devolvió el beso, pero un segundo después se apartó, apoyando las palmas contra su pecho.

—Espera, espera —susurró, sin aliento—. Aquí no. Vamos al dormitorio.

Él levantó la cabeza, respirando con dificultad. Sus ojos estaban oscuros de deseo.

—Claro. El dormitorio, sí —exhaló Mason, pasándose una mano por la cara—. Todavía no me acostumbro a que ya no podamos hacer esto donde nos apetezca.

La levantó sin esfuerzo, como si no pesara nada, aunque Bianca ya había cogido algo de peso.

—Y cuando llegue nuestra niña —continuó, llevándola hacia el dormitorio—, nuestras vidas van a cambiar por completo.

Bianca le rodeó el cuello con los brazos y se rio bajito.

—Sí —dijo—. Ya no podremos holgazanear en la cama hasta el mediodía los fines de semana.

Él sonrió con picardía y añadió:

—Y no podremos andar desnudos por la casa.

Ambos se rieron bajito.

Mason la llevó al dormitorio, la depositó con cuidado sobre la cama y buscó su boca.

—Y cierra con llave —susurró ella entre besos—. Ciérrala, Mason.

Él se giró y cerró la puerta.

—Claro, claro. Cerrarla con llave. Entendido —murmuró, echando el pestillo.

Luego se quitó la camisa por la cabeza y la tiró al suelo.

Bianca lo devoró con la mirada: sus anchos hombros, su pecho musculoso, las líneas de sus abdominales, las cicatrices de viejas

peleas, el tatuaje a lo largo de las costillas —su nombre y una promesa de amor eterno.

Volvió a la cama, se tumbó a su lado y se inclinó sobre ella.

—¿Cómo han estado mis chicas sin mí todo el día? —preguntó con suavidad, posando una mano en su vientre—. ¿Cómo está nuestra pequeña?

—Estamos bien —susurró Bianca, cubriendo la mano de él con la suya—. Te echamos de menos.

Él se inclinó y le besó el vientre, largo y tierno. Luego fue subiendo: a sus labios, su cuello, sus clavículas, como si no quisiera perderse ni un centímetro de su piel.

—Yo también os eché de menos —murmuró Mason entre besos —. Pensé en vosotras todo el día. En volver a casa. En abrazarte.

Sus manos se movieron lentamente sobre su cuerpo, como si la estuviera aprendiendo de nuevo.

—Mason —suspiró Bianca.

—¿Mmm? —Él no apartó la boca de su cuello.

—Te quiero.

Él se quedó inmóvil. Levantó la cabeza. La miró con seriedad.

—Yo también te quiero, Bianca —dijo con voz ronca—. Más que a la vida misma. Más que a nada.

Luego volvió a besarla, profunda y apasionadamente. Y después se olvidaron de todo: los problemas, el miedo, el mañana.

Solo existían ellos.

Marido y mujer.

Enamorados como la primera vez.

Felices.

Juntos.

Y por fin en casa.

Más tarde, yacían en la oscuridad bajo las mantas. Bianca estaba acurrucada contra su hombro, con una mano apoyada en su

pecho. Sentía el latido constante y acompasado de su corazón.

Mason le acariciaba la espalda, despacio, pensativo. Sus dedos trazaban círculos, bajaban, volvían a subir.

—¿En qué piensas? —preguntó ella con suavidad.

—En el futuro —dijo él—. En nuestra niña. No dejo de imaginar cómo será.

Bianca sonrió en la oscuridad.

—¿Y cómo será?

—Preciosa —respondió Mason sin dudar—. Como tú. Con tus ojos. Tu sonrisa.

—¿Y su personalidad?

—Testaruda —dijo él con una sonrisa—. Igual que tú.

Bianca le pellizcó el costado.

—¡Eh!

Él se rio, le cogió la mano y le besó los dedos.

—Es broma, es broma. Será perfecta. Inteligente, talentosa, bondadosa.

—Y de carácter fuerte —añadió Bianca—. Como su padre.

—Voy a malcriarla —admitió—. Sé que no debería, pero lo haré. No seré capaz de decirle que no.

—Por eso yo me encargaré de la disciplina —dijo Bianca con severidad.

Él se giró de lado y la miró en la penumbra.

—¿A qué universidad la mandaremos? —preguntó, ahora serio.

—Es un poco pronto para pensar en eso —se rio ella—. Ni siquiera ha nacido todavía.

—No, decidámoslo ahora —insistió Mason, terco—. ¿Al extranjero? ¿Inglaterra? ¿Suiza?

Bianca negó con la cabeza.

—No. La quiero cerca de nosotros.

—Pero la mejor educación...

—Puede recibir una educación excelente aquí —lo interrumpió Bianca—. Nada sustituye a la familia. No quiero ver a mi hija una vez al año en las vacaciones.

Él guardó silencio un momento, pensativo.

—De acuerdo —dijo al fin—. Entonces Derecho.

—O tal vez quiera ser música —dijo Bianca—. O dar clases de baile de salón, como yo.

—O arquitecta —añadió Mason—. Diseñará edificios que durarán siglos.

—O médica. Salvará vidas.

—O científica. Descubrirá algo importante.

Guardaron silencio, los dos sonriendo en la oscuridad.

—Lo principal es que sea feliz —dijo Bianca en voz baja—. Elija lo que elija.

—Sí —asintió Mason, y la atrajo más hacia él—. Feliz. Amada. Sana.

Volvió a apoyar la mano en su vientre y lo acarició con suavidad, casi con reverencia.

—¿Sabes qué me enseñó este año? —preguntó pensativo.

—¿Qué?

—Que la felicidad no consiste en que todo sea perfecto. Ni en no tener problemas. Consiste en tener a alguien a tu lado para afrontarlos juntos. De la mano. Te eché muchísimo de menos durante esos meses.

Bianca se giró hacia él y lo miró a los ojos, llenos de amor.

—Y yo también aprendí algo —susurró—. Aprendí a perdonar. A confiar. A creer que todo saldrá bien incluso cuando parece que todo se ha venido abajo.

Él se inclinó y la besó despacio, con ternura.

—Voy a ser el mejor marido —prometió Mason, y apoyó la frente contra la de ella—. Y el mejor padre. Para nuestra pequeña. Te lo juro.

—Lo sé —dijo Bianca—. Creo en ti.

—También deberíamos tener un perro —dijo ella, soñadora—. Uno grande y cariñoso. Como en las películas románticas.

—Y un gato —asintió él enseguida—. Uno anaranjado. Siempre quise tener un gato, pero mis padres nunca me dejaron.

Volvieron a guardar silencio. Tumbados en brazos del otro, imaginaban su futuro en la oscuridad.

—Mason —susurró Bianca.

—¿Mmm?

—Soy tan feliz. Ahora mismo. En este instante. Contigo. Con nuestra pequeña. Incluso con todos los problemas. Soy feliz.

Él la estrechó con más fuerza.

—Yo también, Bianca —susurró contra su pelo—. Yo también soy increíblemente feliz.

Y se quedaron dormidos así, en brazos del otro, con sueños de futuro y esperanza en el corazón.

Se quedaron dormidos como una familia. Como marido y mujer que habían atravesado el infierno y habían vuelto más fuertes, más unidos, más felices.

Juntos. Para siempre.

Epílogo

Cinco años después

Un árbol de Navidad alto se alzaba en el salón; a esas alturas, que fuera natural ya se había convertido en tradición.

—¡Mamá, mamá, quiero colgar este adorno! —Amina, de cinco años, tiraba de la mano de Bianca señalando una bola roja grande con dibujos dorados.

Era una copia de Mason en versión morena y de ojos verdes: igual de terca y voluntariosa, pero increíblemente dulce.

—Ahora mismo, cariño —dijo Bianca con una sonrisa, agachándose a su altura.

—¡Y yo quiero ese! —Tim, de tres años, señaló con el dedito regordete un adorno en el estante de arriba.

Tim, en cambio, era todo Bianca: pelo castaño, ojos grises, tranquilo y reflexivo, pero con mucho carácter.

—Tim, eres demasiado pequeño para llegar a las ramas de arriba —dijo Linda, acercándose a él—. Deja que te ayude.

Linda, de doce años, le pasó el adorno. Había crecido y cambiado muchísimo en los años que llevaba separada de ellos.

Dos años antes, todos habían decidido enviarla a un internado en Alemania. Era brillante, capaz, hablaba bien alemán y podía seguir sin problemas el ritmo de los demás estudiantes. Mason confiaba en que la escuela le daría un buen comienzo en la vida y le abriría las puertas de las mejores universidades.

Bianca había visto cuánto echaba Mason de menos a Linda. Cómo se colaba en su habitación vacía por la noche y se quedaba junto a la ventana, con la mirada perdida en la oscuridad. Cómo se le iluminaba la cara cada vez que ella hacía una videollamada.

Todos se habían acostumbrado a ella. Habían llegado a quererla. Se había convertido en parte de la familia. La hermana mayor de Amina y Tim. La hija que la vida les había regalado.

Ahora Linda estaba en casa para las vacaciones. Había llegado una semana antes con una maleta llena de regalos para todos.

Linda cogió a Tim en brazos y lo ayudó a colgar un muñeco de nieve. El niño se rio y le rodeó el cuello con los brazos.

—Linda, ¿vas a estar con nosotros en Navidad? —preguntó Amina, corriendo hacia ellos.

—Pues claro que sí —respondió Linda con una sonrisa.

Dejó a Tim en el suelo y de pronto sacó un ángel de papel de la caja. Estaba gastado y descolorido, pero todavía se reconocía: el mismo que había hecho en el colegio cinco años atrás.

Linda miró a Bianca con gesto dubitativo.

—¿Puedo colgarlo? —preguntó.

A Bianca se le encogió el corazón. Recordó aquel día. La primera vez que Linda le había pedido que fuera a una función del colegio y fingiera ser su madre.

—Claro que sí —dijo Bianca—. Ya es tradición familiar.

A Linda se le iluminaron los ojos. Colgó el ángel con cuidado en una rama bien visible.

—Ahora el árbol está completo —anunció con aire solemne.

Amina y Tim aplaudieron.

Bianca se quedó allí contemplando a los tres niños junto al árbol, una imagen que no habría podido imaginar ni siquiera cinco años antes, y el corazón le dio un vuelco de felicidad.

Mason se acercó por detrás, la rodeó con los brazos y apoyó la barbilla en su hombro. Le deslizó la mano hasta el vientre.

—¿Crees que somos demasiado mayores para tener un tercer hijo? —le susurró al oído—. O más bien, un cuarto.

Bianca giró la cabeza hacia él.

—Ni se te ocurra, Mason —le susurró ella—. Acabo de salir de la etapa de bebés. Por fin he vuelto a bailar, he vuelto al trabajo. ¿Tienes idea de lo que me costó perder los kilos del embarazo y recuperar la forma después del segundo?

Él sonrió con suficiencia.

—¿Y qué? También estabas sexy con los kilos de más. Y además, imagina lo genial que sería tener otro bebé. Quizá una niña. O un niño. Da igual.

—Mason —dijo Bianca con severidad, aunque no pudo evitar sonreír.

—Bianca —la imitó él, besándole la sien.

—Mamá, papá, ¿qué estáis cuchicheando ahí? —gritó Amina—. ¡Venid aquí!

—Ya vamos —respondió Mason, pero no soltó a Bianca.

Se quedaron así unos segundos más, mirando a sus hijos. Al árbol. A la nieve que caía al otro lado de la ventana.

—¿Sabes? —susurró Bianca—. Hace cinco años, jamás habría creído que pudiera ser tan feliz.

—Yo tampoco —admitió él—. Pensé que te había perdido para siempre. Y en cambio… —Hizo un gesto abarcando la habitación—. En cambio conseguí todo esto.

—¡Papá! —Tim le tiró de la pernera del pantalón—. ¡Las luces!

—Un momento, campeón —dijo Mason, y volvió a inclinarse para susurrarle a Bianca al oído—: Entonces, sobre lo de…

—¡Papá, Tim se está comiendo caramelos del suelo! —gritó Amina a su lado.

—Maldita sea. Hablamos esta noche —dijo Mason con gesto de sufrimiento exagerado, y fue hacia Tim, que efectivamente estaba intentando meterse algo sospechoso en la boca.

—Eh, campeón, ¿qué tienes ahí? —Se agachó y le quitó el caramelo con suavidad.

Tim sacó el labio inferior, ya al borde de las lágrimas.

—Te traigo otro —prometió Mason, sacando un caramelo del bolsillo—. Toma.

Tim se olvidó del disgusto al instante, cogió el caramelo y salió corriendo hacia sus hermanas.

Bianca, que había observado toda la escena, no pudo evitar reírse. Ahí estaba la realidad de la maternidad: nada de romance, solo una batalla interminable contra lo que los niños intentaban meterse en la boca.

Mason volvió junto a ella y la rodeó de nuevo con los brazos.

—¿Y qué tal uno más? —susurró con terquedad.

—Mason Graham —dijo Bianca, volviéndose hacia él—. ¿Has visto lo que acaba de pasar? Esta es nuestra vida. Caos constante. ¿Y quieres añadir otra fuente de caos?

Él sonrió con esa sonrisa tan suya, la que todavía hacía que se le doblaran las rodillas.

—Precisamente por eso quiero otro —dijo con seriedad—. Porque esto es lo mejor que me ha pasado en la vida. Cada día. Cada minuto.

Bianca lo miró a los ojos. Grises, cálidos, llenos de amor. Los mismos ojos de los que se había enamorado hacía diez años y de los que seguía enamorándose cada día.

—Pregúntamelo dentro de un año —dijo al fin, sonriendo—. Si para entonces no he perdido la cabeza por culpa de estos dos, quizá lo pensemos.

Se le iluminó toda la cara.

—¡Eso no es un no!

—Tampoco es un sí —corrigió Bianca, ya riéndose.

Él la levantó en brazos, la hizo girar y la besó.

—¡Mamá y papá se están besando! —chilló Amina.

—Qué asco —dijo Tim con una mueca.

Mason dejó a Bianca en el suelo, pero no la soltó. Se quedaron allí abrazados, mirando a sus hijos junto al árbol.

—Te quiero —susurró él.

—Yo también te quiero —susurró ella.

Y en ese momento, Bianca lo comprendió: eso era la felicidad. No se escondía en grandes acontecimientos ni en imágenes perfectas. Estaba en esos momentos sencillos y cotidianos. Cuando toda la familia estaba en casa, todos sanos, todos juntos. Cuando habías pasado por el infierno, lo habías perdido todo y aun así lo habías recuperado. Cuando habías aprendido a perdonar, a confiar, a amar de verdad. Cuando comprendías que la familia no era solo sangre, sino también elección, amor y aceptación.

Hacía cinco años, había estado junto a un árbol de Navidad con una niña pequeña a la que odiaba. Y ahora esa niña era su hija. No de sangre, sino de corazón. Tenía dos hijos más que se parecían tanto a ella como a Mason. Tenía un marido que la amaba con tanta intensidad que habría hecho cualquier cosa por ella.

Tenían un hogar, una familia, un amor.

¿Qué más se podía pedir?

—Mamá —dijo Amina, tirándole de la mano—. ¿Cuándo vamos a encender las bengalas?

—Después de cenar —respondió Bianca—. Como siempre.

—¿Falta mucho?

Miró el reloj. Las once de la mañana.

—Diez horas, cariño.

—¡Eso es una eternidad! —Amina infló los mofletes con fastidio.

—Pero luego será mágico —prometió Bianca—. Ya verás.

La niña asintió y volvió corriendo junto al árbol.

Mason atrajo a Bianca hacia él desde atrás.

—Lo hemos hecho bien —susurró—. Lo hemos conseguido.

—Sí —dijo ella—. Lo hemos conseguido.

Durante un rato, se quedaron allí abrazados, dejándose envolver por el momento, por el resplandor de las luces navideñas,

las risas de sus hijos y la música suave que salía de los altavoces.

Más tarde, cuando terminaron la cena navideña, todos salieron al jardín y encendieron las bengalas. Los niños chillaban de alegría, agitando las varitas chispeantes en el aire.

Mason tenía un brazo alrededor de Bianca y sostenía a Tim con el otro. Bianca llevaba a Amina de la mano. Linda estaba junto a ellos, sonriendo mientras hacía fotos con el móvil. Unas cuantas más para el álbum de fotos de Bianca, que no dejaba de crecer.

La nieve caía en copos gruesos y pesados, y las chispas de las bengalas se mezclaban con los copos, creando algo que parecía auténtica magia.

Bianca y Mason se miraron y sonrieron. Luego se besaron bajo el cielo invernal, bajo la nieve, rodeados de sus hijos y de todos los sueños que se habían hecho realidad.

Porque a veces la vida te da una segunda oportunidad.

Y a veces esa segunda oportunidad resulta incluso mejor que la primera.

Mucho mejor.

Fin

****

Queridos lectores:

Gracias por elegir este libro y por dedicar vuestro tiempo a estos personajes y su historia. Vuestra atención, vuestras emociones y vuestra confianza significan más de lo que las palabras pueden expresar. Espero que este viaje os haya dado calidez, emoción y un poco de fe en los nuevos comienzos.

Gracias por estar aquí y por pasar estas páginas conmigo♥

Si te ha gustado este libro, también puede interesarte **El amor encontrado tras la traición**

Durante dieciséis años, Hailey creyó que la paciencia, la lealtad y el amor podían salvar un matrimonio. Pero su mundo se hizo añicos

cuando salió a la luz la traición de su marido, junto con su amante embarazada y un divorcio brutal y humillante. Despojada de la vida que conocía, Hailey se convence de que el amor es un lujo que ya no puede permitirse.

Caleb es juez.

Frío. Seguro de sí mismo. Intocable. Con una reputación impecable y un pasado del que nunca se desprendió del todo. Hace años, amó a Hailey en silencio mientras ella construía una vida con otro hombre. Ahora el destino le da una segunda oportunidad. Y esta vez, no piensa dejarla escapar.
